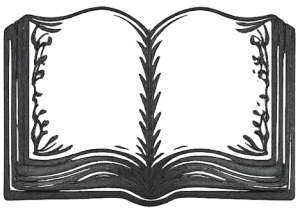
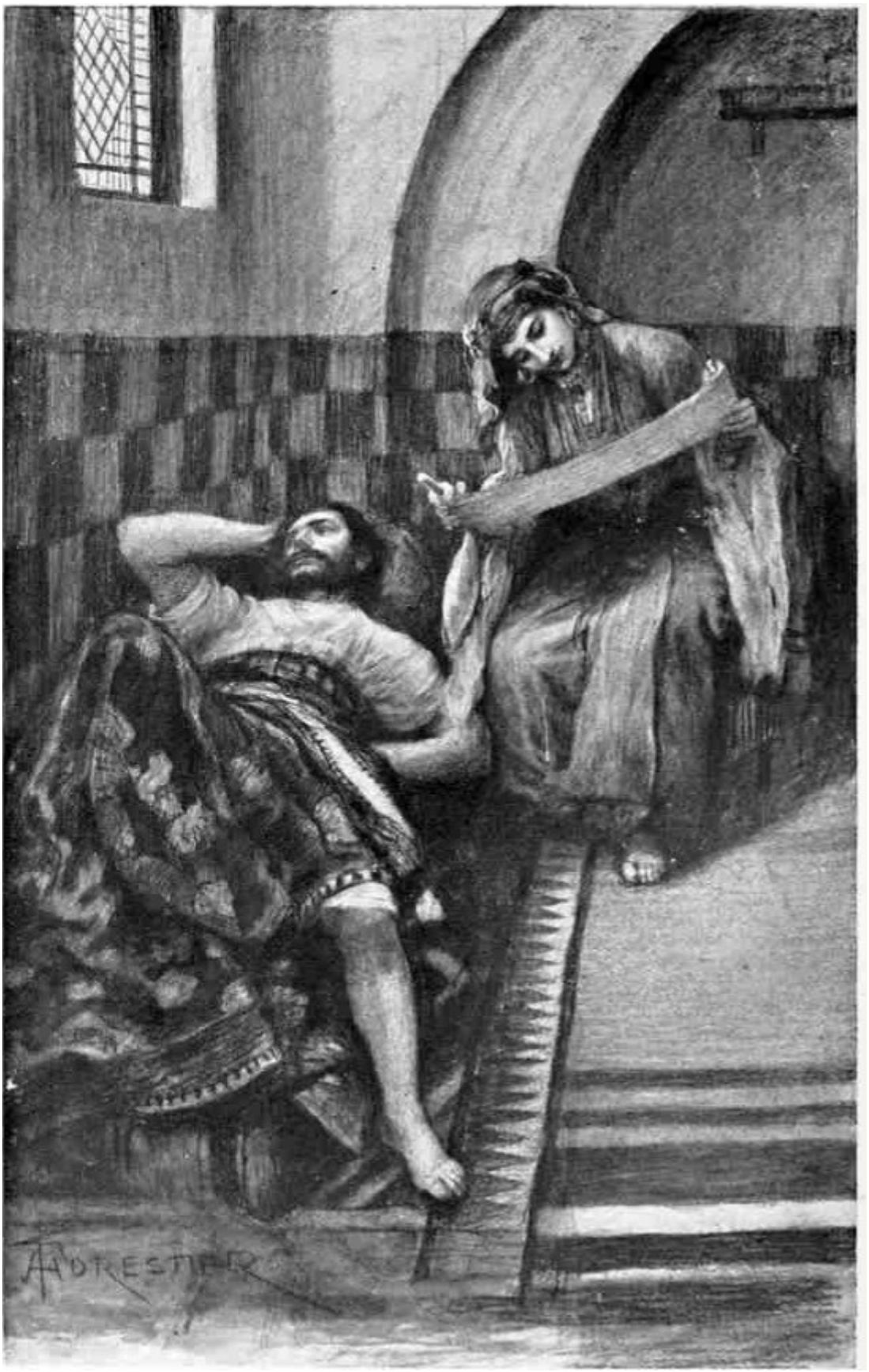
LA CIUDAD CONDENADA

JOHN R. CARLING

Obra original: The Doomed City – John R. Carling, 1910.
Edición: Traducción y prefacio editorial por Fernando Guzmán, 2025.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.



ARCHIVO
HISPÁNICO


ADRESTIER

Prefacio editorial

The Doomed City es una epopeya histórica ambientada en el convulso siglo I d.C., centrándose en uno de los eventos más dramáticos de la antigüedad: el asedio y la destrucción de Jerusalén por las legiones romanas en el año 70 d.C.

La novela sigue la vida de Crispo, un noble romano y oficial militar (hijo del legado Cestio Galo), cuyo destino se entrelaza fatalmente con el de Vashti, una joven judía que ha abrazado la fe cristiana. La historia comienza años antes de la caída de la ciudad, con un misterioso matrimonio velado en Bet-tamar, un secreto que atormenta a Crispo durante toda la guerra.

A medida que las tensiones entre Roma y Judea escalan hacia una rebelión abierta, el libro retrata la brutalidad del conflicto y la división interna de Jerusalén, asolada por facciones fanáticas y el hambre. En el centro del drama político se encuentran figuras históricas como el general Tito, la ambiciosa princesa Berenice (quien actúa como la antagonista principal y rival de Vashti) y el historiador Josefo.

La obra combina la precisión histórica (citando frecuentemente a Josefo, Tácito y el Talmud) con un estilo narrativo propio de la literatura victoriana tardía, lleno de dramatismo, revelaciones de identidad y un fuerte sentido de la moralidad cristiana.
Temáticas principales:

El conflicto religioso: La transición del judaísmo tradicional al cristianismo primitivo y el choque con el paganismo romano.

Justicia y Retribución: Como indica el título del último capítulo (*Justice the Avenger*), la obra explora cómo los actos de malicia (especialmente los de Berenice) encuentran su castigo al final.

Romanticismo Histórico: El amor entre Crispo y Vashti sirve como el hilo conductor emocional frente al horror de la "ciudad condenada".

Τῶν στρατιωτῶν τις ΔΑΙΜΟΝΙΩ ΟΡΜΗ ΤΙΝΙ ΧΡΩΜΕΝΟΣ
ἁρπάξει μὲν ἐκ τῆς φλεγομένης ὕλης, τό δὲ πῦρ ἐνίησι
θυρίδι χρυσῇ τοῦ ἱεροῦ.

Uno de los soldados, poseído por un ímpetu demoníaco, arranca de la materia ardiente y arroja el fuego por la ventana dorada del templo.

-Flavio Josefo, Las guerras de los judíos, Libro sexto, capítulos cuarto y quinto.

CAPÍTULO I
UNA BODA MISTERIOSA

La luz púrpura del atardecer había caído sobre la costa siria cuando Crispo, con paso rápido y oscilante, recorría la bien trazada calzada que conducía hacia el sur, a la majestuosa ciudad de Cesarea, capital romana de Judea.

Evidentemente amaba el ejercicio de caminar, pues, si lo hubiera deseado, podría haber cabalgado: a una distancia respetuosa lo seguía, conducido por un par de esclavos, su rheda de dos caballos, un carro de viaje de bronce esculpido, provisto de toldo de cuero y cortinajes de seda, que contenía el equipaje necesario (llamado con propiedad impedimenta por los romanos) que un hombre de gustos sencillos requeriría en un largo trayecto.

Crispo, de unos veinticinco años, tenía una figura poderosa y a la vez graciosa, ojos de un gris profundo, cabello rizado de tono bronceado y un rostro hermoso, tan nítido como si hubiera sido esculpido en mármol; un semblante cuya pureza de tez hablaba de pureza de vida —virtud rara en aquella época—; un rostro cuya mirada ardiente y aguda prometía que su dueño había nacido para alcanzar distinción, si es que no la había alcanzado ya. “Un romano antiguo”, se diría al verlo, pues aún se aferraba al uso de la majestuosa toga, que en el primer siglo estaba siendo rápidamente sustituida por la túnica griega; además, el anillo en su dedo no era de oro, sino de hierro, conforme a la antigua costumbre.

En su camino había divisado, junto a la calzada, un pilar de piedra grabado con letras que indicaban que aquel punto se hallaba a mil quinientas millas de Roma. Hasta allí, y aún cientos de millas más allá, se extendía el poder romano en el duodécimo año del reinado del emperador Nerón. La severa sonrisa de Crispo daba la clave de su carácter: orgullo en el Imperio fundado por sus antepasados, determinación de mantenerlo aunque le costara miembro y vida.

Y en verdad Roma contaba pocos hijos más patriotas que el joven Crispo Cestio Galo, distinguido tanto por hazañas militares como por belleza personal; por noble cuna y por alto cargo, pues era secretario de su padre, el anciano Cestio, quien en aquel tiempo ostentaba la dignidad de legado imperial de Siria, dignidad cuyo vasto poder y espléndidos emolumentos la convertían en un premio codiciado por todos los estadistas romanos.

Era una tarde encantadora. Una brisa ligera venía del mar, cuyas olas, de color vinoso, se deslizaban con un suave murmullo aterciopelado sobre las arenas amarillas. Al este, a una milla o más de distancia, se alzaban las colinas samaritanas, misteriosas y quietas bajo la luz vespertina, sus cimas redondeadas claramente delineadas contra el profundo violeta del cielo.

Al mirar hacia adelante, Crispo vio que se acercaba una figura solitaria, calzada con coturnos púrpura y vestida con túnica de mangas bordadas del mismo color, cortada según la última moda. Caminaba con la vista fija en el suelo, con paso algo lento y pensativo, y habría pasado de largo sin reparar en él, de no ser por la alegre y vibrante voz de Crispo.

—¡Eh, Tito! ¿Es así como en tierra extraña pasas junto a tu más viejo amigo?
El interpelado se sobresaltó, levantó la vista y, al reconocer al hablante, dejó caer como por arte de magia su aire melancólico, avanzando con rostro sonriente y mano extendida.

—¡Por los dioses, es Crispo! —exclamó con tono de genuino deleite—. Ahora sí me sonríe la Fortuna. ¡Pensar en encontrarte en esta provincia bárbara, a mil millas de nuestras granjas sabinas! ¿Adónde te diriges? ¿A Cesarea? Entonces regresaré contigo.

Tito Flavio, destinado con el tiempo a alcanzar la púrpura imperial, era un año mayor que Crispo: de mirada aguda y nariz aguileña, parecía en todo un soldado, pese a su atuendo perfumado y elegante. Cierta lozanía en sus facciones lo mostraba también como un “Antonio que se entrega a festines nocturnos”.
—¿Qué haces en esta tierra judía? —preguntó Crispo.

—Alégrate de verme aquí, pues es prueba de que he sido restituido al favor de Nerón.

—No sabía que lo hubieras perdido.

—¿Qué? ¿No has oído que cuando Nerón —¡qué bufón encantador es, sin duda!

— cantaba en el escenario de Corinto, mi padre Vespasiano mostró tan poca apreciación por la buena música que llegó a bostezar, e incluso a quedarse

dormido y roncar, con el resultado de que no solo pater nocens sino también filius innocens fuimos prohibidos de aparecer en presencia imperial?

—Me maravilla que no perdierais ambos la cabeza.

—A mí también. Pero aunque desterrado, no perdí el ánimo, y en espíritu de verdadero cortesano sacrificaba cada día a la voz celestial de Nerón; y al enterarse de ello (pues me cuidé bien de que llegara a sus oídos), me llamó de nuevo a la corte y señaló su aprobación de mi piedad enviándome en misión a Cesarea.

—¿Una misión? ¿De qué naturaleza?

“Pues, sin duda sabes que esa hermosa ciudad de Cesarea está habitada tanto por griegos como por judíos, cada cual reclamando precedencia sobre el otro. Si el procurador Floro publica un edicto que comience con ‘A los griegos y judíos de Cesarea’, la turba judía lo arrancará. Si lo redacta como ‘A los judíos y griegos’, los griegos no permitirán que permanezca expuesto. El sumo sacerdote griego de Júpiter exige que en las ceremonias oficiales se siente a la derecha del procurador; el sumo sacerdote de los judíos, cuando viene a Cesarea, reclama el mismo privilegio. Los griegos desean que su lengua sea usada en los tribunales, excluyendo nuestra majestuosa lengua latina —¡vaya gusto!—; los judíos claman por la suya propia. Esta rivalidad produce continuos disturbios y derramamiento de sangre. Por ello, Nerón, apelado por diputados de ambas facciones, ha pronunciado su decreto, despachándolo desde Grecia por mi mano.”

—“¿Y en favor de quién ha decidido César?”

—“No lo sé. El decreto estaba contenido en una carta sellada dirigida a Floro, quien aún no lo ha hecho público. En cuanto a mí, en vez de apresurarme a volver con Nerón para mostrarle cuán rápido puedo despachar sus asuntos, como un necio me demoro en los alrededores de Cesarea.”

—“Hay una mujer de por medio,” sonrió Crispo; “de otro modo el sensato Tito no iría vestido como un elegante petimetre. ¿Qué diría tu severo padre republicano de este perfumarte?”

—“¿Una mujer? Di más bien una diosa. No se ha visto rostro más hermoso desde que Helena atrajo las naves griegas hacia Troya.”
—“¡Voluble Tito! El otoño pasado jurabas fidelidad eterna a Lesbia, la hetaira; en invierno era la danzarina griega Licoris; esta primavera es… ¿quién?”
—“¡Lesbia y Licoris! ¡Bah!” dijo Tito, como si las soplara al aire. “No las nombres, te ruego, en el mismo aliento que a esta espléndida belleza oriental. Estoy serio ahora, si alguna vez lo estuve. Me casaría con ella mañana mismo, si quisiera; más aún, para ganarla repudiaría la religión de mis antepasados y adoraría a su Dios judío.”

—“¡Tito está realmente prendado! ¿Así que tu amada es judía?”

—“Sí, y de rango muy superior al pobre plebeyo que soy,” dijo Tito, suspirando como un horno.

—“¿Hablas así tú, que eres cuestor, tribuno de una legión y mensajero del César imperial?”

—“Y hijo de un hombre que fue veterinario de caballos; no lo olvides.”

—“Te criaste en la casa imperial junto a Británico, disfrutando de los mismos lujos y maestros que él.”

—“Y casi bebiendo de la misma copa fatal,” comentó Tito con gravedad.
—“Los dioses te reservaron para un destino más noble. Pero en cuanto a tu dama… ¿quién es?”

—“Una princesa, hermosa, orgullosa, altiva. Berenice es su nombre, hija de aquel Agripa que, hace unos veinte años, fue rey de Palestina. Le dejó tanta riqueza que la llaman ‘Berenice la Dorada’. ¿La conoces?” añadió Tito, al ver un extraño gesto cruzar fugazmente el rostro de Crispo.
—“La he visto.”

—“Entonces sabes cuán hermosa es.”

—“Sí, ciertamente es hermosa,” respondió Crispo, en tono como si concediera la admisión a regañadientes.

—“Hablas fríamente. Está claro que nunca te tendré por rival.”

—“Cierto, oh Tito. Cuando me una será con doncella pura. ¿No ha tenido ya tu Berenice un marido?”

—“Se casó, siendo casi una niña, con Polemón, rey del Ponto, quien la repudió dos años después.”

—“¿Polemón?” exclamó Crispo, sorprendido. “¿Polemón? —uno de los amigos de mi padre. ¿Por qué la repudió?”
—“Eso pregúntalo a otros. Él era mayor y serio; ella joven y alegre: ahí sospecho que estuvo la causa.”

—“Su separación,” observó Crispus, “no parece haber dejado mucha amargura, pues en un banquete ofrecido por mi padre a todos los reyes de Oriente, Polemón y la princesa Berenice se sentaron lado a lado, pareciendo estar en excelentes términos. Y lo que me pareció extraño: sus miradas se dirigían tan a menudo hacia mí que no pude evitar preguntarme si yo era el tema de su conversación. ¿Hubo hijos de ese matrimonio?”

—“Uno, una hija que se dice murió en la infancia.”

—“¿Y pretendes cortejar a esta princesa herodiana? ¿Frecuentas esta costa solitaria para suspirar votos a Venus?” dijo Crispo, señalando al planeta del amor que centelleaba como un ojo en la profundidad azul del cielo.

—“Vengo con la esperanza de tener el placer de unas palabras con ella al regresar a Cesarea. Hace una hora, según me dijeron, pasó por aquí en su carro.”
—“Haces bien en volver sobre tus pasos, pues puedo certificar que ningún carro ha pasado junto a mí.”

—“Entonces debió desviarse y tomar hacia el interior,” dijo Tito, mirando a la izquierda como si meditara una incursión entre las colinas en busca de la bella princesa.

Con un suspiro renunció al proyecto y avanzó con paso firme junto a Crispo, cuyas frecuentes preguntas sobre todo lo que caía dentro de su campo de visión mostraban que pisaba por primera vez la costa de Palestina.
—“¿Cómo llamas a aquella casa?” —preguntó, señalando hacia un edificio encaramado en un peñasco que dominaba el camino costero.

—“Me han dicho que se llama ‘Beth-tamar’.”
—“Y eso, interpretado, significa ‘La Casa de las Palmas’,” comentó Crispus, sonriendo ante la mirada sorprendida de Tito. “Oh, sé algo de la lengua de estos bárbaros, pues la aprendí en la infancia de uno de los esclavos favoritos de mi padre, un judío cautivo; y mientras el hombre se limitaba a su idioma, todo estaba bien, pero cuando intentó hacerme prosélito de su superstición, fue azotado de inmediato y apartado de mí.”

—“¡Hebreo!” comentó Tito. “Me llevas ventaja. Ojalá pudiera hablarlo, pues entonces quizá Berenice me miraría con más favor. Tal como está, debo decir con Ovidio:

‘Barbarus hic ego sum, quia non intelligor ulli.’
(Aquí soy un bárbaro, porque nadie me entiende.)”

Lo que más hubiera dicho fue interrumpido por una orden pronunciada con voz autoritaria:

—“¡Alto!”

Instintivamente los dos amigos se detuvieron y miraron hacia lo alto. Sobre una estribación baja del peñasco, claramente delineado contra el cielo estrellado, se erguía un hombre alto con túnica flotante.

—“¿Quién eres tú que ordenas a dos romanos detenerse?” —preguntó Tito, altivamente.

—“El siervo de un rey” —fue la respuesta, pronunciada en latín, aunque sin el verdadero acento latino.

—“¿El nombre de tu señor?” —preguntó Tito, con recelo.
—“Polemo, rey del Ponto.”

Ante esto, Crispus y Tito se miraron, considerando extraño encontrarse así relacionados con el monarca de quien acababan de hablar.

—“Tengo un mensaje” —continuó el desconocido— “para Crispo Cestio Galo.”

—“Ese es mi nombre” —respondió el aludido—. “¿Qué desea el rey de mí?”

—“Mi señor real te ordena detenerte una hora con él antes de proseguir hacia Cesarea.”
—“¿Dónde se encuentra el rey?”

—“Dentro de los muros de su mansión, Beth-tamar.”

—“¿Y si sigo mi camino, desatendiendo la orden del rey…?”

—“Seguirás… y perderás un alto destino.”

—“Ve pronto y di a tu señor que Crispo viene con su amigo, Tito Flavio.”
El hombre había aparecido de repente; con igual rapidez desapareció. Ordenando a sus dos esclavos que aguardaran su regreso, Crispo se desvió del camino marítimo y comenzó a ascender por la áspera pendiente. Su pronta aquiescencia al deseo del desconocido fue vista con cierta inquietud por Tito, quien, sin embargo, pronto fue tranquilizado por Crispo.

—“Polemo, en este asunto,” dijo, “actúa como su propio mensajero, pues fue él quien habló con nosotros.”

—“¿El mismo rey?” —dijo Tito, muy sorprendido.

—“Así es,” respondió Crispo. “Podemos entrar en Beth-tamar con total seguridad. No estoy del todo desprevenido para este encuentro. Al partir de Antioquía, mi padre me dijo: ‘En tu camino hacia Cesarea puedes encontrarte con el rey Polemo, quien tiene una propuesta para ti. Te dejo libre de aceptarla o rechazarla, pero, si te dejas guiar por mí, harás lo que él te pida, por extraño que parezca.’”

Palabras como estas movieron a Tito a maravillarse, y se volvió casi tan ansioso como Crispo por el encuentro con el rey póntico.

Al llegar a la plataforma que formaba la cima del peñasco, los dos romanos vieron ante sí un edificio rectangular, macizo y espacioso, formado, como la mayoría de las construcciones de la región, con bloques de piedra caliza: una estructura desnuda y de aspecto apagado; pero la casa oriental no debe juzgarse por su exterior, pues un aspecto costoso sugiere riqueza, y en Oriente, entonces como ahora, la riqueza es tentación para los poderes establecidos.

Dentro del arco de entrada estaba un esclavo que, con profunda reverencia, invitó a los dos amigos a seguirlo. Atravesando un pasaje de piedra, pronto emergieron en un amplio patio abierto al cielo: habitaciones con ventanas enrejadas daban a este patio, y hacia una de ellas condujo el esclavo a los visitantes, dejándolos allí. La estancia era de carácter oriental: un diván acolchado recorría las paredes de mármol que relucían con arabescos dorados y lapislázuli. En medio del pavimento teselado había una fuente, cuyas aguas centelleaban con brillo dorado bajo la suave radiación de las muchas lámparas colgantes del artesonado superior.

Al entrar los dos romanos, salió a recibirlos el mismo hombre que había hablado desde el peñasco, un hombre de presencia grave y majestuosa, cuyos rasgos clásicos aún pueden estudiarse en las monedas conservadas del reino del Ponto. Había dejado el tosco atuendo que llevaba afuera y aparecía ahora con una majestuosa túnica de púrpura real. En su dedo brillaba un anillo de oro, adornado con un camafeo esculpido con la cabeza en miniatura de Nerón, hecho significativo, pues el uso de tal anillo estaba permitido solo a quienes gozaban del alto privilegio de libre acceso a la presencia del Emperador.

—“¡Bienvenidos a Beth-tamar!” —fueron las primeras palabras del monarca—. “Sabiendo que os acercabais a Cesarea,” continuó, dirigiéndose a Crispo, “me he atrevido a interceptar vuestro viaje.”

—“¿Con qué propósito?”

—“¿No te lo ha dicho tu padre?”

Crispo respondió negativamente. Polemo pareció sorprendido; vaciló y miró a Tito como si su presencia fuera un estorbo. Adivinando sus pensamientos, Crispo habló:

—“Tito es mi fidus Achates. Que el rey no lo tome a mal, pero lo que se diga debe decirse delante de él.”

—“Sea así,” dijo Polemo tras breve pausa. “Debéis, sin embargo, ambos dar palabra de que la propuesta que voy a hacer, sea aceptada o rechazada, se mantendrá en secreto hasta el momento en que yo decida que se conozca.”

—“El carácter del noble Polemo,” replicó Crispo, “es garantía suficiente de que no me pedirá nada deshonroso ni perjudicial para los intereses del Estado romano.”

—“Lejos de mí tales pensamientos. Mi propósito es añadir a su fuerza.” Asegurados así, tanto Crispo como Tito prometieron guardar sagrado lo que el rey quisiera revelar.

—“¡Bien! Para ir de inmediato al asunto, pues no amo las muchas palabras, sabéis sin duda mi desgracia de no tener hijo que me suceda en el trono. Soy,” añadió con tristeza, “el último de mi raza. En estas circunstancias nuestro señor Nerón me ha concedido la gracia de nombrar un sucesor, con la condición necesaria de que mi elección recaiga en un hombre leal al Imperio. A tal hombre lo he hallado.”

Se detuvo y miró a Crispo, cuya cabeza comenzó de pronto a girar con una audaz esperanza. ¿Podría ser que él mismo fuese…?

—“Si,” continuó Polemo, “si la lealtad a Roma es la primera cualificación de mi sucesor, ¿quién más leal que un romano mismo? ¿Quién más probable de obtener la aprobación del Senado que uno de la orden senatorial? Por estas razones, entonces, y porque tus hechos pasados han mostrado que eres digno de la dignidad, tengo pensado, dentro de tres años, conferirte el cetro del Ponto. ¿Qué dices a esto?”

Al principio Crispus no pudo decir nada por el asombro. Luego, recobrando algo de calma, comenzó con entusiasmo a interrogar al rey, y lo halló, en apariencia, sincero en su ofrecimiento.

Ahora bien, aunque Polemo había subrayado la valía de Crispo, éste albergaba en secreto la creencia de que el rey estaba movido por algún motivo ulterior.

Recordó una frase de su padre: “Hay fuego dentro de Polemo, pese a su exterior frío. Me parece un hombre que, habiendo recibido una gran ofensa, medita un plan de venganza —sí, y dedica toda su vida a ello. El arma puede tardar años en forjarse, pero cuando esté forjada caerá, rápida, terrible.” Recordando estas palabras, Crispo empezó a preguntarse si la oferta recién hecha no era parte del plan de venganza del rey. ¿Sería elevado al trono sólo para traer amargura a algún enemigo ambicioso? Crispo tenía una objeción razonable a ser utilizado

con tal propósito; pero, aun así, ¿qué importaba? Aquí estaba la oportunidad de obtener una espléndida dignidad, y sería necio dejar que sus escrúpulos acerca del motivo del otro interfirieran con su ambición.
¡Un rey!
—“Todo está comprendido en esa palabra,” dijo Poros.

¡Qué fantasías se agolpaban en la mente de Crispo al tratar de imaginar el futuro!

Sería un padre para su pueblo; regularía sus finanzas; fomentaría su comercio; aumentaría el ejército; promovería el uso de la lengua latina y alentaría la cultura griega. En los valles del Cáucaso, lindantes con su reino, había tribus salvajes que nunca habían reconocido a un conquistador. Refrenaría sus incursiones predatorias y aumentaría su territorio a costa de ellas. Más aún, podría incluso atravesar aquella poderosa barrera montañosa y llevar sus armas sobre Escitia, región que había desafiado los intentos del persa, del griego y del romano. ¿Por qué no ser en el Norte lo que Alejandro había sido en el Oriente y César en el Occidente? Luego, cuando su reino se hubiera ampliado y latinizado, actuaría como patriota y transferiría su dominio al Senado, convirtiéndolo en provincia de la poderosa Roma.

Sueños, quizá, pero en tales sueños han tenido a veces su origen los imperios.
—“¿Qué respuesta das?”

—“Por ahora, ninguna,” respondió el cauto Crispo. “¿Va acompañado tu don de alguna condición?”

—“Sólo una. Quien elige al rey del Ponto debe también elegir a su reina.”

—“En otras palabras, debo tomar esposa, una esposa elegida por ti.”

—“Así es.”

—“¿Y si no lo hago… no hay cetro?”

—“Bien dicho. El don del reino depende de que tomes por esposa a la dama de mi elección. Ambos van juntos.”

—“¿Y qué fecha fijas para nuestras nupcias?”

—“Esta misma noche… más aún, esta misma hora.”

—“¿Esta noche? ¡Por los dioses! ¿Lo oyes, Tito?”

—“La dama está aquí, pues, creyendo razonablemente que no rehusarías un trono, la he hecho traer.”

—“¿Su nombre?”

—“Llámala Atenaís, pues ése será el nombre que tomará como reina.”

—“¿No he de conocer su verdadero nombre? ¿Cuál es su rango?”

—“Superior al tuyo, pues es de sangre real.”

—“¿Es de hermosa figura, confío?”

—“Zeuxis nunca delineó rostro ni forma más bellos.”
Estas palabras avivaron la curiosidad de Crispo. Expresó el deseo de ver a su futura esposa.

—“No la verás; estará velada durante la ceremonia. Tampoco oirás su voz, pues no hablará. Cuando el rito termine, reanudarás tu viaje a Cesarea.”

—“¡Sin ver el rostro de mi esposa!” exclamó Crispo, asombrado. ¿Había jamás propuesta de matrimonio tan extraña?

—“Es mi voluntad que no sepas a quién has desposado. La dama es hermosa, de alto linaje y trae una corona como dote. ¿No basta eso?”

—“¿Y cuándo me será revelada mi esposa?”

—“El día en que asumas el cetro.”

—“¿Y la fecha de ese acontecimiento?”

—“Como he dicho, al cabo de tres años.”

—“La palabra de Polemo es su garantía,” dijo Crispo, “pero considerando que —¡absit omen!— podrías morir antes de que pasen los tres años, ¿qué garantía tendré entonces de la debida ejecución de tu promesa?”

—“Ésta,” respondió el rey, sacando un pergamino y desenrollándolo. “Será tuya tan pronto como concluya la ceremonia nupcial.”

Crispo recorrió con la vista el pergamino y vio que era lo que los juristas romanos llamarían un instrumentum —en otras palabras, un documento legalmente ejecutado, que lo constituía heredero de Polemo en la soberanía del Ponto. Estaba suscrito con la firma del rey y, lo que era de mucho más peso, con la del mismo Nerón.

—“¿Consientes?”

—“Consiento.”

—“Considera bien; recuerda que debes comprometerte a permanecer fiel a Atenaís, quien a su vez se compromete a permanecer fiel a ti. Si en este intervalo se te hallara quebrantando tu voto al ofrecer amor a alguna mujer —sí, incluso aunque fuese a tu propia esposa desconocida”— Crispo sonrió ante la suposición— “perderías la corona del Ponto.”

—“Tus condiciones son extrañas, pero las acepto.”
—“¿Estás listo para casarte?”
—“Esta misma hora.”

—“¿Prometes no levantar su velo? ¿Estás conforme en no oír su voz? ¿Estás dispuesto a partir tan pronto como concluya el rito? ¿Prometes, junto con tu amigo, guardar secreto sobre lo acontecido esta noche?”

Había un brillo de triunfo en los ojos de Polemo cuando los dos romanos dieron su asentimiento a tales condiciones. Ello confirmó a Crispo en su creencia de que el rey lo utilizaba como instrumento de venganza. Pero, como antes, se dijo a sí mismo: “¿Qué importa?”

—“¿Con qué ritos nos casamos?” preguntó Crispo.

—“Con las palabras acostumbradas en vuestras ceremonias nupciales romanas, confirmándolas al colocar este símbolo en el dedo de la novia,” respondió Polemo.

Le entregó a Crispo un anillo de oro. Estaba engastado con un rubí, sobre cuya superficie se hallaba grabado, con arte bello y prodigioso, un motivo que hizo pasar un rápido gesto de sorpresa por el rostro de Crisp0. Mientras lo giraba lentamente y de manera mecánica en su mano, el rubí lanzaba destellos que hacían desaparecer lo esculpido en la gema como si se desvaneciera en una llamarada de fuego. Ante aquella visión Crispo dio un gran sobresalto y lanzó una mirada inquisitiva al rey, quien respondió con una sonrisa llena de significado oculto. Tito, que tomaba debida nota de todo, estaba naturalmente bastante desconcertado; se abstuvo, sin embargo, de comentar, creyendo que Crispus lo iluminaría más tarde.

«Sígueme», dijo Polemo y, levantando una cortina, condujo el paso hacia otra cámara tan débilmente iluminada por una sola lámpara que las partes alejadas de la luz apenas podían distinguirse, disposición debida, sin duda, a la determinación de Polemo de que Crispo viera lo menos posible de su esposa. En la penumbra dos figuras veladas aguardaban, apenas visibles.

De la que estaba un poco más atrás Crispo no tomó nota, pues era evidentemente una sirvienta. Fue la otra quien atrajo sus ojos. Esbelta y de estatura mediana, vestía el atuendo usual de una novia romana, la túnica recta, larga túnica blanca con un ribete púrpura, ceñida a la cintura con un cíngulo. El flammeum, o velo, que ocultaba por completo sus facciones, era de un vivo color amarillo, al igual que sus delicados zapatos. El peinado con la punta de lanza, propio de la ocasión, había sido omitido; su cabeza estaba cubierta por una cofia tan bien dispuesta que no dejaba ver un solo cabello. Tan completamente estaba oculta su persona que, cambiándole el vestido, nada habría por lo cual él pudiera reconocerla si la encontrase de nuevo esa misma noche.

Aunque Crispo no podía ver sus ojos, sabía muy bien que ella lo observaba con tanta atención como él a ella, escrutinio en el cual toda la ventaja estaba de su lado. Permanecía muda e inmóvil, evidentemente aguardando el beneplácito del rey.

«Athenaïs», dijo él, «este es tu esposo».

Ella hizo una ligera reverencia a Crispo, acto sencillo, pero ejecutado con una gracia que lo encantó.

Él ignoraba qué relación tenía Polemo con la novia, pero su modo de hablar implicaba una cuasi autoridad sobre ella, y dado que en aquellos días era costumbre que padres y tutores dispusieran los matrimonios con escasa consideración por los sentimientos de los directamente implicados, Crispo no pudo evitar preguntarse si se habría ejercido presión sobre Athenaïs para inducirla a consentir la unión. Lo averiguaría.

«Señora», dijo, «estoy dispuesto a casarme, pero sólo bajo el entendido de que vienes a mí sin coacción. Por tanto, si me aceptas de tu libre voluntad, testifícalo —ya que te está prohibido hablar— adelantando dos pasos».

Athenaïs vaciló, pero sólo un instante. Con lo que él sintió como una mirada agradecida, avanzó dos pasos.

«Un acuerdo mutuo», sonrió Polemo. «Así debe ser».

Susurró algo al oído de la novia que Crispus no alcanzó a oír. Fuera lo que fuese, provocó en ella una risita, tan dulce y argentina, que Crispo se sintió de inmediato en simpatía con ella.

«¡Si su rostro es tan hechicero como su risa!», pensó él.

Pero aquella risa, aunque encantadora para Crispo, tuvo un efecto muy distinto en Tito. Un espectador atento lo habría visto estremecerse violentamente y palidecer. Parecía a punto de estallar en palabras, pero conteniéndose, permaneció mudo, toda su actitud expresando abatimiento, sentimiento que pareció acrecentarse conforme avanzaba la ceremonia nupcial. Crispo, ocupado en lo suyo, no advirtió la agitación de su amigo.

A una señal de Polemo, Crispo se acercó a Athenaïs, Tito actuando como paranymphus, o, en frase moderna, «padrino», y la asistente velada desempeñando oficio semejante para la novia.

Athenaïs, dirigida por el rey, extendió una mano blanca y bien formada, que Crispo tomó en la suya.

Si sus sentimientos se parecían a los de Crispo debía sentirse como en un sueño, pues él apenas podía creer real la escena. Una hora antes habría reído si alguien le hubiese profetizado un matrimonio tan temprano, y sin embargo allí estaba, a punto de casarse con una mujer cuya historia pasada ignoraba, mujer de la que, apenas concluida la ceremonia, debía separarse sin ver su rostro, sin recibir siquiera una palabra, separarse por un tiempo que no se mediría en meses, sino en años. ¿Qué pensarían sus amigos en Roma de un matrimonio contraído bajo auspicios tan extraños? «¿Cásase Crispo como un necio se casa?», sería sin duda su comentario.

Sin embargo, podía decirse esto de su acto: tenía la sanción de su padre, y con este pensamiento Crispo trató de reprimir sus dudas.

Mecánicamente se encontró repitiendo tras Polemo las palabras finales del rito que lo unía de por vida con la desconocida Athenaïs.

«Dejando a todas las demás y guardándome sólo para ti, yo, Crispo Cestio Galo, patricio de Roma, te tomo a ti, Athenaïs, como mi legítima esposa, para ser públicamente reconocida como tal cuando te plazca reclamarme con esta señal».

Diciendo esto, deslizó en su esbeldo dedo el anillo de oro que Polemo le había dado.

Ningún sonido salió de la mujer que ahora era su esposa, pero su agitación se mostraba en la mano temblorosa, en la respiración acelerada, en la actitud, medio reclinada, en brazos de su asistente.

Su mano pareció cerrarse voluntariamente sobre la de él. La presión vibrante de aquellos bellos dedos le transmitió de algún modo la creencia de que, aunque al principio reacia a acudir a la ceremonia, ahora la contemplaba con agrado, pensamiento que le dio placer a su vez.

La dulce risa que había brotado de ella, el apretón de su linda mano, su disposición a confiarle todo su futuro, conmovieron tanto a Crispo que comenzó a sentir un vivo pesar por tener que separarse de inmediato de ella. Casi se enojó consigo mismo por haber aceptado las duras condiciones impuestas por Polemo.

Al soltar su mano, ella se dejó caer medio desvanecida en brazos de la otra mujer, quien, a una señal de Polemo, procedió a sacarla suavemente de la estancia. Hasta el último instante Crispo mantuvo sus ojos sobre ella, esperando que, pese a Polemo, levantara un rincón de su velo y le diera al menos un vistazo de su rostro.

No fue así. Se desvaneció en las sombras, y él no la vio más.

Los dos romanos caminaron nuevamente por la orilla iluminada por las estrellas, con Bet-tamar muy atrás de ellos.

«¿Qué», preguntó Tito, quien desde la ceremonia nupcial había permanecido extrañamente silencioso, «qué estaba grabado en la piedra del anillo nupcial para que te sobresaltaras así?»

Poca claridad obtuvo de la respuesta de Crispo:
«¡La imagen de un templo en llamas!»

CAPÍTULO II
EL BANQUETE DE FLORO

En la mañana siguiente a su llegada a Cesarea, Crispo recibió en su alojamiento la visita de Gessio Floro, procurador de Judea, quien, enterado de la venida de Crispo, no perdió tiempo en presentarse ante el hijo del legado sirio, aquel legado cuya palabra era todopoderosa en Oriente.

El conocimiento previo había predispuesto a Crispo a formarse una opinión desfavorable de Floro, opinión que se fortaleció al ver al hombre mismo. Griego de Clazómenas, de mente superficial y ningún verdadero romano, había alcanzado el procuradorado de Judea no por mérito, sino por la influencia de su esposa Cleopatra, íntima amiga de la emperatriz reinante, Poppæa.

Floro, aunque nacido en Jonia, tenía poco de la gracia usualmente asociada con aquella región, y de no saber Crispo lo contrario, habría tomado al gobernador —con su cabeza redonda como bala, sus furtivos ojos pardoverdes y su mandíbula pesada y brutal— por miembro de aquella fraternidad pugilística cuyas hazañas con el cæstus eran el deleite de las clases bajas romanas.

Deseaba que Crispo formara parte de un gran banquete que se celebraría esa noche en el Pretorio, o palacio procuratorial.

Crispo estaba a punto de declinar el honor, cuando pensó en Athenaïs. Por lo que sabía, bien podía ser residente en Cesarea, y si así fuera, su “sangre real” ciertamente le daría derecho a una invitación. Podría hallarse entre los convidados. Iría, aunque sería difícil, si no imposible, reconocerla.
Floro se retiró con aparente regocijo.

En cuanto a Tito, partió ese mismo día hacia Roma, embarcándose en el buen navío Stella.

«No hay esperanza de que jamás conquiste a Berenice», dijo, sin dar razón alguna para llegar tan súbitamente a tan lúgubre conclusión.

Antes de su partida, sin embargo, prestó a Crispo un buen servicio al presentarle a un bravo y digno romano, de nombre Terencio Rufo. Era capitán de la guarnición apostada en Jerusalén, y había venido con su cohorte a Cesarea para ayudar en la represión de los disturbios que casi con certeza surgirían con la próxima publicación del edicto de Nerón relativo a la precedencia reclamada por judíos y griegos.

Terencio Rufo, como Crispo, había recibido invitación al banquete de Floro, y así, a la hora señalada, ambos se presentaron en el Pretorio.

Al llegar al salón destinado al festín, llamado Neronium en honor del emperador reinante, se detuvieron un momento en la entrada para contemplar el espectáculo. El salón de mármol, sostenido por columnas de pórfido y resplandeciente con la luz de mil lámparas, era un cuadro de brillo, movimiento y color. Dulces especias ardían en trípodes dorados; las flores más raras resplandecían en vasos esculpidos; los lechos de marfil con cojines púrpura, la ostentosa profusión de vajilla de oro y plata, los ricos vestidos y joyas de las damas, componían una escena destinada a vivir largo tiempo en la memoria de Crispo.

Se maravilló de ver tal esplendor en la sala de un gobernador provincial.
«¿De dónde obtiene Floro la riqueza que le permite tal despliegue?», preguntó.
«Hay otros que también quisieran respuesta a esa pregunta», replicó Rufo, misteriosamente.

«¿Dónde está Floro?», preguntó Crispo, mirando alrededor sin ver al procurador.

«Probablemente haciéndose cosquillas en la garganta con una pluma para provocar el vómito», respondió Rufo, aludiendo a la repugnante costumbre practicada por muchos romanos de aquella época para crear apetito. «Puedes confiar en que hará plena justicia al banquete».

Crispo no tardó en reconocer entre los invitados aquel tipo de fisonomía que, grabada en monumentos egipcios mucho antes de la fundación de Roma, ha continuado casi inmutable hasta el presente.

«Hay muchos judíos aquí esta noche», observó.
«Y judías también», replicó Rufo; «y aquí viene la más hermosa de todas, apoyada en el brazo de Floro. ¡Por maravilla está sobrio!»

Hubo un súbito silencio de lenguas cuando dos esclavos, inclinándose, levantaron la cortina que cubría cierto arco para dar entrada al procurador.

Al mirar alrededor, Floro divisó de inmediato a Crispo y avanzó para darle la bienvenida. Lo acompañaba una dama, nada menos que la princesa Berenice, y al contemplarla Crispo pensó que no era de extrañar que Tito se hubiese enamorado de ella a primera vista. Tenía cabellos oscuros y ojos negros como estrellas, y un rostro que, radiante de sonrisa como lo estaba en ese momento, era perfectamente deslumbrante en su hermosura. Su figura, tan bella como su rostro, estaba vestida con una túnica de seda púrpura, bordada con flores de oro y adornada con las más costosas perlas.

Saludó a Crispo con dulce sonrisa de reconocimiento.

«No me descuides esta noche como lo hiciste en Antioquía», dijo medio en broma, y luego, lanzándole una mirada hechicera, pasó con Floro a su lugar en el banquete. Mientras el procurador se reclinaba de lleno en el lecho, Berenice permanecía erguida a su lado, pues la postura asumida por los hombres en el festín se consideraba impropia en las mujeres.

Crispus y Rufo tuvieron asientos asignados en el lecho contiguo al de Floro, y sobre el mismo reclinaba con ellos un hombre de mirada aguda y astuta, que,

según informó Rufo a Crispo, se llamaba Tértulo y era un distinguido orador forense.

«Observa bien su noble nombre», dijo Rufo riendo. «Tértulo, triple Tulio. ¿Qué podría ser más adecuado para un orador? Hazme caso, Crispo», continuó, «si tienes un pleito mientras estés en Cesarea, no dejes de emplear a mi amigo Tértulo, que jamás emprendió un caso que no ganara».

«Salvo una vez», corrigió Tértulo. «Pablo de Tarso escapó de la lapidación que le teníamos destinada».

«Ah, lo olvidaba. El perro, parece, es ciudadano romano. Apeló a Nerón, quien lo dejó libre».
«¿Y cuál fue el resultado?», comentó Tértulo. «Pocos meses después Roma ardía en llamas, encendidas por manos de sus discípulos. ¡Los miserables! ¡Enemigos del género humano! Sólo conozco una clase de hombres más vil que ellos, y es la secta de los Zelotes, cuya última víctima soy yo».

«¿Qué quieres decir?», preguntó Rufo.

«¿No lo has oído? ¿No? Pues bien, hace unos días viajaba de Jericó a la capital judía. Conociendo el estado del país, me uní a una caravana armada que iba en la misma dirección. Tomamos un largo rodeo hacia el norte para evitar el temido paso de Adummim; todo en vano. Manahem y sus Zelotes, como buitres que huelen su presa de lejos, se lanzaron sobre nosotros. Fui uno de los pocos que escaparon. ¿Cuándo va a enviar Floro una expedición contra esa gavilla de ladrones?»

«¿Perdiste algo?»

«Algo de vajilla de oro y —lo que más atesoraba sobre todas las cosas terrenales — un vaso de mirrina, tan precioso que lloro al recordarlo.»

«Pues no lo recuerdes», dijo Rufo. «Vuelve a un tema más grato: la princesa Berenice. Esta noche se ve más encantadora y juvenil que nunca. Ahora bien, ¿qué edad le calcularías?» continuó, dirigiéndose a Crispo.

«No mucho más de veinte», aventuró él.

Rufo rió complacido.

«¡Pero si hace dieciséis años que casó con Polemo! No puede tener menos de treinta y ocho.»

Crispo se sorprendió al oírlo.

«Hay muchas jóvenes aquí esta noche», dijo, «que parecen mayores que la princesa.»

«Berenice se esmera en extremo por conservar su hermosura», observó Rufo. «Se dice que, como Poppæa, se baña diariamente en leche de asna para mantener su piel suave y flexible.»

Floro dio entonces la señal del festín, y entró una comitiva de lindas doncellas griegas con canastillos de guirnaldas, pues cenar sin estar coronado habría sido apartarse del uso elegante. Berenice escogió una guirnalda de violetas; Floro hizo igual elección.

«La flor honrada por una princesa debe ser también mi elección», murmuró él. Este pequeño juego no pasó inadvertido a Crispo.

«Floro está locamente enamorado de ella», comentó Rufo. «En cuanto a eso, ¿quién no lo está?»

«Pensaba que Floro ya tenía esposa», dijo Crispo.

«Eso no es obstáculo en estos días laxos, cuando un hombre toma nueva esposa cada año. Se murmura que Floro contempla divorciarse de Cleopatra.»

«¿Dónde está Cleopatra en este momento?», preguntó Crispo.

«En Roma», respondió Tértulo, mientras se colocaba una guirnalda de rosas en la cabeza, «cuidando de los intereses de su precioso marido. Él aprovecha su ausencia para cortejar a Berenice, que nada siente por él y no pretende dañar a Cleopatra. No debe condenarse demasiado pronto a Berenice», continuó, notando el ceño de Crispo. «Su proceder en este asunto, como en todos, se guía por dos motivos: amor a su pueblo y amor a su propia superstición. Ahora bien,

Floro, en el ejercicio de su procuraduría, puede, si lo desea, infligir daños al pueblo judío, y también, aunque en medida limitada, entrometerse en la administración de su culto público. ‘Pero’, razona nuestra bella Berenice, ‘no es probable que adopte tales cursos mientras procura ganarme, siendo yo judía. Por tanto, por el bien de los judíos lo entretendré con esperanzas.’ Y ahora, tras este largo discurso», añadió Tértulo, «dejemos que coma. Veo que llegan las morenas, y son mi plato favorito.»

Y puesta ante él la delicadeza, Tértulo se aplicó a ella. Al cabo de un rato levantó la voz y se dirigió al procurador.

«Yo mismo, oh Floro, he prestado gran atención a la cría de morenas, pero confieso que nunca logro que alcancen el delicado sabor de las criadas por ti.» Dos o tres invitados hicieron observaciones semejantes.

Floro sonrió con el aire de un hombre que, habiendo descubierto una excelente cosa, está resuelto a guardarla para sí.

«Ahora bien, es precisamente porque sé cómo se adquiere ese delicado sabor», susurró Rufo, «que evito participar de ese plato.»

«Por el tridente de Neptuno», dijo Tértulo, «quisiera que me revelaras el secreto, pues soy muy aficionado a las morenas.»

«Pues guárdalo en secreto, porque Floro quizá no me agradezca que lo diga. Siempre que uno de sus esclavos comete una falta digna de muerte, el pobre desgraciado, en vez de ser ahorcado, es arrojado a la piscina para alimentar a las morenas. Por los dioses, no bromeo», añadió, al notar la incredulidad en el rostro de Tértulo. «Atrapa a su principal piscinarius en un rincón, ponle un puñal al cuello, y confesará que lo que digo es verdad.»

Como la ley romana otorgaba al amo poder de vida y muerte sobre sus esclavos, la práctica peculiar de Floro no provocó en Crispo el horror que expresaría un hombre del siglo veinte ante tal hecho. En cuanto a Tértulo, llegó incluso a insinuar que podría adoptar la práctica él mismo.

«Si un esclavo debe morir», argumentó, «que muera de modo que aumente el deleite de su amo.»

Crispo procuró cambiar el tema de conversación preguntando a Rufo el nombre del hombre ricamente vestido que se reclinaba a la izquierda de Floro; era un personaje de aspecto majestuoso, piel oscura, cabellos y barba cuidadosamente arreglados. Al inicio del festín había sacado un pequeño cofrecillo de marfil, del cual produjo una áspid que inmediatamente se enroscó en su brazo desnudo, y allí permanecía, participando de cuando en cuando de los bocados que su dueño le ofrecía.

«Ese», respondió Tértulo, «es Teomantes, sacerdote de Zeus Cesario y hábil adivino.»

«Y la serpiente que lleva consigo, si eres lo bastante necio para creerlo», comentó Rufo, «es una encarnación del gran Zeus mismo. Puedes ver por el lugar que se le ha asignado a Teomantes cuán altamente es estimado. Todo gobernador romano hoy día debe tener un adivino a su servicio, y Floro no quiere quedar fuera de la moda. Es este Teomantes quien provee a nuestro procurador del líquido para su baño diario.»

«¿El líquido? ¿Qué líquido?»

«Pues no agua, que basta para mortales comunes como tú y yo, ni tampoco leche, que la bella Berenice halla excelente como cosmético. El gusto de Floro se inclina en favor de la sangre.»

«¡Sangre!» exclamó Crispo.

«Así es. ¿No sabes que algunos médicos consideran la sangre muy eficaz para fortalecer el cuerpo humano cuando se halla exhausto por el libertinaje? Nuestro buen gobernador se baña diariamente en un fluido sanguinario extraído de las venas de bueyes sacrificados, su supersticiosa fantasía llevándolo a creer que habrá más virtud en sangre de esa clase. Oh, no es una práctica rara, te lo aseguro. Incluso hemos tomado del griego un nombre para ello, llamándolo taurobolium.»

«Cada cual con su gusto», comentó Crispo secamente; y continuando sus indagaciones acerca de los invitados, preguntó: «¿Quién es ese hosco anciano de barba gris que yace junto a Teomantes?»

«Ananías, hijo de Nebedeo, en otro tiempo sumo sacerdote de los judíos», respondió Rufo.

«¡Y un bribón!» comentó Tértulo. «En su acusación contra Pablo de Tarso ante Félix me empleó como abogado, y aún no me ha pagado mis honorarios. Pero me las verá conmigo.»

«¿Notas», prosiguió Rufo, «cómo, de cuando en cuando, Ananías fulmina con la mirada a Teomantes? Considera que él mismo debería estar sentado junto al gobernador.»

«Bien puede quedarse con el puesto por mí», rió Crispo. «¿Y quién es la bella doncella a su lado? ¿Su hija?»

«¡Hija no, por cierto!» replicó Rufo. «Esa es Asenat, una bailarina siria, y su última favorita.»

«Debo confesar, aunque a regañadientes, que tiene buen gusto», dijo Tértulo; «es un delicioso abrazo.»

«Y desea, como ves, que lo notemos», observó Rufo.

La joven en cuestión era una hermosa morena, vestida con una túnica coana que, aun en aquella edad decadente, se consideraba algo demasiado extrema, pues consistía en seda tan transparente que las bien formadas extremidades de la portadora podían verse como a través de vidrio coloreado.

Y obsérvese que no era la única mujer en el banquete vestida con tal diafanidad. «Esa es la joven», continuó Rufo, «por complacer a la cual quemó en su propia casa el incienso que no es lícito quemar en ningún lugar salvo en el altar del templo judío. Y como ella tuvo curiosidad de ver el culto judío, Ananías hizo alfombrar el camino desde su casa hasta el templo para sus lindos pies, y cubrirlo con toldo para protegerla del sol. Y él mismo era tan delicado que solía usar guantes de seda en el altar para no manchar sus finos dedos con la sangre de los sacrificios; aunque por qué un saduceo, como él, querría adorar a Dios es un misterio para mí. En opinión de Ananías, el hombre muere como muere un perro. Me parece que un Dios que crea al hombre del polvo sólo para volverlo polvo otra vez apenas merece adoración. ¿Qué opinas?»

«El viejo Homero podría haberle enseñado mejor doctrina que esa», replicó Crispo.

La conversación, como se ve, tomaba un giro teológico; algo semejante ocurría en el triclinio contiguo de Floro.
«Odio a esos cristianos tanto como tú», dijo el procurador a Berenice. «Pero Nerón nos ha enseñado cómo tratarlos. ¿Y dices que aún hay algunos de esta secta en Jerusalén? Pensaba que mi predecesor Albino, al dar muerte a Santiago, hermano de ese tal Cristo, había acabado con esos fanáticos. Tendrás tu voluntad, princesa. Dentro de una semana de mi llegada a Jerusalén no quedará cristiano vivo.»

«¡Que los dioses confundan a esos cristianos!» dijo Tértulo en voz alta. «Cada día se vuelven más desquiciados y más locos en sus blasfemias. Ahora tienen el descaro de afirmar que ese Cristo suyo, que murió en el decimoctavo año de Tiberio César, era algo más que un hombre, que ese campesino galileo era en verdad una manifestación de la deidad suprema, creador del universo, y el gran To Pan de que habló el divino Platón.»

Ante estas palabras Crispo se sobresaltó con sorpresa.

«¿Cuándo dices que murió aquel Cristo?» preguntó con cierta premura.

«En el decimoctavo año de Tiberio César», respondió Tértulo.

«¿En qué mes?»

«El día catorce de Nisán, según el calendario judío.»
«Que en nuestro cómputo sería el siete de abril», explicó Rufo, tras un rápido cálculo mental.

La sorpresa de Crispo pareció profundizarse.
«¿Y dices que los cristianos llaman a su fundador To Pan? ¡Extraño!» murmuró.
«¿Por qué?» preguntó Floro.

«Podría contar una curiosa historia de aquel mes y año. Pero, ¡bah!, dejémoslo.»

«No, no lo dejemos», exclamó Floro, y pensando honrar a Crispo, dijo a los que estaban cerca: «Silencio, amigos, para la historia del noble Crispo.»

Todas las miradas se fijaron en Crispo, quien vaciló un momento, y luego, viendo la expectación escrita en los rostros de los invitados, comenzó:

«Pues bien, ya que lo queréis: En el tiempo mencionado, es decir, el mes de abril del decimoctavo año de Tiberio, aconteció que en el mar Jónico se hallaba un navío mercante rumbo a Italia. Era el crepúsculo; la brisa había cesado, y la nave yacía encalmada frente a la isla de Paxos. De pronto el silencio que reinaba sobre tierra y mar fue roto por una voz que venía de la solitaria costa —una voz clara y solemne, que infundía temor a todos los que la oían, pues parecía apenas pertenecer a la tierra. "¡Thamus!", clamó. Ahora bien, el piloto de la nave era un tal Thamus, egipcio, hombre humilde y oscuro, ni siquiera conocido por nombre entre los de a bordo. Lleno de miedo, dejó que lo llamaran dos veces antes de responder. A la tercera halló valor para preguntar: "¿Qué quieres?" Y así replicó la voz: "Cuando llegues a Pelodes, clama en alta voz que el gran Pan ha muerto." Eso fue todo; nada más. Los pasajeros, asombrados y sobrecogidos por el suceso, debatieron entre sí si sería prudente obedecer la misteriosa voz. Thamus mismo resolvió el asunto: si al llegar al lugar señalado hubiese viento suficiente para hinchar las velas, pasaría en silencio; pero si no, proclamaría el mensaje. La brisa refrescó, la nave avanzó, pero al llegar a Pelodes no progresó más, pues el viento cayó de nuevo. Entonces Thamus, poniéndose en la proa, volvió su rostro hacia la tierra y gritó con fuerte voz: "¡El gran Pan ha muerto!" Y de la hasta entonces silenciosa costa se alzó un sonido como de multitud, un clamor de llanto y lamentación salvaje.»

Tal fue la historia contada por Crispo, y terminó con la extraña sensación de que su relato no había complacido ni a la parte judía ni a la gentil de sus oyentes. «¿De dónde sacas esa historia?» preguntó Teomantes con aire algo altanero. «De mi padre, él mismo pasajero en esa nave.»

«¿Quiénes fueron los que emitieron esos sonidos?»

«Seres más que mortales; de ello está convencido.»

«¿Dioses y demonios?»

«Puede ser.»

«¿En actitud de lamento?»

«Un gemido como de desesperación, así describe mi padre el sonido.»
«¿Dioses en desesperación por la muerte de alguien? ¿Y esto ocurrió en Grecia en el decimoctavo año de Tiberio? ¿Quieres que creamos que el Cristo crucificado por Pilato y el "Gran Pan" de tu historia son uno y el mismo, y que su muerte ha causado la ruina de los dioses?»

«Difícilmente adoptaría esa explicación, pues creo en la eternidad de aquellos dioses cuyo culto ha hecho tan grande a Roma. La historia es cierta, sea cual fuere su significado», añadió Crispo en un tono cuya aspereza disuadió a Teomantes de hacer más comentarios.

CAPÍTULO III
LA REINA DE LA BELLEZA

Ahora bien, mientras contaba su historia, Crispo se percató súbitamente de la presencia de una joven muy hermosa sentada en un triclinio contiguo. No era tanto su belleza lo que lo atraía, sino la atención que había prestado a sus palabras. Era, con mucho, la más aguda y atenta de sus oyentes, parecía colgar sin aliento de sus labios durante todo el relato; de toda la asamblea, parecía ser la única persona que recibía la historia con agrado.

«Rufo», le susurró, «¿quién es esa joven de hermosos cabellos dorados? A nuestra izquierda, en el triclinio vecino.»

Rufo se volvió con calma para observar a la doncella en cuestión.

«No sé su nombre, ni quién sea. Llegó acompañada de aquel que yace a su lado. Como no veo semejanza entre ambos, supongo que no es su padre.»

El hombre aludido era evidentemente un hebreo, distinguido tanto por sus nobles facciones como por su rico atavío.

«¿Su padre? ¡De ningún modo!» dijo Tértulo. «Ese es Josefo, un judío, y aquella doncella, lo juraría, no es judía. Hay en ella una gracia y una belleza que son enteramente jónicas.»

«¿Quién es ese Josefo?» preguntó Crispo.

«Es sacerdote del primero de los veinticuatro turnos», respondió Tértulo, «y un rabino tan prodigiosamente sabio desde la cuna que, cuando tenía apenas catorce años, sacerdotes ancianos y venerables sanedristas lo consultaban en puntos de la ley demasiado arduos para su propio entendimiento.»

«¿Cuál es tu autoridad para esa historia?» dijo Rufo secamente.

«La mejor autoridad: él mismo. Me lo ha dicho muchas veces. A la madura edad de diecisiete había agotado todo el curso de la filosofía, y había decidido que el fariseísmo es el camino al cielo. Pero aunque fariseo, cultiva la literatura griega, tiene aspiraciones literarias, y se dice que está escribiendo en este momento un tratado que demostrará que nosotros, griegos y romanos, en materia de antigüedad somos meros niños de ayer comparados con los judíos.»

Josefo no interesaba mucho a Crispo, pero la joven sí, y continuó observándola. Probablemente era su primera experiencia en un banquete gentil, y parecía incómoda en medio de aquel nuevo entorno. ¡Y no era para menos! Si las estatuas desnudas y las pinturas voluptuosas que se veían alrededor, las túnicas coanas indecorosas que vestían las mujeres, y la licencia descarada de su lenguaje resultaban desagradables incluso para el pagano Crispo, ¡cuánto más para una doncella educada en los puros y elevados principios del judaísmo! Berenice, ¡ay!, criada en la atmósfera de una corte decadente, podía aprender en el Pretorio de Floro poco que fuese nuevo en materia de perversidad, pero el caso era muy distinto con una joven inocente.

«Si este Josefo es su tutor, no está ejerciendo mucha discreción», pensó Crispo. «El salón de banquetes de Floro no es lugar para traer a una joven.»

En ese momento Ananías, el ex sumo pontífice de los judíos, y Teomantes, el sacerdote de Zeus Cesario, provocaron una distracción.

«¡Ajá!», murmuró Rufo, «sabía que acabarían por reñir.»

Los dos representantes de religiones antagónicas sostenían una disputa animada; a medida que la controversia se encendía, sus voces se alzaban en proporción, hasta que finalmente atrajeron la atención general. Todos los demás en la asamblea dejaron de hablar para escuchar a los contendientes.

«¿Mercurio un ladrón?» exclamó Teomantes. «¡Sea así, entonces! ¿Y no está escrito en vuestras necias escrituras que mientras Adán dormía Dios robó de su costado una costilla que formó en la primera mujer? ¿Qué otra cosa es, entonces, vuestro Dios, sino un ladrón?»

La réplica de Ananías fue anticipada por la princesa Berenice, siempre pronta a defender su religión ancestral.

«Yo te responderé», dijo a Teomantes. «Anoche unos ladrones irrumpieron en mi casa y robaron un vaso de plata.» Se detuvo un momento, y añadió: «Pero dejaron en su lugar uno de oro.»

Los invitados judíos saludaron la pequeña parábola de Berenice con fuertes aplausos.

«¡Júpiter!» rió Floro, «ojalá tales ladrones vinieran cada noche.»

Teomantes volvió al ataque. Acercando su serpiente al rostro de Ananías y haciendo que el reptil soltara un silbido que hizo sobresaltarse al sacerdote hebreo, rió y dijo:

«Mi dios es más grande que el tuyo.»

«Pruébalo», replicó Ananías con desdén.

“¿No está escrito que cuando vuestro Dios apareció en la zarza ardiente, Moisés se acercó, pero al ver a la serpiente, que es mi dios, huyó?”

“Cierto” —respondió Berenice, contestando en lugar del silencioso Ananías—, “y unos pocos pasos bastaron para ponerlo fuera del alcance de la serpiente. Pero ¿cómo huir de nuestro Dios, que llena todo el espacio, que al mismo tiempo está en el cielo y en la tierra, en el mar y en la tierra firme?”

Theomantes, a punto de continuar la disputa, fue detenido por un gesto de Florus, de modo que el sacerdote pagano, con una mirada algo sombría hacia Berenice, se sumió en silencio.

“Tenéis aquí” —comentó Rufus— “un ejemplo de lo que siempre ocurre en Cesarea cuando judíos y gentiles se encuentran. Pero, ¡ah!, aquí llega el vino.” En aquellos días era costumbre comenzar la bebida con una invocación al emperador reinante, y así Florus, mirando alrededor a sus invitados, alzó su copa como señal para que hicieran lo mismo, diciendo al mismo tiempo:
“Amigos, ¡una libación al dios Nerón!”

¡El dios Nerón!

Aunque para la parte pagana de la asamblea aquellas palabras no implicaban impiedad, el caso era distinto para los judíos; pero los presentes pertenecían a la clase mundana que sacrifica la religión a la política, y por ello la mayoría, incluidos el saduceo Ananías y el fariseo Josefo, se prepararon sin vergüenza a unirse a Florus en ofrecer al hombre más perverso de aquella época una libación como a un dios.

Ahora bien, aunque Crispo era pagano, había una cosa en la religión romana que él, como muchos otros, no podía aprobar: la deificación del emperador vivo, especialmente cuando tal deificación se extendía a alguien como Nerón. Y sin embargo, abstenerse de participar en la libación era peligroso, equivalente a incurrir en el delito de læsa majestas; y de todos los crímenes, el mayor, a los ojos del bufón que entonces encabezaba el imperio, era la negativa a reconocer su divinidad.

Fuera lo que fuese, Crispo decidió no tener parte en la libación, y mientras por todas partes se levantaban las copas en preparación, la suya permaneció intacta. Encontró compañero en Rufus y en algunos otros, incluida la doncella desconocida, cuyos ojos expresaban elocuente aborrecimiento.

Él y los de igual pensamiento fueron rescatados de una situación embarazosa por la acción de la princesa Berenice. Con el rostro pálido y aire agitado, se había levantado, y con voz temblorosa de emoción contenida se dirigió a la asombrada asamblea:

“Hubo una vez un rey que reinó en esta misma ciudad, quien en un día señalado pronunció una arenga a su pueblo; y ellos clamaron: ‘¡Es la voz de un dios, y no de un hombre!’ Y porque no reprendió sus palabras, la mano del cielo lo hirió allí mismo hasta que murió. Y aquel rey” —añadió, con un nudo en la voz— “aquel rey fue mi padre.”

El destino de Agripa el Mayor era bien conocido por todos los invitados, algunos de los cuales, en efecto, habían estado presentes en aquel juicio divino —pronunciado por el propio rey herido como divino—, y el recuerdo del acontecimiento, unido a las palabras impresionantes y al solemne porte de su hermosa hija, causó un estremecimiento en la asamblea.

“Y ahora, oh Florus, ¿deseas igual destino para Nerón? Llamarlo dios es atraer sobre él la ira de Aquel eterno, que no permitirá que Su gloria sea dada a otro.” Al sentarse ella, en medio de un murmullo de aprobación de los más sensatos, se hizo súbitamente evidente para Florus que había cometido un gran error. Tan deseoso como estaba de ganar el favor de Berenice, había pasado por alto el hecho de que la libación en la forma propuesta podía ser desagradable para las ideas religiosas de la princesa judía. Aprovechó gustoso la oportunidad de salir de la situación embarazosa respaldando las palabras de Crispo, quien dijo: “La princesa ha hablado bien. No demos, oh Florus, a un mortal, por elevado que sea, el honor que pertenece sólo a los inmortales.”

“Sea como la princesa desea” —dijo el procurador—. “Cambiaremos la fórmula por una en la que todos puedan unirse.” Con ello añadió: “¡A la salud del emperador Nerón!”, y derramó sobre el pavimento teselado unas gotas del vino rojizo, ejemplo que fue seguido por el resto de los invitados, judíos y gentiles por igual.

“Una hermosa copa, oh Floro” —observó Tertulo, contemplando atentamente el cáliz del que el procurador había hecho la libación—. “Me encanta. ¿Se puede pedir verla más de cerca?”

La copa en cuestión era uno de aquellos vasos de murrina importados del lejano Oriente, vasos cuyo delicado material semitransparente era tan misterioso para los antiguos romanos como lo es para el anticuario moderno.

“Recuerda mis palabras” —susurró Tertulo a Rufus— “si no hallamos en un lado de esa copa una veta natural de púrpura que se curva en forma semejante a una lira griega.”

Floro, siempre complacido de que se reconociera la excelencia de sus tesoros, se dirigió a una esclava:

“Muchacha, pasa esta copa al noble Tertulo. Juez del arte, sabrá apreciar tal obra. ¡Por los dioses, cuida cómo la llevas!”

La muchacha, obedeciendo, entregó el vaso a Tertulo. Su principal belleza consistía en la gran variedad de colores y las venas ondulantes que aquí y allá mostraban tonos de púrpura y blanco, con una fusión de ambos. Como había dicho Tertulo, una de esas vetas se asemejaba bastante a una lira.

“Nunca pensé volver a verte” —murmuró Tertulo para sí, apostrofando la copa —. “¿Cómo has venido a parar a manos de Floro? Una rara obra de arte” —añadió en voz alta, devolviendo la copa al procurador—. “¿La tienes desde hace mucho?”

“Siete años.”

“Siete días, quieres decir” —murmuró Tertulo; luego, en voz alta—: “Debió costar una suma inmensa.”

“Treinta talentos” —respondió Floro con aire despreocupado, como si la cantidad fuese una bagatela—. “Sólo hay dos vasos de este tipo en todo el imperio; fueron traídos a Roma por un mercader parto. Petronio compró uno, yo el otro.”

“¡Qué mentiroso eres!” pensó Tertulo; y luego, como si desechara el asunto de su mente, dijo en voz baja a Rufus:

“¿Sigue Simón el Negro en su mazmorra?”

Rufus respondió afirmativamente.

“¿Se puede preguntar” —sonrió Crispo— “quién es ese Simón el Negro?”
“Eres un extraño en Judea, o no harías esa pregunta” —replicó Rufus—. “Simón el Negro fue hasta hace poco jefe de una banda de ladrones zelotes, cuyo escondite estaba entre los casi inaccesibles riscos que dominan el Camino Rojo, el famoso paso que conduce de Jerusalén a Jericó. Al judío se le permitía atravesar el paso en seguridad; el gentil común era capturado y retenido para rescate; pero en cuanto al romano, ¡ay de él si era atrapado!—pues era costumbre de Simón colgar a todos tales sin alternativa de rescate. Por ello lo

llaman los judíos que odian nuestro dominio ‘El Azote de los Romanos’, y lo consideran un patriota.

“Lo curioso de todo es que Floro, aunque a menudo apelado tanto por romanos como por griegos de Cesarea, se abstuvo por largo tiempo de enviar una expedición militar contra aquel nido de ladrones, y cuando al fin cedió a la presión pública y despachó mi Cohorte Italiana en la misión, sus palabras de despedida fueron: ‘No quiero que me molesten con prisioneros.’ Yo rehusé tomar la indirecta, sin embargo, y traje a Simón vivo, mucho, al parecer, para la mortificación del procurador. Y aquí en Cesarea el hombre yace en una mazmorra, Floro extrañamente negándose a juzgarlo.

“Es irritante pensar” —añadió Rufus— “que mi labor tendrá que repetirse. El paso ha sido tomado por otro bandido: Manahem, hijo de aquel notorio Judas de Galilea, que arrastró tras de sí a mucha gente en los días del tributo. De miras más amplias, saquea y mata tanto a judíos como a gentiles por igual. Y ahora, otra vez Floro —extraño, ¿no es así?— me frustra en mi deseo de proceder contra este nuevo malhechor.”

“No es nada extraño” —observó Tertulo— “si mi sospecha es correcta; ¡y por Cástor!, procuraré verificarlo antes de que pasen veinticuatro horas.” Y luego, hablando en voz alta, se volvió y se dirigió al procurador:

“Oh Floro, ¿tomarás mañana tu lugar en el bema? Es día de tribunal.”

El gobernador frunció el ceño ante la introducción de asuntos oficiales en medio del placer.

“¿Qué casos hay que juzgar?”

“Está el caso de Simón el Negro. Los romanos y griegos de Cesarea claman por su juicio.”

“Que clamen.”

“La larga demora en este asunto los ha enfurecido tanto que juran que si Simón no es llevado a la justicia en la próxima jornada de tribunal, que es mañana, ellos mismos asaltarán la prisión y lo sacarán para ejecutarlo.”

“Y si intentan hacerlo” —dijo Rufus con gravedad— “dudo mucho, oh Florus, que podamos confiar en la fidelidad de nuestras cohortes para impedirlo. Este Simón ha matado a tantos romanos que tanto militares como civiles desean verlo llevado a juicio.”

Floro, muy incómodo, guardó silencio por un momento.

“¿Estáis convencidos de que nuestro prisionero es realmente Simón el Negro, y de que ha cometido los crímenes que se le atribuyen?”

“Por completo” —respondió Tertulo—. “Tengo documentos y testigos suficientes para probar su culpabilidad veinte veces.”

“¿Por qué, entonces, hemos de molestarnos con un juicio público? Ya que estáis seguros de su culpabilidad, haré como hizo Antipas con aquel llamado ‘el Bautista’: enviaré un verdugo a su celda. ¿Qué decís? Dad la palabra, y en una hora tendréis su cabeza aquí en una bandeja.”

“El acto de Antipas es un mal precedente” —replicó Tertulo—. “Vuestro predecesor Festo, como Ananías puede testificar, fue más equitativo. ‘No es costumbre de los romanos’ —dijo él— ‘entregar a ningún hombre para morir antes de que el acusado tenga a los acusadores frente a frente, y tenga licencia para responder por sí mismo acerca del crimen que se le imputa.’”

“Palabras dignas de ser escritas en letras de oro” —comentó Crispo, para gran disgusto de Floro.

“Además” —observó Rufus— “el pueblo nunca creerá que Simón está muerto si se le ejecuta en secreto.”

“Lo creerán cuando vean su cabeza sobre la puerta del Pretorio.”
“Sus crímenes han sido abiertos y públicos” —dijo Tertulo— “que lo sea también su juicio.”
“¿Mañana?” —dijo Floro—. “¿Por qué no pasado mañana?”

“El día siguiente es sábado” —respondió Tertulo—. “Los testigos judíos se negarán a asistir al tribunal ese día.”

“¡El sábado, el sábado!” —repitió Floro con fastidio—. “¿Por qué es el sábado más grande que cualquier otro día?”

“¿Por qué sois vos más grande que otros hombres?” —preguntó Berenice suavemente.

“Porque, princesa, ha placido al César hacerme así.”
“Pues bien, ha placido al Señor hacer del sábado un día más grande que cualquier otro” —sonrió Berenice, siempre pronta a responder en lo que tocaba a su religión.

“¿No declarará el noble Floro” —dijo Crispo— “las razones de su demora en llevar a este prisionero a juicio?”

El noble Florus no respondió a esta pregunta incisiva. Frunció el ceño y vaciló; pero, con un hijo del todopoderoso legado de Siria presente como testigo de sus irregularidades, sintió que no podía hacer otra cosa que conceder la justa petición de Tertulo.

“Sea, pues, como queréis” —dijo—. “Mañana Simón será puesto en juicio.”
Y con ello reanudó su conversación con Berenice.

“Se arrepentirá de esa concesión” —rió Tertulo en voz baja; y luego, volviéndose hacia Rufus, añadió—: “Asegúrate de que los guardias de Simón no duerman esta noche. Floro es muy capaz de hacerlo desaparecer en secreto.”
“¿Queréis decir…?”

“Quiero decir” —susurró Tertulo— “que la postergación del juicio se debe al hecho de que este Zelote, si es llevado a un tribunal abierto, podría decir algo en detrimento de Floro; qué, quisiera averiguarlo. Por eso repito: vigila bien al prisionero esta noche.”

Rufus prometió que atendería el asunto.

En ese momento los oídos de los invitados fueron atraídos por un sonido semejante al de cuerdas pasando sobre poleas, y al mirar hacia donde provenía, vieron ascender una cortina que cubría un amplio arco, revelando tras de ella un escenario.

Y ahora, mientras el paladar de los invitados era deleitado con los más selectos vinos, sus ojos eran complacidos con una serie de bellos tableaux tomados del dominio de la mitología clásica. El último de ellos representaba el Juicio de Paris; con una ligera variación respecto a la historia original, el premio a la diosa más hermosa había de ser un cinturón de oro.

Paris, aparentemente incapaz de decidir cuál de las tres diosas, vestidas con vaporosas túnicas, era la más bella, hizo depender el premio de su danza. Entonces siguieron pas seuls de tal carácter que la doncella modesta que se hallaba junto a Josefo se vio obligada a apartar la mirada.

Venus, habiendo recibido el premio de manos del pastor dárdano, avanzó hasta el borde del escenario y contempló a la audiencia.

“¡Ay!” —exclamó con un suspiro repentino— “Paris ha cometido un error, pues veo aquí a alguien más hermosa que yo. Sea el don suyo, y sea proclamada Reina de la Belleza.”

Con eso desabrochó el cinturón áureo y lo arrojó al centro del salón justo cuando el telón caía sobre el tableau.

Un esclavo, recogiendo el cinturón caído, lo llevó a Floro.

“‘ΚΑΛΛΙΣΤΗ’ —‘para la más hermosa’” —dijo él, leyendo las letras de zafiro incrustadas en el cinturón de oro—. “La cuestión es” —continuó Floro, mirando alrededor a un grupo de damas que se habían acercado para contemplar el cinturón, y bien valía la pena contemplarlo por su bella factura— “la cuestión es, ¿quién es la más hermosa?”

Pero, por muy hermosa que cada dama pudiera considerarse en secreto, como no se halló ninguna lo bastante audaz para adelantarse y reclamar el título, quedó claro que, si el cinturón debía ser otorgado, sería necesario nombrar un árbitro que decidiera tan delicado asunto.

Las damas, entrando con entusiasmo en el juego, declararon estar dispuestas a someter sus encantos a juicio.

“Un lindo tableau, éste” —susurró Rufus a Crispo— “preparado de antemano por Floro con el propósito de halagar la vanidad de Berenice. Su inclinación por

ella es tan conocida que quienquiera que sea nombrado juez —a menos que sea un carácter muy independiente— carecerá del valor para decidir en favor de otra que no sea la princesa.”

Una propuesta de Tertulo para nombrar al árbitro por sorteo fue recibida con aclamación. Crispo, algo contra su voluntad, fue obligado por Rufus a tomar su lugar entre los candidatos al cargo y, lo que es más, cuando llegó su turno de introducir la mano en la urna de votación, sacó la tessera inscrita con la palabra decisiva: “Judex”.

Comprimió los labios, prefiriendo que el honor hubiese recaído en otro.
Rufus hizo entonces una proposición:

“Me parece justo” —dijo— “que la dama en cuya cintura se ciña el cinturón otorgue un beso al juez.”

Esto fue acogido con risas y convertido en condición del certamen.
Y ahora, en medio de gran regocijo, unas veinte damas comenzaron a prepararse para el evento. Las demás, ya por modestia o por desconfianza en sus encantos, se apartaron, contentas con ser espectadoras.

Entre aquellas que hubieran querido retirarse, no sólo del certamen sino del palacio mismo, estaba la joven que tanto había atraído la atención de Crispo.
“Vámonos” —susurró con voz angustiada a Josefo—. “Este no es lugar para mí.”

Pero él procuró persuadirla suavemente, destacando el valor y la belleza del cinturón enjoyado, la facilidad con que podía obtenerse, el orgullo y el placer que sentiría al ser proclamada Reina de la Belleza.

“El cinturón no me corresponderá” —dijo ella—. “Mira cuántas mujeres hermosas hay alrededor.”

“Ninguna tan hermosa como tú, Vashti.”

Ella agitó sus cabellos dorados ante lo que juzgaba parcialidad. Al final, sin embargo, consintió en dejarse vencer por su voluntad.

Las bellas contendientes se dirigían ya al lugar del juicio, un espacioso hemiciclo en un extremo del salón de banquetes. Entre ellas estaban la princesa Berenice y la siria Asenat, favorita de Ananías.

Al avanzar Vashti, su aire de inocencia y pureza pareció ofender secretamente a la lasciva danzarina; su labio se curvó con desprecio y, resuelta a arrancar a la otra su velo de modestia, lanzó una propuesta maliciosa y atrevida:

"¿Cómo puede saberse quién es la más hermosa mientras permanezcamos vestidas? La túnica puede ocultar deformidades. Sea condición, oh Floro, que en este certamen aparezcamos desnudas."

Diciendo esto, puso ambas manos sobre sus caderas, dispuesta a arrojar sus vestiduras al menor estímulo.

Ahora bien, dado que en las Floralias de Roma las mujeres acostumbraban a danzar completamente desnudas, y que en los banquetes etruscos las damas mostraban sus formas sin ropaje alguno, la propuesta de Asenat no resultaba tan chocante como lo sería hoy.

Hubo, por supuesto, gritos de protesta de las propias contendientes; pero para la juventud dorada y decadente de aquella asamblea, gentiles y judíos por igual, entregados sólo a la sensualidad, la sugerencia de Asenat fue recibida con pronta aprobación. Ni siquiera el sumo sacerdote Ananías levantó su voz contra ello. La princesa Berenice permaneció como estatua, majestuosa e inmóvil, sin asentir ni disentir. En cuanto a Vashti, sus mejillas se tornaron de un blanco mortal, y todo su porte y actitud expresaban un horror vívido al hallarse rodeada de jóvenes áureos que aguardaban únicamente la palabra de Floro para asistirla, volens nolens, en la tarea de despojarla.

"¿Qué dice el excelente Floro?" clamó Asenat.
"La propuesta me parece justa, pues la túnica, como dices, puede ocultar deformidades. Pero" —continuó, consciente en secreto de que Crispo no favorecía la idea— "la cuestión no está en mis manos; corresponde al juez."
"Y él" —replicó Crispo— "decide que las damas permanezcan vestidas. Este es un certamen de belleza, y no hay belleza donde no hay modestia."

"¡Oh buen y piadoso joven, asciende al cielo!" dijo Asenat con risa burlona; y comprendiendo que su oportunidad de ganar el cinturón se había desvanecido, se

apartó del círculo contendiente hacia el lado de Ananías, que no parecía complacido con la decisión de Crispo. Él, sacerdote de una religión que pretendía ser mucho más pura que cualquier sistema pagano, había recibido un tácito reproche de un pagano: experiencia mortificante, tanto más cuanto que en secreto sentía que era merecida.

Obedeciendo las indicaciones de Floro, las contendientes tomaron asiento sobre un bajo banco de mármol que bordeaba el hemiciclo; y, colocadas así, ofrecían tal variedad de rostros deslumbrantes en belleza que la tarea del juez se tornaba ardua.

Como para aumentar su dificultad, Crispo recibió en ese momento una noticia de carácter sorprendente.

Tocado en el hombro por una mano, se volvió y, para su asombro, halló a Polemón a su lado. Si el rey del Ponto había estado presente en el banquete, Crispo ciertamente no lo había visto, ni podía ahora decir de qué rincón había surgido.

“Atenaís está entre las contendientes” —susurró el rey; y antes de que Crispo pudiera dirigirle una pregunta, Polemón se deslizó entre la multitud que se agolpaba para contemplar el espectáculo y desapareció tan misteriosamente como había aparecido, dejando a Crispo en un torbellino de asombro.
¡Su esposa entre las contendientes!

La severa justicia requería que el premio fuese otorgado a la más hermosa; pero aun así, habría sido un cumplido gracioso dejar que su esposa tuviera el honor; ciertamente la agradaría, pues era ahora la única mujer a quien le correspondía complacer. Pero ¿cómo identificarla?

Había una dificultad adicional en el hecho de que la dama elegida, al recibir el cinturón, debía otorgar un beso al juez que la había honrado. ¡Ser besado, en presencia de su esposa desconocida, por una dama juzgada por él como la más hermosa de todas! Si por buena fortuna la elegida resultaba ser Atenaís, ¡bien!; pero si no, ¿qué sentiría ella? No era de extrañar que Crispo retrocediera ante la tarea de selección y pensara por un momento en retirarse en favor de otro árbitro.

Las contendientes estaban ya listas, aguardando el juicio.

Se les permitió adoptar la actitud que quisieran, y la mayoría posó como para un escultor. Algunas permanecieron de pie o sentadas, pero la mayor parte asumió una postura reclinada, como más adecuada para mostrar la gracia de su figura. Se permitían adornos externos; así, una dama, con lira en mano, posó como la musa Polimnia; otra, jugueteando con un vaso de oro, asumió el carácter de una Danaide; una tercera, para mostrar la curva de un brazo gracioso, sostuvo en alto una lámpara de plata; mientras que una cuarta exhibía un níveo miembro en la fingida operación de atarse la sandalia; y así las demás, cada una formando en sí misma un cuadro viviente que habría encantado la vista de un artista.

En medio del hemiciclo estaba sentada Berenice, quien, desechando todo auxilio adventicio, se mantenía erguida, como si confiara únicamente en su belleza; junto a ella se hallaba la tímida Vashti, ocupando el único lugar que quedaba vacío.

Sosteniendo el cinturón en su mano, Crispo avanzó muy lentamente a lo largo del semicírculo, pasando de una forma hermosa a otra y estudiando cada una con ojo crítico.

El comportamiento de las damas durante este severo escrutinio ofrecía variedad de contrastes. Algunas se sonrojaban, como Vashti; otras, como Berenice, permanecían con serena dignidad, como inconscientes del asunto en cuestión; algunas buscaban ganar favor con una mirada acariciante; otras empleaban el hechizo de una dulce sonrisa; y había una o dos que no podían reprimir la risa.

La conclusión de su examen dejó a Crispo indeciso y decepcionado: Atenaís, si realmente estaba entre aquellas damas, evidentemente había decidido mantener su secreto, pues no había dado señal alguna por la cual él pudiera reconocerla. Entre los muchos anillos centelleantes que lucía aquel bello grupo, no había ninguno que él pudiera identificar como la prenda colocada por él en el dedo de su esposa veinticuatro horas antes, el anillo engastado con un rubí esculpido con la figura de un templo en llamas. Puesto que su esposa había elegido ocultar su identidad, no le quedaba más que actuar con estricta imparcialidad, otorgando el cinturón a aquella cuya belleza, en su juicio, fuese la más digna de ello, tarea difícil donde todas eran tan hermosas. Incluso aquel arbiter elegantiarum, Petronio (de cuya amistad Floro se había jactado), de haber estado presente habría hallado la cuestión igualmente desconcertante.

Crispo reanudó su examen, en medio de la expectación contenida de las más interesadas.

“Ya nos ha visto a todas” —era el pensamiento general— “ahora hará su elección.”

A mitad de la línea se detuvo—vaciló—quedó inmóvil. Frente a él estaban la princesa Berenice y la doncella Vashti. Su mirada, dividida entre ambas, mostraba que una de las dos sería su elección, y un pequeño suspiro de envidia se elevó de dieciocho corazones decepcionados.

Por algunos momentos Crispo permaneció en duda. Su hermosura era igual, o casi.

La princesa Berenice, con su cabello azabache, ojos oscuros y porte majestuoso, parecía la encarnación de la noche oscura y estrellada; la otra, con sus suaves ojos color violeta, cabellos como rayos de sol y dulce semblante, era como la aurora radiante que se desliza suavemente sobre el cielo oriental.

“¡Si hubiera dos premios!” murmuró el desdichado Crispo.

“¿Por qué vacila?” gruñó Floro. “¿No es evidente que Berenice es la más hermosa?”
Aquel cinturón le había costado treinta mil sestercios, y no quería verlo otorgado a una persona para la cual no lo había destinado.

Berenice recibió el escrutinio de su juez con una mirada orgullosa, que denotaba una confianza que Crispo, amante de la modestia, no gustaba de ver; por otra parte, Vashti se atrevió sólo una vez a levantar sus ojos con un aire dulce, tímido y asombrado que lo conmovió profundamente.

¡Esa mirada decidió el evento!

“Dama” —dijo él— “¿cuál es tu nombre?”

“Vashti, hija de Hircano” —fue la respuesta, pronunciada con voz baja y temblorosa.

“Entonces, Vashti, hija de Hircano, como la más hermosa de todas las presentes, recibe este cinturón de oro.”

Vashti era humana; fue para ella un dulce pequeño triunfo. Un súbito destello de placer saltó a sus ojos, seguido de otro casi semejante al temor, al mirar a la humillada princesa, cuya belleza, largo tiempo suprema en Judea, quedaba ahora públicamente relegada a segundo lugar.

Medio complacida, medio asustada, apenas consciente de lo que hacía, Vashti se levantó, acto que dio a Crispo la oportunidad de ceñir su cintura con el cinturón y asegurar el broche.

La concesión del premio a una judía ocasionó descontento entre algunos gentiles; unos pocos, también entre los judíos, resentían que la princesa herodiana fuese excluida en favor de una doncella desconocida. En ambos grupos hubo, sin embargo, una mayoría que, más generosa en sentimiento, o quizá pensando que Berenice y su hermosura habían reinado demasiado tiempo sobre las demás mujeres, expresó su aprobación con el clamor:
“¡Salve Vashti, Reina de la Belleza!”

“¿No tiene derecho también el árbitro a una recompensa?” preguntó Crispo.
Vashti retrocedió con un ardiente rubor que la hizo parecer aún más hermosa.
“No, no debo rehusarla.”

Tan deslumbrado estaba por su hermosura que olvidó por un momento que su esposa desconocida lo observaba. Tomando a Vashti por ambas manos, la atrajo suavemente hacia sí y por un instante posó sus cálidos labios rojos sobre los suyos, acto recibido por la compañía con otra ronda de aplausos.
Todo muy bonito, pero ¿qué pensaría Polemón de ello?

De pronto, consciente de la presencia de aquel monarca, miró alrededor y lo vio a lo lejos contemplando la escena con una expresión enigmática que no revelaba qué pensamientos pasaban por su mente. Crispo dio un paso hacia él, pero el rey, como deseando evitarlo, se desvaneció entre la multitud y no fue visto más aquella noche.
Un poco después Rufus dirigió una pregunta a Crispo:

“¿Notaste la mirada de Berenice cuando otorgaste el premio de belleza a Vashti?”

“No; ¿cómo miraba?” preguntó Crispo distraídamente.

“Ella miraba—miraba” —dijo Rufus reflexivo, como buscando en su mente alguna imagen para expresar su pensamiento— “miraba como un retrato de tristeza. Miraba—bueno, no te rías si uso esta comparación—miraba como una esposa que ama a su marido podría mirar al verlo fascinado por otra mujer.” Crispus se estremeció, lo miró extrañamente, y luego se alejó.

“¿Qué he dicho para ofenderlo?” murmuró el sorprendido Rufus.

CAPÍTULO IV
EL SUEÑO DE CRISPO

Tentado por la hermosura de la noche estrellada, así como por el deseo de estar a solas con sus pensamientos, Crispo salió del salón de banquetes y se dirigió a los amplios jardines del Pretorio, jardines que, con sus parterres multicolores y céspedes pulidos, fuentes de mármol y senderos sombreados, diferían poco, si acaso, del aspecto que presenta un moderno vergel.

¡Nada hay nuevo bajo el sol! Incluso la práctica de forzar la arboleda a asumir formas artificiales no era desconocida para los antiguos, y el boscaje de aquellos jardines ofrecía en distintos puntos una variedad de figuras, graciosas y grotescas.

Mientras Crispo caminaba meditativo por un sendero tranquilo, divisó a lo lejos una figura solitaria junto a un asiento de mármol que relucía blanco contra el fondo de oscuros cipreses. Su rostro estaba vuelto, pero había algo familiar en su porte; la estatura y la silueta sugerían a Berenice, y al acercarse se convenció de ello. Al sonido de sus pasos la figura se volvió, y vagamente, bajo la penumbra proyectada por las hojas de ciprés, vio el rostro de Berenice… ¡Berenice, pero con cabellos dorados! Se detuvo sorprendido. En un instante la semejanza que había visto, o creído ver, se desvaneció, dejando en su lugar a Vashti. Miró de nuevo, pero la semejanza había desaparecido. Una mera ilusión forjada por su imaginación y la luz tenue.

Vashti lo saludó con una sonrisa tímida y un rubor nacido del recuerdo del beso que él le había dado.

Parecía estar aguardando el regreso de Josefo. Éste la había dejado allí por un momento mientras corría a hablar con Ananías, a quien había divisado a lo lejos. Crispus miró alrededor, pero no pudo ver ni a Ananías ni a Josefo; en verdad no veía a nadie salvo a la hermosa doncella junto a él.

“Haré de tu guardián hasta que vuelva” —sonrió, mientras se sentaba e invitaba a Vashti a hacer lo mismo.

Era una noche hermosa, sin nada que perturbara su quietud salvo los lejanos sonidos de música y regocijo que llegaban del Pretorio.

Su posición, en un terreno ligeramente elevado, les daba plena vista del mar, espejo púrpura que reflejaba en destellos quebrados la luz de mil estrellas. A su izquierda, semejante a una larga cinta blanca tendida sobre las aguas oscuras, se extendía el muelle de Cesarea, cuyo extremo estaba adornado con el Drusión, noble torre en cuya cima ardía un fuego para guiar a las naves que entraban en el puerto.

No obstante, no era al Drusión a quien Crispo fijaba sus ojos, sino a Vashti. Anhelaba conocer algo de su historia personal, y la ocasión presente le brindaba excelente oportunidad. La dificultad era cómo comenzar. Patricio de Roma, que en su tiempo había conversado sin restricción con princesas y reinas, e incluso con la emperatriz Poppea, se hallaba ahora sorprendentemente turbado en presencia de aquella doncella hebrea de diecisiete años. Había en ella algo, un espíritu de inocencia y pureza, que la distinguía por completo de las mujeres de aquella época.

Sin embargo, una vez lograda la apertura de la conversación, le resultó fácil mantenerla, y pronto consiguió averiguar algo de su parentela e historia. Su madre, al parecer, era viuda, llamada Miriam, con un solo hijo más, un infante. Su padre, Hircano, había sido un rabino acaudalado y de cierta distinción. (“Claramente Tertulo se equivocaba” —pensó Crispo— “al darle un origen griego.”) Hircano, al morir el año anterior, había dejado por testamento a su familia y bienes bajo el cuidado de su amigo Josefo, quien ejercía así respecto de Vashti el oficio de tutor. Ella y su madre estaban en Cesarea sólo por breve tiempo, pues su residencia habitual era Jerusalén, en la calle de Millo. Miriam, judía estrictamente ortodoxa, se había opuesto mucho a que su hija asistiera a un festín gentil, pero finalmente cedió a los ruegos de Josefo.

Todo esto fue contado, no en su lengua nativa siro-caldaica, sino en griego; y Crispo no sabía qué le parecía más encantador, si la melodía de su voz o la gracia y pureza con que hablaba la hermosa lengua de la Hélade.
“Aprendí el griego de mi padre” —explicó ella en respuesta a la pregunta de Crispo—. “Me instruyó en él desde la infancia.”

Crispo se maravilló de oír de un judío con ideas tan poco ortodoxas.
“Según mi amigo Rufo, vuestros rabinos han dicho: ‘Quien enseña griego a su hijo es como si criara cerdos.’”

“Algunos rabinos lo han dicho. Pero mi padre pertenecía a la escuela de Gamaliel, quien nos enseñó a apropiarnos de todo lo bueno entre los gentiles. La lengua griega es buena, y Josefo y yo nos valemos de sus tesoros.”
“¿De qué manera?”

En lugar de dar una respuesta directa, Vashti formuló una pregunta aparentemente irrelevante:

“¿Cuántos años juzgarías que tiene nuestra nación?”
Como la historia hebrea no formaba parte de los estudios de la juventud romana, Crispo se vio obligado a confesar su ignorancia.
“Bien, ¿cuántos años tiene Roma?”

“Más de ochocientos” —respondió con orgullosa conciencia.
“Lo cual demuestra que vuestra nación, comparada con la nuestra, no es sino de ayer. Nosotros los judíos éramos un pueblo mil años antes de que Rómulo trazara con su arado el Palatino.”
Crispo, celoso de la antigüedad de su nación, se inclinaba a cuestionar la afirmación de Vashti.
“¡Vaya, sois tan escéptico como Apión! ¿Habéis oído hablar de Apión?”
“No” —rió Crispo—. “¿Quién fue?”
“Un gramático de Alejandría, autor de una obra destinada a mostrar que nosotros los judíos somos una nación reciente en la historia del mundo, calumnia que tanto ha afectado el espíritu de Josefo que está escribiendo una réplica, cuyo título será Contra Apión.”
“¿Y vos le ayudáis en la obra? ¡Vamos, no lo neguéis!”
Vashti sonrió en señal de asentimiento.

“Yo actúo como su amanuense” —añadió ella.

Una doncella hebrea de diecisiete años versada en la literatura griega era una novedad para Crispo. Curioso por saber si su aprendizaje era algo más que superficial, se atrevió, con el consentimiento de ella, a someterla a un catecismo derivado de sus recuerdos de un plan de estudios de dos años en las escuelas de Atenas; pero pronto abandonó la tarea al descubrir que su conocimiento era mucho más extenso que el suyo propio.

“Me habéis estado interrogando” —dijo ella con una sonrisa dulce pero grave, cuando él hubo terminado—. “¿Puedo ahora reclamar igual privilegio?”

“Para demostrar mi ignorancia” —rió Crispo—. “Bien, me someteré al examen. No seáis demasiado severa conmigo.”

Así conjurada, Vashti comenzó:

“¿Por qué vuestro poeta griego Bianor, al comentar la fábula de Arion, que fue arrojado al mar por los marineros pero salvado por los delfines, dice que se pretende enseñarnos que ‘Por el hombre viene la muerte, pero por el Pez la salvación’?”
Crispo pensó que era una pregunta muy extraña. Apenas había oído hablar de Bianor como poeta en los días de Tiberio; y ése era todo el alcance de su conocimiento acerca de él. En cuanto al pasaje citado por Vashti, no tenía significado para él. Las palabras, aunque verdaderas respecto al legendario Arion, difícilmente podían aplicarse a la humanidad en general.
Por el rostro de Vashti pasó una sombra de tristeza, momentánea, pero que no escapó al ojo atento de Crispo.

“Pensé que quizá lo comprenderíais” —dijo ella—. “Vuestra historia contada esta noche en el banquete, la historia del ‘Gran Pan’, me llevó a esperar que… que… ¡no importa! Veo ahora que estaba equivocada” —añadió con un suspiro. ¡Entristecida porque él no podía explicar un oscuro verso de un poeta griego! ¡Qué doncella tan singular era ésta! Y lo curioso era que se negaba a ilustrarlo; y así Crispus no pudo sino concluir que Vashti guardaba algún secreto del cual aquellas palabras eran la clave.

La conversación prosiguió, y pronto volvió a tocar la antigüedad judía. Había judíos, afirmaba Vashti, Josefo por ejemplo, que podían remontar una ascendencia auténtica a lo largo de dos mil años. Crispo solía enorgullecerse de su antigua familia, pero ¿qué era su antigüedad comparada con la de tales linajes?

“¿Y vos podéis mostrar genealogía tan larga?”
“Mi padre Hircano podía.”

Crispo consideró aquello una respuesta algo extraña.

“Pero si él podía, también vos, siendo su hija.”

“Sólo aquellas genealogías se consideran auténticas que están inscritas en los registros públicos. Mi nombre falta en ellos.”

“¿Cómo es eso?”

“No lo sé, pero así es. Lo descubrí hace pocos días. Estaba en el Archeion —la Casa de los Registros, la llamamos— con su guardián Johanan ben Zacchai, quien siempre me ha considerado con afecto paternal. Movida por la curiosidad, pedí ver mi propio nombre en los registros genealógicos públicos. ‘Bien, para complacerte, hija mía’ —dijo él. Entonces sacó los rollos de papiro y pergamino; y tras largo tiempo y mucha búsqueda, halló los nombres de mi padre Hircano y de mi madre Miriam, pero mi nombre no pudo encontrarlo, aunque el de mi pequeño hermano Arad sí estaba registrado. Así que ya veis…”

El sonido de pasos que se acercaban interrumpió su relato. Al volverse, Crispo y Vashti vieron a poca distancia una figura majestuosa y hermosa que por un momento se detuvo, aparentemente sorprendida de ver a la pareja en tan amistosa conversación. Era la princesa Berenice. Algún instinto dijo a Crispo que lo buscaba, y la contempló con cierto remordimiento. A pesar de su medio-jocoso recordatorio de que no debía, como en Antioquía, descuidarla, él había repetido su indiferencia; su único trato con ella había sido deponerla de la orgullosa posición de ser la primera belleza de la tierra. No era de extrañar, entonces, que se sintiera herida.

“Me retiraré ahora” —murmuró Vashti, como queriendo levantarse.
“No, no os vayáis” —dijo Crispo, atreviéndose, sin darse cuenta, a posar una mano retenedora sobre su muñeca.

Crispo se maravilló de su color encendido y de la nueva luz que apareció en sus ojos. ¿Se alegraba de pensar que él no la despedía, ni siquiera en favor de una princesa?

Retiró su mano, pero no antes de que Berenice hubiese notado la acción. La mujer observadora es doblemente observadora en tales momentos.

“¿Permitirá la Reina de la Belleza” —dijo la princesa con aire ligeramente desdeñoso— “que comparta la conversación del noble Crispo?” Y, sin esperar respuesta, se sentó, como decía, al lado izquierdo de Crispo, estando Vashti a su derecha.

“¿Qué acontece en el palacio?” preguntó Crispo.

“El ingenio de Floro” —respondió Berenice—. “El vino se le ha subido a la cabeza. Como Nerón, cree que puede cantar. Pero yo fui muy buena, y mantuve rostro grave; incluso le pedí que cantara otra vez, lo cual lo complació enormemente. No puedo decir lo mismo de sus oyentes.”

Rió tan agradablemente que Crispo no pudo menos que reír también.
Y ahora comenzó por parte de Berenice un flujo de conversación que, a veces ingeniosa, a veces sabia, era siempre interesante. Tocaba temas graves y ligeros, desde el gobierno del imperio hasta la última moda en sandalias, sin dejar nunca de iluminar el asunto con alguna observación sutil. Tenía el campo todo para sí, pues Vashti se contentaba con escuchar, mientras Crispo añadía alguna observación de vez en cuando. Parecía casi como si Berenice, sospechando que Crispo había hallado fascinación en la conversación de Vashti, hubiera decidido desplegar su propio brillo. Y ciertamente el carácter de ambas era una revelación para Crispo, quien, acostumbrado hasta entonces, en el espíritu altivo y exclusivo de su raza, a considerar a los judíos como nación inferior, se hallaba agradablemente sorprendido de encontrar entre aquellos “bárbaros” a dos mujeres que, siendo iguales en belleza a cualquier dama griega o romana que él conociera, eran ciertamente superiores en intelecto y encanto.

“Es el primer día de la luna nueva” —observó de pronto Berenice.
“No la veo” —respondió Crispo, mirando el cielo, y con ello perdiéndose el pequeño ceño de Berenice. Enemiga del paganismo, no le gustaba oír que se atribuyera personalidad a la luna.

“Su delgado creciente es visible en Jerusalén, aunque no desde aquí” —dijo Berenice—. “Eso me lo indica.”

Señaló hacia un pico lejano en el horizonte meridional, sobre el cual había aparecido una luz no mayor que una estrella. El destello se repitió en un punto más al norte; un tercero siguió; y pronto toda una línea de fuegos centelleaba sobre las cumbres de Judea.

“Es nuestro modo de anunciar el primer día del mes” —explicó Berenice—. “Tan pronto como la luna nueva es vista desde cierta colina cercana a Jerusalén por vigilantes designados por el Sanedrín para tal propósito, la noticia se

transmite por señales de fuego a lo largo de toda la tierra. Es una antigua costumbre, recientemente revivida por el sumo sacerdote Matías. Pero no os cansaré con asuntos en los que un romano no puede interesarse."

"Ahí erráis, princesa. Mi visita a Jerusalén —pues allá me dirijo— se emprende con el único propósito de ver vuestro templo."

"¿Deseáis ver nuestro templo?" exclamó la princesa con gran sorpresa. "Vos, que en el banquete os declarasteis adorador de los dioses de Roma. ¿Qué interés puede tener nuestro templo para vos?"

"Mi interés nace de un… de un…"; vaciló un momento, y luego añadió: "de un sueño."

Una declaración tan singular despertó naturalmente la curiosidad de Berenice, y ella le rogó que contara el sueño. Vashti, aunque no dijo nada, estaba —como Crispus podía ver por su semblante— igualmente deseosa de escucharlo. "Desearía ahora poder recordar mis palabras" —dijo él— "pues aunque no fue más que un sueño, al contarlo podría caer en el desagrado de ambas."

Aquel "ambas" fue una expresión desagradable para Berenice, pues parecía implicar que él valoraba tanto la opinión de Vashti como la suya. Evidentemente así era, pues no fue hasta que Vashti añadió una palabra persuasiva que Crispo comenzó su relato.

"Hace unas pocas noches" —dijo, entrando de inmediato in medias res— "me pareció en sueños hallarme en lo que parecía ser el atrio de un magnífico templo. Este atrio, columnado en sus cuatro lados, era espacioso y abierto al cielo. Era de noche, y las estrellas titilaban débilmente. Ante mí, a cierta distancia, se alzaba el templo mismo, un edificio construido de mármol puro y blanco.

"El lugar no estaba en calma, lejos de ello. Singular es decirlo: aunque nadie era visible, el atrio parecía lleno de hombres. Había carreras de un lado a otro sobre el pavimento, choque y estrépito de armas, y el sonido de guerreros trabados en lucha mortal. Puse mano a mi espada, deseando unirme a uno u otro bando, pero ¿cómo participar en un combate así, combate de fantasmas?

“De pronto fui consciente de un resplandor; frente a mí, sobre una baja balaustrada, yacía una antorcha encendida. Al mirarla, una voz, que parecía venir del cielo, clamó en lengua hebrea: ‘¡Quema!’ Y el hacha de fuego se agitó como impaciente por ser tomada. Vacilé. De nuevo la voz clamó: ‘¡Quema!’ en un tono tan sobrecogedor que no me atreví a desobedecer. Levanté la antorcha ardiente y la arrojé por una ventana dorada del templo. Una lluvia de chispas se elevó desde dentro; luego vino una lengua de fuego que saltó desde la ventana; poco después toda la estructura estaba envuelta en llamas y humo. En ese mismo instante desperté.”

Los ojos oscuros de Berenice, elocuentes con un temor innombrable, se fijaron de lleno en el rostro del narrador.
“¿Puedes describir el templo visto en la visión?”

“Puedo cerrar ahora mis ojos” —dijo Crispo, acompañando la acción con el gesto— “y recordar cada detalle. Estoy de pie en el lado norte del templo; se extiende de oriente a occidente por una longitud de quizá doscientos cincuenta codos. Para entrar en él se debe primero pasar una baja balaustrada de mármol, curiosamente labrada, sobre la cual se alzan pequeños pilares grabados con un aviso en letras griegas y latinas. Recuerdo claramente en mi sueño haber leído el aviso. Prohibía a los gentiles, bajo pena de muerte, entrar en el santuario.”

Tanto Vashti como Berenice dieron un leve grito de sorpresa.

“¿Hablaste, princesa?”

“No, ¡no! Continúa. ¿Qué más?” —preguntó ella con ansiedad.

“Tras pasar la balaustrada se tiene la elección de cuatro puertas, cada una ascendida por una majestuosa escalinata de quince peldaños. De esas puertas, tres, situadas hacia el extremo occidental, están próximas entre sí; la cuarta se halla muy apartada hacia el extremo oriental. Cada puerta consiste en dos hojas plegables, recubiertas de oro y plata, y está flanqueada por torres macizas.” Pausó un momento, y prosiguió: “Relaté esta visión a mi padre, quien se sorprendió tanto, princesa, como tú pareces ahora. ‘Lo que has visto’ —dijo él— ‘es el templo de Jerusalén.’ ¿Puedes maravillarte, entonces, de que desee contemplarlo?”

“¿Y nada sabías del interior de nuestro templo hasta el momento de ese sueño?” preguntó Berenice.

“Absolutamente nada, te doy mi solemne palabra. Sabía, por supuesto, que Jerusalén contenía un templo notable al que acudían devotos judíos de todas las naciones bajo el cielo, pero ése era todo el alcance de mi conocimiento. Ni un solo detalle de su arquitectura me era conocido.”

Berenice parecía perpleja, incluso turbada.

“¡Extraño! ¿De dónde viene ese sueño tuyo?” murmuró.

“¿No dudas de la visión?”

“¿Cómo podría, si afirmas que es verdadera?”

“¿Admites que mi descripción es correcta?”

“No puede negarse.”

“Pues bien, ya que está más allá del poder de la mente humana, dormida o despierta, obtener tal conocimiento como el que yo obtuve en ese momento, ¿te ofenderé si digo que la visión me fue concedida directamente por los dioses inmortales?”

“¿Los dioses?” replicó la princesa con un matiz de desdén en su voz. “¿Los dioses? Los dioses de ustedes, gentiles, no existen. Sólo hay un Dios verdadero y viviente.”

“Sea así” —respondió Crispo, quien parecía tolerar las reflexiones sobre su religión mucho más fácilmente que Berenice sobre la suya—. “Digamos entonces que la visión fue enviada por tu propio Dios.”

“¡Imposible! ¿Acaso Aquel que nos ha mandado la adoración perpetua de Sí mismo daría orden de destruir el único templo en que se lleva a cabo esa adoración?”

“Podría hacerlo” —observó Vashti— “si se propusiera hacer su religión más espiritual. La religión pura no requiere ni templo ni altar.”

“Habla ahí alguien que no es verdadera hija de Abraham” —replicó Berenice.
“No, princesa, es precisamente porque soy hija de Abraham que lo digo, pues ¿qué templo tuvo Abraham?”

Berenice, a punto de lanzar una réplica airada, fue contenida por Crispo.
“Nos desviamos de la cuestión principal” —dijo él— “que es: ¿de dónde vino mi sueño? Ese sueño fue claramente sobrenatural.”

“¿De dónde?” replicó Berenice. “¿De dónde, sino del reino del mal? Hay espíritus malignos así como buenos, y el príncipe de ellos se llama Satanás, quien se regocijaría si pudiera persuadir a un romano de destruir el templo. Te ruego, noble Crispo” —continuó con considerable emoción— “que deseches este sueño de tu mente, no sea que, al meditar demasiado sobre él, llegues a creer que tienes una misión divina de destruir el templo.”
“Puede ser que la tenga.”

Crispo habló con el grave aire de quien cree en la verdad de sus palabras. Por un momento la princesa lo miró, muda de consternación. Recuperando la voz, exclamó indignada:

“¿Qué bien podría venir de tal hecho?”
“Mucho… ¡para Roma!”
“¿Cómo?”

“Ese templo” —dijo Crispo, hablando con un tono frío y mortal que hizo estremecerse de terror a Berenice, pues amaba su templo más que su propia vida — “ese templo atrae cada año a sus atrios a tres millones de judíos, todos animados por un feroz odio a Roma, y todos fanáticamente persuadidos de que Uno nacido en Judea obtendrá el dominio del mundo. Sabes que es así, princesa; no puedes negarlo. Tu templo es una amenaza perpetua para la seguridad del imperio. Destruye el templo, y pondremos fin a esas reuniones anuales con sus vanas y traicioneras esperanzas.”

CAPÍTULO V
SIMÓN EL ZELOTE

En la mañana siguiente al banquete corrió por Cesarea la sorprendente noticia de que el célebre zelote, Simón el Negro, sería sometido a juicio al mediodía de ese mismo día.

Ansiosa por presenciar la escena, una multitud variopinta, compuesta de judíos y griegos, romanos y sirios, acudió mucho antes de la hora señalada a la basílica, o tribunal de justicia, hasta que el número fue tal que el edificio no pudo contener más.

Una basílica romana presentaba un aspecto muy similar al de una iglesia parroquial moderna, consistiendo en una nave y dos pasillos separados de ella por una fila de columnas. En un extremo, una parte elevada como un estrado y cercada como un presbiterio, formaba el bema (la palabra había pasado del griego al siro-caldaico), o tribunal, donde se sentaban los jueces y los oradores pronunciaban sus alegatos. Todo el interior estaba además rodeado por una galería superior levantada sobre las columnas que dividían los pasillos. La planta baja y las galerías estaban destinadas al público.

En medio del bema, que estaba pavimentado con mármol teselado, se hallaba la silla curul del gobernador, y a cada lado de ella filas de asientos destinados a los asesores, siendo costumbre que un gobernador provincial fuese asistido en sus juicios por una especie de consejo informal compuesto de ciudadanos distinguidos.

Poco antes del mediodía hubo movimiento en el bema, causado por la llegada de personas interesadas en el juicio. Entre ellas estaba el sacerdote Theomantes, quien, en virtud de su dignidad como sacerdote de Júpiter Cesario, procedió a instalarse en el asiento inmediatamente a la derecha de la silla curul, acto que provocó murmullos entre los judíos y aplausos entre los gentiles.

Ananías entró entonces y, viendo anticipada su acción, frunció el ceño, vaciló un momento y luego deliberadamente se sentó sobre las rodillas de su rival.

—Mío es el derecho de sentarme a la derecha de Florus —exclamó.

Entonces Theomantes, empleando toda su fuerza, lo arrojó de allí, en medio de risas y abucheos mezclados de las dos facciones.
—Aun si el sumo sacerdote de los judíos tuviera derecho a este asiento, no es tuyo, puesto que no eres sumo sacerdote.

No es nada improbable que en su lucha por la precedencia estos dos ancianos hubieran llegado a golpes impropios ante un público encantado, de no haber intervenido Terencio Rufo, quien, con un cuerpo de lanceros, estaba apostado frente al tribunal con el propósito de mantener el orden entre los espectadores.
—Nunca pensé que mis servicios serían requeridos en el bema —dijo.

Y subiendo al tribunal, amenazó con que, a menos que Ananías se acomodara tranquilamente en otro asiento, lo expulsaría, por haber creado de manera intencionada y maliciosa un disturbio en un tribunal de justicia.

—Que Ananías posea su alma en paciencia —clamó— hasta que Florus tenga a bien dar a conocer el decreto de César sobre este asunto.
El humillado Ananías hizo ademán de retirarse por completo de la corte, pero finalmente, pensándolo mejor, se sentó en el asiento de la izquierda, justo cuando Florus hacía su pomposa entrada.

Crispus apareció al mismo tiempo y, como visitante distinguido, se le asignó un lugar entre el consejo.

Florus, habiéndose sentado en su silla curul, pidió saber qué asuntos estaban señalados para el día, y como parecía que había muchos casos que requerían su decisión judicial, anunció que comenzaría con el juicio de Simón.
Un estremecimiento de expectación recorrió la basílica cuando se dio la orden:
—¡Id, lictores, traed aquí a Simón, llamado el Negro!

Sin demora fue traído el prisionero.

Caminando entre dos guardias, con las manos atadas a la espalda por una cuerda cuyo extremo sostenía un tercer soldado, apareció el terrible zelote, que había colgado a tantos romanos que los hombres habían perdido la cuenta. Un hombre alto y musculoso, de pecho singularmente ancho, con cabello negro, ojos negros y barba negra. Vestía la túnica que llevaba al ser capturado, una gabardina toda rajada por cortes de espada y ennegrecida con sangre seca; con el rostro sin lavar, la barba y el cabello largos y desgreñados, ofrecía una figura salvaje y

feroz. El cautiverio y la oscuridad, la humedad helada y la dieta escasa no habían logrado domar su espíritu; permanecía oscuro, ceñudo, desafiante, viva encarnación de la enemistad contra Roma.

Florus, tras una breve y —según le pareció a Crispus— incómoda mirada al prisionero, se volvió hacia la mesa donde estaban sentados los abogados y preguntó:

—¿Quién conduce la acusación?

Tertulo se levantó.

—Sé breve. Nada de oratoria —dijo el procurador.

En un juicio romano, los procedimientos solían comenzar con el interrogatorio del acusado, en el intento de probar de su propia boca el cargo que se le imputaba. Si este procedimiento fracasaba, o si el prisionero, por obstinación, se negaba a responder, se hacía necesario llamar a testigos.

Tertulo se volvió para interrogar al prisionero, mientras el escribano del tribunal, con la pluma levantada, estaba listo para registrar el diálogo; pues conviene saber que en aquella época había escribas que, mediante un sistema de abreviaturas, eran capaces de escribir tan rápido como un hombre podía hablar.
—¿Tu nombre? —comenzó Tertulo.

—¿Me preguntas mi nombre? —dijo el zelote con una risa de desprecio—. Deberías saberlo, viendo el miedo que ha puesto en los corazones de ustedes, romanos. Soy Simón, hijo de Giora, de la tribu de Benjamín.

—¿Tu lugar de nacimiento?

—Gerasa, más allá del Jordán.

—¿Tu oficio?

—Matador de romanos.

—¡Considera! ¿Quieres que el escribano anote esa respuesta?

—Que la escriba dos veces, sí, tres veces, y con sus caracteres más grandes.

—¿Confiesas, entonces, que eres de la secta conocida como los Zelotes?

—¡Malditos sean sus términos gentiles! Soy de la secta de los Kenaím.

—Zelotes o Kenaím, viene a ser lo mismo. ¿Cuáles son sus principios?

—Estos: no llamar rey a nadie sino a Dios; no pagar tributo salvo al templo; matar a todo romano que presuma ejercer autoridad sobre la simiente santa.

—¿"No llamar rey a nadie sino a Dios"? Entonces, ¿no reconoces la autoridad de César?

—¡César! —es imposible describir el desprecio con que pronunció el nombre—. ¡César! Escupo sobre el nombre de César.

Y lo hizo, allí mismo, sobre el pavimento. Esta repulsa de la autoridad imperial fue recibida por la servil multitud greco-siria con un rugido de execración.
—¡Læsa majestas! —gritaban—. ¡Arrójenlo por las barandillas!

—"¿Asesinar a todo romano?" —continuó Tertulo—. Entonces, ¿asesinarías a Florus, si pudieras?

La sola sugerencia hizo que el rostro del zelote se encendiera con feroz júbilo.
—Pon un puñal en mis manos libres, colócame a tres pasos de él, y lo verás.
—El tribunal tomará la voluntad por el hecho —observó Tertulo con sequedad —. Atiende a la acusación. Se te imputa ser el jefe de una banda de Zelotes, o, si lo prefieres, Kenaím. Apostado entre las alturas del Paso de Adummim, solías salir para robar y colgar a todo romano que pasara por allí.

—¡Una maravilla! ¡Un abogado dice la verdad!

—¿Cuántos romanos has dado muerte?

—Haz esa pregunta a los buitres. No llevé registro de los muertos. Esto sí sé: dame mi libertad, y verás cómo repito la obra con una nueva banda.

—Traidor al imperio, ¿te glorías en tu culpa?

—La culpa es de ustedes, que presumen ejercer autoridad en una tierra que Dios juró con juramento que sería nuestra para siempre. ¡Fuera de esta tierra, entonces, romanos, con sus legiones y sus lictores, sus tributos y sus ídolos! Es contrario a la voluntad de Dios que César gobierne en Judea, y el judío que lo reconoce quebranta la ley de Moisés. Pues está escrito en ella: “Pondrás sobre ti como rey a uno de entre tus hermanos; no podrás poner sobre ti a un extranjero que no sea tu hermano.” ¡De ello tome debida nota ese engreído Ananías, que fraterniza tan cómodamente con los enemigos de su pueblo!

—Como era tu costumbre —prosiguió Tertulo— de saquear además de matar, sin duda adquiriste considerable riqueza.

—¿Riqueza? Sí, almacenes de ella —dijo Simón, con los ojos brillando como al recordar.

—No se halló nada en el lugar de tu captura.
Simón rió exultante.

—Existe, pese a todo, en un sitio donde ningún romano puede poner mano sobre ella, reservada para el gran día de la venganza.

—O, en otras palabras, ¿ha de usarse para fomentar la guerra contra Roma?

—Abogado, lo has dicho.

—Se rumorea que varias personas de alto rango han estado en comunicación contigo.

—Los más altos de la tierra. Puedo ver ahora mismo en el bema a algunos de mis antiguos cómplices. ¿Por qué no están aquí a mi lado para ser juzgados?
La inquietud, que nunca había estado ausente del rostro de Florus, parecía ahora aumentar. Fue notada por Tertulo, quien sonrió para sí con la tranquila satisfacción del arquero que, tras muchos intentos, ha dado al fin en el blanco. La multitud de espectadores, hasta entonces inquieta y murmurante, quedó súbitamente en silencio. La larga demora de Florus en llevar a Simón a juicio había dado origen a siniestros rumores acerca de las relaciones previamente existentes entre el procurador y el jefe de bandidos. ¿Estaba a punto de confirmarse la oscura historia? Con interés contenido aguardaban el desenlace.

—El tribunal se complacerá en tener esos cómplices nombrados —dijo Tertulo con fingida indiferencia.

—No los nombro, a menos que tenga la promesa de que serán arrestados sin demora.

—El tribunal no dudará en arrestarlos, siempre que puedas probar tu acusación.
—¡Bien! Si es crimen conspirar contra la vida de un romano, ordena a los lictores que aten las manos de Ananías.

El rostro de Tertulo se ensombreció un tanto. Ananías no era el nombre que él buscaba.

—¡Zelote mentiroso! —exclamó el sacerdote; y, olvidando por un momento que no estaba en un tribunal judío donde podía hacer según su propio gusto, gritó:
—¡Golpéenlo en la boca!

—¡Oh Ananías! ¡Ananías! —dijo Simón, sacudiendo la cabeza con fingida gravedad—. ¿No fuiste una vez cómplice conmigo en un complot para matar a un ciudadano romano? Es claro que has olvidado mi rostro: déjame recordártelo. ¿No vinieron a ti —hace ya ocho años— cuarenta sicarios, de los cuales yo era uno, ofreciendo matar a Pablo de Tarso, ciudadano romano, ¡y libre de nacimiento!? ¿No te uniste de buen grado al complot? ¿Y ahora reniegas de tu viejo amigo Simón? No, en verdad, sé honesto y toma tu juicio conmigo.
Sobre el rostro de Ananías se deslizó de pronto una expresión difícilmente compatible con la idea de inocencia.

—¿No habrá quien calle la boca de este bribón mentiroso? —gritó, temblando de pasión.

—Tus gestos muestran suficientemente quién es el bribón mentiroso —respondió Simón con calma—. Si desean prueba de esta acusación —prosiguió, dirigiéndose al tribunal—, envíen a Jerusalén por el sobrino de Pablo; él confirmará lo que digo. ¿Está de acuerdo el tribunal en que Ananías sea juzgado conmigo? —añadió Simón, mirando alrededor con sonrisa sardónica—. ¿No? ¡Y aun así es costumbre de los romanos jactarse de su justicia! ¡Justicia, por cierto!
—Prisionero —dijo Florus—, no seas tan libre de lengua, y quizá descubras que nuestra justicia romana, cuya pureza pareces poner en duda, puede templarse con misericordia.

—Ahora, que el tribunal marque cuidadosamente ese pequeño discurso —dijo Simón con frialdad—, pues, interpretado, significa: “Calla respecto a mis hechos, oh Simón, y procuraré tu liberación.” Pero en vano me ofreces el soborno de la vida, oh Florus, para detener mi lengua. Bienvenidas torturas, azotes, muerte, si logro arrojarte del poder.

Simón no se dejó apaciguar, y Florus, al ver la sonrisa de Tertulo, comprendió de repente el motivo del abogado al insistir en el juicio público del zelote. ¡Era arruinarlo a él, Florus!

Era imposible tanto amordazar al prisionero como declarar cerrado el tribunal; cualquiera de las dos alternativas lo expondría a sospecha. Él, el juez, debía sentarse y escuchar una acusación que, aun siendo falsa, sería creída con avidez por nueve de cada diez, tan impopular era entre el pueblo que gobernaba. Y cuando la historia llegara a Roma, como sin duda ocurriría —sus enemigos se encargarían de ello—, podría significar la pérdida, no sólo de su procuraduría, como había dicho Simón, sino incluso de su vida.

—¡El descaro insolente de este bribón! —dijo, adoptando un porte severo—. Sabiendo que su condena es segura, busca retrasar la sentencia vilipendiando el carácter de sus jueces. ¡Lictores, traed aquí el flagelo!
—Y, cuando lo traigan, aplíquenlo sobre los hombros del ladrón Florus —dijo Simón.

—Ven por ti mismo —dijo Florus, volviéndose hacia los asesores— qué villano incorregible es este hombre.

—Escuchad una historia que no es ficción —prosiguió Simón—. Florus envió un mensajero secreto ofreciéndome licencia libre para saquear y matar a romanos y gentiles por igual, con la condición de recibir la mitad del botín.
—¡Una mentira tan negra como el Erebo! —tronó el procurador.

—Una cosa es acusar, otra es probar —observó Tertulo con calma, secretamente complacido por el giro de los acontecimientos.

—No tengo prueba escrita. Florus es demasiado astuto para emplear tinta y pergamino en tal asunto. Su intermediario en este negocio fue su liberto, Ninfidio.

—¿Vale la pena enviar por ese Ninfidio —preguntó Tertulo a Florus— para que niegue esta acusación?

—Es inútil enviarlo —observó Rufo—, pues murió esta mañana… de repente.
—¿Quién lo ayudó a morir? —preguntó Simón—. Porque me parece que su muerte ha ocurrido en un momento muy conveniente para Florus.

¡Pregunta significativa! Los hombres se miraron unos a otros, dudando poco de que Florus había eliminado por medios viles a un testigo incómodo.

—Soportadme, noble Florus —dijo Tertulo— si por un momento asumo la verdad de la historia de este bribón. ¿Qué respuesta —prosiguió, dirigiéndose a Simón— diste a Ninfidio?

—Ésta fue mi respuesta: “Dile al perro incircunciso de Florus que Simón saqueará sin pedirle permiso. Que envíe a Manahem, hijo de Judas, quien sin duda se alegrará de comprar licencia en tales términos.”

Tertulo dejó caer entonces su máscara y se convirtió, como Simón, en acusador del procurador.

—Fue ese Manahem, oh Florus —dijo con calma— quien hace quince días me robó una copa de murrina, que anoche apareció sobre tu mesa.

Durante todo este tiempo Crispus había estado escuchando con un extraño conflicto de emociones. El odio a los crímenes de Simón se mezclaba con la admiración por su espíritu audaz. También se veía obligado a admitir que la existencia de los zelotes estaba, en cierta medida, justificada por el desgobierno romano, hecho muy desagradable para un patriota como Crispus, siempre esforzándose en creer que Roma y justicia eran términos equivalentes. Bajo el gobierno de procuradores malvados y rapaces como Pilato y Félix, Albino y Florus, ¿qué otro espíritu podía desarrollarse en Judea sino un ardiente odio al dominio romano, unido a la determinación de sacudir el yugo cuando surgiera ocasión favorable?

Aunque Simón era sin duda merecedor de la muerte, el sentido de justicia de Crispus se rebelaba contra su condena por jueces como Florus y Ananías, culpables ellos mismos de maleficios. Resolvió desligarse del consejo.

—Ya que el prisionero —dijo— cuestiona la integridad de dos de sus jueces, y, según me parece, con algún fundamento, renuncio a tomar parte ulterior en este juicio.

Acompañando la acción con la palabra, Crispus se levantó de su asiento y se retiró del bema.

—Y yo hago lo mismo —dijo Theomantes, movido principalmente por su enemistad con Ananías.

—¡Y yo! —¡Y yo! —exclamaron varios otros miembros, levantándose y descendiendo del tribunal.

Florus permaneció sentado, lleno de ira impotente, al percibir que las declaraciones de Simón y Tertulo eran creídas, no sólo por el pueblo común, sino también por la mayoría del consejo.

—El juicio queda aplazado —gritó—. Que el prisionero sea llevado de nuevo a su mazmorra.

La orden llegó demasiado tarde. Simón había percibido entre los espectadores judíos a ciertos zelotes disfrazados, quienes, tanto con la mirada como con gestos, lo invitaban secretamente a lanzarse hacia la libertad.
Actuando sobre la señal, se liberó de repente de sus guardias, corrió hacia el borde del tribunal y, dando un salto por encima de la línea de soldados que custodiaban su frente, cayó entre sus amigos, quienes, luchando desesperadamente, comenzaron a empujarlo hacia las puertas abiertas de la basílica.

Los soldados, al intentar seguirlo, fueron inmediatamente enfrentados, no sólo por todo el cuerpo judío, sino también por los greco-sirios, quienes en este asunto actuaban no por amor a Simón, sino por el deseo de frustrar y decepcionar a Florus, cuyo gobierno les era odioso. El tribunal de justicia se transformó de inmediato en un tumultuoso pandemonio.

—¡Abajo el malvado Florus!

—¡Muerte al viejo Ananías!

Piedras y otros proyectiles, lanzados por hombres de ambas facciones, comenzaron a volar dentro del tribunal. Ananías, recogiendo su manto, huyó a un lugar seguro. Florus, al levantar la mano en el vano intento de sofocar el tumulto, recibió en las sienes una piedra afilada. Por su rostro, que palidecía rápidamente, corrió un chorro de sangre, espectáculo recibido por ambas facciones con un enorme rugido de júbilo.

—¡Guardias, aquí conmigo! —gritó el alarmado procurador.
Cuatro fornidos soldados avanzaron y lo cubrieron con sus escudos, que resonaban una y otra vez bajo la lluvia de piedras, mientras el procurador, siguiendo el ejemplo de Ananías, huía en medio de abucheos, maldiciones y risas burlonas.

A la orden de Rufo, los soldados, amenazando al pueblo con las lanzas niveladas, despejaron pronto el tribunal. No lograron, sin embargo, recuperar a Simón, quien, arrastrado por sus amigos, consiguió escapar.

—Nos volverá a hostigar —gruñó Rufo, en una profecía destinada a cumplirse con creces.

CAPÍTULO VI:

¡DELENDA EST HIEROSOLYMA!

(¡Jerusalén debe ser destruida!)

—¿Entonces no os casaréis conmigo, princesa?

Tales fueron las palabras dirigidas por Floro a Berenice, mientras caminaba a su lado en los jardines soleados del Pretorio.

La fea herida que había recibido esa mañana, causada por un proyectil bien apuntado, no había realzado su belleza personal. Berenice, mientras lo observaba por debajo de la franja de sus pestañas oscuras y sedosas, se estremeció y pensó: ¡qué parecido a un sátiro se veía! Mentalmente contrastó la tosquedad hinchada de su rostro con la tez clara, bronceada y saludable de Crispo.

—¡Casarme con vos! —dijo ella, enfatizando la última palabra—. ¡Mi señor Floro, si ya tenéis esposa!

—También la tenía mi predecesor Félix, pero eso no impidió que vuestra hermana Drusila se casara con él.

—¡Pobre y engañada Drusila! Nunca habría actuado así de no ser por los hechizos y sortilegios de Simón el Mago.

—¡Ojalá supiera dónde encontrar a ese Simón! —suspiró el gobernador—, ¡pues entonces yo también lo emplearía para el mismo oficio!

—Tenéis al gran Teomantes —rio Berenice—. ¿No puede él tejer hechizos para vos? ¿O ya lo ha hecho y ha fracasado? Pero, mi señor Floro, tened piedad de vuestra esposa. ¿Por qué deseáis a la malvada Berenice en lugar de a la buena Cleopatra?

—Ooh, la más bella de las mujeres —comenzó el gobernador galantemente.

—No —dijo la princesa, de manera sombría—, Crispo me ha privado abiertamente de ese título.

—Un necio, que no tiene ojos para la verdadera belleza.

—¿Es a Berenice la Bella o a Berenice la Dorada a quien buscáis cortejar?

—El mío —respondió Floro con un fino aire de virtud—, el mío no es un carácter mercenario.

—Excepto cuando se trata del botín de los Zelotes —rio Berenice—. Temo grandemente que la revelación de esta mañana os prive de vuestro cargo.

El procurador también era de esa misma opinión, pero no resultaba agradable escucharlo de labios de ella. Enmascarando su ira bajo una sonrisa hueca, dijo:

—Para ganaros, princesa, yo... ¡sí!, me convertiría voluntariamente en prosélito, y eso es más de lo que Félix hizo por Drusila.

—Es una oferta tentadora —dijo Berenice, con una dulce risa burlona que encantaba a la vez que enloquecía al procurador—. ¡Cómo se regocijarían los judíos con su nuevo converso! ¡Imaginadme llevando a Floro de la mano al templo, para presentarlo ante Matías como un piadoso neófito! —Luego,

volviéndose seria de nuevo, continuó—: Mi padre Agripa fue rey de Judea, y siempre ha sido mi objetivo controlar los destinos de esta misma tierra, un objetivo condenado al fracaso si me casara con vos.

—¿Por qué razón?

—¡Oh, necio! Habéis gobernado porque vuestra esposa era amiga de la emperatriz Popea. (“*¿Era?*”, pensó Floro, preguntándose por qué usaría el tiempo pasado; ¡pronto lo sabría!). —Si os hubierais divorciado de Cleopatra para casaros conmigo, habríais puesto a la emperatriz en vuestra contra, y entonces, ¿qué habría sido de vuestra procuraduría?

Esta visión del caso se le había ocurrido a menudo al propio Floro. Aun así, ¿qué era la pérdida de su cargo comparada con el manejo del oro de Berenice?

—Y —continuó Berenice—, incluso suponiendo que la emperatriz, pasando por alto el desprecio a su amiga Cleopatra, estuviera dispuesta a manteneros en el cargo, ya no puede hacerlo, puesto que ha muerto.

—¿Popea muerta? —jadeó Floro con incredulidad.

—Eso dice mi liberto Sadas.

—¿De dónde lo ha aprendido?

—Un barco de Roma acaba de llegar al puerto con la noticia. Todo el mundo a bordo habla de ello. Nuestra más grande prosélita ha muerto, ¡matada por un golpe del pie de Nerón, y ella estando encinta! Pateada hasta la muerte por aquel a quien queríais que adoráramos anoche como a un dios —añadió ella, con el labio torcido por el desprecio.

Floro quedó estupefacto ante la noticia, previendo un rápido final a su mandato ahora que no había una Popea que se interpusiera entre él y el castigo justamente debido por sus fechorías. Sabía muy bien que tan pronto como los judíos recibieran la noticia, enviarían a Roma una embajada pidiendo su destitución. Sin duda mencionarían aquel asuntillo con los Zelotes, por no hablar de otros diversos pecadillos.

—Y al dejar de ser procurador —dijo él, colérico—, ¿dejo, por supuesto, de tener interés para vos?

—A menos que lleguéis a ser César, en cuyo caso mandad a buscarme y vendré a vos; ¡sí, volaré! Como emperatriz del mundo podría servir mejor a la santa nación que como reina de Judea.

Emperatriz del mundo. Ella hablaba a la ligera, sin soñar siquiera por cuán poco perdería el trono imperial.

—Solo pensáis en vuestro pueblo y en vuestra superstición —murmuró Floro.

—Solo en mi pueblo y en mi... superstición. Habéis dado en el clavo con mi carácter.

—Habéis estado jugando conmigo para vuestros propios fines —dijo él, con su gran mejilla tosca enrojeciendo de ira—. Y ahora me desecháis como se desecha una sandalia que ha sobrevivido a su uso.

—¡Oh, Floro, basta! —dijo ella con aire cansado—. Ambos hemos estado actuando. Dejemos caer la máscara. No es Berenice misma el encanto, sino su oro, con el cual esperáis cancelar deudas pasadas y continuar vuestras infames orgías. Y yo, adivinando vuestros motivos, he jugado igualmente a la hipócrita, fingiendo un amor que nunca sentí, si con ello podía beneficiar a Judea. Extrañamente habéis confundido mi naturaleza al pensar que, aparte de vuestra procuraduría, podríais haber tenido alguna vez algún interés para mí. Mi señor Floro, os digo adiós.

Y con eso, lo dejó.

El rostro de Floro era como el de un demonio mientras la veía alejarse con desdén, sin una sola mirada atrás de piedad o remordimiento. El amor por ella se había desvanecido por completo de su corazón; no quedaba otro sentimiento allí más que un gran y negro odio que lo transformaba en un salvaje elemental. Su único pensamiento ahora era vengarse de ella. Pero, ¿cómo? ¿Muerte? Sería un asunto algo difícil de lograr el fin de una princesa judía. Es cierto que podría alquilar las dagas de los *Sicarii*, tal como el procurador Félix las había alquilado para asesinar al sumo sacerdote Jonatán —cayó ante el mismísimo altar—, pero la sospecha recaería sobre él, y esto era algo que debía evitarse, si era posible.

Además, una muerte así sería un castigo demasiado ligero; una punzada aguda, y todo habría terminado. Su venganza debía tomar una forma más sutil, más prolongada. Cómo lograrlo era la cuestión, y así, sumido en sus pensamientos, caminó meditativo de regreso al Pretorio.

Al entrar, se enteró de que el Rey Polemón —el exmarido de Berenice— aguardaba una entrevista con él en el Salón de Marfil, una estancia llamada así por su artesonado.

Floro recibió la noticia con algo parecido a un fruncido de ceño.

—¿Qué quiere él de mí? —masulló sombríamente—. Es él quien me ha traído a esto. —Pero en un momento su rostro se despejó de nuevo—. ¡Un amigo de César! ¡Ja! Podría serme de ayuda en esta crisis —y, en consecuencia, dirigió sus pasos hacia el Salón de Marfil.

—Traed vino —ordenó; y una vez hecho esto, Floro se quedó a solas con su visitante.

La amistad —si es que de hecho merecía tal nombre— existente entre los dos hombres, había comenzado un año atrás en Roma, en la época en que Floro estaba a punto de partir hacia Judea con el carácter de procurador. El repentino afecto del rey era un hecho que desconcertaba un tanto a Floro, quien, por muy alta estima que tuviera de sí mismo, era sin embargo secretamente consciente de que su carácter no era del tipo que atraería a un hombre de la talla de Polemón. No obstante, el hecho estaba ahí: Polemón evidentemente ansiaba ganarse la buena voluntad de Floro, pues, al descubrir que el romano andaba escaso de dinero, le proporcionó una suma suficiente para permitir que el nuevo procurador hiciera una entrada espléndida en Cesarea.

Desde aquel entonces, Floro había recibido sumas adicionales del rey. Nunca hubo un prestamista más dispuesto y encantador que Polemón. Satisfecho con recibir reconocimientos por escrito de las cantidades, no presionaba para el reembolso. Que Floro no se inquietara; podría pagar cuando le resultara cómodo. Encantado con esta forma tan fácil de obtener dinero, Floro, en el transcurso de un solo año, había pedido prestado imprudentemente una y otra vez, hasta que en sus momentos más sobrios temblaba al pensar cuán grande era

su deuda. Si de repente se le exigiera la devolución de todo el monto a la vez, sería un hombre arruinado.

Últimamente Floro se sentía muy inquieto; le asaltaba la sospecha, más bien la certeza, de que el rey intentaba establecer un dominio siniestro sobre él. Había en el aire grave de Polemón y en su peculiar sonrisa algo que parecía decir: "¡Lo que yo te ordene hacer, lo harás!". Y Floro, sintiéndose encadenado de pies y manos, no se atrevía a resentir el aire tranquilo de maestría del otro, pues aquellos eran días, cabe observar, en los que la ley romana ordenaba que, cualquiera que fuera su rango (a menos que perteneciera a la familia imperial, que, por supuesto, estaba por encima de toda ley), el deudor incapaz de cumplir con sus obligaciones debía convertirse en el esclavo por deuda de su acreedor.

Que Polemón tenía algún fin en mente era seguro, pero cuál podría ser, Floro, hasta el momento, no tenía ni la más remota idea.

Un hecho, sin embargo, se volvía cada vez más claro. Polemón, quien en días pasados se había sometido al rito de la circuncisión para obtener la mano de Berenice, no sentía ahora amor alguno ni por el judaísmo ni por los judíos, y hablaba de estos últimos en términos de desprecio y odio.

Floro, predispuesto por naturaleza a ser severo en el trato con el pueblo bajo su mando, parecía recibir un aliento tácito, si no directo, de Polemón; en cualquier caso, nunca abandonaba la presencia del rey sin la determinación de adoptar nuevos métodos de represión, aun cuando al hacerlo corriera el riesgo de perder el favor de Berenice. Parecía casi como si Polemón se hubiera propuesto contrarrestar la influencia de ella; y, en verdad, Floro, influenciado primero por uno y luego por la otra, había vacilado extrañamente entre el obrar bien y el obrar mal. Su propia disposición natural, sin embargo, le inclinaba a seguir las siniestras sugerencias de Polemón, hasta tal punto que convirtió su procuraduría en algo más infame en carácter que cualquiera que la hubiera precedido.

Floro se había preguntado a menudo cuál era la actitud de la mente de Polemón hacia Berenice, pero en este punto nunca podía quedar del todo satisfecho. Cuando se había aventurado, no sin cierta timidez, a insinuar su intención de cortejar a la que fuera esposa del rey, Polemón sonrió, ¡animándole a tener éxito si podía! Y después de aquello, cada vez que ambos se encontraban, Polemón

nunca dejaba de preguntar, no sin un toque de sarcasmo, cómo progresaba el cortejo del otro.

Lo mismo hizo en la presente ocasión.

—Que su propio demonio judío, al que llaman Satán, se la lleve al Tártaro —fue la elegante réplica de Floro.

—¡Ah! ¿Así están las cosas? Pensé que tendría ese final. Sería poco mujer por su parte aceptar el amor de un hombre ya casado, especialmente siendo ella misma...

Floro se preguntó qué vendría después, pero Polemón se interrumpió como si estuviera a punto de decir demasiado.

—No vine, sin embargo, a hablar de Berenice —continuó—, sino de vuestra propia posición desesperada.

—Una posición de la que sois, en cierta medida, responsable —dijo Floro.

—No, esta liga secreta con los bandoleros Zelotes es una locura enteramente vuestra. Yo he abogado por la severidad, pero desafortunadamente vuestras severidades nunca han ido lo suficientemente lejos para mi propósito.

¿Su propósito?, pensó Floro. ¿Acaso pensaba, entonces, gobernar Judea a través de él? Así parecía.

—Vuestros dardos solo han irritado al animal, sin lograr que se dé la vuelta y luche.

—Sed más claro conmigo.

—Mi deseo ha sido ver a los judíos alzarse en revuelta a causa de la dureza de vuestra administración. Vuestra tímida lenidad ha frustrado mi objetivo. Los judíos no se han alzado.

Floro se indignó secretamente al pensar que había sido una herramienta alternativamente de Polemón y de Berenice, más aún cuando no había logrado satisfacer a ninguno de los dos.

—Sería mejor llevar a cabo mi política. Provocar a los judíos a la rebelión es ahora vuestra única esperanza de salvación. Vuestro trato duro en el pasado tendrá entonces alguna justificación. Podréis alegar que el carácter del pueblo os obligó, contra vuestra voluntad, a ser severo. Las medidas represivas son necesarias para un pueblo que siempre está a punto de estallar en guerra. Su revuelta en esta coyuntura servirá como un manto para cubrir vuestras fechorías anteriores.

Ahora, mientras Polemón hablaba así, un nuevo sentimiento se apoderó de Floro. Descubrió que su ira daba lugar a una sensación de placer punzante al recordar las palabras de Berenice: que no le importaba nada excepto su pueblo y su religión. Aquí, en la sugerencia de Polemón, estaba la oportunidad de golpearla a través de esos dos ídolos de su afecto. Entre todos sus planes para herir a Berenice, no había pensado en este. ¡Era justo lo necesario! ¡Qué espléndida venganza sería si lograba provocar con éxito a los judíos a la guerra, y luego utilizar esa guerra como un medio para destruir tanto a la nación como al Templo!

Ha habido monstruos en la historia; Floro era uno de ellos. Su malevolencia podía contemplar con ecuanimidad el exterminio de todo un pueblo, siempre que pudiera herir a Berenice con tal acción; y si el gemido de cada víctima moribunda enviaba una tortura adicional al corazón de ella, ¡entonces, cuantos más murieran, mejor!

Pero, al ponerse a reflexionar, su ardor se enfrió un tanto.

El plan estaba muy bien, pero, a pesar de la opinión contraria de Polemón, parecía probable que se volviera contra su propia cabeza. ¿Cómo podría el gobernador que había provocado una guerra a propósito esperar escapar al castigo de manos del César? Le planteó la pregunta a Polemón, quien la recibió con secreta satisfacción, percibiendo que Floro estaba totalmente dispuesto a hacer el trabajo si tan solo podía salir de él a salvo.

—No temáis. Habiendo realizado vuestra tarea, desaparecéis por un tiempo. Mi reino del Ponto os ofrecerá un asilo seguro hasta que los consejeros que rodean a Nerón le hayan persuadido de que, en realidad, habéis hecho una buena obra.

—¡Humph! ¿Podrán hacerlo? —preguntó Floro, dubitativo.

—Lo harán —respondió Polemón—. ¿No soy yo el amigo del César? —continuó, exhibiendo el anillo cuya piedra estaba grabada con el retrato de Nerón—, con derecho a estar a su mano derecha. Le demostraré que sois un ferviente patriota; que todos vuestros supuestos ultrajes, incluso vuestra alianza con los Zelotes, no han sido sino el desarrollo de una política profunda y sutil, dirigida hacia un solo objetivo: el bien de Roma.

Floro, cuyas acciones nunca se dirigían por nada que no fuera su propio interés personal, sonrió con sorna ante la idea de ser tomado por un patriota.

—La superstición judía —continuó Polemón— se está extendiendo, no solo entre otras naciones, sino también entre los propios romanos. El cautivo está cautivando al conquistador. El Senado romano ve en esta amplia difusión del judaísmo una amenaza para la seguridad del Imperio. ¿Cómo ha de detenerse? Solo hay un camino: destruid el Templo de Jerusalén y destruiréis la superstición. Y puesto que la guerra es el único medio de lograr este fin, los estadistas romanos estarían agradecidos con Floro por iniciar la guerra. ¿Por qué deberíamos mostrar una falsa misericordia al judío? Considerad la política pasada de Roma hacia él y la recompensa que él ofrece a cambio.

»Roma no busca, ni siquiera desea, imponer sus propios dioses a ninguna de las naciones sometidas. Pero cuán diferente es el caso del judío, que recorre mar y tierra para ganar un prosélito, y que en la persona de Popea casi ha capturado el trono imperial mismo. No hay ciudad del Imperio que no tenga su sinagoga, aunque, a decir verdad, el judío no permitirá que se erija ni un solo templo gentil en el llamado suelo sagrado de su propia tierra; es más, volaría a las armas si se intentara tal cosa.

»Este pueblo busca judaizar el Imperio, y si este proselitismo continúa a su ritmo actual de progreso, Roma está condenada.

—¿Cómo es eso? —preguntó el sobresaltado Floro.

—Porque la humanidad, al ser judaizada, no mirará hacia Roma, sino hacia Jerusalén como la capital del mundo y la sede de las ideas. El Sumo Sacerdote, y no el César, empuñará el cetro del Imperio; y, puesto que la tolerancia es desconocida para el judío, la barbarie oriental triunfará sobre la civilización occidental. Tres veces al año nos veremos obligados a presentarnos en Jerusalén.

Las leyes de las Doce Tablas darán lugar a los preceptos de los rabinos. Homero será quemado en la plaza del mercado; la filosofía de Platón será reemplazada por el Pentateuco de Moisés. Nuestros juegos del circo, contiendas olímpicas y representaciones teatrales cesarán. La escultura estará prohibida; las más bellas obras maestras de Fidias perecerán bajo el martillo de los fanáticos. Los hermosos templos de Grecia serán entregados a las llamas; debe haber un solo templo, el del celoso Dios hebreo. Todo lo que da a la vida brillo, belleza y alegría desaparecerá para siempre del mundo, y deberemos encontrar nuestro principal placer en la circuncisión y la sinagoga, en los ayunos y los sábados.

—¡Por los dioses, Polemón, me asustas! —exclamó Floro, contemplando con consternación esta imagen de un mundo judaizado.

—Espero que así sea, pues entonces llevarás a cabo con mayor prontitud mis designios contra esta odiosa raza de fanáticos que harán todo lo que he dicho si no se les detiene. La existencia del judío y de su prosélito no debe ser tolerada por el romano; su mismo credo les enseña la deslealtad.

—¿De qué manera?

—¿Cómo se mantiene el poder de Roma? Solo por su ejército. Abolid las legiones y ¿cuánto tiempo creéis que pasaría antes de que los bárbaros del norte vinieran cruzando el Rin y el Danubio empeñados en nuestro derrocamiento? ¿Qué parte toman el judío y su prosélito en nuestra defensa común? ¡Ninguna! Si un súbdito romano se convierte en discípulo de la sinagoga, aunque se le llame, se niega obstinadamente a servir en el ejército bajo el pretexto de que tendría que marchar o luchar en el día de reposo, algo prohibido por su religión. Roma ha tenido que ceder ante ellos, y de ahí la ley no escrita que exime a los judíos y sus prosélitos del reclutamiento militar. Al galo y al griego, al español y al egipcio, se les debe asignar la defensa del imperio: tú y yo, querido Floro, debemos derramar nuestra sangre para que, por lo visto, el judío tenga tiempo de comerciar con nosotros y enriquecerse.

—Una injusticia cuya sola idea lo vuelve a uno salvaje —comentó Floro.

—El judío está en el imperio, pero no es parte de él; disfruta de sus ventajas, pero se niega a pagar por ellas. La riqueza obtenida por él mediante el regateo no se emplea para beneficiar a la provincia donde se ganó, sino que se envía al

Templo de Jerusalén para permanecer allí inactiva. El drenaje de oro y plata hacia el Templo es un asunto tan serio que ha afectado a veces la moneda de una provincia, obligando a su gobernador a prohibir la exportación.

»¿Por qué este amontonamiento de tesoros en el Templo, que asciende a millones de áureos? ¿Por qué? Porque la guerra no se puede llevar a cabo sin oro. Este tesoro acumulado, que los judíos quieren que consideremos simplemente como ofrendas religiosas de almas piadosas, se está acumulando en realidad con el propósito de librar una guerra contra Roma.

—A menudo lo he pensado yo mismo —dijo Floro, quien nunca había pensado nada parecido.

—Oíste a Simón el Zelote decir que había puesto su oro donde ningún romano pudiera tocarlo; ¿qué lugar quería decir si no el santuario del Templo? Un santuario al que incluso al propio César se le niega el acceso. Te garantizo que el Zelote fugado encontrará asilo allí, pues antes de irse a las montañas se sabía que era amigo de Eleazar, el capitán del Templo, un oficial a quien conoces por su abierta hostilidad hacia Roma. Pero volvamos de los individuos a la nación. Cuando consideren que la ocasión es propicia, ellos mismos declararán la guerra, una guerra que seguramente comenzará en el tiempo de la Pascua; pues, con el pretexto de subir a la fiesta, los judíos y sus prosélitos pueden ser convocados convenientemente desde todos los rincones del imperio. A Roma nunca le han gustado estas reuniones, y con razón. Sus números crecen año tras año: en la última Pascua, los peregrinos aumentaron la población de Jerusalén a la cifra de trescientas miríadas. ¡Dioses! ¡Pensadlo! ¡Tres millones de fanáticos, todos ardiendo en odio hacia Roma, permitidos para reunirse en una ciudad que se dice es la más fuerte del mundo! ¿En qué puede estar pensando el Senado? ¿Por qué deberíamos esperar hasta que esta nación se vuelva más poderosa? Incluso ahora hay rumores de alianzas con naciones fuera de las fronteras del imperio: con los partos más allá del Éufrates y con los árabes del desierto. Cada año aumenta su fuerza y nuestro peligro. Pero dejad que su ciudad y su templo sean entregados a las llamas —que es lo que debe suceder en caso de guerra— y su religión llegará a su fin; el día del proselitismo habrá terminado; las peregrinaciones cesarán, pues ¿quién tendrá fe en una deidad incapaz de proteger su templo? "Los dioses de Roma", se dirá, "son más potentes que el de

Judea". Una vez destruido el judaísmo, el imperio estará a salvo. Está en tu poder, Floro, hacer esto, y yo...

—¡Satis! —gritó el procurador—. Habéis dicho lo suficiente para convencerme de que destruir esta nación es un acto patriótico y justo.

Pero a Polemón todavía le quedaba otro argumento, más poderoso que cualquier otro. Lo había guardado intencionadamente para el final.

Sacó un pequeño rollo de notas de pergamino, que Floro reconoció como sus propios pagarés monetarios.

—El día que los judíos declaren la guerra, quemaré estos sin pedir su reembolso.

CAPÍTULO VII:

EL VIAJE A JERUSALÉN

Los primeros rayos del sol matinal doraban las majestuosas torres de Cesarea mientras los soldados de la Cohorte Italiana desfilaban por la puerta sur de la ciudad.

Marchaban a pie hacia Jerusalén, un viaje de unas sesenta millas, avanzando por la calzada militar construida por los propios romanos; una carretera tan bien pavimentada y duradera que aún hoy se conservan tramos después del transcurso de casi dos mil años.

Un poco adelantado a estas tropas, y justamente orgulloso de su porte gallardo y marcial, cabalgaba el tribuno Terencio Rufo, y a su lado iba Crispo, montado igualmente sobre un corcel fogoso.

El día anterior, el edicto de Nerón había sido publicado en los lugares públicos de Cesarea; este otorgaba la precedencia a los griegos.

Ahora, aunque era evidente hasta para el menos observador que la ciudad hervía de agitación causada por el triunfo de una facción y la humillación de la otra, el procurador había ordenado a Rufo y su cohorte regresar a Jerusalén, ¡bajo el pretexto de que todo estaba tranquilo en Cesarea!

—Y el propio Floro —comentó Rufo— se retira a Sebaste con su legión, de modo que la ciudad quedará totalmente desprovista de tropas. ¡Que Plutón me lleve! —continuó, frunciendo el ceño con perplejidad— si puedo entender su conducta, salvo bajo la suposición de que quiere encender la antorcha de la guerra.

Ambos cabalgaron en silencio durante un rato. Entonces Crispo, que de vez en cuando echaba la vista atrás hacia las tropas en marcha, dijo con aire algo confuso:

—Rufo, falta algo en tu cohorte. ¿Qué es? ¡Ah, ya lo tengo! ¡El águila! ¿Dónde está?

—Se ha quedado deliberadamente en el Pretorio de Cesarea.

—¡En nombre de Marte! ¿Por qué?

—Al atravesar Judea, debemos respetar la superstición judía, que, como sabes, considera todas las imágenes con aborrecimiento.

Crispo quedó por un momento mudo de indignación.

—¡Qué! —exclamó—. ¿No podemos llevar nuestros estandartes en un país conquistado por nosotros? ¿Acaso Roma gobierna a Judea, o Judea a Roma?

—Judea, al menos en este asunto, gobierna a Roma.

—Te ruego, Rufo —dijo Crispo, refrenando a su corcel—, ordena a un centurión que regrese por el águila.

Pero Rufo sacudió la cabeza.

—Poncio Pilato pensaba igual que tú. Hizo su primera entrada en Jerusalén con estandartes decorados. Durante tres días y dos noches, el populacho judío aulló, rugió y lloró alrededor de su Pretorio. Al final del tercer día, envió a sus tropas contra ellos con las espadas desenvainadas. Los judíos se arrojaron al suelo, descubrieron sus cuellos y gritaron que preferían morir antes que ver quebrantadas sus leyes.

»¿Qué podía hacer el consternado Pilato? No podía masacrar a todo un pueblo en la primera semana de su gobierno. Obligado a ceder con amargura, envió las

insignias de vuelta a Cesarea. Desde ese día, ninguna tropa se atreve a aventurarse en Jerusalén salvo con estandartes lisos.

—Prohibido llevar las águilas —masulló Crispo con rabia—. ¿Cuánto tiempo durará esto?

—Hasta nuestra próxima guerra con ellos, cuando reivindiquemos más a fondo la supremacía de Roma y seamos amos en nuestra propia casa.

—¿Cuándo será eso?

—En mi opinión, es cuestión de días.

¡Días! Para Crispo, esta era una noticia sorprendente, y sin embargo, no desagradable.

—Llevo conmigo una carta sellada —continuó Rufo—, dirigida al Rey Agripa, que se encuentra en Jerusalén. Él es, como sabes, el hermano de la Princesa Berenice, quien designa al Sumo Sacerdote y es el guardián supremo de los tesoros del Templo. El contenido de la carta lo ignoro, pero si puedo juzgar por la sonrisa siniestra de Floro al entregarme el mensaje, contiene alguna orden que Agripa se mostrará reacio a ejecutar. Si los judíos de Jerusalén apoyan al rey en su actitud, puede ser el comienzo de un estallido cuyo fin nadie puede prever. Puedo equivocarme, Crispo, pero tengo el presentimiento de que en esta carta llevamos el destino de Judea.

Crispo frunció el ceño. Amaba la lucha, pero le parecía que habría poco honor y gloria en someter a un pueblo empujado a la guerra por la opresión deliberada de un gobernador injusto.

El camino que recorrían los romanos serpenteaba hacia el sur a través de las praderas esmaltadas de flores que constituyen la llanura de Sarón, nunca más hermosa que bajo el suave sol de una mañana de mayo.

De vez en cuando, en su marcha, los romanos pasaban junto a grupos de campesinos judíos vestidos con colores alegres, muchos de ellos acompañados de asnos y mulos cargados de madera.

—Peregrinos que van a Jerusalén —explicó Rufo ante las preguntas de Crispo —. En pocos días se celebra la festividad de la *Xiloforia*, o la Ofrenda de la

Madera, cuando los judíos acostumbran llevar al Templo suministros de madera suficientes para mantener encendidos los fuegos de los sacrificios durante un año.

En un manantial junto al camino, una caravana algo numerosa había hecho un breve alto para rellenar sus odres de agua y refrescar a sus bestias de carga. El aire vibraba con el sonido de panderos, canciones y danzas.

La aproximación de la ruidosa cohorte, con su paso marcial y rítmico, puso fin repentino a la alegría.

—¡Los romanos! ¡Los romanos! —era el grito.

Con la lengua en silencio, pero con ojos que irradiaban un odio inconfundible, los peregrinos se echaron a un lado para dejar pasar a los legionarios. Un judío de aspecto feroz, más audaz que sus compañeros, gritó con fuerza: —¡Al Gehena con todos los gentiles!

Rufo pasó cabalgando con una sonrisa de desprecio.

—Ese individuo sabe muy bien —dijo— que si yo quisiera, podría colgarlo del árbol más cercano, y sin embargo, ese conocimiento no le impide expresar su odio hacia los romanos.

—¿Qué es esa Gehena a la que desea consignarnos? —preguntó Crispo, quien no estaba tan versado en los asuntos hebreos como Rufo.

—El Tártaro judío, un lugar de llamas y tormento al que tú y yo, sin importar cuán virtuosa sea nuestra vida, estamos destinados a ser enviados, según el dicho de los rabinos: "Los gentiles no son más que combustible para la Gehena".

—No nos aman, estos judíos —rio Crispo.

—El odio hacia el romano se mama con la leche materna. Ves ahora la necesidad de mantener una fuerza militar tan grande en Judea. África, que fue una vez la sede del imperio cartaginés, se mantiene en orden con una sola legión. Una legión también basta para la belicosa España. Grecia, antaño tan grande en hechos de armas, no tiene legión alguna dentro de sus fronteras. Estos turbulentos judíos requieren tres legiones. ¡Piénsalo! Treinta y seis mil hombres

perpetuamente bajo las armas en una provincia no más grande que nuestro Lacio natal; así de inquietos son estos judíos, así de hostiles a nuestro dominio.

—¿Por qué ese alto más adelante? —dijo Crispo, mirando hacia un grupo de peregrinos distantes que se habían detenido de repente, amenazando con impedir la marcha de los romanos que se aproximaban.

—Eso —respondió Rufo— es otra prueba del desprecio judío por el extranjero. La piedra que ves al borde del camino marca la frontera de dos provincias. En este momento estamos en la Fenicia pagana; cruza esa piedra y estaremos en la sagrada Judea. Tu hebreo, al llegar a la frontera, se quita las sandalias y las limpia cuidadosamente, para no contaminar el suelo sagrado de Judea trayendo sobre él el polvo profano de otras tierras.

Crispo miró y vio que era tal como Rufo había dicho. Cada judío, al llegar a la piedra fronteriza, se quitaba el calzado y lo limpiaba o lo sacudía; una limpieza algo inútil, viendo que un minuto después los seiscientos hombres de la Cohorte Italiana traían consigo el polvo fenicio.

—Eres un patricio de Roma —dijo Rufo dirigiéndose a Crispo—, orgulloso de tu linaje puro y elevado; pero sabe esto: si el mendigo más vil de Jerusalén fuera tocado por ti en la víspera de la Pascua, se consideraría tan impuro que no podría celebrar la fiesta. La purificación mediante el baño le daría derecho al privilegio de la pascua suplementaria, celebrada siete días después para atender tales casos.

Una marcha de unas veinticinco millas llevó a la cohorte a Antípatris, una estación militar que custodiaba la línea de comunicación entre Cesarea y Jerusalén. En los barracones de esta ciudad, Rufo encontró alojamiento amplio para sus tropas. Al anochecer, él y Crispo subieron a las almenas del castillo romano; desde su elevada posición, los dos podían ver toda la extensión de Sarón, desde las montañas hasta el mar, blanqueada por la plateada luz de la luna.

Por todo el paisaje brillaban las hogueras de los peregrinos judíos, acampando para pasar la noche bajo el frondoso terebinto o junto al manantial del camino.

—¡Escucha! —dijo Rufo, levantando un dedo.

Flotando desde el valle, llegaba el sonido de muchas voces unidas en una melodía lúgubre. De vez en cuando, Crispo podía captar débilmente algunas de las palabras del estribillo:

—"¡Si me olvido de ti, oh Jerusalén, que mi mano derecha olvide su destreza!".

Mientras la brisa vacilaba, las voces subían y bajaban con un efecto extraño y lastimero, y Crispo se estremeció al escuchar. A su modo de ver, había un sollozo en cada cadencia —"¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?"—, una súplica salvaje al cielo pidiendo venganza contra su actual opresor, el romano.

Un espíritu de profunda melancolía cayó sobre Crispo al contemplar el carácter de esta extraña nación oriental. En su viaje de ese día, cada rostro visto por él, cada incidente ocurrido, daba prueba de que, aunque judío y romano se tocaban en cien puntos, estaban, no obstante, tan separados como si mares rodaran entre ellos.

Mientras todas las demás naciones del imperio, incluyendo incluso a Grecia, tan renombrada en artes, armas y saber, se contentaban con vivir pacíficamente, incluso felices, bajo la sombra de las alas del águila de Roma, el judío mantenía una actitud de hosca hostilidad hacia su conquistador.

¿Cuánto tiempo duraría este antagonismo? ¿Debía el judío seguir siendo para siempre una espina en el costado del imperio, o debía la solución del problema venir, como Rufo estaba convencido de que vendría, en forma de una guerra de exterminio?

A la mañana siguiente, al amanecer, se reanudó la marcha. El camino, que hasta entonces había seguido una línea paralela a la costa, giró ahora hacia el interior y, dejando atrás la llanura costera, los romanos comenzaron a ascender por los pintorescos desfiladeros que serpentean hacia la meseta rocosa sobre la cual está edificada Jerusalén.

Gofna, otra estación militar a quince millas de la ciudad santa, fue su segunda parada.

Al rayar el alba, iniciaron la tercera y última etapa de su viaje, a lo largo de un camino deslumbrantemente blanco y polvoriento.

A la novena hora de la mañana, la cohorte avanzaba con esfuerzo por un desfiladero en las tierras altas. Frente a ellos, a cierta distancia, iba un numeroso cuerpo de peregrinos cargados de madera. De repente, cuando su vanguardia alcanzó el punto más alto del camino, estalló un grito emocionante, seguido de un apresuramiento precipitado por parte de todos los que venían detrás.

—"¡Yerûshalaïm! ¡Yerûshalaïm!" —fue el grito que resonó en el aire matutino, el clamor de los judíos.

—"¡Hagiopolis! ¡Hagiopolis!" —exclamaron los prosélitos griegos.

—¡Hierosolyma! —dijo Rufo en voz baja.

Impulsado por una curiosidad natural, Crispo espoleó a su corcel y, al alcanzar la altura septentrional de Scopus, la ciudad entera estalló ante su vista de un solo golpe.

Refrenó la marcha y, con vivo interés, contempló la famosa ciudad —“longe clarissima urbium Orientis” (*con mucho, la más famosa de las ciudades del Oriente*)— cuyo origen se perdía en la noche de la antigüedad; ¡una ciudad gris por la edad antes de que se colocara siquiera una piedra de Roma!

Un siglo antes, Jerusalén presentaba un aspecto opaco e incluso escuálido; pero, gracias a ese magnífico déspota, Herodes el Grande, un monarca distinguido por su gusto por la arquitectura griega, la ciudad era ahora un sueño de belleza, con su manto imperial de orgullosas torres; sus palacios de mármol reluciendo a través del aire claro y transparente de una mañana siria; sus elegantes columnatas y arcos triunfales, intercalados con el follaje de la alta y graciosa palmera; y, por encima de todo, el Templo de puro blanco, “un monte de alabastro coronado con agujas de oro”, que destellaba bajo la luz matinal con un esplendor que obligaba a apartar la vista.

Crispo lo miró y pensó en su sueño.

—Escúchame —dijo Rufo—, Roma nunca estará bien hasta que esa hermosa ciudad sea nivelada con el polvo y se pase el arado sobre ella.

¡Palabras proféticas!

Si aquellos judíos, entre los cuales Crispo y Rufo se abrían paso ahora, hubieran podido prever el futuro, sus dagas habrían brillado bajo el sol y ¡los dos romanos no existirían más!

La emoción suprema evocada entre los peregrinos campesinos por la vista de la ciudad santa se expresó de forma característica. Algunos rieron a carcajadas en una locura de alegría; otros, con las manos entrelazadas y lágrimas en los ojos, cayeron de rodillas, y no pocas mujeres se desmayaron. Algunos se quitaron las sandalias y caminaron descalzos hacia la ciudad, como si el camino fuera tierra sagrada; otros se pusieron sus túnicas más ricas, como si estuvieran a punto de entrar en una sinagoga santa. Un miembro de la multitud, un levita, alzando una voz sonora, comenzó el canto de un salmo apropiado para la ocasión; y el estribillo fue inmediatamente coreado por toda la multitud que se movía lentamente hacia la ciudad:

—"Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el monte de Sion, a los lados del norte, la ciudad del Gran Rey".

—Ahora bien, si por el Gran Rey se refieren al César, lo cual es de dudar —comentó Rufo—, estos fanáticos tienen razón. Ves aquel edificio, Crispo, que se eleva muy por encima del templo. Es mi ciudadela romana, de cuya hospitalidad debes participar.

Abriéndose paso a través de una región de arboledas y jardines, adornada con las mansiones de los residentes adinerados, las tropas romanas entraron en la ciudad y, recorriendo sus calles estrechas y sinuosas, llegaron a sus cuarteles en la ciudadela Antonia, llamada así por Herodes el Grande en memoria de su amigo y patrón, Marco Antonio; su nombre habitual entre los judíos era *Baris*, o la Torre.

Esta fortaleza ocupaba la cima de una roca elevada, separada del monte donde se alzaba el templo por un profundo desfiladero, cruzado por una línea de arcos. Así como el templo —en sí mismo una fortaleza— dominaba y miraba hacia abajo a la ciudad, la Antonia dominaba y miraba hacia abajo al templo. Muy por encima del techo dorado del santuario se elevaban sus altivas almenas, adornadas con el estandarte que portaba las significativas letras **S.P.Q.R.** Ningún

judío miraba jamás esa bandera orgullosa, símbolo visible del dominio romano, salvo con una maldición colérica.

Dejando a sus hombres en sus cuarteles, Rufo, sin perder tiempo, partió acompañado de Crispo hacia el palacio de Agripa, resuelto a entregar a ese monarca la carta de Floro.

Era aún temprano por la mañana, y las calles, atestadas de peregrinos que acababan de llegar, presentaban un aspecto animado y bullicioso que desaparecería más tarde, cuando el calor del mediodía diera paso a la quietud de la siesta.

De repente, por encima de los sonidos producidos por la multitud inquieta, se alzó una voz, y una tan extraña que Crispo nunca antes había oído nada igual. Ante su tono cavernoso, las voces, los ruidos y los pasos cesaron. Un silencio de muerte cayó sobre todos.

Por la mitad de la calle, y moviéndose a un paso que nunca variaba de su uniformidad lenta y acompasada, venía una figura de ojos alucinados y melancólica, vestida con una sola túnica de pelo de camello y atada a la cintura con un cinturón de cuero.

Sus brazos estaban alzados al cielo; no miraba ni a derecha ni a izquierda; su rostro era como una máscara de piedra, fija en una expresión inmutable de dolor.

Nadie lo detenía; nadie lo interrogaba; todos sabían que era inútil.

Era una figura familiar para el pueblo, pero la familiaridad nunca había disminuido ni un ápice el escalofrío de asombro que sentían cada vez que aparecía.

—“¡Voz del oriente, voz del occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y la santa casa, voz contra los esposos y las esposas, y voz contra todo este pueblo! ¡Ay, ay de Jerusalén!”.

La gente permanecía, como siempre lo hacía cuando él pasaba, inmóvil, silenciosa, maravillada. ¿Contemplaban a un loco o a alguien en quien habitaba el espíritu de los antiguos profetas?

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Crispo, observando la figura mientras se alejaba en la distancia.

—Jesús, el hijo de Anán. Hace cuatro años que empezó a aparecer en las fiestas anuales, recorriendo las calles y profiriendo el lamento que acabamos de oír. Llevado ante el tribunal del procurador Albino e interrogado, solo respondía: "¡Ay, ay de Jerusalén!". Aunque fue azotado hasta que sus huesos quedaron al descubierto, mantuvo durante todo el tiempo los ojos secos y un semblante de piedra, pronunciando mientras tanto su extraña queja. No parece ser un hombre, sino una voz.

—La voz de algún dios, tal vez —masulló Crispo, en cuya mente el incidente había dejado una impresión singular—. La condenada Troya tuvo a su Casandra, a quien nadie quiso creer hasta que fue demasiado tarde. Así también, Jerusalén parece tener su profeta, a quien este pueblo insensato, que sueña con la guerra, haría bien en prestar atención.

Reanudando su caminata, los dos amigos ascendieron la ladera del monte Sion y llegaron al antiguo palacio Asmoneo, la residencia del Rey Agripa.

—¿No vas a entrar conmigo? —preguntó Rufo, al ver que Crispo vacilaba—. Podríamos encontrarnos con la Princesa Berenice.

Crispo se dio la vuelta, diciendo que esperaría el regreso de su amigo en el Xystus cercano. Rufo lo miró con cierto asombro.

—En el futuro —masulló—, será mejor que me abstenga de mencionar el nombre de Berenice; parece que le perturba.

Rufo, al ser admitido a la presencia de Agripa, lo encontró sentado a una mesa. En su persona era alto y esbelto. De facciones delicadas y refinadas, y vestido a la última moda judía, presentaba, al menos a los ojos del robusto romano, un aspecto algo afeminado. A un lado de él estaba su hermana Berenice, que había llegado a Jerusalén la noche anterior; al otro estaba un hombre de edad avanzada con nariz aguileña, labios finos y una frente pulida y amarillenta, que parecía un rabino típico, como de hecho lo era, no siendo otro que Simeón, el hijo del célebre Gamaliel. Ante él había un tintero de cuerno y un rollo de pergamino; entre sus dedos tenía un *calamus* o pluma de caña. Evidentemente, había estado redactando algún documento con la ayuda de sus reales amigos, y los tres lucían

muy complacidos con su trabajo. Rufo se preguntó si seguirían luciendo tan complacidos después de leer el documento que él les traía.

—Esta oración —dijo Simeón, poniendo su mano sobre el rollo de pergamino ante él—, esta oración servirá como un bieldo para aventar la paja del trigo.

Los tres levantaron la vista cuando entró Rufo. Él, siendo el comandante de la Antonia, era un hombre importante en Jerusalén y, por lo tanto, lo recibieron con afabilidad.

—¿Y qué desea de nosotros el excelente Rufo? —preguntó Agripa.

El excelente Rufo entregó la carta al rey, quien la tomó entre sus delicados dedos enjoyados y rompió el sello. Mientras lo hacía, Berenice se levantó de la mesa y, acercándose a Rufo, se dirigió a él en voz baja.

—¿Dejasteis a Crispo en Cesarea?

Su tono y su mirada, que delataban un interés más que ordinario por el romano ausente, fueron una revelación para Rufo.

«Por mi vida», pensó él, «esta mujer ama a Crispo». En voz alta respondió: —No, princesa, él me ha acompañado a Jerusalén.

—¿Dónde está ahora? —preguntó ella con ansiedad.

Y Rufo, sabiendo que traería aflicción a esos hermosos ojos si ella supiera que el flemático Crispo prefería a la multitud variopinta del Xystus antes que los atractivos del Palacio Asmoneo, respondió: —Lo dejé en la Antonia.

Cualquier otra pregunta que ella pudiera haber hecho fue interrumpida por Agripa quien, tras enterarse del contenido de la epístola, fruncía el ceño terriblemente. Llamó a su hermana a su lado y le entregó la carta. Ella contrajo las cejas mientras leía y, a su vez, pasó la misiva a Simeón, quien, tras leerla debidamente, parecía estar más enojado que sus reales patrones.

Permanecieron en silencio por un tiempo, todos reflexionando.

—No te sometas a esta demanda —dijo Berenice apasionadamente, dirigiéndose a su hermano—, ya que la sumisión será citada como un precedente; estaremos reconociendo virtualmente su derecho a hacer tal reclamo. Una opresión conducirá a otra.

—Cierto, pero por otro lado —replicó Agripa—, si él buscara hacer valer su demanda por la fuerza de las armas, esto conducirá al tumulto y al derramamiento de sangre; es más, incluso a una rebelión abierta, pues en este momento la mente popular está en un estado de alta tensión por los profetas que predicen el cercano advenimiento del reino del Mesías.

Volviéndose hacia Rufo, dijo en voz alta:

—¿Conocéis el contenido de esta carta?

—En absoluto. No se me dijo más que insistiera en una respuesta inmediata.

—Aplazaré mi respuesta hasta esta noche.

Rufo hizo una reverencia y se retiró.

—Yo soy la causa de esto —dijo Berenice con tristeza.

—¡Vos, princesa! ¿Cómo? —exclamó Simeón.

—Esta es la manera que tiene Floro de vengarse de mí porque me he negado a escuchar su cortejo.

CAPÍTULO VIII:

LO QUE SUCEDIÓ EN LA SINAGOGA ROYAL

El calor del mediodía había pasado y Crispo, bajo la guía de Rufo, pasaba el tiempo recorriendo la ciudad. Podría pensarse que el Templo sería el primer lugar visitado por él, pero Rufo reservaba esto para la noche, cuando, en virtud de su cargo como comandante de la Antonia, podría mostrar aquel edificio —o al menos lo que le estaba permitido ver a un gentil— bajo la suave luz de la luna y libre de las multitudes que frecuentaban sus atrios durante el día.

—¿Y qué lugar es ese? —preguntó Crispo, señalando un edificio cuadrangular de piedra blanca, sobre cuyo portal estaba escrita en caracteres hebreos la palabra *"Shalom"*, o "Paz".

—La llamada Sinagoga Real —respondió Rufo, viéndose aquí obligado a romper cierta advertencia que se había impuesto a sí mismo—, llamada así por haber sido levantada por la princesa Berenice a sus propias expensas. Entre los judíos, si quieres ganarte una reputación de piedad, debes construir una sinagoga.

—¿Se está celebrando el culto?

La proximidad de un reloj de sol permitió a Rufo dar una respuesta. —Falta poco para la hora novena, que constituye el *Arabith*, o tiempo de la oración vespertina. El culto comenzará pronto. Ya ves que los piadosos se apresuran hacia allá.

—Nunca he visto el servicio de una sinagoga —dijo Crispo— y me gustaría mucho ver uno.

—Deploro tus gustos, pero por amor a la amistad te acompañaré. Es costumbre de los judíos, como ves, correr hacia su sinagoga para mostrar su entusiasmo por el culto divino. Pero nosotros, que somos romanos dignificados, podemos tomarlo con más calma.

Conversando así, Rufo se acercó a la Sinagoga Real.

—Es un edificio pequeño, pero pulcro —continuó—. Ahora bien, si quieres ver algo realmente espléndido en forma sinagógica, ve a Alejandría y contempla el *Diapleuston*, con sus setenta sillas de oro para los setenta miembros del Sanedrín; y en cuanto al tamaño, es tan vasto que la señal para el "Amén" tiene que darse agitando una bandera. ¡Es una escena impresionante!

Mientras estaban en el umbral, Rufo se dirigió al decurión que lo asistía. —Está prohibido portar armas en la sinagoga; por lo tanto, Quinto, hazte cargo de mi buena espada y espera aquí hasta que regrese. Quitémonos nuestras sandalias, Crispo, pues es costumbre entrar descalzo.

Se accedía al interior de la sinagoga por un vestíbulo. Allí estaba el portero, quien reconoció en Rufo al comandante de la Antonia y, por deseo de este último, condujo a los dos visitantes a un lugar en la parte posterior donde, protegidos por una columna, podían ver sin ser vistos.

El interior de la sinagoga era muy similar al de una basílica: de forma oblonga y dividida por columnas en naves laterales.

Los fieles estaban distribuidos con los hombres a un lado y las mujeres al otro, con una partición de unos cuatro pies de altura entre ellos; un contraste notable con el uso sinagógico moderno de situar a las mujeres en galerías laterales protegidas por celosías.

En el extremo más alejado del edificio había una plataforma o estrado, sobre el cual se encontraba el arca, o cofre, que contenía los rollos de los libros sagrados. Ante ella se alzaba un candelabro de oro con siete brazos.

—Una copia del que está en el templo —observó Rufo.

Frente a la plataforma había una línea de asientos cuyos ocupantes, en su mayoría ancianos rabinos, se sentaban de cara a la congregación. Estos eran los lugares de honor, los "primeros asientos" tan codiciados por todo judío; y aquí, por privilegio especial como fundadora de la sinagoga, se sentaba la princesa Berenice.

—¿Quién es ese que está sentado a la derecha de la princesa? —preguntó Crispo.

Como respuesta, Rufo sacó una moneda de oro y señaló su anverso, que llevaba la inscripción: *"Agripa, el Gran Rey"*.

Crispo, sabiendo que el reino de Agripa en Calcis era de menor extensión que muchas propiedades romanas, preguntó:

—¿En qué sentido es grande?

—En su propia estima, y en el conocimiento de su propia ley, siendo experto "en todas las costumbres y cuestiones que hay entre los judíos". Quizás tengamos el placer de oírle leer la Ley y los Profetas, ya que es aficionado a hacerlo.

—¿Y qué es esa columna corta de mármol a un lado del estrado?

—Esa es la Columna Roja. Los infractores de la disciplina sinagógica son atados a ella y azotados.

Apenas Rufo hubo dicho esto, la gente se puso de pie, la actitud habitual para la oración.

El *shelîach*, o "ángel", que presidía esta parte del culto era Simeón, el hijo de Gamaliel, y comenzó con un anuncio que causó no poca sorpresa entre los miembros de la congregación.

A partir de ese mismo día se realizaría una adición a la liturgia corriente de la sinagoga, una adición necesaria por la conducta de aquellos impíos sectarios: los Nazarenos.

—¿Quiénes son los nazarenos? —susurró Crispo.

—Los cristianos —respondió Rufo.

Era bien sabido —tal era el tenor de las observaciones de Simeón— que, a pesar de su fe cambiada, estos apóstatas, al no ser reconocibles de ninguna manera (ya que conservaban la apariencia externa de judíos ortodoxos), tenían el hábito de acudir a las sinagogas y unirse al culto, profanando así al pueblo santo con su presencia. Dado que tal culto mixto no podía ser aceptable para Dios, el verdadero judío debía tomar medidas para preservarse de tal contaminación. Por lo tanto, en el futuro, la oración inicial sería de un carácter tal que ningún nazareno pudiera unirse a ella sin abjurar al mismo tiempo de su fe, ya que contenía maldiciones dirigidas contra Jesús, el "hijo de Pantera". Procedería ahora a recitar esa oración, y que cada miembro de la congregación vigilara bien a su vecino, tomando debida nota de aquel que se negara a ratificarla con el acostumbrado "Amén".

—¿Quién es Jesús, el hijo de Pantera? —preguntó Crispo.

—El mismo a quien nosotros llamamos *Christus*. Sus discípulos dicen que nació de una virgen pura, una imposibilidad manifiesta. Los judíos, con más razón, afirman que su madre cometió adulterio con un soldado llamado Pantera.

En ese momento, mientras Crispo pasaba la vista por la congregación, vio lo que hasta entonces se le había escapado. Vashti estaba allí, entre los fieles. Estaba pálida, muy pálida; la expresión de su rostro y la misma actitud de su cuerpo sugerían una angustia mental.

Por un momento, Crispo no supo a qué atribuir su agitación; entonces, la verdad cruzó su mente como un relámpago. Vashti tenía un secreto, uno que ya no podía

permanecer oculto a menos que ella eligiera traicionar a su conciencia; y eso, estaba seguro, ella no lo haría.

—¡Maldito sea Jesús, el hijo de Pantera!

Un escalofrío recorrió a Vashti; apretó los labios con fuerza, mientras que de cada otra boca judía brotaba un "¡Amén!", pronunciado con una vehemencia que hablaba de un odio feroz y vindicativo.

Antes de que Simeón pudiera pasar a su siguiente frase, un hombre junto a la partición —era Sadas, el liberto de Berenice— que había estado observando atentamente a Vashti, levantó de repente el brazo para atraer la atención y gritó con una voz que penetró en cada rincón de la congregación:

—Santo rabino, aquí hay alguien que se niega a decir "Amén" a ese anatema.

En medio del silencio sepulcral que siguió, todos los ojos se volvieron, primero hacia el orador y luego hacia la persona señalada por su dedo acusador.

La congregación dudaba. ¿Esta joven, tan asidua en su asistencia a la sinagoga, hija del rabino Hircano y protegida del ortodoxo Josefo, era una apóstata? No podía ser.

—Vashti, hija de Hircano —dijo Simeón con gravedad—, ¿te niegas a unirte a la voz común de la sinagoga?

Vashti guardó silencio.

—¡Maldito sea Jesús, el hijo de Pantera! ¿No dices "Amén" a este anatema?

Ante esto, que para su mente era una blasfemia, el espíritu de la muchacha se encendió.

—No lo hago. Es nuestro deber no maldecir, sino bendecir.

—¿Acaso eres más sabia que nuestros padres y los profetas, que solían maldecir a los enemigos de la fe?

—Ellos pertenecían a un pacto que ya pasó. Además, ni siquiera ellos maldecían a los muertos.

—¡Entonces maldecimos a los vivos! —gritó Simeón coléricamente—. ¡Maldita sea toda la estirpe de los cristianos! ¿Dices "Amén" a eso?

—Al hacerlo, me estaría maldiciendo a mí misma.

Desde los doce años, cuando se unió a la sinagoga, Vashti, debido a la dulzura de su carácter y su generosidad en las limosnas, se había ganado el favor de toda la congregación. Pero ahora, en un instante, ese favor le fue retirado. El fanatismo judío se impuso. Saber que se había convertido al cristianismo transformó a los amigos en enemigos. Se vio rodeada de rostros oscuros y ceñudos.

—¡Juicio! —gritó Sadas, el hombre que la había acusado; y cien voces corearon el grito—: ¡Juicio!

En la palabra hebrea para sinagoga, *Beth-din* o Casa de Juicio, se expresa una de sus peculiaridades; además de ser un lugar de culto, la sinagoga era también —y esto con la sanción de los propios romanos— un tribunal judicial para juzgar a aquellos ofensores acusados de violar los preceptos del judaísmo.

—Que la doncella sea traída aquí —dijo Simeón con un tono judicial frío.

Las muchas manos que se extendieron para empujarla hacia adelante fueron innecesarias; por su propia voluntad, caminó desde su lugar hasta el frente de la congregación.

Su figura juvenil, parada sola ante la multitud de espectadores coléricos, no logró despertar simpatía; los ancianos de canas, que eran sus jueces, tenían igualmente corazones de mármol; ni la juventud ni la belleza tenían poder para influir en ellos tratándose de una persona que apostataba hacia el odiado credo de los nazarenos.

—Doncella —dijo Simeón—, no requerimos testigos de tu culpa. Por tu propia boca quedas condenada como cristiana. Sin embargo, estamos dispuestos a darte tiempo para reflexionar. Puedes, si quieres, retirar tu declaración.

—No puedo retirar la declaración, porque es verdad. Soy cristiana.

Gritos feroces estallaron en la asamblea: —¡Traidora! ¡Apóstata! ¡Nazarena!

—¿Cuánto tiempo hace que eres cristiana?

—Es cuestión de unas pocas semanas solamente.

—¿Has recibido el bautismo prescrito por esta herejía?

Vashti asintió.

—¿Quién fue el que te bautizó?

—No puedo nombrarlo.

—¿Contiene nuestra ciudad a muchos de esta fe?

—Muchos.

—Nombra a algunos —ordenó Simeón. Dijo esto, no creyendo que ella lo haría, sino sabiendo que su negativa aumentaría la ira de la asamblea.

—Incluso entre los paganos, traicionar a los amigos se considera una bajeza. ¿Cuánto más, entonces, entre los cristianos?

—Al revelar sus nombres, harás mucho por redimirte del castigo que, de otro modo, caerá sobre ti con toda seguridad.

—Ni siquiera para redimirme de la muerte traicionaré a mis amigos.

—Vamos, muchacha, no seas obstinada. ¿Quiénes fueron los que te persuadieron a adoptar el cristianismo?

—Principalmente la Ley y los Profetas.

—Blasfemas.

—No; permitidme hablar y os mostraré que nuestra llamada nueva fe no es sino el cumplimiento y la culminación de la antigua.

—Esta doncella se parece a su maestro Pablo —se burló Agripa—. Con un poco de charla cree que nos hará cristianos.

Simeón, buscando perjudicarla aún más ante la opinión de los judíos de mente estrecha, para quienes todo saber gentil era una abominación, continuó:

—¿Has dedicado mucho tiempo al estudio de los escritos griegos?

—Como lo hizo vuestro padre Gamaliel —fue la tranquila respuesta—. Si en él fue una virtud, ¿por qué buscáis convertirlo en un fallo en mí?

—Oye, Israel —dijo Simeón, dirigiéndose a la asamblea—, en la escuela de mi padre había mil estudiantes, de los cuales quinientos estudiaban la sabiduría que está en la Ley; y hoy todos ellos viven y son honrados. Y había quinientos que

estudiaban las vanidades griegas, y hoy no queda ni uno solo de ellos vivo. —Hizo una pausa por un momento y luego planteó la pregunta de rigor—: ¿Puede alguien aquí presente mostrar causa justa por la cual no deba imponerse un castigo a Vashti, hija de Hircano?

Vashti miró a la asamblea, pero, en palabras del Salmista, se había convertido en una extraña para sus hermanos, una desconocida para los hijos de su madre. No había nadie que dijera una buena palabra por ella.

—Hay dos personas aquí —dijo Vashti— que pueden testificar, si quisieran, que mi cambio de credo no merece castigo.

—¿Quiénes son esos testigos?

—El rey Agripa, para empezar.

Aquel monarca, al oír que se apelaba a él, contempló a Vashti con una mirada lánguida y despreciativa.

—¿Me llamas a mí para testificar a tu favor?

—Oh rey, después de que Pablo de Tarso expusiera sus dogmas ante vuestro tribunal, ¿no dijisteis vos: «Este hombre no hace nada digno de muerte ni de prisiones»? Mi fe es la misma que la suya. Puesto que lo declarasteis inocente, ¿cómo podéis declararme a mí culpable?

Estas palabras pusieron al rey en un dilema muy incómodo. No podía negarlas; confirmarlas equivaldría a una declaración de inocencia. Se encogió de hombros y, como el cobarde que era, se refugió en el silencio.

—¿Y quién es el otro testigo? —preguntó Simeón, tras una pausa muy tensa.

—Vos mismo —respondió Vashti—. ¿No abogaréis por mí, vos, cuyo abuelo Simeón sostuvo al niño Jesús en sus brazos, llamándolo «Gloria del pueblo de Israel»?; ¿vos, cuyo progenitor Gamaliel, hablando de los apóstoles de Cristo, dijo: «Apartaos de estos hombres y dejadlos»?

El rostro de Simeón se oscureció y desvió la mirada. Cada palabra pronunciada por Vashti no hacía más que aumentar la ira de sus jueces, que no querían argumentos, sino sumisión y retractación.

No se hicieron más preguntas. El consejo, reuniéndose, deliberó en susurros alrededor de los asientos de Agripa y Berenice.

Habiendo acordado el veredicto, los jueces regresaron a sus puestos, todos salvo uno: un anciano de aspecto noble y gentil, que dijo con un deje de indignación en la voz:

—¡Protesto!

Pero su protesta no sirvió de nada. Incapaz de salvar a Vashti o de soportar la visión de su castigo, salió de la sinagoga entre los murmullos un tanto airados de la asamblea.

—¿Quién es él? —preguntó Crispo.

—Yojanán ben Zakai, el más sabio y mejor de los rabinos. Aunque él mismo es un fariseo ortodoxo, se dice que su padre Zakai —o, para grecizar el nombre, Zaqueo—, un rico publicano de Jericó, fue un cristiano secreto. De ahí su simpatía por la pobre Vashti. ¿Vas a intervenir en su favor?

—En breve. Veamos primero cuál ha de ser su castigo.

Simeón se levantó entonces para pronunciar la sentencia.

—Vashti, hija de Hircano, tu castigo es doble: recibirás cuarenta azotes menos uno, y se te cortará la cabellera.

El carácter vindicativo de la sentencia encendió la sangre de Crispo. «¿Cortarle la cabellera?», murmuró. «Una sugerencia así solo podría proceder de la mente de una mujer. Princesa Berenice, vuestra mano está detrás de esto».

Vashti, al oír su condena, se tambaleó y habría caído al suelo de no ser por los oficiales que la sostuvieron de cada lado. Había esperado alguna pena como el pago de una multa o la excomunión de la sinagoga. ¡Pero la pérdida de su cabello, la gloria de una mujer! ¡Y los azotes! El dolor físico de esto último no era nada a sus ojos comparado con el horror de ser despojada de su ropa hasta la cintura a la vista de toda la congregación.

Una niebla nubló sus ojos; su rostro, antes pálido, se volvió ahora de una blancura mortal; intentó hablar, pero la lengua le falló.

Pareciendo ante el mundo una demente, dirigió su mirada nublada hacia la asamblea, pero no vio piedad en sus rostros impasibles. ¿Qué castigo podría ser demasiado severo para una nazarena? Es más, en verdad, debía estar agradecida de que su condena no fuera el lapidamiento, como seguramente habría sido de no ser por el hecho humillante de que la pena de muerte requería la sanción del odiado gobernador, Floro.

Y ahora apareció el verdugo portando el terrible látigo: un mango de madera con tres largas correas de cuero de buey, trece golpes del cual completaban los convencionales treinta y nueve azotes. La Ley permitía cuarenta, pero los judíos, fingiendo ser misericordiosos, disminuían ese número en uno.

—Quitadle la vestidura y atadla a la Columna Roja.

Ante estas terribles palabras, Vashti, fortalecida por la agonía, se soltó de sus guardias y, moviéndose con rapidez hacia adelante, cayó de rodillas ante Berenice.

—Princesa, sois una mujer. Tened piedad de mí. Si debo ser azotada, permitidme... permitidme conservar mi vestidura.

Los dos oficiales que habían seguido a Vashti retrocedieron ante una señal de Berenice. Inclinándose hacia adelante desde su asiento, ella dijo en un susurro:

—Ahora es mi hora de triunfo. En Cesarea fue la vuestra.

Ante su tono gélido, Vashti retrocedió. Sus ojos se agrandaron por el horror al comprender de pronto que todo el procedimiento en la sinagoga era una trama urdida por los celos de Berenice, quien temía que Vashti buscara ganarse el amor de Crispo. Sospechando que era cristiana, había inducido a Simeón a redactar la nueva oración, con el propósito de descargar su venganza sobre la joven cuya belleza había sido preferida a la suya.

Esta revelación repentina del carácter de la princesa, la sutileza de su plan y la maldad de enmascararlo bajo la apariencia de la religión, impactó a Vashti con tal fuerza que casi borró de su mente el castigo de los azotes. Por un momento, su único pensamiento fue: «¿Cómo puede la princesa ser tan malvada?».

—¡Oficiales, el látigo! —dijo Berenice, rechazando con el pie a la joven suplicante.

—¡Deteneos, dejad a la doncella! —gritó una voz que venía del fondo de la sinagoga.

Berenice dio un respingo; no sabía hasta ese momento que Crispo estaba en la sinagoga.

Vashti también se sobresaltó, pero fue de alegría. En un instante desapareció su temor. Desvió la mirada de los dos hombres que la sujetaban hacia la majestuosa figura del romano que avanzaba por el suelo de la sinagoga, con la determinación grabada en el rostro. Su sonrisa confiada y hermosa hizo que el corazón de Berenice vibrara con punzadas de celos imposibles de describir. Su plan para humillar a Vashti parecía destinado a crear otro vínculo de simpatía entre los dos a quienes ella deseaba mantener separados.

En medio de un silencio sepulcral, Crispo, seguido por el fiel Rufo, se abrió paso hasta el frente. Había en su mirada fría un destello que hizo que los dos oficiales soltaran a Vashti, quien, liberada de su agarre, habría caído de no ser por el brazo de Crispo que la sostuvo.

Él se volvió para enfrentar a la airada asamblea, que empezaba a murmurar al ver a la odiada «apóstata» arrebatada de sus manos por una autoridad igualmente odiada. Como extranjero en Jerusalén, Crispo era desconocido tanto para la congregación como para Agripa; este último lo tomó por algún oficial entrometido de la Antonia, empeñado en ejercer una autoridad que no le correspondía.

El rey se puso en pie con aire colérico.

—¿Quién es este que busca interferir con el curso de la justicia judía? ¿No sabéis que soy Agripa, el gran rey? ¿Quién eres tú?

—Mi amigo —dijo Rufo con calma— es Crispo Cestio, hijo del Legado de Siria; un hacedor de reyes y... un derrocador de ellos.

Esta respuesta confundió por completo a Agripa. Reconoció de inmediato la sabiduría de mostrarse humilde. La autoridad del Propretor de Siria, el Gobernante de Oriente, volaba muy por encima de la de los procuradores de Judea y los reyes herodianos. Una sola insinuación suya al Senado Romano de que Agripa era indigno de su puesto sería suficiente para despojarlo de su

corona. Suavizando el ceño y asumiendo una sonrisa que no armonizaba en absoluto con sus sentimientos internos, dijo:

—¿Y qué desea de nosotros el noble Crispo?

—La liberación de esta doncella.

Agripa, por política, estaba a punto de conceder la petición, pero fue detenido por su hermana, de carácter más fuerte, que no estaba dispuesta a dejar ir a la cautiva sin al menos una protesta.

—¿Bajo qué autoridad hacéis esta demanda?

—Bajo la del Legado de Siria.

—¿Nos permitiréis ver, de puño y letra del Legado, la orden para la liberación de Vashti, hija de Hircano? —dijo Berenice con sarcasmo.

—Él actúa a través de mí, su secretario y delegado.

—¿Cómo sabemos que él confirmará vuestro acto?

—Si se negara a hacerlo, devolveré a la doncella a vuestras manos —dijo Crispo, quien sabía que estaba a salvo al dar esa promesa.

Cobrando valor por el ejemplo de su hermana, Agripa se aventuró ahora a una leve protesta.

—Pero, noble Crispo, estáis infringiendo los derechos judíos. El Legado no tiene jurisdicción sobre los asuntos internos de nuestras sinagogas.

Crispo esbozó una sonrisa desdeñosa.

—La autoridad de Cestio Galo es suprema sobre cualquier asunto, pequeño o grande, dentro de la provincia de Siria; tiene poder para revocar cualquier sentencia judicial, ya sea de basílica o de sinagoga, que considere injusta, como ciertamente considerará esta cuando llegue a sus oídos. ¿Cuestionáis su autoridad, oh rey?

Berenice respondió por su hermano.

—No es de dudar —dijo ella— que un padre cariñoso ratificará la acción de un hijo insensato. Declara libre a la doncella, Agripa. El César en Roma podrá quemar vivos a los cristianos, pero nosotros en Judea no debemos ni siquiera

azotarlos. El gran Crispo lo prohíbe. —Y recogiéndose la túnica, salió del lugar con aire orgulloso y despreciativo.

Los dos romanos —sin que nadie se atreviera a detenerlos— procedieron a retirar a la temblorosa Vashti de la sinagoga y, escoltados por el decurión Quinto, la condujeron hasta la puerta de su casa en la calle de Millo.

—¿Así que, Vashti, eres cristiana? —dijo Crispo—. Creo que ahora entiendo la alusión del poeta Bianor: «Por el Pez somos salvados».

Ella sonrió, complacida de que él hubiera recordado sus palabras.

—Bajo el nombre de «El Pez» —dijo ella—, simbolizamos a nuestro Divino Maestro, que nos guía a través de las aguas del bautismo.

Mientras hablaba —estaban en ese momento bajo el portal de su vivienda—, sus oídos percibieron el estrépito de numerosos pasos acompañados de gritos feroces. Al mirar hacia donde procedían los sonidos, vieron venir a paso rápido y con rostros que expresaban la más salvaje excitación a una turba de judíos, algunos portando armas de acero y otros garrotes de madera.

En un instante, los tres romanos saltaron al pasaje de piedra, arrastrando a Vashti con ellos, y cerraron y trancaron la puerta.

Pronto descubrieron, sin embargo, que ellos no eran el objetivo del ataque; era dudoso que siquiera los hubieran visto. Como el embate de un torbellino, la multitud pasó de largo por el portal, rasgando el aire con sus gritos.

Sonidos similares, procedentes de las calles adyacentes, mostraban que estas también estaban siendo recorridas por muchedumbres excitadas.

—¡Abajo con Floro! —gritaban algunos.

—Ese es un lema con el que puedo simpatizar muy bien —dijo Rufo.

—¡Muerte a los romanos! —gritaban otros.

—¡Ja! Eso ya es harina de otro costal. Eso nos toca a ti y a mí —continuó, dirigiéndose a Crispo.

—¡El Templo del Señor! ¡El Templo del Señor! ¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio!

Sucesivas oleadas de gente rodaban por la calle; entre ellos mujeres locuaces que arrastraban de la mano a sus hijos. Sus conversaciones fragmentadas permitieron pronto a los romanos que escuchaban deducir la causa de toda aquella agitación.

Floro había enviado a Agripa una demanda de diecisiete talentos del *Corbán*, diciendo que los necesitaba para el César.

La mente judía se encendió de ira, no tanto por la cantidad en sí —que era más bien pequeña para un hombre de la rapacidad de Floro, siendo la suma de unas 6,000 libras en moneda inglesa moderna—, sino por el hecho de que la demanda se hacía sobre el *Corbán* o tesoro del Templo. El oro depositado allí se consideraba sagrado para Jehová, para ser usado únicamente en Su servicio; desviar siquiera un siclo para cualquier otro propósito era, a los ojos del judío frenético, uno de los mayores crímenes. Sería un crimen si lo cometiera el propio sumo sacerdote; pero cuando la demanda venía de un pagano, impuro, incircunciso y rapaz, cuyo objetivo, como todos bien sabían, no era transmitir el dinero al César sino gastarlo en sus propios placeres sensuales, no era de extrañar que la profanación contemplada encendiera la sangre de cada judío y lo hiciera correr con toda prisa para impedir el acto sacrílego.

—Es como he dicho —susurró Rufo a Crispo—. Floro está tratando deliberadamente de provocar una revuelta.

—Vano es que Roma presuma de su justicia —suspiró Crispo— cuando envía gobernadores como Floro.

—Si hay un alboroto en el Templo —continuó Rufo—, es mi deber sofocarlo.

Tan pronto como la calle de Millo quedó relativamente tranquila, los tres romanos salieron sigilosamente, dando un amplio rodeo para llegar al lado norte de la Antonia, el lado más alejado del Templo.

En su camino encontraron a un grupo de judíos jóvenes y ricamente vestidos que, con cestas al brazo, imitando a mendigos, solicitaban limosna para burlarse del procurador.

—¡Dad un óbolo para Floro, que es tan pobre! —lloriqueaban con voz burlona.

—¡Ay de ellos si Floro llega a enterarse! —masulló Rufo.

Al llegar a la *Turris Antonia*, descubrió que sus centuriones habían tomado todas las precauciones para la seguridad de la fortaleza. Sobre el techo de los pórticos que daban al puente que conectaba la fortaleza con el Templo, la Cohorte Italiana estaba formada con toda la panoplia reluciente de la guerra; su silencio y disciplina presentaban un contraste sorprendente con el tumulto y el desorden que reinaba a pocos metros de distancia.

Los atrios del Templo estaban llenos de una multitud tan numerosa que parecía que la ciudad entera se hubiera reunido allí. Para la mente de Crispo, con su amor romano por el orden, había algo peculiarmente repulsivo en el espectáculo ante él. Era una turba oriental y, como todas las turbas orientales cuando se inflaman de ira, sus individuos se comportaban como demonios frenéticos. Escupían hacia los romanos, sacudían sus túnicas, amenazaban con los puños, proferían maldiciones y lanzaban polvo al aire.

Los espíritus más salvajes entre ellos se dedicaron a lanzar piedras, cuyo tableteo al caer sobre las armaduras de bronce de la soldadesca era audible por encima del estrépito de las voces; a todo esto, las tropas romanas, soberbiamente disciplinadas, no prestaban más atención de la que un hombre presta a los mosquitos en una tarde de verano.

Rufo, avanzando hacia la cabecera de las escaleras que descendían al atrio del Templo, levantó la mano. La señal fue percibida y comprendida, pero pasó algún tiempo antes de que la multitud se calmara lo suficiente para escuchar.

Estando en el mismo lugar donde, ocho años antes, San Pablo se había dirigido a una turba enfurecida, y hablando en el mismo idioma —el siriocaldaico—, Rufo buscó apaciguar los temores de la multitud.

Floro, según parecía, había exigido que se sacaran diecisiete talentos del *Corbán*. Él —Rufo— no estaba dispuesto a decir que los judíos se equivocaran al resentir esta demanda; como servidor de Floro, no era asunto suyo criticar las acciones de su señor, pero los judíos ciertamente se equivocaban en su forma de mostrar su desaprobación. El método legal era enviar una embajada a Floro para explicar por qué consideraban la demanda irracional. Que lo hicieran sin demora. Si se estaban reuniendo ahora bajo la creencia de que él —Rufo— iba a invadir su santuario con el fin de confiscar los diecisiete talentos, estaban

errados; no había recibido tal orden de Floro y, hasta que tal orden llegara, pondría en peligro su propia cabeza si se aventurara a adelantarse a la voluntad del procurador. Podían, por lo tanto, retirarse tranquilamente a sus hogares con la plena seguridad de que sus tesoros permanecerían intactos por ese día, al menos, y probablemente por varios días más. En cuanto a lo que pudiera suceder finalmente, bueno, no era sabio anticipar el mal.

Apenas Rufo terminó de hablar, se elevó en el aire tranquilo el tañido de las trompetas de plata, tocadas por los sacerdotes como señal de que había llegado la hora del cierre del Templo.

La multitud murmuró, vaciló, pero finalmente se retiró de manera pacífica, y los grandes atrios del Templo quedaron sumidos en el silencio.

CAPÍTULO IX:

«¡VÁMONOS DE AQUÍ!»

Era la tarde del primer día de Crispo en Jerusalén, y Rufo, quien, como supervisor romano del Templo, tenía libre acceso a sus atrios exteriores a cualquier hora del día o de la noche, sugirió entonces un paseo tranquilo y contemplativo por sus pórticos.

—¡Ven! —dijo—. ¡Y te mostraré LA FORTALEZA MÁS FUERTE DEL MUNDO!

Bajo la gloriosa luz de una luna oriental, que plateaba la ciudad dormida y las pacíficas colinas que la rodeaban, los dos romanos cruzaron el arco que conectaba la fortaleza Antonia con el lado norte del Monte del Templo, la colina conocida antiguamente con el nombre de Monte Moriah.

Descendieron un tramo de escaleras y entraron en el pórtico norte del Templo, una columnata dividida en dos largas naves por hileras de columnas de mármol de cuarenta pies de altura, formadas de mármol bellamente pulido.

—Cada una de estas columnas —comentó Rufo— consiste en un solo bloque.

El techo del pórtico era de cedro, curiosamente grabado, y el pavimento un mosaico de muchos colores.

Esta magnífica columnata estaba erigida en el mismo borde del escarpado precipicio y se extendía en línea recta de este a oeste por una longitud de más de mil pies.

—La plataforma del Templo —observó Rufo—, como verás después de haberle dado la vuelta, forma un cuadrilátero irregular y ocupa la cima plana de una roca precipitada. Inspeccionaremos los cuatro lados por turno. Primero, ¿qué piensas de este, el lado norte?

Crispo dirigió sus ojos hacia la Antonia, que se alzaba blanca y ceñuda bajo la luz de la luna desde el otro lado del desfiladero.

—Derriba ese arco —dijo él— y harás que este lado del Templo sea prácticamente inexpugnable, y... ¿pero a quién tenemos aquí? —añadió, interrumpiéndose de repente.

Avanzando lentamente por el pórtico venía una banda de hombres vestidos con ropajes semimilitares y portando lanzas. Algunos llevaban antorchas, cuyo resplandor amarillento se reflejaba en la superficie pulida de las columnas y el pavimento.

—Has de saber —dijo Rufo— que el Templo tiene dos capitanes: uno romano y uno judío. Mientras que mi deber desde la Antonia es vigilar el Templo, el deber de aquel oficial es vigilar dentro de él. Esta es la guardia levítica haciendo su ronda. Pobre del centinela al que encuentren dormido. Lo golpearán con palos o lo despertarán prendiendo fuego a sus vestiduras.

—¿Quién es ese héroe de aspecto feroz que marcha a la cabeza?

—Ese, mi querido Crispo, es el capitán rival del Templo: Eleazar, hijo del ex sumo sacerdote Ananías, a quien ya viste en Cesarea. Entre padre e hijo hay una guerra abierta. Ananías, suave y educado, busca el favor de los romanos; Eleazar, hosco y feroz, se jacta de su odio hacia nosotros. Se dice que está secretamente aliado con los bandidos zelotes y que sabía más de lo que debía sobre las andanzas de Simón el Negro. De hecho, Quinto opina que el zelote

fugitivo, con la complicidad de Eleazar, se esconde en este momento dentro del santuario. Si es así, está a salvo de ser arrestado, pues ni el mismo César puede entrar allí. Tal es el desprecio que este Eleazar siente por los romanos que se niega a devolverles el saludo. Sé tú mismo testigo.

La guardia levítica había llegado para entonces al lugar donde estaban los dos romanos.

—La paz sea contigo, Eleazar —dijo Rufo, levantando la mano en saludo.

Pero el capitán judío pasó de largo a la cabeza de su guardia, sin prestar la menor atención al romano. Rufo rió con desprecio bondadoso.

—¿Qué te dije? —le comentó a Crispo—. Eso no estuvo bien hecho, Eleazar —gritó hacia la figura que se alejaba—. Yojanán ben Zakai se jacta de que nunca ha dejado que un gentil se le adelante en dar el saludo.

Dicho esto, Rufo encabezó el camino hacia el pórtico oriental, que, extendiéndose en línea recta de norte a sur, formaba el segundo lado del cuadrado irregular.

—Aquí tenemos una obra verdaderamente titánica —dijo—. Cuando el Templo fue planeado por primera vez por un antiguo rey llamado Salomón, este encontró que la cima de la colina era demasiado pequeña para sus ideas arquitectónicas; así que, ¿qué hizo sino levantar un muro directamente desde el valle hasta que estuvo al nivel de la cima del monte? El espacio vacío entre el muro y el monte se rellenó con tierra y piedra, y sobre la explanada así formada se construyó esta gran columnata que vemos ahora; de ahí su nombre: el Pórtico de Salomón. Desde la cima de aquel pináculo en la esquina sureste, la plomada cae en un descenso vertical de cuatrocientos cincuenta pies; al menos eso dicen los sacerdotes que lo han medido. ¡Mira hacia abajo y observa la profundidad!

Mientras Crispo se asomaba por la balaustrada de piedra y recorría con la mirada hacia la derecha y la izquierda la vasta masa de mampostería que se alzaba verticalmente en medio del aire, murmuró: —Los mismos dioses no se atreverían a atacar el Templo desde este lado.

Mucho más abajo, apenas visible, brillaba una delgada línea de agua.

—El arroyo Cedrón —dijo Rufo—, que fluye hoy, pero se seca en verano. El nombre Cedrón, o Negro, es bien merecido, pues en el riachuelo fluye la sangre negra de los sacrificios diarios, conducida hasta allí por canales perforados a través de la roca sólida.

—¿Cómo llamas a esa hermosa colina frente a nosotros?

—El Monte de los Olivos, llamado así por sus árboles. Ven, veamos ahora el tercer lado.

Pasaron al pórtico sur que, al igual que el oriental, estaba construido sobre una vasta subestructura de mampostería que se alzaba con grandeza masiva desde el valle.

—Este —dijo Rufo— lleva el nombre de Pórtico Real, por ser el más grandioso de todos, pues mientras que los otros pórticos solo tienen dos filas de pilares, este tiene cuatro. ¡Y fíjate en ellos! Cada columna es un monolito de cincuenta pies de altura, y en cuanto a su grosor, tres hombres con las manos unidas apenas pueden rodearla.

Este Pórtico Real, abierto hacia el lado del Templo, estaba cerrado por el otro con un muro. Por lo tanto, ambos subieron una escalera y caminaron por su techo.

—Esas casas cuyos techos ves debajo de nosotros, extendiéndose hacia el sur, forman el suburbio de Ofel, la residencia de los sacerdotes y sus sirvientes, los levitas y netineos, cuyo deber requiere que vivan cerca del Templo.

—Me parece —murmuró Crispo, mientras miraba hacia abajo— que sería un general muy audaz el que se atreviera a atacar desde el lado sur.

Caminando hacia adelante, llegaron al último pórtico, el occidental, cuyo borde colgaba sobre el desfiladero conocido como el Valle del Tiropoeon, una profunda hendidura que separaba completamente el monte del Templo tanto de Acra o la Ciudad Baja, que quedaba hacia el oeste, como de Sion o la Ciudad Alta, que quedaba hacia el suroeste.

La colina del Templo y el Monte Sion estaban unidos por un puente de piedra, una estructura magnífica de 354 pies de longitud y una calzada de 50 pies de ancho; ¡en el centro, la profundidad del valle debajo era de 225 pies!

—Bueno, ¿qué piensas de este, el cuarto lado?

—Destruye el puente y harás inaccesible esta parte del Templo.

—Sin embargo, este fue el lado —entonces no había puente— que nuestro gran Pompeyo asaltó con éxito.

—Eso habla mal de la habilidad de los defensores.

—Pero bien del valor de los romanos, ¿no? Aunque dudo que incluso Pompeyo hubiera logrado su asalto si la superstición judía no le hubiera favorecido.

—¿De qué manera?

—Le dijeron que los judíos tenían tal reverencia por el Sabbat que no lucharían en ese día a menos que fueran atacados de hecho. Por lo tanto, él pasaba cada Sabbat levantando enormes terraplenes, y el resto de la semana custodiándolos; al cabo de doce meses, realizó su ataque triunfal.

—¿Crees que los judíos volverían a actuar con tal pasividad?

—Lo dudo. Desde entonces han visto la locura de sus costumbres.

Habiendo caminado alrededor de todas las columnatas hasta el punto de partida, los dos amigos pasaron ahora al espacioso atrio abierto al cielo. En medio de este atrio se alzaba el Santuario, o el Templo propiamente dicho.

—Se encuentra, si quieres creer a los judíos, en el centro mismo de la superficie de la tierra —comentó Rufo—. En el *adytum*, la piedra sobre la cual el sumo sacerdote deposita su incensario en el Día de la Expiación es considerada el ombligo del mundo.

Crispo, al acercarse al edificio por su lado norte, experimentó un extraño escalofrío al contemplar, tal como había aparecido en su sueño, la ventana con celosía de oro a través de la cual había lanzado la antorcha incendiaria.

—¿Sabes, Rufo, a qué sala pertenece esa ventana? —preguntó, señalándola.

—Es una de las ventanas del Salón *Gazith*, la cámara en la que el Sanedrín se reúne para juzgar a los acusados de delitos capitales. Entre otros condenados allí, estuvo el fundador de la secta de los cristianos, que adoran a su Maestro

como a un dios; aunque, me parece a mí, si hubiera tenido algo de divinidad en él, debería haber se librado de sus enemigos.

Caminaron hacia el este, el punto que les ofrecía la mejor vista del edificio.

Era una construcción de mármol blanco, inferior, sin duda, en cuanto a belleza a los gráciles templos de Grecia, pero muy superior a ellos en tamaño y magnificencia; y en cuanto a solidez, Rufo se encargó de señalar al asombrado Crispo que algunos de los bloques que componían el muro exterior ¡tenían no menos de sesenta pies de largo!

—¡Una fortaleza dentro de una fortaleza! —murmuró Crispo, observando la estructura con ojos de soldado—. El que captura los pórticos no ha hecho más que empezar su trabajo.

Pero las glorias ocultas dentro del Santuario no eran para la mirada de los gentiles. Alrededor de todo el edificio corría una baja balaustrada de mármol —el «muro intermedio de separación»— cuyas pequeñas pilastras llevaban inscripciones en griego y latín, prohibiendo al extranjero seguir adelante bajo pena de muerte.

Aquí y allá, como Crispo pudo ver, medio ocultas en las sombras del muro del Templo, estaban las figuras oscuras de los centinelas, quienes, aunque en apariencia inertes, mantenían no obstante una vigilancia celosa sobre los dos romanos.

El suelo del Santuario no estaba al mismo nivel que el suelo del Atrio de los Gentiles, sino que se situaba a una altitud de veintidós pies por encima de este, sobre la cima de una sólida plataforma de mampostería.

A esta elevación se ascendía por una majestuosa escalinata que conducía a un magnífico pilón, cuya puerta doble estaba ricamente chapada con bronce corintio, un metal compuesto, más estimado en aquella época que la plata o el oro.

—La Puerta Oriental o Corintia —comentó Rufo.

Aunque el acceso al Templo estaba prohibido a los romanos, no faltaba incluso en su mismo frente el signo del dominio de Roma. Sobre esta puerta estaba la

imagen dorada de un águila con las alas extendidas, una vista sorprendente dado el odio judío por la escultura.

—Colocada allí por Herodes el Grande como un cumplido hacia Augusto; y aunque más de un ardiente zelote ha trepado hasta allí con la intención de derribarla, nuestros procuradores han determinado mantenerla en su sitio.

Habiendo observado el edificio tan de cerca como le estaba permitido, Crispo retrocedió para contemplarlo desde la distancia.

Tenía toda la reverencia de un romano por la antigüedad, y la idea de que el humo del sacrificio diario había ascendido desde este Templo durante más de mil años era muy capaz de impresionar su imaginación.

Consagrado por la blanca luz de la luna, el edificio se alzaba con aire solemne y majestuoso; la misma quietud que descansaba sobre él parecía tener algo de divino.

Se sintió tentado casi a creer en los extraños milagros que se decía que ocurrían aquí; sobre todo en el milagro permanente afirmado por cada judío: ¡que el oscuro santuario central, oculto tras cortinas a la vista mortal y nunca pisado por pie humano salvo una vez al año, era la morada de la deidad misma!

Un ligero toque en su brazo puso fin a esta ensoñación y Crispo, al volverse, se encontró mirando a los ojos de la Princesa Berenice —ojos muy hermosos, por cierto—; sin embargo, en ellos creyó detectar una luz como de miedo, debida quizás a la salvaje creencia de que él había venido a echar un vistazo clandestino al Templo como paso previo al lanzamiento de la antorcha incendiaria.

—¿Qué hacéis aquí, princesa?

—Vigilaros —dijo ella con una risa que no era del todo una risa—. Es mi costumbre caminar de noche por estos atrios.

Rufo, en esta coyuntura, consideró oportuno escabullirse silenciosamente, dejándolos a los dos solos.

Crispo pensó en las circunstancias en las que había visto a la princesa por última vez.

—¿Por qué me miráis con tanta seriedad? —sonrió Berenice, al darse cuenta de la mirada tan atenta de él.

—Me pregunto, princesa, por qué unos ojos tan bellos y agraciados como los vuestros ahora, pudieron mirar con tanta falta de piedad a la pobre Vashti.

—Mi amor por mi religión es tal que me vuelve fría, incluso cruel, con todos los que se oponen a ella.

Su declaración era probablemente cierta en un sentido general, pero Crispo dudaba de que ella se hubiera movido por celo religioso en el caso de Vashti.

—¿Entonces debéis odiarme a mí, que también me opongo a vuestra religión?

—No, vos no sois un apóstata. Nunca habéis conocido la verdad.

Y entonces, como ansiosa por alejarse de la escena de la sinagoga, en la que era consciente de no haber quedado en buen lugar a ojos de Crispo, señaló hacia el Santuario y dijo:

—¿No os parece hermoso?

—Sería un error pensar lo contrario.

—Demasiado hermoso para ser destruido por capricho —dijo ella significativamente.

—Me veis sin la antorcha fatal... por ahora.

—¿Por ahora? —repitió ella, con un deje de miedo en la voz—. ¿No estaréis... no estaréis dejando que ese sueño conserve todavía un lugar en vuestros pensamientos?

—Todo lo que se opone a Roma debe ser destruido, incluso si es un templo.

—¿Destruiríais nuestro Templo? No podéis —dijo ella, hablando con una vehemencia que sorprendió e incluso sobresaltó a Crispo—, no podéis. Está más allá del poder del César y de sus legiones. Que todas las naciones de la tierra se aliaran con ese fin, y fracasarían. El Templo es eterno y no puede ser destruido, pues nuestros profetas así nos lo han asegurado. El mundo fue hecho por causa del Templo —ella no hacía más que repetir la doctrina de los rabinos—, y mientras el mundo permanezca, el Templo permanecerá. Cuando llegue el

último día —continuó, con los ojos brillando con todo el entusiasmo de una devota—, todavía se verá el humo del sacrificio ascendiendo del altar. Es el lugar amado por Dios, el lugar donde Él ha elegido poner Su nombre para siempre.

Así habló Berenice, y quizás nunca en la historia del mundo unas palabras encontraron un reproche más sorprendente y significativo.

Pues apenas había terminado de hablar cuando se elevó en el aire algo misterioso que la hizo asirse al brazo de Crispo con un sobresalto convulsivo.

Desde el interior oculto del Santuario surgió un sonido que guardaba —por compararlo con cosas terrenales— cierta semejanza con el levantarse de un viento; tenue al principio, su volumen fue aumentando, poco a poco, hasta que, emanando del Santuario, lo que parecía ser una ráfaga de aire barrió los atrios del templo.

¡Un viento, y sin embargo no era viento! No tenía efecto alguno sobre los objetos externos: ni un solo pliegue de la toga de Crispo se agitó; ni un cabello de la princesa se movió.

Lo que estaba sucediendo no se parecía a nada terrenal; la sensación de una presencia misteriosa e invisible infundió un pavor sagrado en el alma de Crispo. Si nunca antes había creído en lo sobrenatural, creía ahora; si nunca antes había sentido miedo, lo sentía ahora. La mano que por instinto inicial había llevado a su espada, cayó sin fuerzas a su costado otra vez. ¿De qué servía el poder de una legión, o de diez mil como ella, contra poderes invisibles y espirituales?

El terror se había apoderado de Berenice; casi desmayada, cayó de rodillas, con las manos aún aferradas a la muñeca de Crispo; de no ser por el agarre de él, ella habría caído de bruces sobre el pavimento.

Cerrando los ojos como para excluir alguna visión espantosa que estuviera a punto de aparecer, jadeó débilmente con los labios lívidos:

—¡El *Bath Kol*!

No estaba sola en su creencia. Desde diferentes partes del atrio del templo, personas hasta entonces invisibles para Crispo —sacerdotes, levitas, netineos— habían aparecido de repente y contemplaban con asombro el elevado templo,

cuya larga y magnífica fachada brillaba como un banco de perlas bajo la luz de la luna. Y un solo grito brotó de sus labios, para desvanecerse en un sentimiento de mezcla de asombro y terror:

—¡EL BATH KOL! ¡EL BATH KOL!

Crispo estaba lo suficientemente familiarizado con esta frase para saber que significaba "la voz de la deidad".

¿Emanaba realmente aquel «sonido como de un viento recio que soplaba» del Dios hebreo de quien se decía que cabalgaba sobre el torbellino y hablaba con la voz del trueno?

Esa era la creencia de los judíos reunidos en el atrio; ¡estaban a punto de escuchar la voz pavorosa que había hablado a sus padres desde el Sinaí!

Lentamente —muy lentamente— el flujo vibrante y continuo de sonido se extinguió. Por un breve espacio de tiempo hubo un hechizo de silencio inquietante; luego vino un repentino estruendo, aterrador por el contraste con la quietud anterior, un estrépito como el del bronce hueco golpeado por una mano gigante.

Todos los ojos se volvieron instantáneamente hacia la Puerta Corintia del Santuario. Esa gran puerta, cuyas hojas plegables de bronce chapado eran tan pesadas que requerían la fuerza unida de veinte hombres para girarlas sobre sus goznes, estaba ahora girando lentamente hacia adentro, como si cediera a alguna presión invisible desde el exterior.

El espacio entre las dos puertas se hacía cada vez más ancho, hasta que por fin retrocedieron tanto que ya no pudieron girar más.

¡La puerta se había abierto aparentemente por su propia voluntad!

Y ahora vino una secuela que inspiraba un pavor absoluto.

Desde el interior del Santuario surgió una voz solemne, gritando en lengua hebrea:

—¡VÁMONOS DE AQUÍ!

Todos temblaron ante el sonido; ninguno más que Crispo.

—¡La voz que habló en mi sueño!

A este momento de terror supremo y estremecedor le siguió una secuencia de sonidos que sugerían la partida de una vasta multitud. Parecía como si diez mil pies estuvieran descendiendo las altas escaleras de la Puerta Corintia y pisando el pavimento del atrio delantero. Sin embargo, ni forma ni sombra se presentaron ante la mirada de los judíos, espantados y temblorosos, que se habían apiñado en una densa multitud como buscando protección contra... ¡no sabían qué!

En cuanto a Crispo, si hubiera querido describir sus sentimientos en este momento espantoso, podría haber empleado el lenguaje del escritor sagrado: «El espanto me sobrevino y un temblor que hizo estremecer todos mis huesos. ¡Entonces un espíritu pasó por delante de mi rostro; se detuvo, pero yo no pude distinguir su forma!».

Pues hubo un flujo de aire que pasó a su lado, como si una larga procesión estuviera desfilando; podía detectar el sonido de vestiduras rozando y de voces suspirando; sin embargo, aunque su vida hubiera dependido de ello, no se atrevió a extender la mano para comprobar si el cortejo invisible que se deslizaba a su lado era palpable al tacto.

Los sonidos avanzaron, tomando su camino a través del pórtico oriental; y, montándose sobre las alas de la noche, se desvanecieron en dirección al Monte de los Olivos.

Mucho, mucho tiempo después de que las voces misteriosas hubieran cesado, los judíos, llenos de un pavor divino, permanecieron mudos e inmóviles, como temerosos de que su habla pudiera provocar la ira de la deidad que partía.

Entre el grupo estaba el famoso rabino, Yojanán ben Zakai. Él fue el primero en recuperar el habla.

Señalando el interior de la entrada corintia, con sus paredes y techo labrados en cedro del Líbano, gritó en un tono solemne:

—El fin del templo ha llegado, pues esto es aquello de lo que habló el profeta, diciendo: «¡Abre, oh Líbano, tus puertas, y consuma el fuego tus cedros!».

Y ante esa palabra, «fuego», Berenice miró a Crispo y tembló.

CAPÍTULO X:

LA VENGANZA DE FLORO

Floro estaba en Jerusalén y —¡siniestro presagio!— traía consigo una legión armada.

Tras el rápido envío de su carta exigiendo los diecisiete talentos, se había instalado en el antiguo palacio erigido por Herodes el Grande sobre el Monte Sion. Este, al ser la residencia habitual de los procuradores durante su estancia en Jerusalén, había recibido el nombre romano de *Prætorium*.

Sus dos alas colosales de mármol blanco, el *Cæsareum* y el *Agrippeum*, llamadas así en honor a Augusto y a su gran ministro respectivamente, estaban unidas por una larga terraza que, por su suelo de mosaico, era llamada por los romanos el Pavimento, pero por los judíos *Gabbatha*, o la Elevación.

En la mañana siguiente a la llegada de Floro, una vasta multitud de ciudadanos judíos se congregó frente a esta terraza al saberse que el procurador había citado allí a los miembros del Sanedrín con el propósito de interrogarlos sobre el motín ocurrido tres días antes.

Entre los asistentes estaba el astuto sacerdote saduceo Ananías, quien esperaba, debido a su amistad privada con Floro, inclinar a aquel tirano hacia medidas pacíficas.

Junto a él, ensombrecido en su interior, estaba su hijo mayor, el feroz y ceñudo Eleazar, capitán del templo, cuya ira apenas podía ser contenida por las amonestaciones susurradas de su padre, más político que él.

Floro, dispuesto por razones propias a recibir al Sanedrín al aire libre, había dado órdenes de que sacaran su silla curul y la colocaran en el Pavimento, a medio camino entre las dos alas.

En la parte posterior de este elevado tribunal y a lo largo de toda su extensión brillaban los escudos de bronce y los cascos con penacho de los legionarios; flanqueaban asimismo los muros de las dos alas, de modo que toda la fuerza militar formaba los tres lados de un rectángulo, quedando el cuarto abierto a la vista del público.

Estas tropas eran la Vigésima Legión, una fuerza reclutada, no como la Cohorte Itálica de Rufo entre romanos nativos, sino entre la escoria de la población siria, obligada a un servicio militar del cual el judío, por razón de su religión, estaba exento. De ahí que el sentimiento de estas tropas hacia la nación judía fuera de odio feroz, un odio que a menudo se había manifestado en hechos de sangre. Bastaba con que Floro diera la palabra para que no dudaran en masacrar a cada hombre, mujer y niño ante el tribunal.

En esta mañana particular, mientras esperaban la llegada del procurador, había en su actitud algo tan siniestro y expectante que un presentimiento secreto, una sensación de tragedia inminente, se apoderó de muchos de los miembros del Sanedrín.

Floro apareció por fin y, pasando por alto con desprecio las sonrisas serviles de Ananías, se dirigió a grandes zancadas hacia la silla curul, oscuro, altivo y ceñudo.

El heraldo pidió silencio, una orden innecesaria, puesto que un silencio sepulcral había caído tanto sobre los ocupantes de la *Gabbatha* como sobre la plaza pública.

El estado de ánimo de Floro quedó demostrado con su primera pregunta al Sanedrín.

—¿Es cierto que mi persona ha sido objeto de burla por parte de la juventud de esta ciudad, que ha andado de un lado a otro, con la cesta al brazo y gritando en voz alta: «¡Dad un óbolo para Floro el Pobre!»?

Los miembros del Sanedrín se miraron unos a otros con alarma. Finalmente, miraron a Ananías como invitándolo a ser su portavoz.

Ocultando ambas manos entre los pliegues de su túnica —una forma oriental de mostrar respeto y humildad— y haciendo una profunda reverencia, Ananías habló:

—Oh Floro, vive para siempre...

(«¡Que el cielo nos libre de esa calamidad!», masculló Eleazar).

—Que ciertos jóvenes se han comportado mal es demasiado cierto, y no podemos negarlo. Pero...

Floro lo interrumpió bruscamente.

—Veis en mí al representante del César...

—Nadie más digno de representarlo, oh Floro —dijo Eleazar, cáusticamente.

—Y quien se burla de mí, se burla del César —continuó el procurador con una mirada de soslayo a Eleazar—. Exijo, por tanto, de vosotros, el Sanedrín, responsables del debido mantenimiento del orden en esta ciudad, que los jóvenes que me han afrentado sean entregados aquí y ahora para ser tratados como sus fechorías merecen. Y si no entregáis a estos malhechores, sabed que por muchos días tendréis una historia de dolor que contar.

¡Miserable Sanedrín! Entre los más ancianos de ellos había algunos que, treinta años antes, en una ocasión que nunca se olvidará mientras dure el tiempo, habían dicho, y precisamente en el mismo lugar donde estaban ahora parados: «No tenemos más rey que el César». Así habían hecho su elección. ¡En verdad, pues, que no se quejen si el César, o su representante, los trata de una manera que no es de su agrado!

El infortunado Ananías, recomponiendo con dificultad su juicio, algo disperso por el aire feroz de Floro, tartamudeó un discurso de súplica.

Lo que dijo venía a significar que el pueblo, en su conjunto, tenía una disposición pacífica; que algunos pocos habían actuado mal, y que para ellos se concediera el perdón, pues no era de extrañar que en una multitud tan grande hubiera algunos más atrevidos de lo que debieran y, por razón de su juventud, también insensatos. Era, además, un asunto muy difícil distinguir al inocente del culpable; y viendo que todos por igual, tanto los que habían ofendido como los que no, lamentaban lo sucedido, convendría a la clemencia de Floro pasar por alto el asunto, no fuera que una aplicación demasiado severa de la justicia provocara desórdenes aún más graves que los que ya habían tenido lugar.

—¡Eso último suena a amenaza! —exclamó Floro con ferocidad—. El vuestro es precisamente el tipo de discurso que se esperaría de un hombre que ha conspirado contra la vida de un ciudadano romano —continuó, con un fino

olvido de sus propias delincuencias—. Desórdenes más graves sobrevendrán, sin duda, si se permite que los culpables caminen sin castigo. Decid sin perífrasis si vais, o no, a entregar a esos malhechores.

Ananías vaciló, pero Yojanán ben Zakai fue más audaz que el ex sumo sacerdote.

—No podemos —dijo— consentir en entregar a esos jóvenes.

Ante esto, surgió un grito de aprobación de la gente congregada ante el tribunal.

Floro los fulminó con la mirada por un momento, y luego reanudó:

—¿Y aun así os negáis a conceder al César diecisiete talentos del *Corbán*?

—¿Robará el hombre a Dios? —exclamó Eleazar con ferocidad—. Esto tampoco lo haremos.

Nuevamente estalló un grito de aplauso, esta vez más fuerte, por parte del populacho. Floro lo aceptó por lo que pretendía ser: un desafío a su persona. Volviéndose hacia las tropas a su espalda, gritó:

—¡Dispersad a estos rebeldes! Saquead el Mercado Alto. Matad a todo el que se oponga.

¡Saqueo! ¿Qué orden podía ser más agradable para el soldado? No necesitaron que se les dijera dos veces. Como tigres liberados de repente, corrieron a través del *bema*, apartando al indefenso Sanedrín, y desenvainando sus cortantes espadas se lanzaron sobre la gente desarmada, repartiendo golpes a diestra y siniestra, y usando no el plano de la hoja, sino la punta y el filo.

Todo fue obra de un momento. Tomados completamente por sorpresa y sin armas para defenderse, las filas delanteras, horriblemente heridas, caían gimiendo al suelo. El resto de la multitud, horrorizada ante la vista y dándose cuenta de repente de que se pretendía una masacre, luchaba por evitar las hojas romanas. Pero para los más cercanos al *bema*, la huida era imposible debido a la densidad de la turba. Comenzó entonces una lucha horrible por la vida; quien caía en esa multitud no volvía a levantarse, sino que era pisoteado hasta morir, desfigurado hasta ser irreconocible. Movidos por el instinto de autoconservación, todos se esforzaban por empujar su cuerpo entre sus vecinos

o, en su defecto, intentaban arrastrar a su compañero hacia atrás en un intento de interponer algo entre ellos y las terribles espadas que avanzaban implacablemente desde atrás.

Con la huida de los más alejados del tribunal, la masa se fue aflojando gradualmente y, finalmente, dividiéndose en grupos aislados, huyeron en todas direcciones, perseguidos por los gritos de los triunfantes legionarios.

Pero los romanos no lo tendrían todo a su favor. Muchos judíos, escapando por las calles adyacentes a la plaza, se refugiaron en las primeras casas que encontraron y, tras atrancar las puertas, subieron a las azoteas para asaltar al enemigo que estaba abajo con tejas y piedras. Otros que habían huido más lejos, consiguiendo armas o cualquier implemento que pudiera servir como tal, desandaron sus pasos y, favorecidos por su conocimiento de las calles estrechas y sinuosas, se aventuraron a dar batalla a los romanos y, lo que es más, lograron contenerlos por un tiempo.

Las calles de Sion resonaban con el estrépito de las armas y los gritos de los combatientes.

Las noticias de lo que estaba sucediendo llegaron rápidamente a oídos de Berenice, produciendo en su mente no solo consternación, sino un agónico sentimiento de autorreproche. Se sentía, indirectamente, la causa de todo. Era la venganza de Floro por haberlo rechazado. Su primer impulso fue correr hacia el procurador y suplicarle que detuviera su mano. Su orgullo se rebeló ante este paso. Pero, a medida que el sonido de la refriega se hacía más fuerte y feroz, se agitó más; dejando a un lado su orgullo, resolvió apresurarse a su tribunal e interceder en favor de su pueblo.

Como princesa real, se consideraba a salvo de cualquier molestia por parte de la soldadesca romana; pero, olvidando que era desconocida de vista para la mayoría de ellos, salió corriendo de su palacio sin un solo acompañante. Afortunadamente fue vista por su maestro de caballería, quien, reuniendo a tantos de sus guardias domésticos como pudo en un momento, fue tras ella a toda velocidad.

Al divisar el tribunal, Berenice se detuvo horrorizada. El infierno mismo parecía haberse desatado aquel día. Los judíos capturados en las calles vecinas eran

arrastrados a la plaza para ser degollados despiadadamente ante los mismos ojos de Floro. No se hacía distinción de edad ni sexo. Incluso los bebés, arrancados de los brazos de madres que gritaban, eran lanzados al aire y ensartados en las puntas de las lanzas. Jóvenes muchachas, atadas desnudas a estacas, eran expuestas a las brutales burlas de la soldadesca, que ofrecía la libertad a sus cautivas si tan solo consentían en probar un bocado de carne de cerdo.

Mientras Berenice avanzaba con la mente perturbada, divisó a un grupo de soldados borrachos rodeando a un niño judío de ojos brillantes, cuya edad no podía pasar de los doce años.

—¡Dinos el nombre de tu Dios! —exclamó un soldado.

—Se llama el Señor —respondió el niño, nada intimidado por el círculo de rostros feroces que lo rodeaba.

—Bueno, maldice al Señor y vivirás —dijo un segundo soldado, amenazando al muchacho con su lanza.

Pero el pequeño había sido demasiado bien instruido en los principios del judaísmo para obedecerles.

—Malditos sean todos los que sirven a imágenes talladas —respondió desafiante.

—Este lobezno crecerá para ser un lobo valiente —rio el primer soldado.

—No lo hará —gritó el segundo con salvajismo; y, levantando su pica con ambas manos, atravesó con el arma el pecho del niño, quien, con una sola palabra, «¡Madre!», cayó muerto en el acto.

—¡Oh Dios! —jadeó Berenice—, ¿puedes mirar esto y dejar que estos hombres vivan?

Apenas capaz de moverse por el horror, subió los escalones del *bema* y se acercó a Floro. Con las manos entrelazadas en la nuca y con una pierna cruzada despreocupadamente sobre la otra, el procurador descansaba cómodamente en su silla curul, divirtiéndose con el temor de un numeroso grupo de cautivos ricamente vestidos, de quienes sus espías decían, con razón o sin ella, que eran

los mismos jóvenes que, tres días antes, habían andado pidiendo dinero para el indigente Floro.

—Por cierto —dijo él—, ¿por qué los judíos no coméis cerdo?

La pregunta provocó carcajadas de los insensatos soldados que lo rodeaban. Uno de los cautivos se aventuró a comentar que había naciones que no comían cordero.

—Y tienen toda la razón —comentó Floro—. El cordero es muy insípido; pero el cerdo... ¡ah!, esa es una de las delicias más selectas que los dioses han conferido a la humanidad, y juro por Plutón que, si no coméis de él, moriréis.

—Floro, en el nombre de Dios te conjuro a que tengas piedad de estos jóvenes —gritó Berenice—. No derrames más sangre.

El sentimiento de Floro era una extraña mezcla de amor y odio al contemplar a la afligida princesa en toda su belleza salvaje, con el cabello suelto y los pies descalzos. Su primer impulso loco —había estado bebiendo mucho— fue estrecharla en sus brazos y besarla apasionadamente sin importar los espectadores; el siguiente, al recordar el lenguaje despreciativo de ella en Cesarea, fue rechazarla con palabras igualmente despreciativas.

El odio triunfó. Había llegado demasiado lejos para retroceder y, ya que no podía tener la dulzura del amor, tendría la dulzura de la venganza. Entre los cautivos había un joven hermoso, cuyo inconfundible aire de intrepidez había ofendido secretamente al procurador.

—¿Marcus, tú aquí? —gritó Berenice consternada. Lo conocía por ser un fiel de la Sinagoga Real.

—No temáis por mí, princesa. Estoy a salvo.

Una confianza en sí mismo como esa llevó a Floro a un frenesí de ira.

—Lictores, crucificadme a este bribón que se considera tan seguro.

—¡Oh, no! ¡No! —gritó Berenice en una agonía de dolor.

El joven, con una sonrisa orgullosa, pronunció las palabras que en cada provincia del imperio, salvo una, tenían el poder de detener la mano incluso del propio César:

—*CIVIS ROMANUS SUM* —¡Soy ciudadano romano!

—¡Ah! ¿Así que esa es tu esperanza? Pues no te servirá de nada. ¿Ciudadano romano? ¡Bah! ¡Qué fácil es convertirse en uno hoy en día! Damas el judío es un canalla, pero tiene dos óbolos de sobra; así que el pretor lo toca con una vara, le da una vuelta, ¡y listo!, Damas el judío se convierte en Marcus el romano y se pasea por ahí con una toga.

Y aquí Floro, saltando, ilustró sus palabras pavoneándose con un aire de falsa dignidad, entre las risas de sus satélites.

—Soy romano de nacimiento libre; es más, soy de rango ecuestre.

—¿Un caballero, eh? Bueno, reconoceremos tu dignidad dándote una cruz más alta y pintándola de púrpura. Lictores, traed aquí un madero.

En su loco deseo de atormentar hasta lo sumo el alma de Berenice, Floro no dudó en desafiar la ley romana mediante un ultraje tan grande que Cicerón confiesa su incapacidad para encontrarle nombre: «Es una ofensa atar a un ciudadano romano; un crimen azotarlo; casi un parricidio matarlo; ¿qué diré, pues, de crucificarlo?».

Tal ultraje por parte de un gobernador romano podría considerarse increíble si no estuviera atestiguado por un historiador contemporáneo. «Floro —dice Josefo — se atrevió a hacer lo que ningún gobernador antes de su tiempo había hecho jamás: mandar que hombres del orden ecuestre fueran azotados y clavados en la cruz frente a su tribunal, quienes, aunque eran judíos de nacimiento, poseían no obstante la dignidad romana».

Deseoso de aumentar no tanto la agonía de Marcus como la de Berenice, Floro, con una sonrisa cruel, emitió una nueva orden:

—¡Esperad! Antes de crucificar al canalla, vamos a azotarlo.

¡Qué cosa extraña es el corazón de una mujer! Berenice, que había estado dispuesta a someter a una joven a los azotes, ahora se estremecía cuando se proponía una tortura similar para un hombre joven. En cuanto a la víctima misma, en vano insistió en su derecho legal de ser trasladado del tribunal de Floro al de Nerón.

—*Appello Cæsarem* —Apelo al César —gritó.

—El César está muy lejos —rio Floro—. En Grecia, haciendo el tonto. Tendrás que gritar mucho más fuerte si quieres que te oiga.

Sordos a sus protestas, los lictores despojaron al joven de sus vestiduras y ataron sus muñecas a una columna. Intentó ser valiente, pero ¿dónde está el hombre que pueda ser valiente sometido a los golpes del «horrible flagelo»?

Un grito estremecedor brotó de los labios de Marcus cuando las correas de cuero, lastradas con piezas triangulares de plomo, descendieron sobre su carne desnuda y temblorosa.

—¡Oh, Apolo! ¡Qué voz tan dulce! —gritó Floro burlonamente—. Por los dioses, Nerón debe cuidar sus laureles, pues tiene un rival. Dadle un segundo golpe. ¡Ah! Una nota más alta esta vez. Balancead el flagelo otra vez. Lo haremos recorrer toda la octava.

El resto de los cautivos, temiendo el mismo destino, observaban con las mejillas pálidas y los ojos aterrorizados. La angustia mental de Berenice la hacía parecer una criatura salvaje. Su agonía manifiesta era un lujo para el alma de Floro.

—Hay veinte de estos jóvenes —susurró—, y todos sufrirán el mismo destino: azotes y crucifixión. Pero tú puedes salvarlos, si quieres.

—¿Cómo? —jadeó Berenice.

La respuesta susurrada de Floro fue de un carácter tan infame que la indignada princesa levantó la mano y golpeó con la palma abierta la mejilla de él; golpeó, además, con toda su fuerza.

Escocido por el dolor, Floro retrocedió con una mirada muy desagradable en su rostro.

—Guardias, retirad a esta mujer del *bema*. ¿Qué tiene ella que ver con estos asuntos?

Y la ruda soldadesca, mostrando poco respeto tanto a su condición de mujer como a su rango, la empujó escaleras abajo del tribunal.

CAPÍTULO XI:

«¡A VUESTRAS TIENDAS, OH ISRAEL!»

Durante la masacre instigada por Floro —una matanza que se cobró no menos de tres mil seiscientas víctimas—, Crispo, por la naturaleza de las circunstancias, se vio obligado a observar impotente.

No podía ponerse del lado de las tropas romanas; ponerse del lado de los judíos habría sido antipatriótico. Su intento de mediación encontró, al igual que el de Berenice, el rechazo insultante del procurador. Ardiendo de indignación, se retiró a la *Turris Antonia* y redactó una carta a su padre describiendo la deshonra que Floro había traído al nombre de Roma, e instando al Legado a acudir de inmediato con una legión para restaurar el orden en Jerusalén mediante el único método posible: la destitución del malvado procurador. Una vez terminada, despachó esta carta a Antioquía por medio de un mensajero veloz.

Floro, habiendo dado motivos sobrados para la rebelión, procedió, siguiendo su misma política siniestra, a marcharse de la ciudad, retirando a todas sus tropas excepto a una cohorte; y esta, además, dividida: la mitad asignada al Pretorio y la otra mitad a la Antonia.

Nunca apareció más la bajeza del carácter de Floro que en este, el acto final de su carrera oficial. Sabía que, en el estado de agitación actual de la ciudad, guarniciones tan exiguas ofrecerían una tentación irresistible para los sediciosos. Pero, ¿qué le importaban a él los romanos que dejaba atrás? Si las guarniciones eran masacradas, bueno, tanto mejor para su propósito.

Mientras Floro miraba hacia atrás, hacia la ciudad que abandonaba, bien podría haber dicho como aquel romano más noble que él: «Maldad, ya estás en marcha; sigue el camino que quieras».

Entre las tropas ordenadas a abandonar Jerusalén en esta ocasión se encontraba la Cohorte Itálica de Rufo, quien, por mucho que detestara al procurador, no tenía como soldado leal otro camino que hacer lo que se le ordenaba.

Crispo, decidido a permanecer en la ciudad, se dirigió al Pretorio y ofreció sus servicios a su comandante, Metilio, quien se alegró de dar la bienvenida a cualquier auxiliar, especialmente a uno como Crispo, cuyas sugerencias para la defensa del palacio eran no solo originales sino, lo que es más, factibles.

Ante el lamento de Metilio de que, debido a la falta de los proyectiles necesarios, las balistas y otras máquinas similares tendrían que permanecer ociosas, Crispo respondió riendo:

—Si llegamos a ese extremo, podemos arrojar estas estatuas sobre las cabezas de la turba.

Se encontraba en ese momento en un magnífico salón decorado con esculturas y, al pasar por casualidad la vista sobre las obras maestras de mármol que lo rodeaban, se sintió tan atraído por una de ellas que se acercó y la examinó con una atención que despertó la curiosidad de Metilio.

La estatua representaba a una hermosa doncella vestida hasta los pies con una grácil estola. En el pedestal estaba esculpida una sola palabra: *Pythodoris*.

—¿Pythodoris? —murmuró Crispo—. Si no estuviera ese nombre grabado aquí, la habría llamado Vashti.

Pues, en efecto, la estatua, tanto en el rostro como en la figura, se parecía tanto a la doncella hebrea que cualquiera que la conociera bien podría haber supuesto que no se trataba de otra persona.

—¿Pythodoris? —dijo Crispo reflexivamente—. El nombre es nuevo para mí. ¿Quién es ella, o quizás debería decir, quién fue ella?

Metilio confesó ser incapaz de satisfacer la curiosidad de Crispo. Él tampoco había oído nunca el nombre.

—Esto es todo lo que sé sobre la estatua —comentó—: que es una adición reciente a esta galería y fue, según creo, un regalo del rey Polemón.

La mención del nombre del rey del Ponto aumentó no poco la perplejidad de Crispo.

—Evidentemente la dama es, o fue, una reina —observó Metilio, señalando la diadema oriental sobre la cabeza de la figura.

Al examinar la estatua más de cerca, Crispo vio grabado en la sandalia, en letras diminutas: ΛΑΣΟΣ ΕΠΟΙΕΙ.

—«Obra de Laso» —dijo, leyendo el nombre de un escultor muy conocido a principios del siglo primero—. Hace cincuenta años que murió, así que podemos concluir que esta es la imagen de una reina que ya no vive. ¿Cómo explicar su parecido con Vashti? Pero —añadió de pronto, cortando el asunto—, hacemos mal en quedarnos aquí meditando cuando hay asuntos más graves que atender.

En esto Crispo decía la verdad. Los judíos de espíritu sedicioso habían notado con secreto júbilo que Floro había dejado la ciudad casi despojada de tropas. ¿Qué podían hacer dos guarniciones escuálidas de trescientos hombres cada una contra toda la ciudad? Descuidar tal oportunidad de oro para recuperar la libertad era contravenir la voluntad de Elohim, quien seguramente habría provocado este arreglo por el bien de la estirpe sagrada.

Día tras día, los asuntos se volvían más amenazadores; en los atrios del templo y en las sinagogas, feroces zelotes bajados de las montañas y profetas de ojos desorbitados del desierto declaraban a la multitud crédula que todos los signos de los tiempos señalaban el advenimiento cercano del Mesías prometido, momento en el que la nación judía no solo sería libre, sino que reinaría soberana sobre todos los hijos de la tierra, desde el nacimiento del sol hasta su ocaso.

En vano intentaron Agripa y Berenice disuadir al populacho infatuado de un camino que ciertamente acabaría en la ruina del estado judío.

—«¡A vuestras tiendas, oh Israel!» —fue la respuesta de los zelotes—. «¿Qué tratos tenemos con el César, o cuál es nuestra porción en Roma?».

Era el atardecer, y las trompetas de plata daban la señal para el cierre de las puertas del templo mientras dos figuras subían las escaleras que conducían al techo del Pórtico de Salomón.

Uno era Eleazar, el capitán del templo; el otro, Simón de Gerasa, quien durante varios días había estado viviendo en una cámara secreta del santuario; pues Eleazar no podía negar el derecho de asilo a un patriota cuyos tesoros, adquiridos mediante el bandidaje, habían sido enviados siempre al tesoro del templo por métodos secretos y tortuosos.

Mientras ambos caminaban por el techo, conversaban; y pocas veces en la historia del mundo una charla ha tenido consecuencias tan trascendentales.

—El pueblo está maduro para la guerra —dijo Eleazar con una sonrisa feroz y triunfante—. Los incitaremos a atacar las guarniciones de la Antonia y el Pretorio.

—¿De dónde obtendremos las armas necesarias?

—¿Conoces Masada? —preguntó Eleazar.

Habría sido extraño, en verdad, que Simón no conociera al menos el nombre de aquella famosa plaza fuerte, llamada enfáticamente Masada —«LA FORTALEZA»—, construida por Jonatán Macabeo sobre un risco precipitado de mil quinientos pies de altura que domina las aguas del Mar Muerto; un baluarte en el que se habían depositado los tesoros de Jerusalén para su seguridad durante los tiempos turbulentos de la monarquía asmodea.

—Contiene armas para diez mil hombres —continuó Eleazar.

—Con una guarnición romana para custodiarlas.

—¡Bah! La guarnición es escasa y, consciente de ello, he enviado a una banda para atacar el lugar.

Simón recibió esta asombrosa noticia con un júbilo sombrío.

—Es una declaración de guerra —comentó.

—Esa es la intención. Alguien tiene que dar el primer paso.

—¡Pero Masada! —protestó Simón—. ¿Estás loco? La fortaleza es inexpugnable.

—Y por lo tanto, más fácil de sorprender. Una fortaleza inexpugnable siempre vuelve descuidada a su guarnición.

—¿Quién encabeza esta audaz expedición?

—Manahem, el hijo de Judas de Galilea.

—¡El traidor que le compró a Floro la licencia para saquear! —exclamó Simón con ira; pues él y Manahem habían sido rivales celosos durante mucho tiempo.

—¿Acaso voy a rechazar a un hombre que me ofrece sus servicios? —respondió Eleazar—. Hace cuatro noches bajó de las montañas con su banda de guerrilleros y me buscó, pidiéndome que le diera algo que hacer por la causa. Le ordené que fuera y tomara Masada.

—Si tiene éxito, será en verdad un *Manahem* —ironizó Simón, haciendo un juego de palabras con el nombre de su rival, que en hebreo significa "Consolador".

Sobre sus cabezas colgaba un firmamento azul oscuro salpicado de estrellas, bajo cuya luz las colinas cercanas que «rodean Jerusalén» eran claramente visibles; más allá de ellas, apareciendo a lo lejos en el horizonte, estaba el monte conocido desde antiguo como *Beth-haccerem*, cuyo pico prominente lo convertía en una estación ideal para enviar noticias a Jerusalén mediante aquel modo primitivo de telégrafo: la hoguera de señales.

Los ojos de Eleazar estaban fijos en *Beth-haccerem*, y Simón, siguiendo la mirada de su compañero, se sorprendió al ver una luz naciendo en la cima oscura del pico distante. No era un destello fugaz, sino una luz que continuaba centelleando y brillando; evidentemente una señal, cuyo significado era conocido por el sacerdote, a juzgar por la satisfacción que irradiaba su oscuro semblante.

—Antes de lo que me atrevía a esperar —murmuró—. La fortaleza inexpugnable ha caído.

—¿Masada? —jadeó Simón con un sentimiento mezcla de asombro y celos.

—Así debe interpretarse esa luz —respondió Eleazar—. El arsenal de Masada está ahora en nuestras manos, y mañana una caravana de carromatos vendrá rodando hacia Jerusalén cargada de armas para el pueblo.

—¿Cómo tomarán tu padre y el Sanedrín este acto tuyo?

—Déjame a mí encargarme de ellos —respondió Eleazar con una sonrisa dura.

Al día siguiente, Matías, el sumo sacerdote, convocó una reunión del Sanedrín con el propósito de considerar el curso que debía seguir dicho cuerpo si el pueblo común persistía en su determinación declarada de tomar las armas contra los romanos.

En esta asamblea —celebrada en el templo dentro de los muros de la famosa *Lishcath Ha-Gazith* o Salón de los Cuadrados, llamada así por su pavimento ajedrezado— Eleazar se presentó con una propuesta nueva y alarmante, sobre la cual deseaba que se tomara una votación.

—Ha sido costumbre en nuestro templo desde los días de Herodes —dijo— ofrecer diariamente un sacrificio por la seguridad y el bienestar del César reinante. Pero ¿por qué deberíamos rezar por nuestro enemigo? ¿Por qué rezar por un pagano incircunciso? ¿Por qué rezar por Nerón, quien al reclamar honores divinos insulta el nombre del Altísimo? Al rezar para que la vida de este blasfemo se prolongue, ¿qué estamos haciendo sino rezar por la continuidad de la blasfemia? Hermanos y padres, esto no debe ser. Mi voto es que, a partir de hoy, cese el sacrificio por el César.

Tan pronto como Eleazar volvió a sentarse, Ananías se levantó para oponerse a la audaz innovación propuesta por su hijo.

—Por muy agradable que esta propuesta pueda ser para nuestra inclinación secreta —dijo—, la cuestión para nosotros es: ¿bajo qué luz la verá Nerón? Pues esto no escapará a su conocimiento. Lo tomará como una afrenta; es más, como una declaración de guerra.

—Que lo tome como tal —dijo Eleazar con audacia.

—Ahora revelas tu verdadero objetivo —respondió Ananías—, que es actuar como instigador de la sedición. Quieres que el Sanedrín declare la guerra contra Roma.

—La guerra vendrá con seguridad —es más, ya está aquí— y no queda otro camino para el Sanedrín que ponerse del lado de la multitud en su lucha por la libertad.

—¡Eso no! —gritaron algunos, siendo Ananías el que más alzaba la voz.

—¡Oh, entonces lucharéis del lado de los romanos! ¡Un acto noble para judíos patriotas! —exclamó Eleazar con sarcasmo.

—Hay un tercer camino: permanecer neutrales —dijo Simeón ben Gamaliel.

—Ese camino lleva a la muerte. El pueblo, una vez comenzada la lucha, no aceptará neutrales entre ellos. Su grito será: «El que no está con nosotros, está contra nosotros».

—Podemos abandonar Jerusalén —dijo Yojanán ben Zakai.

—No sin apartaros de Dios. Los sacrificios, a través de los cuales Él es el único accesible, ¿pueden ofrecerse en otro lugar que no sea aquel donde Él ha elegido poner Su nombre? ¿Nos atrevemos nosotros, como sacerdotes, a vivir apartados del templo? ¡No! Y, puesto que no podemos evitar la guerra, debemos buscar guiar su curso poniéndonos a la cabeza del movimiento nacional, a menos que queramos vernos hechos a un lado y relegados a la oscuridad, o incluso, tal vez, entregados a la prisión y a la muerte. Está claro que...

Pero en este punto el consejo, a instigación de Ananías, alzó sus voces en desacuerdo, tan fuerte y prolongadamente que el orador se vio obligado a callar.

En la primera pausa, Ananías pidió a Matías que sometiera la cuestión a votación y, tras hacerlo, la propuesta para la abolición del sacrificio cesáreo fue derrotada por una mayoría considerable.

—¡Así termina tu traición! —se burló Ananías, dirigiéndose a su hijo.

Eleazar se levantó, algo pálido, pero con una sonrisa desafiante en los labios.

—El voto no tiene importancia... —comenzó.

—¡Escuchadle! —gritó Ananías.

—Como capitán del templo, decreto que desde hoy no se ofrecerán más sacrificios en nombre del César.

—¿Y cómo harás efectivo tu decreto? —rio Ananías.

—Pues así —respondió Eleazar con frialdad, llevándose un cuerno de carnero a los labios y soplando una nota aguda y estridente.

Ante ese sonido, cada puerta que se abría al Salón Gazith se ensanchó revelando un repentino resplandor de armas. Entonces, marchando con paso lento y majestuoso, entró en la cámara una alta y solemne banda de Netineos vestidos con relucientes cotas de malla. Moviéndose con un orden admirable, se

alinearon a lo largo de las cuatro paredes de la estancia y luego permanecieron, con el escudo y la lanza a la espalda, tan silenciosos e inmóviles como estatuas.

Estos Netineos formaban parte de la guardia del templo, servidores de Eleazar, quienes, independientemente de su juramento de obediencia a su capitán, estaban por otras razones devotamente apegados a su persona. Cualquier cosa que él les ordenara hacer, la harían.

¿Y cuál iba a ser su orden? El silencioso Sanedrín esperaba con asombro, indignación y temor.

—El voto de hoy me ha enseñado —dijo Eleazar— quiénes son los amigos y quiénes los enemigos de Israel. Que aquellos que estén de mi lado —continuó— se muevan a la derecha.

La invitación fue aceptada por no más de una docena de miembros, entre ellos Matías, el Presidente, y Simeón ben Gamaliel.

—Desde hoy —continuó Eleazar—, el templo se convierte en la sede de una guerra santa, la morada de las huestes del Señor, una ciudadela al servicio de la libertad. En adelante, sus puertas se abrirán solo a los verdaderos adoradores de Israel, cuyos enemigos sois vosotros —añadió, volviéndose hacia sus oponentes del Sanedrín—. Retiraos, antes de que los azotes de los Netineos aceleren vuestros pasos.

La feroz tormenta de indignadas protestas que brotó de Ananías y su grupo se encontró con una risa salvaje de Eleazar.

—¿Te atreves a amenazarnos con la expulsión del templo? —gritó Ananías, con los ojos ardiendo de ira.

—Este no es lugar para los amigos del César. ¡Cómo! ¿No os movéis? Guardias, echad fuera a estos traidores.

Como si la orden fuera un júbilo para ellos, los Netineos se lanzaron hacia adelante, al tiempo que sacaban azotes y látigos que aplicaron sin más preámbulos a los cuerpos de los inamovibles sanedristas.

Entonces se produjo una escena extraña. Del Sanedrín surgieron gritos de pain y feroces protestas, forcejeos indignos e incluso juramentos. Su débil resistencia

fue pronto superada; sin armas, e inferiores en número y fuerza a sus oponentes más jóvenes, fueron expulsados del Salón de los Cuadrados y conducidos a través del amplio atrio de los gentiles.

Un espectáculo tan inusual atrajo de inmediato la atención de la multitud, que al principio se sintió dispuesta a ponerse del lado del Sanedrín en lucha, pero las palabras mágicas, «Amigos de los romanos», volcaron rápidamente sus simpatías en el plato opuesto de la balanza, de modo que se unieron de buena gana a los Netineos en la tarea de expulsión; y el fin de todo fue que los venerables padres se encontraron fuera del templo, indignados y sin aliento, despeinados y sangrando.

Tras una breve consulta, tomaron camino a través del puente del Tiropoeon hacia la Ciudad Alta y entraron en el palacio de Ananías. Desde su azotea plana podían ver algo de lo que estaba pasando en el templo. Cada rincón de la casa sagrada brillaba con las armas. Eleazar estaba cumpliendo su palabra; el templo estaba siendo guarnecido, no en interés de Roma, sino de Israel.

Consciente del odio con el que el populacho miraba sus simpatías pro-romanas, Ananías, junto con un gran cuerpo de leales judíos, consideró prudente, antes de que acabara el día, refugiarse con los soldados en el Pretorio.

Tarde esa misma noche, Berenice, escoltada por un pequeño séquito, se dirigió a este palacio; y mientras sus guardias esperaban afuera, ella entró para despedirse de Crispo.

Traía noticias alarmantes. Simón el Negro estaba en la ciudad y, recurriendo a un golpe maestro de política, había liberado a todos los pobres deudores —que eran un grupo muy numeroso en Jerusalén— persuadiéndolos para que prendieran fuego al *Archeion* en Ofel, el edificio donde se registraban todos los préstamos monetarios contraídos por ciudadanos privados, pues dicho registro oficial constituía la única prueba legal de la transacción. Habiendo involucrado así a la multitud en un acto irrevocable de sedición, Simón los había conducido después hacia el Olivet, donde los Zelotes de Manahem, regresando triunfantes de la conquista de Masada, se dedicaban ahora, al resplandor de las antorchas, a repartir gratuitamente armas a todos los que estuvieran dispuestos a luchar.

Con signos de la más viva agitación, la princesa contó cómo era la intención de la turba a la mañana siguiente asaltar las dos fortalezas romanas y masacrar a las guarniciones como represalia por la carnicería provocada por Floro.

—¿No os iréis de la ciudad conmigo, antes de que sea demasiado tarde? —preguntó a Crispo en tonos apremiantes.

—No es costumbre de los romanos abandonar su puesto, por muy numeroso que sea el enemigo —respondió Crispo.

—Vuestra partida no será una deserción, pues nadie os ha ordenado luchar. Vuestra estancia aquí es voluntaria.

—¡No dejaré a mis compatriotas a su suerte! Que vuestro pueblo tiene buenas causas para la insurrección es, ¡ay!, demasiado cierto. Pero, a pesar de todo, mi camino está claro. Soy un patriota y un Cestio, y es mi deber mantener el águila romana suprema en esta ciudad, o morir en el intento.

Berenice guardó silencio por un momento; luego, poniendo su mano sobre el brazo de él, dijo en tonos tiernos:

—Dejadme quedar aquí para ayudaros; podríais ser herido, ¿y quién hay para cuidaros? Y si morís, lo cual el cielo no permita, yo... yo moriré con vos.

Crispo no pudo sino conmoverse ante esta expresión de simpatía por su parte. Olvidando el incidente en la sinagoga, sintió que podría amarla, si ella fuera siempre así. Y así como una vez pensó que el rostro de Vashti se parecía al de Berenice, ahora pensaba que el de Berenice se parecía al de Vashti, al contemplarlo en este momento transfigurado por una luz hermosa y heroica.

—Princesa, este no es lugar para vos —dijo él suavemente.

Condujo a la renuente y afligida Berenice hacia su palanquín en la puerta del palacio. Al separarse de ella, algún espíritu tentador le hizo susurrar tiernamente:

—Adiós, Athenaïs.

No habría pronunciado ese nombre de haber previsto su efecto. Su expresión dulce y amable desapareció en un instante, para ser reemplazada por una mirada fría y suspicaz que lo repelió tanto como la otra lo había atraído.

—¿Por qué me llamáis por ese nombre? —preguntó ella, pareciendo encogerse ante él.

—Tal vez estoy haciendo un experimento, princesa —dijo él con significado.

Evidentemente, era un experimento que no agradó a Berenice. Parecía exactamente una mujer sorprendida en un secreto. Con una mirada que casi podría interpretarse como de miedo, se hundió de nuevo en los cojines del palanquín y, sin decirle una palabra más, dio la orden a los portadores de avanzar.

En un estado de ánimo pensativo, Crispo observó su partida. Fuera ella Athenaïs o no, era difícil ver por qué la simple mención del nombre actuaba de forma tan extraña sobre ella. Que no había perdido su favor, sin embargo, quedó evidenciado por la llegada, durante la noche, de tres mil jinetes judíos. Eran las tropas del Rey Agripa, enviadas por él para sacar a su hermana sana y salva de la convulsa ciudad; al encontrarlos en el camino, Berenice les había ordenado que siguieran adelante para ayudar a la pequeña guarnición en el Pretorio. Es fácil imaginar con qué alegría fueron recibidos estos nuevos auxiliares por Metilio, pero cuando Crispo sugirió que la mitad de ellos se dirigiera a la Antonia, Darío, el maestro de caballería, se negó, alegando que las órdenes de la princesa eran que luchara solo por el Pretorio.

CAPÍTULO XII: «¡VÆ VICTIS!» (¡AY DE LOS VENCIDOS!)

Temprano a la mañana siguiente, el jefe zelote Manahem, quien con sus seguidores había acampado durante la noche en el Olivet, descendió del monte y, sentado en un carro, entró en la ciudad con un aire de pompa y estado que despertó el rencor de Eleazar mientras este observaba la procesión desde el techo de los pórticos del templo.

—¿Es este tipo un rey? —dijo él—. ¿Pretende reinar en Jerusalén?

Manahem fue recibido con aclamaciones entusiastas por el populacho recién armado, que exigía que los guiara de inmediato contra la Antonia, creyendo plenamente que aquel que había tomado Masada no tendría dificultad en tomar una fortaleza similar. Manahem no pudo rechazar esta tarea sin arriesgar su

reputación de valiente; así que, tras saquear e incendiar los palacios desiertos de Agripa y Ananías, avanzó a la cabeza de una multitud tumultuosa y desordenada hacia la *Turris Antonia*, donde, tras imponer silencio, pidió —en un latín muy deficiente— que el comandante rindiera la fortaleza.

—Soy romano.

Y el oficial, considerando que esa respuesta era suficiente, se dignó no dar ninguna otra.

—También lo era el que custodiaba Masada —respondió el jefe zelote, dando la señal para el ataque.

Durante todo el día, bajo el liderazgo de Manahem, arreció una lucha feroz alrededor de la fortaleza; pero cuando cayó la noche, los judíos no tenían nada que mostrar por su ardor guerrero, excepto una pesada lista de muertos y moribundos.

La ira de Manahem, surgida de su fracaso, aumentó ante el comentario de Simón, quien por celos se había abstenido de ayudar a su jefe hermano.

—Has provocado que la estirpe sagrada sea masacrada.

—Tú mismo los capitanearás mañana —dijo Manahem.

—Que así sea —respondió el Zelote Negro con calma.

A la mañana siguiente, cuando la multitud se hubo reunido de nuevo para la guerra, Simón se dirigió a ellos de esta manera:

—Que se adelante aquel que tuvo padre o madre, hijo o hija, muertos en el día de Floro.

Inmediatamente, cientos de hombres se abrieron paso hacia el frente.

—¡He aquí a los hombres que los mataron! —gritó Simón, señalando con su espada hacia la fortaleza.

Esta mentira, pues lo era —ya que la guarnición no había tomado parte alguna en la masacre—, tuvo un efecto contundente en la multitud, llenándola de un nuevo fuego y una nueva furia. Liderados por Simón en persona, se lanzaron hacia adelante con las escalas de asalto y las plantaron contra los muros, aunque

solo fuera para ser rechazados de nuevo. Durante muchas horas la batalla arreció; repelidos diecinueve veces, regresaron al ataque con el ánimo intacto; en el vigésimo asalto, que tuvo lugar hacia el final del día, los judíos lograron abrirse paso.

—¡No dejéis a ninguno vivo! —era su grito—. ¿Acaso nos perdonaron ellos a nosotros y a nuestros pequeños?

La pequeña guarnición, enfrentada a un número abrumador de enemigos, mantuvo con valentía el honor del nombre romano; sin pensar ni por un momento en pedir cuartel, lucharon tenazmente, «cada uno ocupando el lugar donde caía su camarada», hasta que la espada brilló en manos del último hombre.

El estandarte que en la torre más alta había ondeado tanto tiempo ante los ojos judíos con las odiadas letras S.P.Q.R., fue arriado y rasgado en mil pedazos.

Así cayó, tras dos días de dura lucha, la gran fortaleza Antonia, un evento que dio poco placer al vencedor de Masada cuando oyó a la gente decir aquella noche: «¡Manahem ha matado a sus miles, pero Simón a sus diez miles!».

—¡Al Pretorio! —fue el grito de la multitud a la mañana siguiente.

Manahem retomó su mando; y, montado en un caballo fogoso y seguido por multitudes que gritaban, avanzó hacia el espacio abierto frente a la *Gabbatha* y, en voz alta, exigió la rendición del palacio.

La respuesta a esto fue una flecha que, tal como se pretendía, atravesó limpiamente la cimera del casco de Manahem.

—La próxima irá a tu corazón —dijo Metilio—, si vuelves a proponer traición a un romano.

Manahem, jurando por el Urim y el Tummim que los defensores del Pretorio correrían la misma suerte que los de Masada y la Antonia, se retiró a un sector desde donde, protegido de los proyectiles del enemigo, pudiera dirigir las operaciones del asedio.

El objeto más lamentable en el Pretorio en ese momento era Ananías. Se había atrevido a asomarse por una ventana y la multitud, al reconocerlo, gritó su odio feroz contra el jerarca saduceo; los que más gritaban eran los propios sacerdotes, cuyas palabras pronto mostraron la causa de su furia.

—¿Quién envió a sus siervos a recoger los diezmos de los sacerdotes y apaleó a los que no pagaban? ¡Quién sino Ananías!

—¿Quién, cuando obtuvo los diezmos, se los quedó para gastarlos con la ramera Asenat, de modo que muchos sacerdotes murieron por necesidad? ¡Quién sino Ananías!

Ante su mirada aterrorizada, exhibieron la cabeza ensangrentada del comandante de la Antonia clavada en la punta de una pica elevada.

—¡Así sucederá con tu cabeza! —gritaban.

Desde esa hora, Ananías tuvo el aire de un hombre perseguido por la certeza de su caída. Con semblante melancólico, vagaba sin rumbo por los espléndidos salones del Pretorio, temblando ante el estrépito de la batalla fuera de sus muros y esperando en cada momento presenciar la terrible irrupción de zelotes de ojos feroces y sables desenvainados, todos sedientos de su sangre. Su cobardía movía incluso a sus amigos judíos al desprecio.

—Ananías, tu rostro es como una pared blanqueada —rio uno.

¡Una pared blanqueada! Esas palabras lo inquietaron por el resto del día, reviviendo un dicho que hacía mucho tiempo se había borrado de su memoria:

—«¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme según la ley, y mandas golpearme contra la ley?».

¿De dónde y de quién venían esas palabras? Evidentemente de algún prisionero ante su tribunal a quien él había ordenado golpear.

Sí, ahora lo recordaba; era la declaración indignada de Pablo de Tarso; aquel Pablo cuya vida él había intentado quitar mediante las dagas de los zelotes. ¡Y ahora, por la ironía de una Némesis divina, las dagas de esos mismos zelotes buscaban quitarle la vida a él!

¿No había cámaras secretas, se lamentaba, donde uno pudiera esconderse? Había oído que Herodes, al construir este palacio, las había diseñado. ¿Nadie se las señalaría? Pero todos estaban demasiado ocupados con el asedio para atender a su queja.

Aquel asedio se llevó a cabo con fría destreza por parte de los romanos, y con furia indisciplinada por parte de los judíos, quienes, con ese frenesí fanático propio de los orientales, no dudaban en arrojar sus cuerpos desnudos sobre las picas romanas en el vano intento de forzar la entrada al Pretorio.

Cada artilugio conocido en la guerra de aquella época fue probado por los judíos —escaladas y flechas incendiarias, arietes y minas secretas—, probados y anulados por la vigilancia e ingenio de Crispo. Él, mucho más que Metilio, era la vida y el alma de la guarnición, así como Simón demostró ser más ingenioso y valiente que su capitán Manahem, quien optaba mayormente por quedarse sentado en un lugar seguro, pagando cinco piezas de oro por cada cabeza romana que le trajeran.

La caballería del Rey Agripa prestó un servicio excelente al principio. Saliendo inesperadamente, dispersaban a la turba con sus cargas furiosas y, despejando las calles de sitiadores, cabalgaban triunfantes una y otra vez alrededor del palacio. Pero Simón pronto encontró un remedio para estas tácticas rociando el suelo con abrojos de acero que lisiaban a los caballos y derribaban a los jinetes. Después de esto, la caballería se negó a realizar más salidas. Simón notó que su celo flaqueaba y fue rápido en usarlo en su beneficio. Por boca de un heraldo, proclamó que los defensores judíos del Pretorio tendrían plena libertad para salir de la ciudad con sus armas y pertenencias; algunos pocos, sin embargo, quedarían excluidos de este privilegio, siendo Ananías uno de ellos. Para su eterna deshonra, Darío, maestro de caballería de Agripa, aceptó estos términos. Metilio, debido a la escasez de su propia banda, no pudo evitar esta defección y, en consecuencia, en la vigésimo primera mañana del asedio, el contingente judío comenzó a desfilar por la puerta principal del Pretorio entre las burlas y maldiciones de aquellos a quienes dejaban a su suerte.

La muerte había reducido el número de romanos a doscientos cincuenta; y como era imposible defender todo el circuito del Pretorio con una fuerza tan pequeña, Metilio aprovechó la oportunidad mientras los ojos de los zelotes estaban fijos

en las tropas judías que salían para retirarse silenciosa y rápidamente a las tres grandes torres: Mariamne, Fasael y Hípico, erigidas por Herodes el Grande y dedicadas respectivamente a la memoria de su esposa, su hermano y su amigo. Estas torres estaban situadas sobre la muralla de la ciudad, que en este punto formaba los lados norte y oeste del Pretorio.

En materia de arquitectura militar, la antigüedad no tenía nada más maravilloso que mostrar que estas tres torres. Cada una se alzaba sobre una base de piedra sin cámara ni vacío alguno; la base de Mariamne formaba un cubo sólido de treinta pies, la de Fasael de cuarenta y la de Hípico de sesenta. El ariete era impotente contra estos bloques enormes, compactados con una perfección inigualable y unidos por grapas de hierro.

Los zelotes, al descubrir rápidamente que el Pretorio había sido abandonado por sus defensores, entraron, y se produjo una escena salvaje. Nunca destacados por la disciplina ni por la sumisión a sus jefes, se pelearon ferozmente por el botín, llegando incluso a desenvainar espadas unos contra otros. En un punto, sin embargo, todos estuvieron de acuerdo: en que las hermosas esculturas que adornaban este antiguo palacio herodiano eran una violación del Segundo Mandamiento y un insulto a la religión judía.

—¡Ídolos! —gritaban.

Sin hacer distinción entre las estatuas de mortales y las de dioses, pidieron martillos y mazos, y las rompieron todas por igual.

—Supongo que la imagen de Vashti estará entre las demás —masculló Crispo mientras observaba la obra de destrucción—. Habría dado mucho por preservarla.

Al día siguiente, dos zelotes que habían estado explorando cada rincón del palacio desmantelado emergieron con un grito, llevando cautivo a un anciano. Era Ananías, que había permanecido durante la noche oculto en un acueducto subterráneo.

Más muerto que vivo, el tembloroso sacerdote, que una vez había ejercido un mando despótico en Jerusalén, fue arrastrado entre insultos y golpes ante la presencia de Manahem, quien lo recibió con una sonrisa de satisfacción salvaje.

—¿Qué se hará con este amigo de los romanos? ¿Con este traidor a su patria? —dijo él, fingiendo pedir consejo a Simón, a quien odiaba en secreto pero no se atrevía a dañar.

Y en esto Simón se comportó de manera muy sutil, pues deseando que Ananías muriera, pero sospechando que si lo decía, Manahem, por pura oposición, adoptaría el curso contrario, respondió:

—Que viva.

Fue con una sonrisa maliciosa que Manahem replicó:

—Es mi voluntad que muera.

Y ante su señal, dos zelotes hundieron sus dagas profundamente en el pecho del que fuera sumo sacerdote.

Una hora después, Simón estaba en el atrio del templo conversando con Eleazar.

—Tu padre ha muerto.

Eleazar quedó sobresaltado y, en cierta medida, afligido. El sentimiento filial no estaba del todo muerto en él, a pesar de su reciente disputa con Ananías; y al enterarse de cómo había muerto este último, exclamó con fiereza:

—¡Así me haga Dios y aun me añada, si no doy a Manahem el mismo fin que tuvo Ananías!

El arrogante Manahem, inconsciente de las fuerzas que operaban secretamente en su contra, emprendió entonces un camino que lo llevó a la ruina.

En el saqueo del Pretorio, se había topado con un manto de púrpura y una corona de oro, ambos pertenecientes antaño a Herodes el Grande; y, ciñéndose estos emblemas de realeza, comenzó a asumir los aires de un rey.

Dejando una fuerza considerable para vigilar las torres, Manahem, ataviado regiamente, marchó con el resto de sus seguidores hacia el Templo, declarando que su propósito era religioso: venía a ofrecer un sacrificio como medio para obtener nuevas victorias.

Pero Eleazar, sospechando que su diseño era apoderarse de la fortaleza del Templo —sin la cual Manahem nunca podría ser dueño de la ciudad—, cerró las puertas, puso en guardia a cada levita disponible y negó la entrada al jefe zelote.

Surgió entonces una disensión entre los seguidores de Manahem; algunos estaban a favor de obtener el ingreso al Templo por la fuerza de las armas, pero otros, conscientes de que Eleazar era tan patriota como Manahem, eran partidarios de retirarse.

Entonces Eleazar, viendo que la disputa crecía entre ellos, avivó la llama con un discurso que terminó con las palabras:

—Hombres celosos de Dios, vosotros que por amor a la libertad os habéis rebelado contra los romanos, ¿traicionáis ahora esa libertad? Vosotros que habéis sacudido el yugo de un tirano extranjero, ¿aceptáis ahora el yugo de uno nacido entre vosotros?

Simón, que estaba junto a Eleazar, zanjó el asunto.

—¡Diez mil piezas de oro al hombre que me traiga la cabeza de Manahem! —gritó.

A partir de ahí, todo fue confusión.

Algunos de los zelotes, poniéndose del lado de Eleazar, volvieron sus espadas contra su antiguo jefe, de cuya tiranía ya habían empezado a cansarse; el resto, cerrando filas a su alrededor, intentó defenderlo. Entonces, bajo los muros del Templo, comenzó una lucha desesperada, mantenida por corto tiempo con igual fortuna para ambos bandos; pero cuando los levitas armados, bajo el mando de Simón y Eleazar, descendieron del Templo, la balanza de la batalla se inclinó. El bando derrotado huyó a través de Ofel, en cuyas calles estrechas y sinuosas Manahem se las ingenió para eludir la captura; pero solo por un día o dos. Descubierto en su escondite, fue arrastrado fuera y degollado.

Así pereció ignominiosamente el último de los hijos del famoso Judas el Galileo; hijos que, como su indomable padre, habían pasado sus vidas entre las escarpadas cumbres de Judea, librando una guerra de guerrillas contra el romano.

Eleazar asumió entonces la capitanía de todos los elementos desordenados de la ciudad. Simón era su segundo al mando, y bajo su dirección conjunta, el asedio contra la guarnición romana en las tres torres herodianas se impulsó con vigor. Pero el feroz ataque fue respondido con una defensa igualmente feroz; morían diez zelotes por cada romano, ya que la guarnición, bajo el amparo de sus altos muros, podía causar mucho más daño a los sitiadores que estos a ellos.

Sin embargo, a pesar de que la ventaja estaba de su lado, no habían pasado muchos días antes de que Metilio, cediendo a un extraño e inexplicable espíritu de cobardía, anunciara repentinamente su intención de buscar condiciones con el enemigo. Crispo, estupefacto ante tal debilidad mental, argumentó en vano. Metilio ostentaba el mando, y era suyo actuar según su voluntad.

Grande fue la satisfacción de Eleazar al oír que Metilio se dirigía a él desde las almenas para tratar la cuestión de la capitulación.

Se proclamó un armisticio inmediato; y Eleazar, tras una breve deliberación con Simón, declaró que si los romanos descendían de las torres y entregaban sus armas, se les permitiría salir de la ciudad libres e ilesos. Metilio asintió, y el pacto fue ratificado con la recepción en las torres de tres judíos de alto rango, quienes, dando su mano derecha al tribuno, juraron «por el altar de Dios» cumplir con las estipulaciones prometidas.

Puesto en una posición vergonzosa por esta rendición inminente, Crispo determinó al principio que se quedaría atrás, aunque fuera el único en hacerlo; espada en mano moriría, defendiendo hasta el final la Torre de Hípico. Pero pronto abandonó esta idea como un acto de heroísmo espléndido pero inútil; estaría desperdiciando su vida sin salvar la fortaleza. Sería más sabio y satisfactorio seguir viviendo y participar en la campaña de su padre contra la ciudad, una campaña que pronto reduciría a los judíos a la sumisión de nuevo.

A la hora fijada para la rendición —era el día de reposo— los romanos descendieron de las torres y se situaron en terreno llano.

Fueron recibidos por Eleazar y Simón, quienes señalaron el camino por el que los soldados debían marchar. Metilio, al mirar, vio que su tropa tendría que pasar por debajo de dos lanzas clavadas oblicuamente en el suelo para formar una

especie de yugo; los judíos estaban adoptando una ceremonia romana aplicada tanto a esclavos como a cautivos de guerra.

Ante esta vista, la sangre incluso de Metilio se rebeló.

—Esto no estaba incluido en el pacto —dijo.

—Ni excluido —respondió Eleazar con una sonrisa insultante—. ¡Marchad!

Siendo la oposición inútil en tales circunstancias, los romanos se vieron obligados a someterse a la humillante ceremonia. A medida que cada uno pasaba bajo el yugo, entregaba su espada y su escudo a ciertos zelotes apostados allí para recibirlos.

Pero cuando al último romano se le hubo privado de sus armas, los guardias levíticos de Eleazar, espada en mano, rodearon a la pequeña banda. Sus miradas significativas enviaron una repentina sospecha a los corazones de los romanos.

—El fin ha llegado, Metilio —dijo Crispo—. Habría sido mejor seguir luchando.

—Preparaos para la muerte, necios incircuncisos —gritó Eleazar con una risa salvaje.

—¿Muerte? —titubeó Metilio—. ¡Muerte, cuando habéis jurado por un solemne juramento respetar nuestras vidas!

—Juramos por el altar de Dios, y tal juramento no es vinculante para la conciencia de un judío. Aquí se halla el hijo de Gamaliel, Simeón, maestro de toda la sabiduría de los escribas. Que diga él si hablo falsamente.

Y aquel rabino, que por casualidad estaba presente, dio un paso al frente para justificar la afirmación de Eleazar.

—Los ancianos lo han transmitido —dijo—: que si un hombre jura por el oro del altar, debe cumplir su juramento o temer la condenación; pero si jura solo por el altar, no es culpable si falta a su palabra.

Pero Yojanán ben Zakai, que también se encontraba presente, se opuso a esta casuística.

—Simeón —dijo—, ¿cuál es mayor: el oro, o el altar que santifica el oro? —Y dirigiéndose a Eleazar, dijo—: ¿De verdad vais a matar a estos hombres?

—¡Sí! ¿Acaso nos mostraron ellos misericordia en el día de Floro?

—Nunca conseguiréis que otra guarnición romana se rinda.

—Que así sea.

—Aplazad el acto, pues hoy es el día de reposo.

—Un día santo y un acto santo: exterminar a los idólatras.

Simón, aunque era parte del engaño culpable de Eleazar, estaba no obstante dispuesto a hacer una excepción a favor de uno de los cautivos.

—Dadme la vida de este hombre —dijo, señalando a Crispo.

—¿Ese tipo? —dijo Eleazar, con una mirada colérica a Crispo—. Él es quien más daño nos ha hecho. ¿Por qué pretendes perdonarlo?

—Porque en mi juicio fue el primero en levantarse y reprender al malvado Floro.

—Él es el hombre —dijo Simeón ben Gamaliel— que nos desafió e insultó en nuestra propia sinagoga al arrebatar a una doncella cristiana del castigo que justamente le correspondía.

—Estos paganos —dijo Eleazar—, cuando tienen la oportunidad, intentan hacernos renegar de nuestra fe. En verdad, nosotros haremos lo mismo con ellos.

La valentía exhibida por Crispo durante el asedio del Pretorio había generado en Eleazar un sentimiento, no de admiración, sino de rabia; y esta rabia se veía ahora aumentada por el porte sereno e intrépido del cautivo.

Desenvainando su espada, se acercó a Crispo.

—Maldito politeísta, ¿cuál es el nombre de tu dios principal?

—Se llama Júpiter.

—Entonces maldice el nombre de Júpiter, si quieres salvar tu alma.

La amenaza burlona e insultante de Eleazar llevó a Crispo a un desafío insensato, aunque heroico.

—Hombres —dijo, volviéndose a los romanos que estaban tras él—, el fin ha llegado. Muramos valientemente. —Entonces, alzando su mano hacia el cielo, gritó—: ¡Soberano Júpiter, yo te saludo!

—¡Cerdo que eres! —exclamó Eleazar; y, rechinando los dientes de rabia, hundió su espada hasta la misma empuñadura en el costado de Crispo, quien cayó al suelo como muerto.

Alentados por el ejemplo de Eleazar, los levitas y zelotes comenzaron una masacre de los cautivos indefensos. Pero las palabras de Crispo no habían sido en vano para los romanos. Cuán valientemente murieron, que lo diga aquel historiador que fue contemporáneo del suceso:

«Ni se defendieron, ni pidieron misericordia, sino que solo reprocharon a sus matadores por romper su juramento y los artículos de la capitulación. Y así fueron todos estos hombres bárbaramente asesinados, exceptuando» —¡ay, que deba escribirse esto de un romano!— «exceptuando a Metilio; pues cuando este suplicó misericordia y prometió que se haría prosélito y se circuncidaría, lo salvaron con vida, pero a nadie más».

Así fue como el dominio romano quedó extinguido en Jerusalén en el año **66 d.C.**, poco más de un siglo después de su captura por el gran Pompeyo.

En ese mismo día de reposo, el sumo sacerdote Matías, en vista del gran triunfo, decretó que el sacrificio de la tarde tuviera un carácter de acción de gracias; y que, para realzar la dignidad de la ocasión, el agua utilizada en el servicio se tomara, no del pozo ordinario en el atrio sur del santuario, sino de la sagrada **Piscina de Siloé**, fuera de los muros de la ciudad.

Sin embargo, el cortejo levítico enviado para tal encomienda regresó con rostros consternados y las urnas vacías.

¡Siloé no quiso formar parte de aquella malvada acción de gracias! ¡Sus aguas habían dejado de fluir!

CAPÍTULO XIII:

UN BUEN SAMARITANO

—¡Está abriendo los ojos! ¡Vive!

Así habló Vashti mientras se arrodillaba junto a la figura silenciosa y yacente de Crispo. El inconfundible rapto de alegría en su tono pareció disgustar a la mujer que estaba de pie a su lado.

—¿Por qué habrías de alegrarte, niña? Es un enemigo de nuestra raza.

—¡Madre! —dijo la joven con reproche—. ¿Acaso no me salvó él de ser azotada?

—¿Es esa razón suficiente para que pongamos en peligro nuestras vidas por su causa? Seremos lapidadas si los zelotes se enteran de que escondemos a un romano en nuestra casa. Mejor sería para nosotras que estuviera muerto.

—¡Oh, madre, calla! No sea que oiga tus crueles palabras.

Crispo, aunque despierto, no oyó nada de esta conversación, pues estaba demasiado débil y confundido al principio para comprender nada. Gradualmente, al aclararse sus sentidos, se descubrió tendido en el suelo de una estancia de techo bajo con ventanas de celosía, bellamente amueblada al estilo oriental. Se preguntó qué lugar era aquel y cómo había llegado allí. Entonces, a medida que la memoria recuperaba su dominio, recordó la escena en la que había cerrado los ojos por última vez: la mirada de odio de Eleazar, el veloz destello de la espada, la aguda punzada de dolor y el hundimiento en la oscuridad y la insensibilidad.

Había esperado una muerte repentina a manos de Eleazar; pero, claramente, aún no estaba muerto. Alguien debía de haber retirado su supuesto cadáver de la pila de romanos masacrados, ¿y quién podía ser esa persona sino la hermosa doncella que se arrodillaba a su lado?

Intentó incorporarse sobre un codo, pero volvió a caer exhausto por el esfuerzo. No le quedaban fuerzas.

—¿Sientes dolor? —preguntó Vashti.

—No; solo debilidad... ¡mucha debilidad! —dijo él con una voz que lo sobresaltó; no podía hablar más que en un susurro hueco.

Vashti colocó su brazo izquierdo bajo él y, levantándolo, le acercó una copa a los labios.

—¡Bebe! —dijo ella.

Crispo bebió —no sabía qué, algún líquido oscuro—, pero pareció dotarlo de nueva vida.

—¡Come! —fue su siguiente orden.

Sumiso como un niño, Crispo comió de lo que la mano de ella le ofrecía.

—Y ahora —continuó ella—, duerme; el sueño te dará fuerzas.

Él quería hacer preguntas, pero Vashti le impuso silencio colocando su dedo sobre su labio de una forma tan encantadora que él se vio obligado a obedecer; así que, cerrando los ojos, Crispo, casi contra su voluntad, volvió a quedarse dormido.

Su sueño se prolongó durante varias horas.

Al despertar, encontró a Vashti a su lado de nuevo, lista para atender sus necesidades; y como estas necesidades incluían el deseo de saber ciertas cosas, ella procedió a informarle.

—Estás en casa de mi madre —dijo ella—. Esta es mi propia habitación; y allí —continuó, señalando con orgullo varios estantes llenos de rollos de papiro— están mis libros griegos.

Luego pasó a contarle cómo había llegado hasta allí. Tras la masacre de la guarnición romana, Josefo, a petición de ella, acudió ante el feroz Eleazar y pidió el cuerpo de Crispo, diciendo: «Es un noble romano, conocido mío. Te ruego que me permitas darle sepultura honorable». La respuesta de Eleazar fue: «Llévatelo; yo no hago la guerra a los muertos». Cuando el supuesto cadáver de

Crispo fue trasladado a su casa, Vashti lo lloró, pero su dolor se tornó repentinamente en alegría al detectar un movimiento en sus labios.

Por un golpe de fortuna —la mano de Dios, según Vashti—, la espada de Eleazar había pasado entre las costillas de Crispo sin dañar órganos vitales. Su aparente muerte fue un desmayo debido a la pérdida de sangre, una pérdida tan grande que unas pocas gotas más habrían acabado con todo. Sin embargo, había vida en él —débil, quizá—, pero vida al fin, una vida que con el cuidado debido podría preservarse. Y así —pues no se atrevían a llamar a un médico para que la verdad no se supiera en el exterior— ella y su madre, que tenían conocimientos en el arte de la curación, habían vendado sus heridas y lo habían llevado a esta estancia.

Vashti sonrió con dulzura cuando Crispo murmuró su gratitud.

—Ahora, ruego a los dioses que los zelotes no descubran vuestra bondad para conmigo.

Entonces ella le contó la vil súplica de Metilio para salvar su vida, una historia que Crispo escuchó con desprecio.

—Bien nombrado Metilio: ¡pequeño cobarde! —dijo él—. ¿Qué fue de él?

—Los zelotes lo despidieron con desprecio.

—¡Qué vida le espera! Nunca más se atreverá a mostrar el rostro ante los romanos.

Intentó incorporarse pero, como el día anterior, comprobó que estaba demasiado débil para hacerlo.

—¿Cuánto tiempo debo yacer aquí? —dijo con algo parecido a un gemido.

—Hasta que recuperes la sangre perdida.

—¿Y cuándo será eso?

Y aunque su madre le había advertido de antemano que la recuperación de Crispo probablemente sería cuestión de semanas, Vashti respondió con una sonrisa alegre: «No dentro de muchos días», justificándose a sí misma con el conocimiento de que sumir a un paciente en un estado de desánimo es retrasar su curación.

La madre de Vashti se llamaba Miriam, una dama anciana, de semblante tan duro y amargo que Crispo no podía sino preguntarse cómo había llegado a tener una hija tan hermosa y agraciada. Se formó una opinión algo adversa de Miriam. Cierto es que visitaba su habitación todos los días; pero, como él podía ver claramente, sus indagaciones sobre su progreso eran meramente protocolarias. A pesar de que él era el hijo del gran Legado romano de Siria, ella lo consideraba un estorbo —es más, un peligro manifiesto ante el dominio zelote—, una persona de la que debía librarse a la primera oportunidad; y Crispo se irritaba interiormente por no poder complacerla en ese aspecto. Siendo una judía del tipo ortodoxo y de mente estrecha, no sintonizaba con los ideales de Vashti; y Crispo bendijo mentalmente al difunto Hircano por haber sido de un carácter diferente al de su esposa, otorgando a su hija una formación tanto helénica como hebraica.

La desemejanza entre madre e hija se había acentuado últimamente debido a la conversión de Vashti al cristianismo. Cuando se le preguntó sobre este último asunto, Vashti reconoció, esforzándose mientras tanto por ocultar sus lágrimas, que el cambio de fe había provocado que Miriam se volviera extrañamente dura y fría.

Fue tal vez este creciente espíritu de distanciamiento por parte de Miriam lo que hizo que Vashti hallara consuelo en la compañía de Crispo, quien, aunque pagano, parecía comprenderla mejor que su propia madre judaica.

Crispo se maravillaba del cuidado que Vashti le profesaba, y más aún al ver que pasaban los días sin que sus atenciones disminuyeran. Una enfermera ideal, parecía empeñada en hacer todo lo que estaba en su mano para hacer agradable su inactividad forzosa. Dotada de un tacto exquisito, nunca estorbaba y nunca faltaba. Receptiva a los caprichos pasajeros de su paciente —¿y qué paciente no es caprichoso a veces?—, sabía reconocer cuándo él deseaba soledad y lo dejaba a solas; si él deseaba conversar, ella siempre estaba dispuesta a satisfacer su deseo. Al enterarse de que él sentía un gran gusto por Heródoto, sacó a aquel encantador historiador del viejo mundo de su pequeña biblioteca y le leyó día tras día, sin dejar casi nunca de iluminar el tema con interesantes comentarios propios; y una vez, al atardecer, tomó su arpa y cantó con una voz tan dulce que Crispo le suplicó que repitiera el placer; y, desde entonces, cada vez que caían las sombras del crepúsculo, ella le cantaba fragmentos de ese ciclo de salmos

que, aunque él no lo sabía, están destinados a ser cantados hasta el fin de los tiempos.

A Crispo le desconcertaba que Vashti se interesara tanto por él. ¿Era este interés la expresión meramente de su gratitud por el servicio que él le había prestado en la sinagoga, o era la expresión de un sentimiento más tierno? ¿Buscaba Vashti ganar su amor? El pensamiento lo atribulaba. Era duro verse obligado a aplastar este deseo naciente por parte de ella —suponiendo que existiera—, pues por muy pura, atractiva y hermosa que fuera Vashti, no era para él; debía permanecer fiel a la desconocida Athenaïs, no solo porque era una cuestión de honor para un Cestio mantener la fe, sino también porque su ambición no podía renunciar fácilmente al reino que dependía de su misterioso matrimonio.

Vashti, según parecía, tenía un hermano pequeño, un niño de dieciocho meses. Una mañana lo llevó con cierta timidez a la habitación y, al ver que Crispo no se oponía a su presencia, sino que, por el contrario, encontraba una distracción considerable en sus intentos infantiles de hablar, lo trajo todos los días; y aunque Vashti era «tan sabia como Minerva» —expresión propia de Crispo—, demostró ser en otros aspectos una verdadera muchachita revoltosa, jugando al «escondite» y correteando por la habitación hasta que el niño gritaba de deleite. Era un nuevo rasgo de su carácter, y uno que agradó a Crispo.

Cansado al fin de jugar, el pequeño trepó al regazo de su hermana y se acurrucó contra su pecho.

El comentario de Vashti de que se llamaba Arad condujo a una charla sobre los nombres personales y sus significados; y, por supuesto, Crispo pronto centró su atención en el nombre de ella.

—Vashti es una palabra persa que dicen que significa hermosa —respondió ella con un leve rubor.

—No podrías cambiarlo por uno más apropiado —comentó Crispo—, a menos que fuera...

Hizo una pausa. Una sospecha salvaje se había apoderado de él repentinamente, una sospecha que hizo que su pulso vibrara con un placer delicioso.

—¿Qué nuevo nombre sugerirías? —preguntó Vashti con una sonrisa de asombro.

—¿Qué te parece Athenaïs? —preguntó él, observándola agudamente mientras hablaba.

¿Se equivocaba, o dio Vashti un respingo como si reconociera el propósito oculto de la pregunta? Su sorpresa, si es que lo fue, quedó rápidamente bajo control. Lo miró con ojos tranquilos e insondables en su expresión.

—A ninguna verdadera doncella hebrea le gustaría ese nombre.

—¿En qué ofende?

—Deriva del nombre de una diosa griega.

—Y por lo tanto es adecuado para alguien tan sabia como Atenea.

Vashti sacudió sonriente sus cabellos dorados ante el cumplido.

—No me gusta el nombre —dijo, mientras mecía suavemente a Arad para dormirlo.

Hasta aquí, el experimento de Crispo fue un fracaso. No había nada en su comportamiento que sugiriera la hipótesis de que ella fuera la dama velada de Bet-tamar. Aun así, parecía haber una especie de conexión sombría entre ella y la desconocida Athenaïs. Razonaba así: Vashti se parecía mucho a la estatua de una tal Pythodoris; esa estatua fue un regalo de Polemón; y Polemón fue quien organizó la boda de Athenaïs.

Crispo resolvió proceder con cautela.

—Pareces estar muy versada en historia griega —dijo—. ¿Puedes decirme quién fue Pythodoris?

Vashti se quedó pensativa unos instantes y luego respondió:

—Hubo una reina del Ponto que llevó ese nombre. Murió hace unos treinta años.

—¿Alguna relación con el rey actual, Polemón?

—Su madre.

—¿Era una mujer hermosa?

—Seguro que no lo sé —rio Vashti—. ¿Por qué lo preguntas?

—Había una estatua de ella en el Pretorio.

—Entonces, si la has visto, deberías saber si era hermosa.

—La estatua se parecía mucho a ti.

—¡Oh! Entonces ella no era muy hermosa.

—La estatua se parecía tanto a ti que a primera vista pensé que no representaba a nadie más, hasta que el nombre *Pythodoris*, tallado en el pedestal, corrigió mi error.

Los ojos de Vashti se abrieron de par en par por el asombro. No podía hallar razón alguna por la cual la estatua de Pythodoris se le pareciera.

—¿Y dices que era la madre del rey actual? ¿Has visto alguna vez a ese Polemón?

Vashti respondió negativamente.

—Pero él estuvo presente en el banquete de Floro.

—Entonces supongo que debo haberlo visto sin conocerlo —respondió Vashti; y, habiendo logrado que su hermanito se durmiera, lo sacó suavemente de la habitación.

Algo parecido a un suspiro escapó de Crispo al darse cuenta de que, puesto que Vashti no conocía al Rey Polemón, no podía haber sido la dama velada de Bettamar.

Al día siguiente, cuando Crispo sugirió que podría acelerar su recuperación el respirar el aire más puro de la azotea, Vashti y su madre, levantando las cuerdas de la cabecera y los pies de su jergón, lo subieron, aunque con cierta dificultad, por la corta escalera y lo depositaron en la azotea plana bajo la sombra de un enrejado cubierto de hojas de vid, colocando el jergón de modo que evitara que los ocupantes de las casas vecinas lo vieran; mientras que, al mismo tiempo, una abertura en el parapeto cercano le permitía, cada vez que decidía incorporarse sobre el codo, observar gran parte de lo que sucedía en las calles de abajo.

Toda Jerusalén resonaba con los preparativos para la guerra. Aunque los ancianos y los sabios movían la cabeza con gravedad y se mantenían al margen del movimiento revolucionario, los jóvenes y los irreflexivos, eufóricos al ver el último vestigio del dominio romano barrido de la capital, se unieron a los zelotes y pasaban gran parte de cada día realizando ejercicios militares bajo capitanes nombrados por Eleazar y Simón. Las murallas de la ciudad estaban siendo reparadas y reforzadas; incluso las mujeres y los niños trabajaban con entusiasmo en la tarea. ¡El aire vibraba con el golpe del acero sobre el yunque, el acero que habría de teñirse profundamente con sangre romana! Por la noche, Ofel era un resplandor rojo con la luz que provenía de las diversas forjas.

—Han derribado el águila de oro de la puerta del templo —dijo Vashti.

—No pueden quitarla del cielo, sin embargo —respondió Crispo, señalando a un magnífico ejemplar que planeaba en lo alto con movimiento lento y majestuoso. De repente, esta águila plegó sus alas y, descendiendo como un plomo, se posó sobre el parapeto justo encima de la cabeza de Crispo.

Vashti retrocedió con un pequeño grito; luego, haciendo señas con las manos, intentó que el águila se fuera volando. Él no le hizo caso, sino que permaneció sentado con el plumaje intacto, la encarnación de la majestad y la gravedad. Por más que lo intentó, Vashti no logró que el águila se moviera, pero, al ver que permanecía tranquila y no mostraba disposición de atacar ni a Crispo ni a ella misma, abandonó sus esfuerzos y reanudó su conversación, lanzando de vez en cuando miradas temerosas al águila, que mantenía su puesto como si fuera un fiel centinela designado para vigilar al paciente.

Este pequeño incidente no carecía de significado para Crispo, cuya mente, al igual que otras mentes de aquella época, veía un presagio en cualquier cosa fuera de lo común. En el mismo momento en que Eleazar lo amenazaba de muerte, él había apelado al soberano Júpiter. Ahora, siendo el águila el símbolo de esa deidad así como del imperio romano, no pudo evitar interpretar su presencia como una seguridad enviada por el cielo de que Júpiter y las legiones velarían por su seguridad. Consciente, sin embargo, de que Vashti no tenía fe en sus dioses, se guardó esta opinión para sí.

Al atardecer, el águila se fue volando. Los dos observaron hasta que se convirtió en una mera mota negra sobre el oro resplandeciente del cielo occidental; observaron hasta que se desvaneció de la vista.

—Volverá mañana —dijo Crispo con confianza.

Efectivamente, a la mañana siguiente el águila regresó volando desde el este; y, como antes, se posó en el parapeto sobre la cabeza de Crispo, como si estuviera decidida a renovar su guardia. Vashti, ya algo acostumbrada a su presencia, la contemplaba ahora con menos temor y no hizo intento de repelerla.

—La moneda del nuevo gobierno —dijo ella con una sonrisa triste, exhibiendo un siclo, una de esas piezas conocidas por los judíos de épocas posteriores como «La moneda del peligro», y que hoy, debido a su rareza, son ávidamente buscadas por los numismáticos.

—Si su lucha resulta no ser mejor que su acuñación, les irá mal —comentó Crispo, quien, al inspeccionar de cerca el supuesto siclo, vio que en realidad era una moneda romana que acababa de recibir en la ceca judía un nuevo sello: a saber, el de una rama de palma rodeada de caracteres hebraicos, cuyo significado era: «El primer año de la libertad de Sion».

Sin embargo, el trabajo se había ejecutado tan imperfectamente que la efigie original, la cabeza de Nerón con su inscripción latina, era discernible bajo la impresión judía.

—Intentan borrar al César, pero fracasan —dijo Crispo—. ¡Bien! Acepto el presagio.

Al caer la tarde, el águila se marchó, regresando de nuevo a la mañana siguiente. Al cuarto día, sin embargo, no apareció, ni en ningún día posterior.

CAPÍTULO XIV:

«NUNCA TOMARÁS LA CIUDAD»

La luna de una hermosa noche otoñal plateaba el durmiente campamento romano que yacía a la entrada de «la subida de Bet-horón». Ni un solo sonido

perturbaba el silencio, salvo el paso ligero de los vigilantes centinelas que hacían sus rondas.

El despliegue de tiendas negras, armas relucientes y altos estandartes ocupaba una vasta área de forma cuadrada, defendida por todos lados por un terraplén de tierra y una fosa exterior llena de agua de un arroyo cercano; defensas construidas tras tres horas de labor con azadón y pala, con el ejército entero trabajando en la tarea. No importaba cuán corta fuera su estancia en un lugar —y el acampamiento en la presente ocasión era solo por una noche—, los legionarios romanos nunca, al menos en país hostil, se entregaban al sueño hasta haberse asegurado contra un ataque de la manera recién descrita. Cuatro puertas, orientadas a los cuatro puntos cardinales, daban entrada al campamento, cuyas incontables líneas de tiendas, cruzándose en ángulos rectos, parecían con sus espacios intermedios las calles y plazas de una ciudad bien planificada.

Esta fuerza militar estaba bajo el mando de Cestio Galo, Legado imperial de Siria, y su objetivo era la restauración del dominio romano en la rebelde ciudad de Jerusalén, a dieciséis millas de distancia.

La tienda del general en jefe, o para emplear el término latino, el *praetorium*, estaba instalada, según la costumbre inmemorial, junto a la puerta más cercana al enemigo; en este caso la del sur, por ser el lado que daba hacia Jerusalén.

Esta tienda, amueblada de la manera más sencilla y alumbrada por una lámpara que colgaba del techo, contenía a un solo ocupante: el Legado.

Era un hombre de unos sesenta años, grave y de porte militar; su rostro en tiempos ordinarios tenía un aspecto que mostraba que, a pesar de su profesión castrense, era un hombre de disposición humana y bondadosa; pero ahora, y desde hacía muchos días, había en su semblante algo tan severo y frío que el soldado que se disponía a pedir un favor a su general retrocedía, reservando el asunto para otro momento.

La entrada repentina de un hombre sin anunciarse hizo que el Legado levantara la vista con el ceño fruncido.

—¿Quién viene aquí? —dijo, protegiéndose los ojos con la mano.

—Un sabio y un necio.

—¿Cómo puede ser eso, real Polemón? —dijo Cestio, suavizando el gesto al reconocer a su visitante.

—Aquel que no es un necio a veces, nunca es un hombre sabio —respondió el rey del Ponto, tomando asiento con un aire que demostraba su familiaridad con el Legado.

—Has regresado de Acaya muy rápido —dijo Cestio.

—Doce días en el mar, entre ida y vuelta. Dudo que la travesía doble se haya realizado alguna vez en tan poco tiempo. Encontré al "dios" —esto último con sarcasmo— en Olimpia.

—¿Le informaste de la revuelta?

—Todo lo que sabía de ella.

—¿Y sus órdenes?

Polemón extrajo un rollo de papiro, asegurado con cera roja e impreso con un sello que Cestio reconoció como el de Nerón. Rompiendo el sello, el Legado leyó la misiva, primero en silencio y luego, para beneficio de Polemón, en voz alta.

> «A nuestro fiel servidor, Cestio Galo, se le concede por la presente plena libertad para tratar con la rebelde ciudad de Jerusalén de la manera que considere mejor para los intereses de la república romana.
>
> Dado en este día, el octavo de los Idus de septiembre, en el duodécimo año de nuestro reinado. Nerón Augusto».

—¿Libertad para tratar con la ciudad como me plazca? —exclamó Cestio, con un fuego feroz centelleando en sus ojos y un color encendiendo sus mejillas hasta entonces pálidas—. *¡Delenda est Hierosolyma!* (¡Jerusalén debe ser destruida!). Ni un hombre en ella quedará con vida. Sus mujeres y niños serán vendidos como esclavos. Entregaré su templo a las llamas y la ciudad a la destrucción. No quedará en ella piedra sobre piedra. Jerusalén será borrada de la faz de la tierra.

Este destino amenazador, siendo el fin mismo por el cual Polemón había estado trabajando clandestinamente durante muchos años, fue recibido por él con un

éxtasis secreto; sin embargo, no pudo evitar preguntarse por qué Cestio, usualmente humano en su trato, se sentía animado por un espíritu tan despiadado. Pero entonces, al notar Polemón lo que no había advertido antes —que el Legado vestía un *pallium* negro, emblema de luto—, fue asaltado por una sospecha repentina.

—Soy el último de mi estirpe —dijo Cestio, respondiendo a la pregunta expresada por los ojos del otro—. No queda hijo que perpetúe mi nombre.

—¡No digas que Crispo ha muerto! —jadeó Polemón, cuya mirada de dolor no habría sido más aguda si él, y no Cestio, hubiera sido el padre—. ¡Crispo muerto! Entonces mi plan para la humillación de... ¡Oh, no puede ser! ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Lo sabrás. Es el momento de hacerlo —dijo el Legado con una mirada a una clepsidra (reloj de agua) que estaba sobre la mesa frente a él.

—¿El momento? —repitió Polemón asombrado.

—Cada noche a esta hora fortalezco mi espíritu en su propósito de venganza escuchando de nuevo, de boca de un testigo ocular, la historia de una masacre provocada por el juramento mentiroso de un sacerdote cobarde.

Mientras hablaba, la cortina que cubría la entrada de la tienda se levantó y entraron dos lanceros conduciendo entre ellos a un cautivo cuyo vestido y fisonomía daban pruebas inequívocas de su origen judío.

—Un desertor de la ciudad. Ahora, individuo, cuenta tu historia.

La repetición frecuente había hecho que el cautivo fuera fluido en su narración; así, con voz firme y estilo sencillo, dio cuenta completa del calamitoso final de la valiente defensa del Pretorio.

—¿Estás seguro de que la puñalada de Eleazar fue fatal? —preguntó Polemón.

—No pudo ser de otra manera; asestó golpe tras golpe —respondió el judío, quien no veía razón para no exagerar la historia de la crueldad de Eleazar. ¿Acaso existe un hombre que pueda relatar un suceso exactamente como ocurrió?

—¡Ay de Eleazar! —dijo Cestio—. Más le valdría no haber nacido.

—¿Qué fue de los cuerpos de los masacrados? —preguntó Polemón.

—Fueron llevados fuera de la ciudad, a un lugar llamado Acéldama, donde es costumbre enterrar a los extranjeros. Cavaron una fosa y arrojaron los cadáveres en ella, unos sobre otros.

—¿Viste el cuerpo de Crispo tratado de ese modo?

Y el hombre, declarando no lo que había sucedido, sino lo que imaginaba que había sucedido, respondió afirmativamente.

—¡Arrojado a una fosa común! ¡Perdido para mí para siempre! —murmuró Cestio—. Se me niega incluso el melancólico consuelo de llevar sus cenizas a casa.

Con la luz de la mañana, el ejército romano, tras haber desayunado, se preparó para reanudar su marcha.

Al primer toque agudo de trompeta, las tiendas cayeron planas al suelo; al segundo, que siguió tras un intervalo medido, fueron apiladas con el resto del equipaje sobre carros y bestias de carga; a la tercera señal comenzó la marcha, con la vanguardia desfilando en orden majestuoso, de ocho en ocho. Pronto, la totalidad del vasto ejército estaba en movimiento, serpenteando como una brillante serpiente de escamas por el desfiladero que conducía hacia Jerusalén. Exploradores montados se adelantaron con el fin de prevenir esas emboscadas que son el deleite de los pueblos orientales.

Cestio, que cabalgaba en el centro de la hueste con el rey Polemón a su lado, comenzó a molestarse por los movimientos irregulares de las columnas que componían la vanguardia, quienes por momentos mantenían una marcha tan viva que dejaban un largo intervalo entre ellos y la división central, y luego, sin causa aparente, se detenían en seco, reanudando el avance pocos minutos después. Al final, se produjo una parada de tal duración que detuvo a todo el ejército que venía detrás, tendiendo a crear un grado de confusión pocas veces visto en las filas romanas. Incapaz de controlar por más tiempo su impaciencia, Cestio espoleó a su corcel y galopó hacia adelante, decidido a administrar una severa reprimenda al tribuno a cargo de la vanguardia.

Al ser interrogado sobre la causa de esta larga detención, el oficial remitió a su airado general a la alta y majestuosa figura de un sacerdote, de pie unos pasos al frente de la primera fila y portando en su mano el corto *lituus* o bastón augural. Era Teomantes, sacerdote de Júpiter Cesáreo, el antiguo consejero de Floro, pero que ahora actuaba, por deseo del propio Cestio, como augur oficial del ejército romano. El Legado le tenía en alta estima, pero cuando Teomantes, presumiendo de esa estima, se aventuró a frenar el avance de todo el ejército, estaba indudablemente usurpando la autoridad del general, un acto que no podía tolerarse.

—¿Qué ocurre ahora, Teomantes? —gritó Cestio con rabia—. ¿A qué se debe este retraso?

—¿Ves aquella águila? —dijo Teomantes, señalando a un águila frente a ellos, suspendida aparentemente inmóvil en el aire.

—La veo. ¿Y qué con eso?

—Es la divina directora de nuestra marcha. Cuando ella avanza, avanzamos; cuando se detiene, nos detenemos; pues así será para nuestro provecho.

—Y cuando retroceda, supongo que debemos retroceder —se burló Cestio—. ¿Acaso un padre, entregado al sagrado deber de vengar a su hijo, será detenido por un ave del cielo? Tú, tu arco y flecha —gritó, dirigiéndose a un arquero cretense que estaba cerca; y tras recibir lo solicitado, Cestio ajustó una saeta a la cuerda, apuntó al águila y disparó.

El tiro fue certero; atravesada por la flecha, el águila cayó a tierra como una piedra.

—¡Necios! —exclamó el Legado con desprecio, al notar las miradas consternadas de los supersticiosos soldados—. Ejercitad vuestra razón. Si esa águila tuviera el poder de prever el futuro, ¿no se habría mantenido lejos de aquí, en lugar de volar hacia acá para encontrar la muerte por la flecha de Cestio?

—Cestio Galo —dijo el augur solemnemente—, has matado al mensajero enviado por Júpiter para dirigir nuestra marcha. La ira de los dioses caerá sobre ti por esto. Jamás tomarás la ciudad.

Dicho esto, rompió su bastón augural en dos y arrojó los pedazos a los pies de Cestio; luego, caminando hacia el borde del camino, se sentó sobre un peñasco y, cubriéndose la cabeza y el rostro con su manto en señal de duelo, añadió: «Aquí permaneceré hasta que te vea regresar en una confusión precipitada».

—Te demostraré que eres un mentiroso —dijo el Legado ferozmente—. ¡Adelante! —continuó, dirigiéndose a la vanguardia.

Los judíos, observando desde las altas murallas de su ciudad, contemplaron con temor secreto a las disciplinadas legiones de Roma subiendo y bajando «los montes que rodean a Jerusalén», y situándose en cada punto estratégico; sus ojos, miraran a donde miraran, no veían más que el brillo de las águilas; toda retirada estaba cortada; la ciudad estaba ceñida por un anillo de acero.

Como la casa de Miriam, viuda de Hircano, era una de las más altas del monte Sion, y como el monte Sion era la más alta de las cuatro colinas sobre las que Jerusalén estaba construida, se deduce que el despliegue militar fuera de la ciudad no pudo escapar a la atención de Crispo mientras yacía en la azotea. La vista lo llenó de orgullo patriótico, un orgullo acrecentado por el conocimiento de que era su padre quien lideraba aquella hueste poderosa; él no fracasaría en la tarea; Roma reivindicaría de nuevo su supremacía; y Eleazar y la turba falsa y cobarde que había participado en la bárbara masacre de las guarniciones recibirían su merecido castigo. ¡Qué lástima que él, Crispo, tuviera que yacer aquí, incapaz de unirse a la lucha venidera!

Junto a su jergón estaba sentada la gentil Vashti, con los ojos puestos en la hueste romana.

—Tu padre no tomará la ciudad —dijo ella tranquilamente—; al menos, no en esta ocasión.

Crispo, casi sobresaltado por su aire de certeza, le preguntó qué razón tenía para tal creencia.

—Hay en esta ciudad —respondió Vashti— una multitud de cristianos a quienes nuestro Divino Maestro vigila, pues Él no está muerto, sino que vive eternamente. ¿Crees que permitirá que Sus santos caigan por la espada de los romanos? No lo creo; esos judíos culpables que han endurecido su corazón contra Él recibirán su justo castigo; pero de Sus discípulos dice Él: «No perecerá

ni un cabello de vuestra cabeza». Y para que supiéramos cuándo ha llegado el momento de abandonar la ciudad, Él, mientras estuvo en la tierra, nos dio esta señal.

Vashti extrajo de su seno un rollo de papiro escrito en caracteres griegos y leyó de él la siguiente sentencia: «Cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado... Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que en medio de ella, váyanse».

—¿Cómo pueden irse con un ejército hostil acampando a todo su alrededor? —preguntó Crispo, con escepticismo.

—¿Cómo, en verdad? Por lo tanto, es necesario que este ejército hostil sea retirado por un tiempo.

—¡Para dar a los cristianos la oportunidad de escapar! —dijo Crispo con un toque de sarcasmo en la voz.

Sí, esa era su creencia, y no tenía otra razón para ella que un supuesto pasaje profético en un libro que ella llamaba el ¡Evangelio! No era la primera vez (pues ella le hablaba a menudo de su religión) que Vashti intentaba conectar a su Divino Maestro con el curso de los acontecimientos contemporáneos. A sus ojos, Él era la figura central de la historia del mundo; los tiempos antiguos señalaban Su venida; los tiempos nuevos fluirían de ella. Los eventos presentes ocurrían por ninguna otra razón que para favorecer los intereses de la nueva religión. El general Cestio era meramente un instrumento pasivo en manos del deificado galileo; su marcha hacia Jerusalén no era para reivindicar la majestad de Roma, sino para servir como una señal divina para los cristianos, ¡y tras haber desempeñado el papel que le correspondía, debía marcharse de regreso sin tomar la ciudad! Crispo apenas podía escuchar con paciencia una teoría tan fantástica.

¿Un Cestio retirándose? ¡Vamos!

Sin embargo, como Vashti remarcó tranquilamente en respuesta a sus argumentos, el suceso lo decidiría.

—¿Es tu padre un hombre cruel? —continuó ella.

—Todo lo contrario; para ser un soldado, se dice que es demasiado misericordioso.

—Sin embargo, ha jurado matar a cada hombre en la ciudad y vender a las mujeres y niños como esclavos.

—¿Cómo sabes eso?

—Nos lo grita el enemigo cada vez que se acercan a la muralla, y no solo los soldados comunes: los centuriones se burlan de nosotros con el mismo destino.

—Él me cree muerto, y de ahí su ira. Es una lástima que esté en el error. ¡Cuánto le alegraría saber que estoy vivo! ¿No hay forma de comunicarse con él?

Vashti reflexionó.

—Creo —dijo ella— que puedo ingeniármelas para hacerle saber que vives.

—¿Cómo? —preguntó Crispo ansiosamente.

—Si escribes una carta, intentaré que se la hagan llegar. Conozco a un joven cristiano llamado Heber, a quien no tengo más que pedírselo y realizará este servicio por mí. Su casa está sobre la muralla de la ciudad. Para llegar al campamento romano no tiene más que descolgarse por una cuerda. Él puede llevar tu mensaje, pero si puede traer uno de vuelta...

—No. Será un asunto peligroso que lo vean regresando. Que se quede en el campamento romano. Y dile que cualquier recompensa que quiera pedir —dentro de la razón— mi encantado padre se la dará. Y ahora, a por el estilo y el papiro.

Vashti voló a procurar materiales de escritura, y Crispo, incorporándose, procedió a redactar la siguiente epístola:

> "Al más excelente de los padres, saludos.
>
> Despójate de tu pallium negro y haz un sacrificio a Júpiter el Salvador, pues yo, tu hijo Crispo, no estoy, como supones, en el Hades, sino que me hallo hospedado con la viuda Miriam, cuya casa está en la calle de Millo, permaneciendo oculto por temor a los zelotes. Que no haya intentado escapar al campamento romano se debe a mi cuerpo debilitado, que no estaría vivo en absoluto de no ser por el cuidado y la atención de una dulce doncella llamada Vashti."

—Debes borrar la palabra *dulcis* —dijo Vashti.

Pero Crispo se negó a hacerlo.

> "Por lo tanto, si llegaras a tomar la ciudad —puso esto de forma hipotética en deferencia a la creencia de Vashti—, debes, por deberle la vida de tu hijo, tratar con clemencia a la nación a la que ella pertenece, y mostrar la misericordia que corresponde a un honorable general romano. Que nos encontremos pronto. ¡Vale!"

Añadió la fecha junto con un extraño signo que desconcertó a Vashti.

—Una marca privada —explicó—. Lo convencerá de la autenticidad de esta pequeña epístola.

Más tarde ese día, Vashti se marchó con la carta; y al regresar tras un intervalo de dos horas, pudo anunciar que Heber había aceptado el encargo, pero que por debida precaución no haría el intento hasta después de anochecer.

Evidentemente mantuvo su palabra, pues cuando Vashti visitó su casa al día siguiente, sus desconcertados parientes declararon que se había esfumado durante la noche, desertando aparentemente al campamento romano, ya que habían descubierto una cuerda colgando de la ventana de su habitación.

Crispo, desde su lugar en la azotea, continuó observando con vivo interés las acciones de los romanos.

Tres días pasó el Legado perfeccionando sus preparativos para la toma de la ciudad; al cuarto día avanzó, lanzando su ataque desde el norte.

Durante cinco días la lucha continuó, muy a favor de los romanos; al cierre del sexto día habían capturado ciertos puntos estratégicos, una captura que hacía manifiesto, incluso para los ciudadanos menos experimentados en asuntos militares, que el mañana traería consigo la caída de la ciudad.

Crispo, que había observado las operaciones con el ojo entrenado de un soldado, comentó con orgullo filial: «Mi padre hará en una semana lo que al gran Pompeyo le tomó doce».

Pero Vashti sacudió su hermosa cabeza con tristeza.

Esa misma noche, el resto del Sanedrín y los capitanes de los zelotes se reunieron en el salón Gazith para deliberar sobre su desesperada situación.

Apenas había un hombre entre ellos que no creyera que la caída de la ciudad era cuestión de unas pocas horas.

El otrora feroz Eleazar temblaba ahora, recordando que fue su mano la que hirió al hijo del Legado. Aunque Cestio fuera sumamente misericordioso con los rebeldes, había una persona al menos a quien seguro no perdonaría.

La penumbra y el desánimo marcaban cada rostro excepto el de Simón; solo él mantenía un frente audaz.

—Mañana por estas horas —dijo—, Cestio estará en plena retirada.

—Sí, si el Mesías descendiera del cielo para ayudarnos —dijo Matías, el sumo sacerdote.

—Los medios terrenales bastarán.

—¿Cuál es tu plan?, pues evidentemente tienes uno.

—Simplemente este: iré a Cestio y le diré: «Cestio, retira tus legiones», y él las retirará.

—¿Acaso nos faltan locos? —dijo Matías, volviéndose con desprecio hacia Eleazar—, ¿que admites a este individuo en nuestros consejos?

CAPÍTULO XV: EL TRIUNFO DE SIMÓN

La noche se fundió con la luz dorada de una hermosa mañana. La multitud judía, de ojos pálidos y ansiosos, se congregó en las murallas de la ciudad.

Para su sorpresa, las líneas de legionarios que habían rodeado la ciudad por el este, el oeste y el sur estaban todas en movimiento, dirigiéndose al campamento en Scopus. Conjeturando qué significaría este nuevo movimiento, los judíos llegaron a la conclusión de que Cestio estaba concentrando todas sus tropas para el asalto final, que se lanzaría desde el norte.

Esta era también la opinión de Crispo; pensaba que su padre estaba dejando deliberadamente tres lados de la ciudad sin vigilancia con la creencia de que los judíos lucharían con menos desesperación al saber que tenían una vía de escape abierta tanto por los flancos como por la retaguardia.

Hacia el mediodía, se vio que todas las secciones del ejército romano estaban concentradas en las alturas septentrionales de Scopus. Ni una cohorte, ni un manípulo, ni un solo legionario era visible en otro lugar. Incluso aquellos puntos estratégicos que el día anterior habían sido ganados a costa de tanto esfuerzo y sangre fueron abandonados; las tropas que los ocupaban se retiraron para unirse a la hueste común.

Este último movimiento era, a los ojos de la multitud judía, un gran misterio. ¿Qué significaba? Observaban en un silencio asombrado y expectante.

De repente, la nota aguda de una trompeta resonó en el aire matutino. Las notas distantes fueron llevadas por la brisa en una tenue cadencia hasta los oídos de Crispo. Con un súbito vuelco en el corazón, escuchó, dudando si habría oído bien. De nuevo sonó la trompeta. La misma melodía que antes. No había duda de su significado, y Crispo se dejó caer con un gemido de desesperación.

¡Era la señal de retirada!

El gran ejército que había partido de Antioquía ardiendo en deseos de redimir el honor romano recuperando Jerusalén estaba ahora, de hecho, marchándose de nuevo en el mismo momento en que podría haber completado con éxito su tarea; marchándose —para citar al historiador contemporáneo— «¡sin ninguna razón en el mundo!».

La gente miraba en silencio, casi sin poder dar crédito a sus ojos. Entonces, a medida que cada maniobra sucesiva hacía la verdad más y más evidente, estalló de cien mil gargantas un grito que pareció desgarrar el firmamento mismo:

—¡LOS ROMANOS SE RETIRAN!

—Es una estratagema para atraer a los judíos fuera de la ciudad —dijo el desconcertado Crispo, tratando de engañarse a sí mismo con falsas esperanzas —. Ellos los seguirán, y él caerá sobre ellos.

Tenía razón en que los judíos los seguirían. Las puertas de la ciudad se abrieron estruendosamente y una multitud armada, con Simón a la cabeza, salió en masa con la intención de hostigar al enemigo en retirada.

Crispo, observando con semblante triste y amargo, lanzó su última mirada a los soldados de la retaguardia romana mientras permanecían con esplendor

reluciente en la línea del horizonte. Se habían dado la vuelta en la misma cima de Scopus para disparar una lluvia de flechas a la columna de vanguardia de los judíos que los perseguían; unos momentos después, desaparecieron tras las alturas.

Sus últimos disparos no tuvieron efecto en el avance de los judíos, quienes, en una masa salvaje y tumultuosa, se lanzaron por el camino ancho, blanco y polvoriento y sobre la cresta de la colina; con el tiempo, ellos también, al igual que los romanos, se perdieron de vista.

Crispo esperaba verlos regresar en breve en una huida precipitada; ¡pero no! Sonidos de tumulto y lucha llegaban a sus oídos, pero estos sonidos, al volverse cada vez más distantes, mostraban que no eran los judíos quienes huían.

Acongojado, se recostó y, mientras intentaba en vano —pues no aceptaba la explicación de Vashti sobre el asunto— idear alguna teoría que explicara una retirada tan extraña, se quedó dormido. Vashti aprovechó la oportunidad para escabullirse silenciosamente y, dirigiéndose al Templo, entró en el Pórtico Oriental o Columnata de Salomón. Aquí solían reunirse los cristianos de Jerusalén, atraídos por saber que este lugar había sido uno de los favoritos de su Señor mientras estuvo en la tierra. Mientras Vashti avanzaba por esta arcada, se encontró con un pequeño grupo —hombres, mujeres y niños— a quienes reconoció como seguidores de la fe, la santa banda que había sobrevivido a las persecuciones tanto del Sanedrín judío como del procurador romano. Su aire, triste pero dulce, y el carácter de su vestimenta —pues estaban vestidos como para un largo viaje— le indicaron que se estaban despidiendo por última vez del Templo. Algunos miraban a su alrededor con nostalgia, sabiendo bien que no volverían a ver el lugar; unos pocos se arrodillaron reverentemente en el pavimento y besaron las piedras que una vez habían sido pisadas por los pies sagrados del Salvador.

Entre ellos, ejerciendo una autoridad suave y paternal, se movía uno de aspecto digno y santo: **Simeón, hijo de Cleofás**, venerado por ser primo, según la carne, del Maestro crucificado. Columna de la iglesia y testigo de la verdad, ya había vivido setenta años y estaba destinado, ya fuera por el carácter puro y templado de su vida o por ser especialmente favorecido por el cielo, a vivir aún cincuenta más, terminando su larga vida con un glorioso martirio.

Fue su mano la que había bautizado a Vashti, a quien ahora saludó con una suave sonrisa.

—¿Abandonáis la ciudad? —preguntó ella con tristeza.

—Así es —respondió Simeón—; en intervalos y en grupos pequeños, para no atraer la atención de nuestros enemigos. Hemos visto la señal profetizada por el Señor mientras aún estaba con nosotros: «Jerusalén rodeada de ejércitos». Por eso obedecemos Su voz y apresuramos nuestra partida, no sea que los zelotes regresen para interceptar nuestra huida. La puerta está abierta; ¿quién puede decir qué tan pronto se cerrará? Tenemos una señal adicional en la fuente mesiánica de Siloé, que ha retirado sus aguas de esta ciudad malvada.

—¿Y a dónde vais?

—Al otro lado del Jordán, a la ciudad de **Pella**, entre las montañas. Hija mía, ¿no vienes con nosotros, viendo que sobre esta ciudad, que ha derramado la sangre de los santos, viene una destrucción total? Sí, «tribulación cual no la hubo desde el principio del mundo hasta este tiempo, ni la habrá jamás».

Había en las palabras del obispo algo que hizo vibrar el corazón de Vashti con un temor sin nombre. Anhelaba acompañar a la pequeña banda a Pella, pero no se atrevía a actuar en contra de la voluntad de su madre, quien, bien lo sabía, nunca se dejaría persuadir para abandonar la ciudad. Y estaba el pequeño Arad. Y el bueno pero pagano Crispo, por cuya conversión rezaba diariamente, también ocupaba un lugar en su corazón. ¡No! No podía soportar separarse de ellos, y por eso resistió las palabras persuasivas de sus nuevos amigos.

—¿Por qué me hacéis llorar? —dijo ella—. Si es la voluntad del Señor, ¿no puede Él protegerme aquí tan bien como en Pella?

—Hija, bien has dicho —respondió Simeón—. ¿No está escrito: «¿Quién pereció jamás siendo inocente? ¿O dónde fueron destruidos los rectos?». Te dejamos en Sus manos. Ten por seguro que no dejaremos de orar por ti diariamente.

—Vuestra bendición, padre —dijo Vashti mientras se arrodillaba en el pavimento.

—La tienes, hija mía —respondió el buen obispo, poniendo sus manos sobre la cabeza de ella.

La pequeña banda se alejó ahora con tristeza, lanzando muchas miradas persistentes hacia atrás. Vashti, observando desde la arcada de columnas, los miró mientras salían por la puerta Shushan o Hermosa y bajaban por la ladera hacia el torrente Cedrón. Cruzando el oscuro arroyo por un puente, ascendieron por la ladera frondosa del Monte de los Olivos; al llegar a su cima, se detuvieron para lanzar una larga y última mirada a la ciudad y luego, desapareciendo uno a uno tras la cresta del monte, se perdieron de vista.

Con una sensación de desolación en el corazón, como nunca antes había conocido, Vashti regresó a casa para encontrar a Crispo despierto e irritado porque los judíos aún no habían regresado en huida precipitada.

¡Pero los judíos no regresaron ese día; no, ni tampoco el siguiente! Pasó una semana entera, una semana llena de extraños rumores de derrota romana y éxito judío.

Al octavo día, la multitud judía reapareció, entonando cantos de victoria. ¡Su entrada en la ciudad tomó la forma de una procesión triunfal, resplandeciente con carros y caballos, con armas y estandartes, todos capturados al enemigo!

Cuando Simón, el héroe de la lucha, apareció cabalgando en un carro de marfil, cuyo frente y costados estaban decorados con las cabezas ensangrentadas de los romanos muertos, los encantados ciudadanos lo saludaron agitando ramas de palma, como si fuera el mismísimo Mesías. Las doncellas arrojaban flores ante su carro y los hombres echaban mantos de púrpura.

—¡Hosanna al hijo de Giora! —¡Salve al Azote de los Romanos!

Fue un gran día para el jefe zelote, demasiado grande a los ojos del celoso Eleazar, quien empezaba a temer que Simón albergara ambiciones incompatibles con su propia supremacía.

—Debemos cortarle las alas a esta águila antes de que vuele demasiado alto —murmuró sombríamente.

En cuanto a Crispo, la procesión le parecía una pesadilla espantosa. ¿Podía ser que un selecto ejército romano, comandado por su propio padre, hubiera sufrido una derrota a manos de una horda indisciplinada de bárbaros orientales?

Así había sido; esa noche Vashti le contó la historia completa tal como la había recabado de otros.

Los seguidores de Simón, manteniéndose en las cumbres que dominaban el desfiladero de Bet-horón, habían seguido a los romanos día tras día, atacándolos por el frente, los flancos y la retaguardia, pero sin aventurarse nunca a un enfrentamiento abierto. Los legionarios romanos, desmoralizados por la retirada, parecían carecer incluso de ánimo para defenderse. Finalmente, cuando más de cinco mil de sus hombres habían caído en esta guerra de guerrillas, Cestio, para evitar un desastre mayor, se vio obligado a recurrir a una estratagema desesperada. Tras haber formado y fortificado un campamento con pomposa ostentación, se escabulló silenciosamente en lo más profundo de la noche, dejando las tiendas en pie y las hogueras de vigilancia encendidas para engañar al enemigo por un tiempo. El truco funcionó; y Cestio, ganando unas horas de ventaja, logró mediante marchas forzadas llevar a sus tropas presas del pánico hasta Antípatris, tras cuyas murallas estaba a salvo de ataques. En cuanto al campamento, con sus estandartes, mobiliario y suministros militares, fue, por supuesto, capturado y saqueado por los jubilosos judíos.

Desde el día en que los bárbaros germanos, bajo el mando de Arminio, habían despedazado a las legiones de Varo en las profundidades del bosque de Teutoburgo, no le había ocurrido un desastre tan grande a las armas romanas.

Si esta derrota hubiera ocurrido bajo cualquier otro comandante, la vergüenza habría herido en lo más vivo el orgullo patriótico de Crispo, ¡pero que esta derrota hubiera sido provocada por la mala dirección de su propio padre...!

El afecto filial pareció morir por un momento dentro de Crispo.

—¿Aún vive mi padre? —murmuró de mal humor—. ¿No tenía una espada sobre la cual arrojarse? Ha hecho del nombre de Cestio un sinónimo de cobarde.

Ese día, por primera vez en varias semanas, Crispo pudo levantarse de la cama y vestirse con su atuendo romano.

Y entonces surgió la trascendental cuestión de cómo saldría sano y salvo de Jerusalén, una cuestión que se resolvió de una manera muy notable.

La casa de Miriam, como todas las casas grandes de Jerusalén, estaba construida alrededor de un patio cuadrado pavimentado con baldosas y adornado en el centro con una fuente.

Una tarde, Vashti estaba sentada sola en este patio pensando, como siempre pensaba, en Crispo, cuando un paso pesado la hizo levantar la vista. Lo que tanto había temido durante muchas semanas había sucedido al fin. ¡Allí, a pocos pasos de distancia, estaba Simón de Gerasa! Solo mediante un gran esfuerzo fue capaz de no desmayarse al ver al oscuro y terrible zelote.

—Interprétame este acertijo —dijo él—. Se vio entrar en la casa aquello que nunca volvió a salir.

Ella supo que se refería a Crispo, y su corazón casi dejó de latir.

—Para ser más claro: ¿no habita aquí Crispo el romano?

Desafiando la enseñanza del obispo Simeón de que una mentira nunca es justificable, ni siquiera para salvar una vida humana, Vashti tuvo la tentación de negar cualquier conocimiento sobre Crispo.

—¿Por qué habrías de pensar eso? —respondió ella con voz temblorosa.

—¿No lo niegas? Llévame ante él.

Vashti no se movió.

—Vamos, muchacha —exclamó Simón, impacientándose—, no te demores, o llamaré a mis zelotes para que registren la casa, y si estos patriotas entran —continuó con una sonrisa sombría—, dejarán poco de valor. Busco al romano no para hacerle mal, sino bien. Lo juro.

—¡Lo juras! —estalló Vashti, y su indignación se impuso a su miedo—. ¡Tú, que rompiste tu juramento y masacraste a la guarnición romana! ¿Qué vale tu palabra?

El zelote rió sin vergüenza.

—Cuando un hombre, deseoso de ahorcar a un perro, atrae a la criatura con un cebo tentador, ¿lo llamas malvado? ¿Y qué son los romanos sino perros, indignos de vivir?

—¿Entonces Crispo, al ser romano, es un perro?

—Lo es; pero es el mejor de los perros, y por eso tengo la intención de hacerle un servicio.

Obligada a ceder, Vashti le indicó el camino, preguntándose qué pensaría Crispo de su acción al llevar al zelote ante él.

Lo encontró en una habitación superior, sentado a una mesa, leyendo un rollo griego de uno de los evangelios y frunciendo el ceño ante lo que consideraba su estilo extraño. Sobre la misma mesa había una espada desenvainada.

—«Y te derribarán por tierra» —leía Crispo—. «Ahora, espero que este hombre resulte ser un profeta verdadero, porque... ¡ah! ¿quién viene aquí?».

Sus ojos, al levantarse, habían visto a Simón. Familiarizado con los peligros repentinos, Crispo mantuvo un semblante impasible.

—¿Cómo sigue el noble paciente? —dijo Simón, sardónicamente.

—Bueno, en cuanto a eso, puedes poner a prueba su fuerza si quieres —respondió Crispo, poniendo la mano sobre la espada.

Pero aunque hablaba con tal audacia y anhelaba matar al hombre que había ayudado a masacrar a sus compañeros romanos, se sentía, en su estado actual de convalecencia, tan débil como un bebé. Todo habría terminado para él si el zelote le hubiera tomado la palabra.

—¡Bah! —respondió Simón con los brazos cruzados—. ¿No ves que estoy desarmado? Vengo como amigo. Si fuera tu enemigo y deseara tu muerte, ¿habría intentado salvarte de la mano de Eleazar?

—¿Y a qué se debe ese intento de gracia por tu parte? —preguntó Crispo, bajando su arma.

—¿No fuiste tú el primero en levantarte en mi juicio y condenar al cobarde Floro?

—Mi condena de Floro no pretendía ser la justificación de Simón.

—Sea como fuere. Permíteme exponer mi cometido. Estás rodeado de enemigos que, si supieran que te alojas aquí, irrumpirían y te matarían. Déjame salvarte. Estoy aquí secretamente para ofrecerte un salvoconducto hasta tus amigos romanos en Antípatris.

—Es poco creíble —dijo Crispo.

Estaba asombrado, y con razón, ante la oferta. ¿Por qué Simón estaría dispuesto a emprender esta empresa que, de ser descubierta, lo enfrentaría con Eleazar y todo el cuerpo de los zelotes?

—Me reservo el motivo de esta conducta hasta esta noche —fue la única respuesta que Simón dio a las preguntas de Crispo.

—Pero si estás dispuesto a que salga sano y salvo de Jerusalén, ¿por qué no dejar que yo organice mi partida a mi manera?

—Hazlo y muere. No puedes escapar durante el día, y por la noche nadie puede salir de la ciudad sin una orden firmada por Eleazar. Pero si logras eludir a los centinelas de las puertas, encontrarás los caminos públicos que salen de Jerusalén patrullados por zelotes armados, que matan a todo aquel que detectan escapando de la ciudad. «Jerusalén», dicen, y con razón, «necesita a todos sus hijos, y quien la abandone en esta crisis recibirá el castigo de un traidor».

¡Cuánto se alegró Vashti de que los cristianos hubieran aprovechado la primera oportunidad para escapar!

—Tu seguridad —continuó Simón dirigiéndose a Crispo— reside en que yo te escolte; lejos de mí, serás detenido, interrogado y muerto.

—Aceptaré tu oferta —dijo Crispo—. Pero te advierto que cuando el ejército romano regrese de Cesarea, como regresará, me encontrarás entre sus filas, y si nos encontramos en batalla, no esperes clemencia de mi parte.

—Que así sea —dijo Simón fríamente—. Esta noche, a la hora sexta, prepárate para el viaje. Traeré dos corceles conmigo. Pero una palabra de precaución: cambia ese traje romano por el caftán y el abba hebreos, si quieres estar seguro.

Dicho esto, Simón se marchó, dirigiendo sus pasos hacia el templo, donde descubrió para su sorpresa que el Sanedrín estaba celebrando una reunión en el salón Gazith, una reunión a la que no habían considerado oportuno invitarlo.

El objeto de sus deliberaciones, según parecía, era nombrar gobernadores militares para las diversas toparquías o distritos, no solo de Judea, sino también de Galilea, Idumea y Perea, habiendo decidido estas tres provincias unirse a la causa judía.

Cuando el Sanedrín, habiendo despachado este asunto, se retiraba, Simón se encontró con Eleazar en el umbral del salón.

—¿Un consejo y no he sido invitado? —dijo en tono de agravio—. ¡Pero en fin, dejémoslo! ¿Cómo han ido las cosas?

—José ben Gorion y Anano han sido nombrados gobernantes de Jerusalén.

—Sacerdotes ambos —comentó Simón.

—Yo soy sacerdote —replicó el otro.

—Si esos dos fueran como tú, me alegraría —respondió el zelote, que reconocía las habilidades militares de Eleazar.

—Alégrate, entonces, de que me hayan nombrado gobernante de Idumea.

—Pues así lo hago. ¿Qué más?

—Josefo tiene el mando sobre las dos Galileas.

—Otro sacerdote, y un fariseo de lengua suave y doble cara; no es de fiar.

Eleazar procedió a enumerar otros nombramientos, pocos de los cuales contaron con la aprobación de Simón.

—Parece —dijo el zelote, cuando el otro hubo terminado su lista— que el Sanedrín no necesita mis servicios.

—Tu nombre no fue propuesto para ningún cargo.

—¿Ni siquiera por ti? —Eleazar guardó silencio—. ¿Quién fue el primero en entrar en la Antonia? No fue un miembro del Sanedrín, supongo. ¿Quién prometió liberar a Jerusalén de su asedio, y lo hizo? No fue un miembro del Sanedrín. ¿Quién estuvo a la cabeza en el ataque a las legiones en retirada de

Cestio? No fue un miembro del Sanedrín. ¿Y ahora me pasan por alto y distribuyen las recompensas de la victoria entre ellos mismos? En verdad, no has obrado bien, Eleazar, hijo de Ananías.

Y Simón se alejó airadamente.

A medida que avanzaba la noche, los sentimientos de Crispo se convirtieron en una curiosa mezcla de placer y pesar: placer ante la idea de la libertad; pesar por tener que separarse de Vashti, cuya compañía se le había vuelto entrañable.

En esa hora de la partida, mientras se sentaban en la cámara alta a la luz de una lámpara de plata, Vashti intentó suavemente, como lo había hecho con frecuencia antes, atraerlo a su fe.

Crispo sacudió la cabeza.

—Tu credo es imposible —dijo él—. Una religión que nos dice que amemos a nuestros enemigos sería la ruina de los estados. ¿Dónde estaría el imperio romano si hubiéramos seguido esa doctrina? El mundo nunca será gobernado por el amor, sino por esto. —Tomando su espada por la punta, la sostuvo en alto.

—¡Mira! —dijo Vashti, con dulzura.

Crispo miró hacia donde ella señalaba, y ¡he aquí!, sobre la pared de la alcoba había una sombra proyectada por la luz de la lámpara, ¡y esa sombra tenía la forma de una cruz!

Él, que no se había inmutado ante la repentina llegada de Simón, se sobresaltó ahora. Bajó la espada y la enfundó con aire pensativo. En aquel hombre, tan propenso a aferrarse a los presagios, ese pequeño incidente causó más impresión que todos los discursos de Vashti.

—La hora de tu partida está cerca —dijo ella con tristeza—. Debes besar al pequeño Arad antes de irte, y despedirte de mi madre.

Cuando llegó la sexta hora de la noche, Crispo, disfrazado con vestiduras judías, bajó a la puerta de la vivienda de Miriam. Vashti estaba con él y miró cautelosamente hacia afuera. Bajo el resplandor de la luna llena, la calle de Millo estaba mitad en luz plateada y mitad en sombra de ébano. De esta última emergió la alta figura de Simón, llevando dos caballos por la brida.

Al ver Crispo los ojos de Vashti, elocuentes con el dolor de la partida, anheló tomarla entre sus brazos y presionar sus labios contra los de ella. Sabía que esta doncella lo amaba, tan bien como sabía que él la amaba a ella. Pero entre ellos se interponía la sombra de la desconocida Athenaïs; e incluso si Crispo, invocando la ley, repudiara a su consorte, no estaría en mejor situación respecto a Vashti, cuya fe cristiana, más querida para ella que el amor terrenal, le prohibía casarse con alguien que hubiera repudiado a su esposa.

Con las palabras «¡Adiós, dulce Vashti; ojalá volvamos a vernos pronto!», montó al caballo y, en compañía de Simón, se alejó lentamente, deteniéndose un momento en la esquina de la calle para hacer un último adiós con la mano.

Se acercaron a la puerta de Genat, donde había una guardia apostada. El rostro bien conocido de Simón les procuró un pasaporte inmediato tanto para él como para su compañero.

—¿Quién es el que cabalga contigo? —preguntó el capitán a Simón.

—A su manera, un patriota tan bueno como yo —fue la respuesta.

Ambos cruzaron la puerta y galoparon bajo la luz de la luna; el sentimiento de libertad y el rápido movimiento a través del aire nocturno hicieron que Crispo vibrara de júbilo.

Fue una suerte que Simón permaneciera con él. Dos veces fueron detenidos por bandas de zelotes, que se retiraron rápidamente al reconocer al «Azote de los Romanos».

Crispo, aunque en cierto modo agradecido por la protección de Simón, no se sentía muy dispuesto a hablar con él; el zelote, por su parte, estaba de mal humor y taciturno, por lo que la pareja tan extrañamente avenida cabalgó lado a lado sin apenas cruzar palabra hasta que, con la primera luz tenue de un amanecer oriental, aparecieron a la vista las distantes torres de Antípatris.

A unos cien metros de la puerta, Simón tiró de las riendas.

—Nos separamos aquí.

—¡Bien! ¿Y ahora, a qué se debe este acto amistoso por tu parte?

—El haberte traído aquí es una prueba de que Simón el Negro a veces puede cumplir su palabra. Empeñé mi palabra ante tu padre, Cestio, de conducirte sano y salvo a Antípatris. Él te contará la historia —añadió el zelote, girándose como para marcharse.

—Prefiero oírla ahora y de ti —dijo Crispo, mientras una sospecha de la verdad comenzaba a asomar en su mente.

—Bien, ya que tienes curiosidad, escucha. La noche siguiente a que Cestio cercara la ciudad, se vio a un joven bajar la muralla con una cuerda. Envié a un grupo que lo trajo de vuelta. En él encontré una carta, cuyo contenido me guardé. En la sexta noche del asedio, estando nuestros asuntos, como recordarás, un poco desesperados, fui al campamento romano y fui admitido ante la presencia de Cestio. «Tu hijo está vivo», dije, «como muestra claramente esta carta; pero morirá, a menos que retires inmediatamente tus tropas». Amenazó con colgarme por atreverme a venir con tal mensaje. «Como quieras», respondí, «pero sabe esto: he dejado atrás la orden de que, si no estoy de vuelta en la ciudad en tres horas, Crispo sea sacado a las almenas y crucificado».

Eso detuvo su mano. Se puso a reflexionar, y el final de todo fue que el amor por su hijo triunfó sobre su deber hacia el estado. Pero puse como condición no entregarte hasta que se hubiera retirado por completo a Cesarea.

—Y rompiste tu promesa. Mi padre empeñó su palabra de retirarse, y tú lo atacaste durante esa retirada.

—No, no rompí ninguna promesa, pues advertí a Cestio que si se retiraba yo no podría impedir que los zelotes lo siguieran. «Que lo sigan», fueron sus palabras. Él acogió con agrado la idea de la persecución, pensando en entregarnos a la espada, pero se encontró con que tenía que tratar con hombres que sabían luchar.

—Sí, desde el refugio seguro de las cimas de las colinas. Vuestro valor se detuvo ante la llanura abierta.

—No puedo hablar más contigo, pues veo soldados saliendo por la puerta de la ciudad, y no deseo que mi cabeza decore las almenas de Antípatris. He cumplido mi palabra con Cestio, y ahora regreso. Nos volveremos a ver bajo las murallas de Jerusalén.

Dicho esto, Simón dio media vuelta a su corcel y galopó por el camino por donde había venido.

Mirando hacia Antípatris, Crispo vio un pequeño cuerpo de soldados de infantería avanzando desde la puerta; a su cabeza iba un oficial montado, nada menos que Terencio Rufo, que se acercaba espoleando a toda velocidad, como decidido a averiguar qué asunto traían aquellos dos jinetes de aspecto judío.

—¡Alto, tú! —gritó, refrenando su corcel al llegar a la altura de Crispo—. ¿Quién er—? —y entonces, su voz cambió repentinamente y exclamó—: ¡Por los dioses, es Crispo!

Su rápida mirada de deleite fue sucedida instantáneamente por una de gravedad.

—Aléjate de la ciudad —dijo él— y retrocede un poco, no sea que seas reconocido por mis hombres. Cinco mil áureos son una fuerte tentación para las naturalezas mercenarias.

—¿Qué quieres decir?

—Hay precio por tu cabeza.

—¡Ah! ¿Y qué he hecho yo para merecerlo?

—Se dice que cuando Cestio cercó Jerusalén escribiste una carta cobarde implorándole que levantara el sitio, o tu vida se perdería.

—Desearía tener mi mano en la garganta del hombre que inventó esa mentira.

—No creas que yo lo creí jamás. Desgraciadamente, sin embargo, esta calumnia ha llegado a oídos de Nerón, quien, en su rabia, ha decretado que las vidas de los dos Cestios, padre e hijo, queden confiscadas para el estado.

Confundido por estas noticias, Crispo no pudo hacer otra cosa durante unos momentos que mirar fijamente a su amigo.

—¿Qué ha sido de mi padre? —dijo él, recuperando la voz.

La vacilación de Rufo lo dijo todo.

—¡Habla! —dijo Crispo, palideciendo—. ¿Cómo murió?

—Como un romano; se arrojó sobre su espada.

Crispo rindió a la memoria de su padre el tributo de un breve y piadoso silencio. Era un pensamiento amargo para él saber que si no hubiera escrito esa carta, Cestio podría estar ahora vivo, conquistador de Jerusalén, para ser saludado en Roma como un segundo Pompeyo con el título de «Noster Hierosolymarius».

—No vayas a Antípatris, ni a ninguna ciudad donde se te conozca —dijo Rufo —, ya que cualquier hombre puede matarte legalmente. Las calles de Cesarea están empapeladas con tablillas que ofrecen cinco mil áureos por la cabeza de Crispo.

—¿Casi no hace falta que pregunte qué ha sido de los bienes de mi padre?

—Confiscados —respondió Rufo, lacónicamente.

Que hubiera caído en un momento de su alto cargo de Secretario del Legado de Siria; que hubiera perdido sus fincas patrimoniales —es más, incluso el hecho de que hubiera sido condenado a muerte— no era nada para Crispo en comparación con el pensamiento de que ahora estaba privado de toda oportunidad de regresar a Jerusalén en compañía de las legiones para vengar la masacre de las guarniciones romanas.

También se había ido su esperanza de un reino. La condena pronunciada contra él era una prueba de que Nerón había revocado su propósito de ratificar la intención de Polemón de cederle su corona. ¿Y su esposa, la misteriosa Athenaïs? ¿Era probable que ella permaneciera fiel a él al saber que el noble romano con el que se había casado era ahora un mendigo, y además proscrito?

—¿Quién comanda en esta guerra, ahora que mi padre se ha ido?

—El viejo Flavio Vespasiano, con su hijo Tito como segundo al mando. Tito —continuó Rufo, con un gesto de amargura—, antes nuestro igual. Ahora llevará la cabeza muy por encima de ambos. Quizás mi señora Berenice le sonría ahora, viendo en qué gran hombre se ha convertido.

—¿Berenice? ¡Ah! —dijo Crispo en un tono curioso—. Por supuesto que se habrá enterado de mi desgracia. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Una de las tablillas de proscripción dirigidas contra ti cuelga en la pared de su palacio en Cesarea, de lo cual se puede inferir que tu caída no le importa mucho.

Crispo se preguntó si Vashti permitiría que un cartel condenándolo a muerte permaneciera en la pared de su casa.

—Debes vivir oculto —aconsejó Rufo—, hasta que se convenza a Nerón de que revoque su injusto decreto; o puede ser que tu libertad llegue por otro camino, pues si todos los rumores que circulan son ciertos, nuestro actual César no tardará en perder su trono, si no la vida, de forma tan escandalosa choca contra el sentimiento público; en cuyo caso todos sus actos serán anulados por su sucesor, y así tus fincas patrimoniales podrían volver a ti. La pregunta es, ¿dónde te esconderás mientras tanto?

—Iré —respondió Crispo, con su mente todavía bajo la singular impresión evocada por la sombra de la cruz—, iré a un pueblo que preferirá la muerte antes que traicionar a un suplicante; iré con los cristianos de Pella.

CAPÍTULO XVI: LA AMBICIÓN DE BERENICE

Habían pasado ya más de dos años y medio desde la desastrosa retirada de Cestio y, durante todo ese tiempo, ninguna legión romana se había dejado ver por Jerusalén.

Vespasiano, el sucesor de Cestio, había dirigido primero sus armas contra Galilea, donde casi todas las ciudades estaban en estado de rebelión. Gracias al espíritu y la actividad mostrados por el guerrero e historiador Josefo, así como a la ubicación de las ciudades galileas —la mayoría construidas sobre cimas de colinas y riscos casi inaccesibles—, la campaña se prolongó durante más de un año.

Luego vino un largo intervalo de inactividad, debido a una serie de revoluciones que tuvieron lugar en Roma, la sede del gobierno. En el espacio de un solo año, el trono de los Césares fue ocupado sucesivamente por una serie de generales ambiciosos; al suicidio de Nerón le siguieron Galba, Otón y Vitelio.

Durante estas crisis políticas, Vespasiano se vio en la necesidad de que su posición como comandante en Judea fuera reconocida y confirmada sucesivamente por cada nuevo César, y como este era un asunto que requería

mucho tiempo, provocó frecuentes pausas en la campaña, un estado de cosas muy ventajoso para las facciones revolucionarias en Jerusalén.

El ejército romano destinado a actuar contra la Ciudad Santa había formado un enorme campamento a la orilla del mar, en un punto a pocas millas al norte de Cesarea, y aquí, día tras día y con infalible regularidad, los guerreros de hierro de Roma realizaban aquellas evoluciones y ejercicios que los habían convertido en los dueños del mundo.

Este simulacro de guerra atraía naturalmente a multitudes de la región vecina. Se convirtió en una costumbre para los griegos elegantes de Cesarea dar su paseo matutino por la orilla del mar con el fin de presenciar un espectáculo casi tan emocionante como las competiciones en Olimpia o los combates del anfiteatro.

Una hermosa y soleada mañana del mes de junio, justo cuando las legiones comenzaban su instrucción diaria bajo la inspección personal de Vespasiano y su hijo Tito, llegó un magnífico carro al que, por la gracia de los lictores, se le concedió un lugar considerablemente más cercano a las tropas en ejercicio de lo que se permitía al espectador ordinario; pues el ocupante del carro no era otro que la bella princesa Berenice, quien realizaba su primera visita al campamento romano.

Tan pronto como Tito detectó su presencia en el campo, se dirigió de inmediato a su lado. Tanto su mirada como su voz revelaban cuán enamorado estaba de la fascinante princesa, quien a la edad de cuarenta años poseía, al igual que Cleopatra, toda la gracia y belleza de la juventud.

—Princesa, hoy parecéis triste —dijo él, tras un intervalo de silencio—. ¿En qué estáis pensando?

—Tal vez —respondió ella con un suspiro tentador—, tal vez en Crispo.

—¿Por qué me atormentáis con el nombre de un rival que ha muerto?

—¿Ha muerto? —dijo Berenice—. Es cierto que nada se ha sabido de él desde que se separó de Terencio Rufo en Antípatris.

—Y eso fue hace más de dos años. El bando de proscripción puesto sobre él por Nerón ha sido revocado. Si está vivo, ¿por qué no se muestra, ya que ahora no tiene nada que temer?

—Excepto el ser reclamado por una esposa que no le gusta —dijo Berenice con una risa argentina y una mirada hacia la casa llamada Bet-tamar que, asentada sobre un elevado risco, era claramente visible desde el campamento.

—Princesa —dijo Tito con mirada tierna—, si Crispo regresara alguna vez, para mí significaría...

Berenice levantó el dedo con una sonrisa hechicera.

—¡Ay de mí! Ahora vais a galantear de nuevo. Nunca seremos amigos si hacéis eso. Dejadme observar a vuestros romanos. Me interesan.

El aire en ese momento estaba lleno de las órdenes nítidas y cortantes de tribunos, centuriones y decuriones.

Los ejercicios realizados por los romanos comprendían proezas en carrera, salto, lucha, natación, esgrima, lanzamiento del *pilum*... en resumen, todo lo que pudiera dar fuerza al cuerpo o propiciar el éxito en la guerra.

Aquí, arqueros cretenses, habiendo colocado sus dianas, demostraban la precisión mortal de su puntería. Allí, honderos baleares lanzaban sus proyectiles de plomo, que no pocas veces se derretían por el calor engendrado por el veloz paso del proyectil a través del aire; allá, un cuerpo de soldados estaba afanosamente ocupado en tender, en un tiempo determinado, un puente sobre una ancha extensión de agua; acullá, un grupo se ocupaba vigorosamente en asaltar una fortaleza de madera, cuya defensa era mantenida con igual vigor por una guarnición de compañeros romanos.

—Vaya, es como la guerra misma —dijo Berenice, fascinada por el espectáculo.

—Tan parecida, que los soldados suelen llamar al ejercicio "batalla sin sangre" y a la batalla "ejercicio sangriento".

—¿A dónde van esos hombres? —preguntó ella mientras una determinada cohorte pasaba al trote a toda velocidad.

—Marchan hacia Dora y vuelven.

—Eso no parece un trabajo muy duro.

—Eso creéis, princesa. Pero fijaos en que cada soldado lleva el equipo completo habitual en tiempo de guerra, consistente en diversos utensilios, así como

víveres para quince días; el conjunto asciende a sesenta libras de peso, sin incluir las armas, pues el soldado romano las considera, no como una carga, sino como parte de sí mismo. Cargado de este modo, debe marchar bajo este sol abrasador hasta Dora y regresar; el viaje de ida y vuelta es una distancia de veinte millas, y debe hacerlo en cinco horas. Si esto no es un trabajo duro, ¿qué lo es?

—¿Y suponiendo que tarden más de cinco horas?

—Terencio Rufo, que cabalga a su cabeza, se encargará de ello.

—¿Pero y si fallan?

—Él los castigará.

—¿Y cuál será el castigo?

—Toma diversas formas. Esa cohorte, como muestra el porte del águila, es la Primera Cohorte de la legión. Pueden ser degradados obligándoles a entregar el águila y a ocupar el segundo lugar; o su dieta para la semana puede ser pan de cebada en lugar de trigo; o pueden ser excluidos de sus tiendas y obligados a dormir a distancia del campamento.

—¿Con qué frecuencia practican las tropas estos ejercicios?

—Cada día del año.

—¿Pero cuando un soldado ya ha aprendido su oficio?

—Sigue practicando exactamente igual. Aunque un hombre lleve cuarenta años en el ejército, ese hecho no lo exime del ejercicio diario. Y fíjate en esto: cada arma que ves en uso ahora, cada casco, coraza y escudo, tiene el doble del peso de los que se usan en el combate real.

Berenice abrió los ojos con asombro.

—¡Vaya, entonces una batalla debe de ser un asunto más sencillo que el ejercicio diario!

Tito se rió.

—El soldado preferiría mil veces una batalla —dijo él.

Berenice no habló más durante un largo rato; tanto tiempo pasó que Tito, al ver su expresión absorta, empezó a comprender que algún pensamiento trascendental ocupaba su mente.

—Estoy pensando —dijo ella, respondiendo a sus preguntas—, estoy pensando qué haría yo con estas tropas si fueran mías.

—¿Y qué haría con ellas, princesa? —preguntó Tito con una sonrisa.

En lugar de responder directamente, Berenice lanzó una pregunta.

—¿No es vuestro padre, Vespasiano, un general hábil?

—No tiene igual en el arte de la guerra; no soy solo yo quien lo dice, sino todos.

—¿Y es apreciado por todas las legiones, cercanas y lejanas?

—"Apreciado" es una palabra débil para expresar el dominio que tiene sobre ellas.

—¿Pero le falta algo de ambición?

—La ambición suele morir al cumplir los sesenta años.

—Pero su hijo Tito es ambicioso y, siéndolo, y teniendo gran influencia sobre su padre, debería actuar como un acicate para su mente.

—Princesa —dijo el desconcertado Tito—, ¿a qué tiende todo esto?

—Estoy pensando —dijo Berenice, observándolo agudamente desde la sombra de sus párpados semicerrados—, estoy pensando que es una lástima que el gran Vespasiano sirva a un César, cuando él mismo podría ser el César. El actual emperador, Vitelio, no puede mostrar ningún título hereditario al trono imperial; como general ambicioso que es, ganó la púrpura luchando por ella. ¿Por qué no habría de hacer Vespasiano lo mismo?

Era una sugerencia asombrosa, tanto que casi dejó a Tito sin aliento. Miró de reojo al auriga, que estaba de pie junto a las cabezas de los caballos; miró con temor, por si el hombre hubiera escuchado los comentarios traicioneros de Berenice, a pesar del tono bajo en el que fueron pronunciados.

—Cuando Tito pueda llamarse a sí mismo "hijo del César" —susurró ella—, entonces Berenice escuchará su amor... no antes. Vete —añadió con un pequeño gesto imperioso de la mano—. ¡Piénsalo bien!

Al quedarse sola, la princesa se recostó en los cojines de seda de su carro y se entregó a un agradable ensueño.

—La idea es nueva y le asusta —murmuró con una sonrisa algo despectiva—. Pero se acostumbrará. He sembrado la semilla en su mente, y crecerá y dará fruto.

Atrevidamente original en todas sus formas, Berenice se había embarcado a menudo en empresas políticas que, calificadas de impracticables por su hermano Agripa (de mentalidad más sobria), habían alcanzado sin embargo un éxito brillante. ¿Triunfaría en esta, una aventura más osada de lo que jamás había soñado? ¿Por qué no? Todo es posible para los valientes, ¿y por qué no habría de prevalecer el valiente Vespasiano, ídolo de las legiones, contra el débil Vitelio, cuyas locuras alienaban a diario la lealtad de las naciones?

El principal obstáculo en el camino era el honrado y viejo Vespasiano; él podría negarse a escuchar la voz de los encantadores, Berenice y Tito, por muy sabiamente que encantaran. Pero, de lo contrario, y si la empresa tenía éxito, ¡qué gloria sería la suya!

Incluso ahora la llenaba de orgullo pensar que era, en cierto modo, la dueña de todas las tropas que veía ejercitándose ante ella. Podrían recuperar Jerusalén, y lo harían; pero destruirla... ¡jamás! Gracias a su influencia sobre Tito, la Ciudad Santa se salvaría de la ruina y el Templo se preservaría de la antorcha. Ella era la nueva Ester, destinada a salvar a la nación hebrea de la destrucción; destinada también, si Tito ejercitaba su ambición, a ser la emperatriz del mundo, la madre, tal vez, de una línea de Césares, ¡todos seguidores de la fe judía!

Y si el César fuera una vez discípulo de Moisés, la conversión del mundo le seguiría.

En medio de estos brillantes sueños, su oído captó el sonido de una pisada tranquila; y al volver la cabeza, vio a... **¡Crispo!**

Ella dio un respingo, como era natural en alguien que lo suponía muerto, o al menos a cientos de millas de distancia. Crispo, profundamente atento, creyó detectar en su rostro una expresión parecida al espanto; en cualquier caso, era una expresión muy diferente de su mirada tierna y adorable en el Pretorio, cuando ella había declarado su deseo de quedarse y morir con él.

—Os he asustado, princesa.

—Sois como alguien que regresa de entre los muertos —dijo ella con una débil sonrisa.

—Y los muertos no siempre son visitantes bienvenidos.

Hubo un breve silencio durante el cual ambos parecieron reflexionar.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó ella.

—¿Os sorprendería, princesa, si dijera que busco a mi esposa?

—¿Vuestra esposa? —repitió Berenice, con una mirada extraña en sus ojos, como de miedo; al menos así lo interpretó Crispo—. ¿Vuestra esposa?

—¿Acaso no sabíais que tenía una esposa?

—Si mantenéis el asunto en secreto para el mundo, ¿cómo va uno a saberlo? ¿Cómo se llama?

—¿No lo sabéis?

—¿Cómo habría de saberlo? —respondió Berenice con un toque de impaciencia en la voz.

—No puedo deciros su nombre, ya que me es desconocido. —Esta respuesta pareció proporcionarle cierta satisfacción a Berenice—. Es más, nunca he visto el rostro de mi esposa.

—Me estáis contando cosas extrañas —rió Berenice—. Os ruego, mi señor Crispo, que no me confundáis más y habléis con claridad.

—Y así lo haré.

Apoyándose con los brazos cruzados sobre el borde del carro y mirando directamente a los ojos de Berenice, que parecía irremediablemente fascinada por su mirada, Crispo procedió a relatar la historia de su matrimonio.

—Como —concluyó él, con una mirada hacia la distante Bet-tamar— fue en esta vecindad donde conocí a Athenaïs por primera vez, naturalmente me dirijo a este lugar con la esperanza de volver a encontrarla aquí.

—¿Y realmente no sabéis quién es esta Athenaïs?

—No lo sé —respondió Crispo—. Como sin duda sabéis, el rey Polemón murió repentinamente hace un año; y, por desgracia para mí, murió sin revelar el secreto. Pero el límite de tres años ya ha pasado y, por lo tanto, es lícito que Athenaïs se revele enviándome el anillo.

—Y si ella decide no revelarse, puede que nunca sepáis con quién os casasteis.

—Así es.

—Mucho me temo —dijo Berenice con un grave movimiento de cabeza— que vuestra desconocida novia preferirá mantenerse oculta de vos.

—¿Por qué actuaría así? No fue obligada al matrimonio. Me aceptó por su propia voluntad.

—Cierto, pero reflexionad que vos ya no sois el gran Crispo que ella anticipaba. Ella se casó con vos con la esperanza de compartir la corona del Ponto, y esa esperanza se ha extinguido, habiendo sido el Ponto anexionado al Imperio.

—¿Vuestra opinión, entonces, es que una mujer debe tomar por esposo a uno bien dotado de ventajas materiales y que, si él, por desgracia, perdiera esas ventajas, la mujer está justificada para descartarlo?

—Aunque la mujer no profese esa doctrina con sus labios —sonrió Berenice—, la llevará a cabo en la práctica. Pero respondedme a esto: si por una feliz casualidad descubrierais a vuestra esposa, ¿la retendríais contra su voluntad? ¿No le concederíais el divorcio si tal fuera su deseo?

Crispo sacudió la cabeza con gravedad.

—Ella no puede separarse de mí, ni yo de ella, porque sabed, oh princesa, que **soy cristiano**, y un cristiano solo puede ser separado de su esposa por la muerte.

Noticias tan inesperadas hicieron que Berenice diera un respingo. Su mirada de horror no habría sido mayor si Crispo se hubiera anunciado de repente como un leproso mortal.

—¡Vos, cristiano! —jadeó ella.

—El nombre os resulta desagradable, lo sé; también lo fue para mí una vez. Si me escucháis...

Ella lo interrumpió con un gesto imperioso.

—He tenido al principal exponente del cristianismo, Pablo de Tarso, sermoneando encadenado ante mí; donde él falló, difícilmente podéis vos esperar tener éxito. ¡Largo! —exclamó, despidiéndolo con desdén con la mano como si fuera un esclavo o alguna otra criatura inferior—. ¡Un momento! Os haré una pregunta —continuó con cierta inquietud que no escapó a la observación de Crispo—. ¿Bajo qué luz consideráis vos, como cristiano, el **Santo Templo**?

—Como un obstáculo para el progreso del cristianismo —respondió él significativamente, mientras giraba sobre sus talones y se alejaba tranquilamente —. *Veni, vidi, non vici* —murmuró con tristeza.

Berenice lo observó con un extraño temor en su corazón.

—Un cristiano —susurró ella—, ¡y uno que odia el Templo! Ahora bien, si acompañara a las legiones a Jerusalén, qué fácil le sería, cuando acampen contra la Casa Santa, cumplir su sueño lanzando una antorcha encendida por sus ventanas. Si ese es su objetivo, lo frustraré. No se le permitirá participar en el asedio. Tito le impedirá unirse al ejército. No tengo más que decir la palabra y Vespasiano lo desterrará de Palestina.

Mientras tanto, Crispo, sospechando algo de las intenciones de Berenice hacia él y resolviendo adelantársele, caminó por la orilla con la intención de encontrar a Vespasiano, de quien siempre había sido un gran favorito.

Encontró al general participando en los ejercicios como un soldado común, una de las formas en que mantenía su popularidad entre las tropas. Un hombre corpulento, rudo y de cara roja; parecía menos un guerrero que un viejo y honesto granjero que acababa de ponerse, por diversión, el *paludamentum* escarlata de un general.

Saludó a Crispo cordialmente y quiso saber dónde se había escondido tanto tiempo (una pregunta que, por cierto, Berenice no había pensado en hacer). Así que Crispo relató cómo, tras su proscripción, se había refugiado con los cristianos, primero en Pella y luego en Antioquía; y cómo, cada vez que corría peligro de ser detectado por los esbirros de Nerón, los hermanos lo conducían por rutas tortuosas a alguna otra comunidad cristiana; y cómo, al final, convencido por argumentos infalibles de que la suya era la verdadera y única religión, él mismo se había unido a la secta.

—¡Un buen soldado echado a perder! —gruñó Vespasiano al oír esto último—. Mi primo Flavio Clemente es cristiano. Una vez fue un carácter excelente, ¡pero miradlo ahora! No se interesa por los asuntos de estado ni por los temas militares. Este mundo no es nada para él. ¡Es una mujer y no un hombre! De modales suaves, falto de espíritu y de carácter.

—No hay razón, señor, para que un cristiano no sea un buen soldado. De hecho, he venido aquí para pedir un lugar en el ejército que va a ser enviado contra Jerusalén; no me importa cuán humilde sea el puesto, siempre que me sitúe en la vanguardia de la batalla.

—¡Esa es la forma de hablar! —exclamó Vespasiano encantado—. ¿Un lugar en el ejército? Lo tendrás. Hay un puesto esperándote. La Primera Cohorte de la **Legión Duodécima** ha perdido a su tribuno.

—¿Muerto? —preguntó Crispo.

—¡Muerto! ¡No! ¡Degradado! Hace solo unos días recibió su bastón de mando. Ayer vino a mí, oliendo a perfumes. ¡Por los dioses! ¿Es asunto de un soldado perfumarse? «Preferiría que hubieras olido a ajo», grité. «Vuelve a las filas». Tú capitaneas esa cohorte. Has oído hablar de la Duodécima antes, ¿eh? Fue una de las que huyeron en Bet-horón. Están deseando redimir su carácter perdido. Tú les mostrarás cómo. ¿Aceptas el puesto? ¡Bien! Ven conmigo y déjame mostrar a la Primera Cohorte su nuevo tribuno.

Mientras avanzaban por la orilla, dos figuras caminaban lentamente hacia ellos. Uno era un legionario que llevaba un brazalete al que estaba sujeta una cadena de dos codos de largo, estando su otro extremo sujeto a un brazalete similar abrochado alrededor de la muñeca de un personaje de aspecto algo distinguido.

Era un cautivo judío y su guardia romano.

El prisionero saludó a Vespasiano y, como si conociera bien a Crispo, le dedicó una sonrisa amistosa. Crispo lo miró y, reconociendo de repente al cautivo, le ofreció allí mismo un cálido agradecimiento; pues el cautivo no era otro que **Josefo**, el hombre que había intervenido para salvar su vida pidiendo su supuesto cadáver a Eleazar.

Cuando Josefo reanudó su paseo, Vespasiano comentó:

—De todos los rebeldes que lucharon contra nosotros en Galilea, ese hombre fue el más valiente. Cuando fue hecho prisionero, tuve mucho trabajo al principio para evitar que nuestros soldados lo mataran.

—Lo consideraba más un erudito que un guerrero.

—Puede manejar tanto la pluma como la espada, y también tiene dones proféticos.

Crispo se sorprendió naturalmente ante esta última observación.

—¿Qué profecía ha hecho?

—Bueno, esta: aunque defendió tan valientemente Jotapata contra nosotros, les dijo a sus habitantes que la ciudad estaba destinada a ser tomada el cuadragésimo séptimo día del asedio, y así sucedió. ¡Oh! —continuó ante la mirada de escepticismo de Crispo—, sé que es verdad, porque hice una investigación cuidadosa entre los cautivos, y todos testificaron que desde el principio Josefo había predicho que Jotapata caería el cuadragésimo séptimo día.

Lo que era maravilloso para Vespasiano parecía bastante simple para Crispo. Si Josefo, como era muy probable, se había propuesto el propósito secreto de pasarse al lado romano, no le sería difícil prolongar la defensa de una fortaleza rocosa como Jotapata hasta el día cuarenta y siete. El carácter ganado como profeta en esta ocasión podría servirle de mucho con el general romano; de hecho, ya le había servido. Crispo no pudo evitar pensar que el hombre con el que tenía tantos motivos para estar agradecido era, no obstante, un personaje algo ambiguo.

Mirando a lo largo de la orilla, Crispo vio que el «profeta» se había detenido en su paseo junto al carro de Berenice, y ahora estaba conversando tanto con la princesa como con Tito. Como los tres mantenían sus cabezas juntas, podía inferirse que la conversación era muy importante. Su propósito se hizo evidente para Crispo antes de que pasaran muchas horas.

CAPÍTULO XVII:

LA CREACIÓN DE UN EMPERADOR

Crispo tuvo el alto honor de cenar esa noche en la tienda de Vespasiano con una compañía selecta de tribunos, entre los cuales se encontraba Terencio Rufo.

Tito, por supuesto, estaba presente. Su cargo de segundo al mando, sumado a la gloria obtenida en la campaña de Galilea, lo había predispuesto a adoptar un aire algo altivo hacia sus antiguos amigos y conocidos; pero Crispo había adquirido la gracia cristiana de la humildad, y el paternalismo que podría haber resentido en sus días paganos ahora le resultaba solo motivo de una pequeña y tranquila diversión.

Hay que hacerle justicia a Tito, no obstante; aunque Berenice le había instado encarecidamente a que convenciera a Vespasiano de excluir a Crispo del ejército destinado a Jerusalén, él había rechazado la tarea por considerarla poco generosa. «Si Crispo desea jugar al soldado, no seré yo quien se lo impida», dijo; una respuesta que mortificó considerablemente a la orgullosa princesa, al mostrar que Tito no era exactamente la arcilla moldeable que ella había imaginado.

La comida ofrecida por Vespasiano a sus invitados era sencilla, acorde con los gustos del general, y se sentaron a la mesa para disfrutarla.

—Odio la costumbre afeminada de reclinarse en las comidas —dijo él.

La conversación en la mesa giró naturalmente en torno a la guerra, y Crispo, que sabía poco del estado actual de Jerusalén, recibió algunas aclaraciones de Vespasiano.

—Es cierto el dicho —dijo este— de que a quienes los dioses quieren destruir, primero los vuelven locos. Escuchad lo que está sucediendo en Jerusalén:

»Simón de Gerasa, indignado porque sus grandes servicios fueron pasados por alto por el Sanedrín mientras Eleazar era recompensado con el gobierno de una provincia, se retiró de Jerusalén; y, reuniendo a un numeroso grupo de seguidores, volvió al bandidaje.

»Mientras Eleazar administraba los asuntos de Idumea, cierto ambicioso zelote aprovechó la oportunidad para hacerse dueño del Templo; por una singular confusión de nombres, este nuevo capitán también se llama Eleazar.

»Mientras tanto, ese feroz zelote, Juan de Giscala, derrotado por nosotros en Galilea, huyó a Jerusalén, donde, al hacerse poderoso, actuó como un tirano, condenando a muerte a los ricos y confiscando sus riquezas.

»El sumo sacerdote Matías buscó liberar al miserable pueblo pidiendo la ayuda de Simón; este vino, pero no pudo expulsar a Juan.

»El resultado es que la ciudad gime ahora bajo la tiranía de tres facciones:

- **Simón** gobierna en Sion, con la Torre de Fasael como palacio.
- **Juan** domina la Ciudad Baja y los atrios exteriores del Templo.
- **Eleazar** mantiene una guardia celosa sobre el Santuario.

»Estos tres zelotes, cada uno aspirando a la soberanía, se hacen la guerra entre sí día y noche.

»Tito quiere que marchemos hacia Jerusalén de inmediato, pero ¿por qué debería hacerlo, cuando ellos están haciendo nuestro trabajo tan eficazmente? Al vernos, las facciones desaparecerían y unirían sus armas contra el enemigo común. No; dejemos que sigan con su guerra fratricida hasta que dos de las facciones sean exterminadas, y entonces nos encargaremos del sobreviviente».

—¡Una política sensata! —comentó Rufo.

Crispo, con su forma de pensar cristianizada, no pudo evitar ver en el terrible estado de la ciudad la ejecución de una retribución divina. El pueblo que había gritado: «¡A este no, sino a Barrabás!», deseando que se les concediera a un

asesino, estaba ahora entregado al mando de asesinos. «La daga del sicario iba a regir los últimos concilios de su nacionalidad agonizante».

Rufo añadió entonces su contribución a la historia de la degradación de Israel.

—Y, para no tener a un moralista reprendiéndolos perpetuamente por sus fechorías, los zelotes del partido de Eleazar depusieron al sumo sacerdote Matías; y, pidiendo el registro de sacerdotes, rompieron con todo precedente echando suertes para el cargo. La suerte recayó en un desconocido llamado Fannias, un rústico tan analfabeto que apenas sabía lo que significaba el sumo sacerdocio. Sin embargo, lo trajeron de su aldea natal y, poniéndole las vestiduras sagradas, le instruyeron sobre cómo actuar, encontrando motivo de risa y burla en los muchos errores que cometía.

¡De nuevo el dedo de la retribución divina! El sumo sacerdocio, que se había burlado de la Crucifixión, se había convertido en un objeto de mofa, una cosa de desprecio.

Para su sorpresa, Crispo descubrió que Vespasiano, al final de su jornada de trabajo, a veces encontraba relajación escuchando los discursos de Josefo sobre la historia y la filosofía judía. Decidió hacerlo en esta ocasión y, por lo tanto, una vez terminada la comida, se envió a un centurión para traer al cautivo.

Entró, encadenado como de costumbre al soldado guardián, y avanzó con un aire que pretendía ser solemne y digno, pero que a los ojos de Crispo era solo pomposo; es más, por contradictorio que parezca, bajo ese aire de importancia acechaba un trasfondo de obsequiosidad y servilismo que puso a Crispo en su contra. ¡Si alguna vez hubo un hombre sicofante, era este!

—Te hemos llamado —comenzó Vespasiano— para escucharte disertar un rato sobre la historia y las leyes de tu nación.

—Señor, honráis nuestros libros sagrados al desear obtener instrucción de ellos. Pero esta noche... esta noche no hablaré del pasado, sino del futuro.

—Del cual sabe tanto como tú o yo —susurró Rufo a Crispo.

—Señor, cuando el Todopoderoso creó las setenta naciones de la tierra, dio a cada una su don peculiar: al romano, la soberanía en la guerra; al griego, la supremacía en el arte; al egipcio, la profundidad en la sabiduría; y al hebreo, el

poder de la profecía. A nosotros se nos conceden a veces vislumbres del futuro, una previsión negada a otras razas. ¿Acaso no mostré el conocimiento del vidente al declarar que Jotapata caería en el cuadragésimo séptimo día del asedio? Y ahora, de nuevo, levanto el velo que oculta el porvenir. El Dios de nuestros padres me ha revelado la gran cosa que ha de suceder.

Avanzó un paso, acompañado necesariamente por el soldado, y cayendo de rodillas ante Vespasiano, tocó el suelo con su frente, diciendo mientras realizaba este saludo oriental:

—¡Salve, César que has de ser!

Como si un abismo se hubiera abierto de repente a sus pies, Vespasiano retrocedió con un asombro tan obviamente genuino que demostraba con claridad que esta noción traicionera se le presentaba por primera vez.

Crispo compartió el asombro de Vespasiano, al igual que la mayoría de los otros oficiales presentes. Tito fue el único que no mostró sorpresa; se habría dicho que había estado esperando algo de este tipo, pues permanecía sentado con los ojos profundamente atentos al rostro de su padre.

Crispo no pudo evitar pensar que este pequeño cuadro no era un estallido espontáneo por parte de Josefo, sino una pieza de actuación premeditada, debida primordialmente al cerebro conspirador de Berenice y secundada por las esperanzas ambiciosas de Tito.

El profundo silencio fue roto por la voz de Vespasiano, quien habló con severa indignación.

—Basta de esto. Hablas de traición... traición al emperador reinante.

El rostro de Tito se ensombreció.

—Si es traición declarar la voluntad de Dios, entonces estoy hablando de traición —dijo Josefo.

—¡Silencio! Yo y las legiones hemos jurado defender el trono de Vitelio.

—Sin embargo, prestaron el juramento con gran renuencia —observó Tito— y se están arrepintiendo de ello. Su descontento crece día tras día.

—Su descontento no me desviará del camino del deber.

—No intentéis —dijo Josefo— resistiros a vuestro destino. Seréis César, a pesar de vos mismo. Pues así está escrito en nuestras sagradas escrituras: que uno que surja en Judea obtendrá el imperio del mundo.

Crispo, a pesar de la deuda que tenía con Josefo, no pudo ocultar su desprecio ante esta asombrosa perversión de la profecía mesiánica; una perversión que mostraba a qué abismos de servilismo podía descender el alma de este sacerdote y fariseo. Que las sagradas predicciones de Isaías recibieran su cumplimiento en la elevación de un soldado pagano al trono de los Césares era, para la mentalidad hebrea, una interpretación tan blasfema que, si Josefo se hubiera atrevido a afirmarla entre sus compatriotas, con toda seguridad lo habrían despedazado.

En esta ocasión, sin embargo, estaba a salvo de tal destino; y si él mismo no creía en su propia declaración, ¿qué importaba, si la mentira podía lograr su propósito?

—Levántate —dijo Vespasiano con dureza, pues durante todo este tiempo Josefo había estado de rodillas. El cautivo se levantó, y Vespasiano, dirigiéndose a sus oficiales, preguntó en tono de broma—: ¿Cómo castigaré a este bribón por incitarme a la traición?

Rufo le respondió:

—Dadle la libertad el día en que os convirtáis en César. Si ha profetizado con verdad, su libertad llegará inevitablemente, y si no...

Vespasiano se golpeó el muslo con una carcajada sonora.

—¡Por Cástor, una sentencia justa! Como tú dices, así será.

Un observador agudo habría detectado en la expresión del «profeta» cierta inquietud que sugería la idea de que no confiaba en absoluto en el cumplimiento de sus palabras.

—Retírate —dijo Vespasiano, cuyo deseo de escuchar historia hebrea se había esfumado—. No te oiré más esta noche.

Así se marchó Josefo; pero cuando Tito empezó a comentar sobre sus vaticinios, Vespasiano se lo prohibió con un aire tan severo que Tito abandonó el tema de

inmediato. Y cuando, más tarde, un centurión entró para pedir la palabra de orden de la noche, Vespasiano escribió en la *tessera* la palabra: **«Fidelitas»** (Lealtad).

¡El trono de los Césares!

A pesar del rechazo de Vespasiano —un rechazo hecho en aquel momento con total sinceridad—, se hizo evidente en el espacio de pocos días que la semilla sembrada en su mente por Josefo comenzaba a germinar.

Bajo el hechizo persistente de una nueva y espléndida ambición, se volvió malhumorado, inquieto y ansioso. Evitando los ejercicios diarios del ejército, daba largos paseos, comunicándose consigo mismo en la soledad de los bosques. Absorto en sus pensamientos, miraba al vacío cuando se le hablaba; había que hablarle dos o tres veces antes de que comprendiera. A veces se le oía murmurar: «No haré tal cosa», y sus oficiales se miraban entre sí, sabiendo bien a qué cosa se refería.

Una mañana, como deseando escapar de sus perturbadores pensamientos, montó a caballo y cabalgó milla tras milla por la orilla hacia el punto donde la larga cresta del Carmelo, interceptando el camino marítimo, clava un farallón rocoso en el mar. En este galope salvaje fue acompañado por sus oficiales de estado mayor, entre los que se encontraban Crispo y Rufo.

Llegados al pie del monte, Vespasiano, ya fuera por querer hacer un reconocimiento del terreno circundante o movido tal vez por el deseo de mostrar lo que la agilidad de un hombre de sesenta años podía lograr, resolvió realizar el ascenso; y pronto él y su estado mayor subían con esfuerzo a pie por el sendero escarpado que serpenteaba entre bosques de pinos, robles y olivos hasta el punto...

> «Donde la florida cima del Carmelo perfuma los cielos».

El glorioso panorama presentado por el paisaje montañoso y el mar azul oscuro los recompensó con creces por la subida. Los oficiales se interesaron particularmente en señalar a Crispo las diversas fortalezas montañosas de Galilea —Giscala, Tabor, Jotapata— subyugadas por sus armas en la campaña del año anterior.

Mientras el grupo se movía hacia un lado y otro, siguiendo los pasos de Vespasiano, doblaron la esquina de un risco y se encontraron de repente con una figura majestuosa con una túnica blanca ondeante que, con los brazos cruzados, contemplaba silenciosa y pensativamente el mar. Obviamente era un sacerdote, ya que le asistía un muchacho joven que sostenía en sus manos lo que parecía una *acerra*, o caja que contenía incienso. Cerca de allí, formado por una serie de toscas piedras sin labrar, había un altar sobre el cual yacían unas virutas secas de madera de cedro.

El hombre no era del todo un extraño para Crispo; lo había visto, o más bien había vislumbrado fugazmente su figura la noche anterior, conversando con Tito en un lugar solitario a cierta distancia del campamento. Crispo se había topado con la pareja desprevenida, y le pareció que a Tito no le agradó del todo ser sorprendido en compañía de este sacerdote, aunque fuera difícil decir qué había de malo en ello.

Al oír pasos, el sacerdote se volvió y vio a los hombres armados.

—¿Quién eres? —le preguntó a Vespasiano, por ser evidentemente el jefe de la banda.

—Soy Flavio Vespasiano.

—No conozco ese nombre.

—¿Y esto es la fama? —sonrió Vespasiano—. ¡Ser un desconocido después de tantas victorias en esta provincia galilea!

—¿Has caído de la luna —preguntó Rufo— para no haber oído el nombre del gran Vespasiano?

—Contento con mi gruta —dijo el sacerdote, señalando una cueva en la cara de la roca— y con este altar, no me muevo del Carmelo. —Crispo, recordando dónde lo había visto por última vez, se asombró de este discurso, pero guardó silencio—. Por lo tanto, nada sé de los asuntos de los hombres. Si eres alguno de los grandes de la tierra, los dioses te enseñen a usar bien tu poder.

—¿A qué deidad está erigido este altar? —preguntó Vespasiano.

—Al dios Carmelus, el genio tutelar de esta montaña.

—¿No tiene imagen ni templo?

—Ninguno. Este altar —está compuesto por doce piedras— es lo único aceptable para él. Tal ha sido su culto desde los tiempos antiguos.

—Percibo que te dispones a ofrecer incienso a tu dios. Nos uniremos a tu culto. Ofrece en nuestro nombre tanto como en el tuyo.

Y con eso, el supersticiosamente devoto Vespasiano se quitó el casco, acto en el que fue imitado por los demás, salvo Crispo, que se apartó de una ceremonia incompatible con su fe cristiana.

Rufo, observando que el sacerdote aparentemente carecía de medios para encender fuego, le ofreció su propio pedernal y eslabón, pero el sacerdote los rechazó con un gesto.

—Nuestros ritos prohíben tal método —dijo—. La madera debe ser encendida no por medios ordinarios, sino por el fuego puro del cielo.

Dicho esto, sacó una lente de vidrio grueso con la que procedió a concentrar los rayos del sol sobre la madera de cedro.

Crispo, cuya formación cristiana entre los eruditos hermanos de Tarso y Éfeso había incluido el estudio de la Septuaginta griega, murmuró para sí:

«¿El monte Carmelo? ¿Un altar de doce piedras? ¿Fuego del cielo? ¡Esta deidad Carmelus no es otra que Elías bajo un disfraz pagano!».

No pasó mucho tiempo antes de que la madera empezara primero a humear y luego a estallar en llamas. La hazaña era tan común en aquella época como en esta, pero siendo nueva para Vespasiano, la contempló como si fuera un milagro.

El muchacho asistente presentó entonces la *acerra*, y el sacerdote, tomando de ella unos granos de incienso, los arrojó sobre el fuego.

A medida que la fuerte fragancia se difundía alrededor, el sacerdote comenzó a entonar una invocación que cayó con un efecto algo inquietante en los oídos de los romanos, al ser pronunciada en fenicio, una lengua que ellos no comprendían.

—Ahora bien, ¿cómo sabemos que este individuo no nos está maldiciendo? —murmuró Rufo.

De vez en cuando el sacerdote continuaba arrojando incienso fresco sobre el altar. Parecía que el sacrificio apenas era aceptable para el dios Carmelus, pues el fuego era apagado y humeante, lo cual siempre se consideraba un mal presagio.

Entonces, de un momento a otro, hubo un cambio.

Una lengua de llama brotó, alta y brillante, y duró varios instantes.

Al primer salto del fuego, el sacerdote se volvió y miró fijamente a Vespasiano, como si aquel general se hubiera visto repentinamente investido de un nuevo y extraño interés.

—Vespasiano —si ese es tu nombre—, cualquier proyecto que tengas ahora en mente, ya sea la ampliación de tu casa, el aumento de tus tierras o el incremento de tus esclavos, los Hados están preparando para ti un asiento espléndido, un territorio vasto y una multitud de hombres.

Los oficiales romanos, conscientes del pensamiento que era entonces primordial en la mente de su general, se miraron significativamente unos a otros.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Vespasiano.

—El que será el tuyo: Basilides.

Ahora bien, este nombre significa, por interpretación, "un rey"; y por lo tanto Vespasiano no se sorprendió poco al encontrar a este vidente fenicio insinuando, y no de forma oscura, el mismo alto destino que le aseguró Josefo. Seguramente, dado que no había habido acuerdo previo entre ellos, ¿debía ser verdad lo profetizado tanto por el sacerdote hebreo como por el sacerdote fenicio?

Durante el transcurso del largo viaje de vuelta al campamento, Crispo tuvo tiempo de sobra para revisar el incidente que acababa de ocurrir, y vio en él no la mano de los dioses, sino el engaño del hombre; el hombre en este caso era Tito, quien mediante sutiles estratagemas estaba atrayendo a su padre para que intentara alcanzar el trono imperial.

Vespasiano la noche anterior había anunciado su intención de visitar el Carmelo al día siguiente, y por lo tanto había sido un asunto muy fácil para Tito obtener la colusión del sacerdote Basilides con el propósito de jugar con los sentimientos

supersticiosos de Vespasiano. El repentino brote de la llama en el altar era un resultado fácil de obtener ocultando un grano de grasa entre el incienso. Tito era la verdadera fuente de este "signo divino", así como del ambiguo pero significativo oráculo pronunciado por Basilides.

Crispo dudó si iluminar a Vespasiano sobre cómo estaba siendo engañado para creerse receptor de signos divinos, pero finalmente resolvió guardar silencio. ¿Qué importaba cómo se indujera a Vespasiano a rebelarse, ya fuera por necesidad, razón o superstición, siempre y cuando se rebelara? El gobierno de Vespasiano sería infinitamente preferible al del bestial Vitelio. Y cuando Crispo reflexionó además que si se establecía una dinastía Flavia, y si Tito y Domiciano —ambos actualmente sin hijos— morían sin descendencia, el siguiente heredero al trono sería Flavio Clemente, un seguidor de la fe, empezó a preguntarse si un César cristiano no podría estar entre las posibilidades de un futuro cercano.

Así que allí estaba Crispo deseando, al igual que Berenice, ver a Vespasiano en el trono, aunque por una razón diferente: ella esperaba promover la causa del judaísmo, él esperaba promover la causa del cristianismo.

El transcurso de los días siguientes proporcionó pruebas adicionales de que se estaba empleando un arte sutil para hacer que Vespasiano aceptara una posición casi similar a la profetizada para el Mesías.

—¿Parezco un dios? —dijo con una sonrisa cáustica, entrando en la tienda de Rufo, que casualmente estaba solo.

A decir verdad, había poco en el aspecto hogareño, e incluso vulgar, de Vespasiano que sugiriera parentesco con las divinidades olímpicas, pero naturalmente Rufo no lo dijo, limitándose a pedir al general que explicara su significado. Entonces Vespasiano, sentándose, procedió a contar una historia extraña.

—Ha solido sentarse junto a la fuente, cerca de la puerta de Cesarea, un hombre ciego. Esta mañana, al pasar yo por la puerta, vi a una pequeña multitud reunida allí, y entre ellos a este hombre ciego. Guiado por dos amigos, se acercó y, arrodillándose a mis pies, me suplicó que curara su ceguera, declarando —y los dos que estaban con él dijeron lo mismo— que si yo tan solo ungía barro con mi saliva y ponía el barro sobre sus ojos, recuperaría allí mismo la vista.

—Contuve la risa e intenté convencerlo de la locura de esa creencia, pero cuanto más argumentaba yo, más ferviente se volvía él, así que lo dejé allí arrodillado. Pero mientras me alejaba, los lamentos del pobre hombre se volvieron tan lastimeros que no pude evitar volverme, decidido a convencer al hombre de su locura mediante el experimento real. Pero, ¡he aquí!, tan pronto como el barro fue lavado de sus ojos y yo hube pronunciado la palabra hebrea «¡Ephphatha!» —pues parece que estos hechizos son más eficaces cuando se hablan en una lengua bárbara—, ¡el hombre gritó en un éxtasis de deleite que podía ver!

—«¡Un milagro! ¡Un milagro!», gritó la multitud.

—«Así darás luz a un mundo oscuro, oh Vespasiano», gritó una voz que reconocí como la del sacerdote Teomantes.

—En cuanto a mí, dudé de que el hombre hubiera recuperado la vista, pero dio prueba de ello diciendo qué número de monedas había en mi palma, y aunque cambié el número varias veces, no se equivocó ni una sola vez.

—La multitud empezó a opinar que debía de haber alguna eficacia divina en mi tacto. La noticia voló de boca en boca, y mientras yo permanecía asombrado de mi propia hazaña, se me acercó un hombre cuyo brazo derecho, como si estuviera paralizado, colgaba rígido e inmóvil a su lado.

—«Era albañil», dijo él, «ganándome el sustento con mis manos. Te ruego que sanes este brazo como el otro, para que no tenga que mendigar mi pan bajamente».

—Cumpliendo su voluntad, estreché su mano derecha firmemente en la mía, y después de unos momentos gritó que había recuperado el uso del miembro marchito, y dio prueba de sus palabras gesticulando libremente con él. Ahora bien, Rufo, ¿cómo explicas estas maravillas?

Estos actos de curación, tan análogos a los registrados en el Evangelio que sugirieron a más de un historiador la sospecha de que fueron falsificados a propósito con el fin de investir a Vespasiano de una suerte de carácter mesiánico, no ofrecieron dificultad alguna para la mente pagana de Rufo.

—Para mí está claro, señor —dijo él, creyendo plenamente en la verdad de sus propias palabras—, que los dioses desean señalaros ante la humanidad como

alguien distinguido por su favor especial y destinado a alcanzar una dignidad y esplendor más allá de los mortales ordinarios.

Y el perplejo Vespasiano, aunque era el hombre menos vanidoso, se vio gradualmente impulsado a adoptar esta opinión ante tales sucesos extraños.

Pocos días después, Muciano, el Legado de Siria, llegó a Cesarea directamente tras una breve visita a Roma. Venía acompañado por **Tiberio Alejandro**, el prefecto de Egipto. Judío de nacimiento —sobrino, de hecho, del brillante teólogo Filón el Judío—, Tiberio Alejandro había abandonado la fe de sus antepasados por el paganismo griego, una conversión única en los anales del judaísmo.

Vespasiano se apresuró a ir del campamento a Cesarea para presentar sus respetos a Muciano, quien, además de ser su amigo de toda la vida, era su superior en el cargo. Los dos ilustres visitantes habían aceptado la hospitalidad de Berenice, y fue en el palacio de esa intrigante princesa donde Vespasiano y Tito se reunieron con ellos en una consulta de la que pendía el destino de un imperio.

—El senado de Roma —comenzó Muciano— detesta el gobierno del bestial Vitelio y su brutal soldadesca. ¿He de deciros cuáles son también los susurros secretos del pueblo en el foro? «¡Quieran los dioses que Vespasiano nos libre de este glotón, que ya se ha gastado siete millones de sestercios en su estómago!». Vespasiano, no tenéis más que proclamaros César aquí en Judea, y Roma —sí, y todas las provincias— se levantará a vuestro favor. Tengo aquí una lista, y es larga, de patricios romanos que me han jurado que están dispuestos a arriesgar sus vidas y fortunas por vuestra causa.

Vespasiano, habiendo escuchado todo esto y mucho más de igual importancia, mostró su indiferencia hacia el trono imperial ¡ofreciéndoselo a Muciano! Hombre sencillo, sensato y soldado de nacimiento, a Vespasiano le importaba poco quién fuera el César, siempre que él mismo ostentara el mando militar principal. Pero por mucho que Muciano hubiera deseado la púrpura, sabía que sus posibilidades de obtenerla eran infinitamente pequeñas y, por lo tanto, continuó presionando a Vespasiano para que la aceptara.

—Siria y sus cuatro legiones están con vos —dijo.

—Y yo puedo prometeros Egipto —observó Tiberio Alejandro—. Tan pronto como seáis proclamado César, haré que las legiones de Alejandría os presten juramento de fidelidad.

—Y entonces vuestro primer acto debe ser detener la salida de los barcos de grano —dijo Berenice, que participaba en estas deliberaciones.

—¡Una política sabia! —comentó Tito.

La posesión de Egipto, como bien sabían los conspiradores, era extremadamente importante desde el punto de vista político, ya que el populacho de Roma dependía casi por completo para su existencia de los suministros de grano exportados desde Alejandría. La hambruna en el corazón del imperio no sería favorable para la causa de Vitelio.

—Con Siria, Palestina y Egipto de vuestro lado —prosiguió Muciano—, ocuparéis un territorio continuo y unido. Vuestra retaguardia debéis asegurarla mediante una alianza con los partos. En cuanto a vuestro frente, por tierra es accesible solo por las montañas del Tauro; ocupad las Puertas Sirias y Cilicias, y podréis desafiar cualquier ataque que venga de esa dirección. En cuanto a vuestro frente marítimo, tenemos en Fenicia la mejor raza de marinos del mundo, y en los cedros del Líbano un suministro inagotable de madera para la construcción naval. Fenicia cae dentro de mi provincia. Ordenádmelo, y antes de que pasen dos meses tendréis una flota de trirremes que guardará todas las costas desde Cilicia hasta Cirene. Así asegurados, podemos avanzar para atacar a Vitelio, o esperarle aquí, según nos convenga más.

Pero Vespasiano, prudente y cauteloso, aún retrasó su respuesta final. En consecuencia, tras su retirada, el resto del cónclave, por sugerencia de Berenice, decidió forzar la mano del reacio general, proponiendo la princesa un ingenioso plan para tal propósito.

—Tú, Tito —dijo ella—, debes persuadir a todos los soldados del campamento para que saluden a Vespasiano con el título de César.

—No necesitan persuasión. La dificultad es que él se negará a escucharlos.

—Se verá obligado.

—¿Cómo es eso?

—Vitelio se enterará. No podrá pasar por alto tal traición con dignidad. Exigirá que estas legiones desleales sean castigadas. Al declinar esta tarea —pues ¿cómo puede castigar a todo un ejército?— Vespasiano se convertirá en objeto de sospecha para Vitelio. Será convocado a Roma; ir será una muerte segura. Por lo tanto, si las legiones aquí persisten en gritar «¡Salve, César!» cada vez que Vespasiano aparece, él deberá aceptar el título o prepararse para la ruina inmediata.

—Princesa, lo habéis logrado —exclamó Muciano con admiración—. El plan no puede fallar. Ahora, Tito, haz tu parte, mientras Alejandro y yo nos apresuramos a poner nuestras provincias en orden.

Los conspiradores partieron para poner su plan en marcha. Tuvo un éxito admirable. El **3 de julio del año 69 d.C.**, Vespasiano fue proclamado emperador por las legiones de Cesarea. Su ascenso fue recibido con deleite en todas partes. Embajadas de diversas ciudades y provincias se apresuraron a ir a Cesarea, llevando discursos de felicitación y coronas de honor; en un mes, Vespasiano había recibido la sumisión de todo el Oriente, con la excepción de Jerusalén y sus alrededores inmediatos.

¡Y se pensó que la profecía, que corría desde hacía tiempo en Oriente no solo entre los judíos sino también entre otras naciones, de que alguien venido de Judea obtendría el imperio del mundo, había recibido al fin su cumplimiento! Se decidió en un consejo compuesto por estadistas orientales y guerreros romanos que Muciano procedería por tierra contra Italia, que Tito llevaría a cabo la guerra contra Jerusalén y que Vespasiano se retiraría a Alejandría y allí esperaría el desenlace de los acontecimientos.

—Y ahora, padre —dijo Tito, encantado de haber alcanzado el rango de César (pues para ser escrupulosamente exactos ese era su título como heredero aparente, llamándose el emperador reinante Augusto)—, ahora, padre, recordad vuestra promesa y liberad a Josefo de sus cadenas; de lo contrario, sería algo vergonzoso que el hombre que predijo vuestro ascenso al imperio, y ha sido el ministro de un mensaje divino para vos, siga retenido en la condición de cautivo.

Fue en el campamento de Cesarea donde se pronunciaron estas palabras. Así que Vespasiano mandó llamar a Josefo, quien vino luciendo todavía la cadena que lo

unía al soldado guardián. El nuevo emperador dio órdenes de que el cautivo fuera puesto en libertad; en consecuencia, el soldado se disponía a soltar la cadena cuando intervino Tito, sugiriendo que la cadena le fuera cortada, siendo este el método romano para con aquellos que eran encadenados sin causa justa. Esta sugerencia agradó a Vespasiano y se mandó llamar a un herrero, un tipo fuerte y diestro de brazo, que hizo pedazos la cadena.

—Josefo, eres libre —exclamó Vespasiano—, y la ciudadanía de Roma es tuya.

—No me llaméis más Josefo —dijo el liberado, atreviéndose audazmente a asumir el nombre de su patrón imperial—. De ahora en adelante, que todos me conozcan como **Tito Flavio**.

—Tito —dijo Vespasiano, refiriéndose a su hijo—, tiene la gloria de ser César. Josefo tiene...

—Flavio, señor —murmuró el que adoptaba ese nombre, en tono de protesta.

—Flavio, entonces, para complaceros. Flavio ha recibido el honor de la ciudadanía. ¿Qué honor —continuó, dirigiéndose a Crispo—, qué honor os conferiremos a vos?

A punto de responder que la amistad del emperador era en sí misma un honor suficiente, Crispo hizo una pausa, asaltado de repente por una idea feliz.

—Hay un favor que os pediría, señor... uno muy sencillo.

—Nombradlo.

—Es de naturaleza privada. Prefiero exponerlo solo ante vos y ante Tito.

Vespasiano se mostró sorprendido. Asintió con la cabeza, y Josefo y los demás se retiraron de la tienda.

—Ahora, Crispo, ¿qué es lo que solicitas?

—Quizás no sea de vuestro conocimiento, señor, que tengo una esposa.

Ciertamente era una noticia para Vespasiano, como mostraba claramente su semblante. Crispo procedió a relatar en el menor número de palabras posible la historia de su boda en Bet-tamar.

—¡Eh! ¿Qué es esto? —dijo el viejo general, dirigiéndose con aire de reprimenda a Tito—. Tú fuiste el paraninfo (padrino) de Crispo y, sin embargo, nunca me lo habías contado. ¡Vergüenza te dé! Pero, ¿qué tiene esto que ver con el favor que pides? —continuó, dirigiéndose a Crispo.

—Vos, señor, como emperador, sois supremo en materia de ley. Os corresponde velar por que se cumplan los términos de un contrato. Por lo tanto, pido que cuando descubra a esta mujer, se la obligue a cumplir su promesa nupcial.

—Encuéntrala, y si la quieres, la tendrás, por muy renuente que sea —dijo Vespasiano, sonriendo con dureza—. ¿Quién es ella para rechazar a mi tribuno más valiente?

En aquella época inmoral, la fidelidad a una esposa era una virtud rara, y una que se recomendaba por sí misma al honesto y viejo Vespasiano.

—¿Lo juráis, señor, que no se permitirá que hombre alguno me la arrebate?

Vespasiano quedó dolorosamente impresionado por la mirada tensa y ferviente de Crispo.

—Por los dioses, que le irá mal al hombre, si es que existe tal. Aquel que se atreva a quitaros a vuestra esposa será colgado en lo alto... sí, aunque fuera mi propio hijo.

—No lo toméis a mal, señor, si os pido esa promesa por escrito.

Mientras Vespasiano, sorprendido pero condescendiente, ponía su promesa en forma documental, Tito permanecía en silencio al fondo. Su rostro en aquel momento era todo un poema y confirmó a Crispo en la sospecha que alimentaba desde hacía tiempo.

CAPÍTULO XVIII: LOS PRELIMINARES DE UN GRAN ASEDIO

Era la primavera del año **70 d.C.**, casi nueve meses después de la elevación de Vespasiano al trono imperial, y todavía las legiones romanas, ahora bajo el mando único de Tito, permanecían en su campamento de Cesarea Marítima.

Los confiados zelotes de Jerusalén empezaron a dudar de si el enemigo volvería alguna vez a estar a la vista de la ciudad.

En los intervalos de su guerra fratricida, se interesaban mucho en observar el progreso de un nuevo planeta o cometa, de color rojo ardiente. Apareció primero en Piscis, la constelación que, en la tradición astral de aquella época, se suponía ligada a la fortuna de Judea. Noche tras noche ascendía más y más en el cielo, pareciendo dirigirse a un punto situado directamente sobre la Ciudad Santa.

A la primera visión del astro, la multitud había gritado al unísono: «¡La estrella del Mesías!». En poco tiempo se volvió tan distinta y brillante que era claramente discernible durante el día, y las multitudes se reunían en las esquinas de las calles para contemplar lo que devotamente creían un signo enviado por el cielo.

El glorioso día predicho por los profetas estaba cerca, aquel en que los judíos, con la ayuda de los poderes celestiales, reinarían sobre todas las naciones de la tierra. Y cuando la estrella, haciéndose más nítida, pareció tomar la forma de una **espada** con la hoja apuntando hacia el campamento romano en Cesarea, ¿quién podía dudar de que presagiaba la perdición de quienes amenazaban la Ciudad Santa?

«Saldrá una estrella de Jacob, y se levantará un cetro de Israel».

Tal era el texto sobre el cual el rabino Simeón ben Gamaliel se propuso dar un *midrash* o sermón, anuncio que atrajo a la Sinagoga Real a una congregación más numerosa de la que se hubiera visto jamás entre sus muros.

La alegría devota fue al principio la nota predominante de la asamblea; pero, tras las oraciones preliminares, una extraña inquietud cayó sobre ellos al descubrir que la *parashá* o lección prescrita para el día —¡y no se podía omitir!— era aquella sección del Pentateuco que contenía las solemnes y estremecedoras palabras dirigidas a la nación por el gran legislador hebreo en vísperas de su muerte.

Mientras el *hazán* comenzaba la lectura, la luz del sol en el exterior se nubló y una penumbra invadió el edificio, una oscuridad que parecía profundizarse a cada momento.

Era costumbre recibir la lectura de la Ley en un silencio reverencial, pero nunca se había conocido en esta sinagoga un silencio tan tenso como el presente. Con la respiración contenida y los ojos fijos en el rostro del lector, escucharon la voz del divino legislador resonando a través de los pasillos del tiempo:

> «Jehová traerá contra ti una nación de lejos, del extremo de la tierra, que vuele como águila; nación cuya lengua no entiendas. Gente fiera de rostro, que no tendrá respeto al anciano, ni perdonará al niño... Y te sitiará en todas tus puertas, hasta que caigan tus muros altos y fortificados en que tú confías... Y comerás el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos y de tus hijas, en el sitio y en el apuro con que tus enemigos te angustiarán... Por la mañana dirás: ¡Quién diera que fuera la tarde! y a la tarde dirás: ¡Quién diera que fuera la mañana! por el miedo de tu corazón con que estarás amedrentado, y por lo que verán tus ojos».

En este punto, la asamblea, hasta entonces tan inmóvil y silenciosa como los muertos, se puso en pie impulsivamente, con el miedo grabado en sus rostros.

Sin embargo, no fueron las palabras de la Ley, por terribles que fueran, las que habían conmovido a los fieles, sino un tumulto proveniente de las calles cercanas a la sinagoga. Durante los últimos instantes, el aire había resonado con el correr de pies entremezclado con el sonido de voces. Esas voces, confusas al principio, se habían vuelto ahora claramente audibles. Elevándose hacia los cielos en acentos de sorpresa y terror, resonó una y otra vez el grito espantoso:

«¡LOS ROMANOS! ¡LOS ROMANOS!»

La visión de la vanguardia romana, brillando sobre las alturas septentrionales del Scopus, aunque infundiera miedo en los corazones de la gente común, solo sirvió para evocar el desprecio de los zelotes. Su asombrosa victoria sobre Cestio y el hecho de que durante tres años no se hubiera intentado recuperar la ciudad, les había dado una noción exagerada de su propia destreza.

Los zelotes de Galilea podían rendirse; ¡los de Jerusalén eran invencibles!

—Son las mismas ovejas —se mofó Simón—, pero con un nuevo pastor.

Durante mucho tiempo los zelotes y el pueblo, agolpados sobre el muro norte de la ciudad, continuaron observando a la hueste distante, que parecía ocupada en formar un campamento. De repente surgió un grito. Se vio algo que se separaba del cuerpo principal y avanzaba rápidamente hacia la ciudad entre una nube de polvo. Aquello, al acercarse, resultó ser un destacamento de caballería de seiscientos hombres, liderado por el propio Tito, quien, viniendo no a luchar sino meramente a reconocer el terreno, cabalgaba con la cabeza descubierta, habiendo dejado atrás tanto el casco como la coraza. A su lado cabalgaba el apóstata judío, **Tiberio Alejandro**, quien, habiendo sido en otro tiempo procurador de Judea, estaba en posición de explicar a Tito la topografía de la ciudad.

Un mar de rostros los miraba con furia a lo largo de toda la extensión del muro norte; las almenas de la Antonia, los pórticos del Templo, las distantes murallas del monte Sion estaban igualmente abarrotados; en toda la vasta ciudad no había muro ni torre, ni techo ni ventana, que no mostrara un racimo de seres humanos. Sus gritos excitados, mezclándose, llegaban a los oídos de Tito como el murmullo inquieto del mar.

—¿Cuánta gente cree que alberga la ciudad? —preguntó a Alejandro.

—Mis espías informan que el número es de un millón... sí, y cien mil más. Es la víspera de la Pascua, y judíos de cada provincia del imperio han subido a adorar.

—¿Un millón? ¡Por los dioses! ¿Acaso esta nación ha fijado una cita para su propia destrucción? ¿Pero qué hay de los hombres combatientes?

—Todos lucharán, incluso los niños, si es para defender su ciudad y su religión. Las mujeres y las niñas trenzarán sus cabellos para hacer cuerdas, si hicieran falta. Los propios sacerdotes se armarán si la guerra se acerca al Templo.

—Poco me preocupan tales enemigos. Mi interés está en aquellos que tienen algún conocimiento de la guerra real.

—Bueno, en cuanto a eso, Eleazar guarda la Casa Santa con 2.400 zelotes; Juan, vuestro antiguo oponente en Galilea, mantiene los claustros con 6.000. Pero **Simón**, que ocupa el monte Sion, es el hombre a quien temer. Tiene 15.000 espíritus feroces, tan fanáticamente consagrados a él que cada uno se arrojaría sobre su propia espada si él lo ordenara.

—¿Veintitrés mil hombres de guerra? Bueno, nosotros traemos más del doble de ese número.

—Vuestro número puede ser diez veces superior al de ellos, pero tal ventaja no sirve de nada ante su posición inexpugnable. Como veis, oh César —continuó, señalando primero a la ciudad y luego a un mapa que llevaba, un mapa dibujado por la mano de Josefo—, Jerusalén ocupa la lengua meridional de una meseta rocosa; por el este, el oeste y el sur, sus murallas dominan barrancos y valles cuyas laderas son demasiado empinadas para ser escaladas por un ejército; es solo desde este sector (el norte) desde donde se puede realizar el ataque.

Tito reconoció el hecho de un vistazo. La ciudad, la ciudad real —es decir, la fortaleza de Sion— era asaltable únicamente desde el norte, pero el camino hacia ella estaba bloqueado por enormes murallas.

Tres líneas gigantescas de mampostería se extendían de este a oeste a través de la meseta.

Primero, estaba la muralla que tenían directamente enfrente, llamada por los judíos la **Tercera Muralla**, por ser la última construida. Esta, una vez abierta una brecha o superada, abría el camino hacia el suburbio norte de Bezetha o la Ciudad Nueva. Marchando a través de Bezetha, los romanos llegarían a la **Segunda Muralla** o Muralla Media, que, al ser tomada, les permitiría entrar en el Acra o la Ciudad Baja; atravesando el Acra, se encontrarían mirando impotentes hacia arriba, al acantilado escarpado del Monte Sion o la Ciudad Alta, cuyo borde estaba coronado por una muralla tan elevada que los propios Titanes habrían desesperado de escalarla.

Pero antes de que se pudiera intentar cualquier ataque contra Sion, sería necesario tomar primero la imponente ciudadela rocosa de la **Antonia**, y en segundo lugar, la elevada fortaleza del Templo; de lo contrario, mientras sitiaban Sion, estarían continuamente expuestos a un ataque por el flanco desde estos dos baluartes.

—No os enfrentáis —dijo Tiberio Alejandro— a una ciudad, sino a cinco ciudades. Nos espera un quíntuple asedio.

Mientras Tito recorría con el ojo de un soldado entrenado cada punto y asimilaba la naturaleza de las defensas, tanto naturales como artificiales, comenzó a darse cuenta de la magnitud estupenda de la tarea que se le imponía.

Altivamente entronizada sobre su roca montañosa, esta ciudad oriental con su recinto amurallado de torres y bastiones parecía construida con el propósito deliberado de triunfar sobre cada ingenio que la ciencia militar de Occidente pudiera lanzar contra ella.

No cabía duda: era **LA CIUDAD MÁS FUERTE DEL MUNDO**, y si estaba adecuadamente provista y defendida con el cuidado debido, resultaba absolutamente inexpugnable.

—Y le he apostado a Muciano —dijo Tito con severidad— que la tomaré en siete semanas.

Alejandro sacudió la cabeza con gravedad.

—Pasarán dos veces siete semanas —sí, y tres veces siete semanas— antes de que las águilas vuelen sobre Sion.

En medio de este reconocimiento, una puerta junto a la Torre de las Mujeres se abrió, y los zelotes salieron en tal número que la pequeña partida romana, tras mantener su posición por un tiempo, consideró prudente batirse en retirada. Grande fue el deleite de los judíos. ¡El propio César había sido visto huyendo! Era la promesa y el presagio de victorias más gloriosas.

Temprano al día siguiente, el ejército romano avanzó hasta situarse a una milla de la muralla norte de la ciudad, y allí comenzó la construcción de dos enormes campamentos. Las fuerzas de Tito consistían en cuatro legiones: la **V (Macedonica)**, la **X (Fretensis)**, la **XII (Fulminata)** —memorable por su huida bajo el mando de Cestio— y la **XV (Apollinaris)**.

En tiempos imperiales, la legión solía constar de 6.000 hombres, todos ciudadanos romanos; pero como cada legión iba siempre acompañada de un número igual de auxiliares, además de 300 jinetes, y dado que varios reyes menores de Oriente (incluyendo a Agripa) se habían unido a la expedición, las fuerzas desplegadas contra Jerusalén deben estimarse en una cifra considerablemente superior a los **50.000 hombres**.

Brillando bajo el sol de la mañana, los diversos escuadrones de esta vasta hueste se desplegaron en líneas interminables sobre la cima del Olivar y el descenso del Scopus; y cuando los judíos contemplaron desde sus murallas la larga hilera de águilas y estandartes con las letras **S.P.Q.R.**, comprendieron el significado completo de la expresión «terrible como un ejército con estandartes».

Como los arietes y otras pesadas máquinas de asedio estaban montados sobre ruedas que requerían una superficie relativamente nivelada, el primer trabajo de los legionarios fue nivelar el terreno entre sus líneas y el pie de la muralla norte. Este suburbio anterior, antes de que los ingenieros romanos pusieran manos a la obra, era una escena de belleza selvática, compuesta por arboledas y corrientes de agua, jardines y hermosas mansiones.

Ahora todo era barrido sin piedad: los árboles caían ante el hacha; los canales fueron destruidos; las casas demolidas; incluso las cañadas profundas y sombrías dejaron de existir, siendo rellenadas con los riscos pintorescos que solían sombrearlas. Mientras parte de las tropas trabajaban el suelo rocoso con instrumentos de hierro, otros se empleaban en traer desde el valle del Cedrón incontables cestas cargadas de guijarros y tierra para nivelar la superficie.

A pesar de una lluvia de proyectiles disparada desde las murallas y de las súbitas y audaces salidas de Simón y sus hombres, los romanos lograron, en el curso de pocos días, transformar el pintoresco suburbio en un nivel monótono y desolado.

Mientras las operaciones romanas procedían en el exterior, los judíos dentro de la ciudad se preparaban para celebrar la **Pascua**, memorable por ser **LA ÚLTIMA EN SU HISTORIA** como nación; memorable, también, por la refriega armada que la acompañó.

El catorce de Nisán, Eleazar y su facción abrieron las puertas del Templo superior para admitir a quienes traían los corderos pascuales. Los miembros de la facción de **Juan de Giscala**, con armas ocultas bajo sus vestiduras, lograron entrar mezclados con la multitud de peregrinos extranjeros. Una vez dentro, se despojaron de sus mantos y aparecieron con la panoplia de guerra. La facción de Eleazar corrió a las armas y tuvo lugar una feroz melé alrededor de la Casa de Oro; tanto el peregrino inocente como el zelote culpable caían por igual. Cuando la lucha terminó, Juan de Giscala era dueño de todo el Templo. Habiendo caído

Eleazar, los sobrevivientes de su bando aceptaron ser absorbidos por el del vencedor; y así, las tres facciones de la ciudad quedaron reducidas a dos: los **Johanitas** y los **Simonianos**.

A estos Johanitas apeló ahora Simón. De pie en el puente que conectaba el Monte Sion con la colina del Templo, llamó a Juan:

—¿Se mantendrá en pie una casa dividida contra sí misma? ¿Por qué luchamos entre nosotros, dando espectáculo al enemigo? Depongamos nuestra enemistad y unámonos para oponernos al enemigo común.

—Eres un pícaro sutil, Simón —respondió Juan—. Deseas que yo y mis fuerzas vayamos contigo a la Muralla de Agripa para que tus hombres, en mi ausencia, se apoderen del Templo. Sin embargo, te ayudaré permitiendo que aquellos de mis hombres que así lo deseen vayan contigo, pero yo y otros nos quedaremos para defender el Templo.

Valiéndose del permiso, cientos de hombres de Juan salieron del Templo para unirse a los Simonianos en la defensa de la ciudad.

Los romanos, habiendo despejado el terreno, se ocupaban ahora en erigir frente a la muralla norte una serie de elevados terraplenes (*aggers*) sobre los cuales colocar las máquinas de proyectiles. Cada terraplén estaba hecho de tierra reforzada con vigas de madera. Durante la construcción, los zelotes salían por cientos armados con largos postes terminados en ganchos de hierro, intentando desmoronar la estructura.

A pesar del ímpetu de estos ataques, no pudieron detener el progreso del trabajo. La guardia romana apostada frente a los terraplenes rechazó cada embestida, y finalmente los judíos se mantuvieron tras sus murallas. Cada terraplén, una vez terminado, presentaba un frente vertical hacia la ciudad, mientras que el otro lado era inclinado para facilitar el montaje de las máquinas militares, dejando huecos a propósito para el paso de los arietes y las torres móviles.

La estridente diana resonó en todo el campamento romano, despertando a los legionarios de su sueño.

Cada hombre, al despertar, dirigió sus ojos hacia la tienda de Tito, y cada rostro brilló con una lúgubre satisfacción al ver el manto escarlata izado sobre ella: la señal de que el día sería de batalla.

Mientras la hueste romana contemplaba la Ciudad Santa, que se alzaba hermosa y majestuosa bajo la luz dorada de un amanecer oriental, no pudieron sino confesar que era una ciudad por la que valía la pena luchar.

Desde sus murallas sonaba el clarín de guerra en forma de un gong de bronce de seis pies, cuyo tono profundo y sombrío reverberaba monótonamente en el aire matinal. Todo el baluarte norte bullía con una multitud de guerreros zelotes que se movían de un lado a otro, con sus brillantes armaduras oscurecidas a veces por tenues columnas de humo azul.

Los romanos sabían bien qué significaba aquel humo. ¡Tras aquellas almenas ardían fuegos sobre los cuales colgaban calderos que silbaban con agua hirviendo, brea ardiente y plomo fundido!

Ante la visión de este humo, los romanos simplemente sonrieron; pero ante la vista de las máquinas militares, dispuestas a intervalos precisos a lo largo de la muralla, ardieron de rabia secreta, al recordar su honor empañado; pues aquellas máquinas representaban un triunfo sobre los romanos, habiendo sido capturadas, algunas del campamento de Cestio y otras de la Torre Antonia y el Pretorio de Floro.

Moviéndose por todos lados a lo largo de las murallas, dando una orden aquí y una advertencia allá, se veía la figura de aquel Titán fornido, **Simón el Negro**, el alma misma de la batalla, con el odio al romano asomando en su mirada salvaje y oscura. Sobre su armadura vestía un manto de piel de lobo con el lado hirsuto hacia afuera, un manto que sugería a sus seguidores la profecía (pues él venía de la "pequeña" tribu): «Benjamín es lobo arrebatador».

Incluso aquellos entre los romanos más dados a despreciar el valor hebreo se vieron obligados a admitir que en Simón tenían a un guerrero digno de su acero.

Era una mañana encantadora que prometía un mediodía sofocante; un sol deslumbrante brillaba desde un cielo de azul profundo; lejos, en el horizonte, colgaba un velo de bruma blanca nacarada. Como el silencio que precede a la

tormenta de arena del desierto, una extraña quietud se posó sobre ambos ejércitos.

Era un espectáculo sublime y estremecedor: dos naciones enfrentadas en armas; más aún, un acto de un drama divino cuyo verdadero significado no era comprendido por nadie presente, excepto por Crispo y los muy pocos que compartían su fe. La lucha era más de lo que aparecía en la superficie; no era simplemente la subyugación de una ciudad sublevada, sino una batalla entre dos religiones; y estas no eran, como podría pensarse, el judaísmo y el paganismo, sino el judaísmo y el cristianismo. Las legiones de Tito, aunque no lo sabían, eran verdaderamente soldados de la Cruz, continuando la obra para la cual habían sido divinamente preordenados: ¡la obra de la Iglesia!

Pues los romanos, al unir a las naciones del mundo civilizado bajo un solo gobierno; al establecer una paz universal —la *Romana pax* que era el justo orgullo de sus oradores—; al limpiar el mar de corsarios y la tierra de bandidos; al enlazar todas las partes de su imperio con una serie de espléndidos caminos; al difundir entre sus provincias el conocimiento de la lengua griega, habían creado condiciones que nunca antes habían existido en la historia del mundo: condiciones absolutamente esenciales para que la Iglesia progresara rápidamente; condiciones que permitían al evangelista, conociendo un solo idioma, viajar con seguridad y predicar la fe desde las orillas del Éufrates hasta las Columnas de Hércules.

Los legionarios romanos, por paradójico que suene, eran los coadjutores de los apóstoles. Estaban a punto de dar los toques finales a su obra demoliendo el Templo, cuya existencia posterior era un obstáculo para el libre desarrollo del cristianismo, y actuando como la espada del Señor contra aquellos que habían gritado: «Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos». El año 70 d.C. era la secuela necesaria del año 29 d.C.; y quien se niega a ver un Juicio Divino en la caída de Jerusalén tiene aún que aprender los elementos de la historia.

Ignorante de la alta misión que se le había asignado, Tito, distinguido por un manto púrpura y por el esplendor de sus armas doradas, había tomado su posición sobre el *agger* central. A su lado, y vestido con una magnífica túnica blanca bordada en oro, estaba **Teomantes**, el sacerdote de Júpiter Cesáreo, presidiendo un altar de piedras sin labrar sobre el cual ardía un buey sacrificado.

Tito y los romanos cercanos a este altar permanecían descubiertos en actitud reverente.

Los zelotes sobre el muro, atentos a esta ceremonia religiosa, notaron que Teomantes, mientras permanecía con los brazos alzados en oración a alguna deidad, mantenía sus ojos fijos en todo momento en su Santo Templo. Una súbita sospecha recayó sobre ellos. Aguzaron el oído con la esperanza de captar sus palabras, aunque la distancia bien podría prohibir tal esperanza. La fortuna los favoreció, sin embargo. Una brisa que soplaba desde el norte en ese momento llevó a sus oídos la palabra: ¡**Jehová**! —una palabra tan sagrada que rara vez era pronunciada incluso por los propios judíos, y nunca en presencia de un gentil.

¿Cómo llegó este sacerdote pagano a conocer el verdadero nombre de Dios, y por qué le rezaba a Él?

Entonces comprendieron el significado completo de la escena. Era la ceremonia llamada por los romanos la **Evocatio**. Era costumbre de aquel pueblo, al comienzo de un asedio, invocar a la deidad tutelar de la ciudad sitiada, invitándola a no ser hecha prisionera, sino a salir y establecer su morada entre las divinidades del Capitolio romano. Sin tal ceremonia, estarían luchando contra los dioses: ¡un acto impío!

La ceremonia, lúdica o blasfema según se mire, era en todo caso innecesaria en esta ocasión. Los ángeles tutelares habían abandonado la ciudad, y Crispo era de los que habían oído su voz de partida.

Para los judíos sobre el muro, aquello era una blasfemia. ¡Jehová era su patrimonio peculiar! Que los paganos se atrevieran a rezarle a Él, y sobre todo que le pidieran que abandonara el lugar donde Él había elegido poner Su nombre para siempre, era algo insoportable. Llamando a su arquero más experto, le ordenaron abatir al impío Teomantes. Pero la acción fue observada por el perspicaz Rufo, quien interpuso su escudo entre el sacerdote y la flecha que se aproximaba.

Un momento después, Tito lanzó su bastón de mando a lo alto.

Ante esa visión —la señal para la batalla— rodó por las líneas romanas un grito que pareció sacudir las mismas torres de la ciudad, el vibrante grito de guerra de **«¡ROMA! ¡ROMA!»**; y con ello, cada hombre corrió a su labor asignada.

¡El asedio más grande en la historia del mundo había comenzado!

CAPÍTULO XIX: EL PRIMER DÍA DE LUCHA

En el borde mismo de cada terraplén surgió, como por arte de magia, una nube de arqueros y honderos quienes, colocando pantallas de hierro frente a sí, procedieron a dirigir sus proyectiles contra los defensores de las almenas.

Expertos como eran estos arqueros —todos cretenses, nación famosa desde los tiempos homéricos en el uso del arco—, fueron superados en puntería por los honderos. Estos, nativos de las Islas Baleares, habían sido entrenados en su oficio desde la infancia, cuando no se les permitía obtener su comida diaria, colocada en algún punto alto, a menos que ellos mismos la derribaran con la honda. Por ello, una fuerza de baleares formaba parte de cada legión romana. Sus proyectiles, que consistían tanto en piedras como en plomos, eran lanzados mediante un triple giro de la honda; con una fuerza tan poderosa que el casco, la coraza y el escudo ofrecían poca protección; con un movimiento tan veloz que el plomo, incandescente en el aire, a veces se derretía; con una puntería tan certera que el hondero no solo podía golpear el rostro de un enemigo distante, sino incluso la parte del rostro que eligiera. No pocas veces el proyectil llevaba alguna inscripción insultante; y Simón, recogiendo una piedra que por poco le parte el cráneo, la encontró marcada con el mensaje: «ΔΕΞΑΙ — ¡Toma esto!».

Los honderos y arqueros eran ayudados en su mortífera tarea por los operarios de las catapultas, máquinas que, diseñadas bajo el principio de la ballesta medieval, disparaban jabalinas gigantescas y vigas con punta de hierro.

Los judíos no permanecieron pasivos ante este ataque. En el uso del arco y la honda eran casi tan hábiles como sus oponentes, y devolvieron el fuego de los sitiadores con igual brío.

La refriega se volvió más letal tan pronto como los romanos pusieron en acción sus balistas. Estas eran máquinas enormes cuyo mecanismo consistía en una disposición de palancas y cuerdas que, al ser tensadas con fuerza y soltadas, producían un retroceso tremendo, suficiente para lanzar piedras pesadas a una distancia de tres estadios (unos 550 metros) o más.

Estas piedras se disparaban principalmente con el fin de destrozar las almenas, torreones y parapetos del muro, de modo que, privados de cobertura, los defensores se vieran obligados a abandonar las rampas, ya que permanecer allí expuestos significaba la muerte segura a manos de arqueros y honderos. La retirada de los defensores sería la señal para la escalada.

Más de cincuenta de estas balistas estaban ahora en funcionamiento, causando estragos terribles, no solo en la arquitectura, sino también en las vidas del pueblo judío. Algunas de las piedras lanzadas superaban las trescientas libras de peso y tenían fuerza suficiente para matar a seis hombres si los tomaban en fila. ¡Josefo describe cómo vio la cabeza de un hombre ser arrancada limpiamente de sus hombros y salir volando a una distancia de tres estadios! Cualquiera que estuviera a un metro de tal piedra mientras pasaba zumbando, seguramente caía al suelo por la ráfaga de aire que la acompañaba.

Tal era el efecto de las pesadas rocas que ahora pasaban girando sobre las murallas, de quince en quince o de veinte en veinte, cayendo en el suburbio de Bezetha, atravesando techos y paredes de muchas viviendas privadas y reduciéndolas a ruinas entre los gritos salvajes de sus desafortunados ocupantes.

A esta artillería intentó responder Simón con las balistas romanas capturadas; pero los zelotes, por falta de habilidad y práctica, se manejaron tan miserablemente que provocaron la risa del enemigo.

Mientras este terrorífico bombardeo continuaba, un grupo de romanos comenzó a empujar un *pluteus* —una especie de cobertizo de hierro abierto por ambos extremos y que se desplazaba sobre ruedas—. Mientras avanzaba, los romanos caminaban bajo su techo y quedaban así protegidos de los proyectiles que les lanzaban desde las almenas.

Tan pronto como el *pluteus* tocó el pie del muro, el grupo en su interior, arrodillándose en el suelo, se puso a trabajar vigorosamente con palancas y cuervos, tratando de aflojar las hiladas inferiores de la mampostería.

Las piedras y los dardos eran impotentes contra una máquina de este tipo. Pero el cerebro fértil de Simón había ideado un plan para derrotarla. Se arrojó betún líquido en inmensas cantidades sobre el *pluteus*, y cuando todo el suelo debajo y alrededor fluía con el líquido, se lanzaron antorchas encendidas. En un instante, el interior de la máquina, así como el aire a su alrededor, se convirtió en una hoguera. Con aullidos terribles, los miserables romanos, con el cabello, la barba y las vestiduras en llamas, salieron corriendo al descubierto solo para ser abatidos por los arqueros judíos.

Lo que Simón había hecho una vez, era probable que lo hiciera de nuevo. Tito, por lo tanto, al ser informado, dio órdenes de mantener los *plutei* en reserva y de hacer avanzar los arietes.

Uno de estos, por su enormidad, excitó el asombro, si no el miedo, de los zelotes. Era una torre con ruedas que constaba de varios niveles, el más alto de los cuales se elevaba muy por encima de la muralla de la ciudad. A través de una abertura en el piso inferior sobresalía la gigantesca cabeza de bronce de un carnero, que formaba la parte delantera de una viga de madera de 120 pies de largo (unos 36 metros), una viga suspendida de cuerdas y de un peso tan grande que requería la fuerza unida de doscientos hombres para ponerse en movimiento. Los diferentes niveles de la torre eran para los arqueros, cuya tarea era limpiar de enemigos la parte del muro frente al ariete. Una pequeña torreta en la parte superior permitía a un centinela observar e informar a los de abajo de los movimientos de los sitiados.

Esta estructura, que estaba bajo el mando de Rufo, llevaba el nombre griego de **Nico**, o "El Conquistador", pues aunque sus poderes aún no habían sido probados, se creía con confianza que ningún muro, por fuerte que fuera, podría resistir mucho tiempo los repetidos choques del carnero.

Tan pronto como esta pesada máquina fue llevada a distancia de golpeo, doscientos robustos legionarios, asiendo una multiplicidad de cuerdas, comenzaron a retirar lentamente la gigantesca viga tan atrás como fuera posible;

luego, a una señal dada, todos soltaron simultáneamente y la viga liberada, lanzándose hacia adelante a la velocidad del rayo, chocó con un impacto terrorífico de lleno contra el muro.

Ante aquel golpe poderoso, la mampostería se estremeció desde el parapeto hasta los cimientos. Pero más espantoso que el choque mismo fue el estruendo que lo acompañó. El sonido recorrió toda la ciudad, aterrorizando a Vashti en su lejano hogar en el Monte Sion; fue devuelto por el eco de todas las colinas circundantes e infundió miedo incluso en los zelotes más valientes. Desde cada rincón de Bezetha llegaban alaridos de terror de mujeres y niños, pues todos los que no estaban cerca del lugar dieron por hecho que el muro se había derrumbado y que el enemigo estaba entrando por la brecha.

¡De nuevo aquel trueno aterrador! ¡Y otra vez más!

Espantoso era el sonido, pero la agonía de esperarlo era aún peor. Algunas mujeres, incapaces de soportar la tensión, se tapaban los oídos con los dedos; otras huían a sótanos y lugares subterráneos para escapar del terror.

Todo el ejército romano estaba ahora en pleno funcionamiento; cuarenta mil hombres desplegados contra la muralla norte, y ni un solo hombre ocioso entre ellos. Era un espectáculo dantesco, tanto dentro como fuera de la ciudad. El gemido de los heridos y el grito de las mujeres; el tensar de las catapultas y el silbido de dardos y flechas; el zumbido peculiar de las piedras lanzadas por las balistas; el estrépito de la mampostería al caer; el grito de los combatientes lanzándose desafíos; y, por encima de todo, el trueno de los arietes de bronce al chocar contra el muro... todo contribuía a formar una escena que trasciende el poder de la pluma para describirla.

De pronto, hubo por parte de los judíos un cese simultáneo de actividad; sus arqueros dejaron de disparar, sus máquinas se detuvieron; toda la fuerza permaneció muda e inmóvil. Un espectáculo tan sorprendente causó una suspensión temporal de las hostilidades por parte de los romanos, quienes se preguntaban si esta actitud judía implicaba el deseo de rendirse.

El misterio se explicó pronto.

Desde el Templo —aquel Templo donde los sacerdotes caían muertos o heridos por las piedras lanzadas por las máquinas de la Décima Legión, estacionada en

el Monte de los Olivos— llegó el penetrante clamor de las trompetas de plata. Era la hora del sacrificio matutino.

Al toque de trompeta le siguió el alzamiento de cada espada judía, y a lo largo de toda la extensión de las murallas rodó un grito sublime, un grito lanzado en desafío al politeísmo de sus oponentes, un grito que expresaba la verdad más grande jamás proclamada a la humanidad:

«Escucha, oh Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor uno es».

Con ese grito se lanzaron a la lucha con renovado ardor. Y ahora, en los intervalos de calma de la contienda, podía oírse una voz, lejana al principio, pero que se acercaba gradualmente; una voz que durante el espacio de ocho años nunca había cesado su melancólica cantinela:

—¡Ay, ay de Jerusalén!

A lo largo del baluarte, serpenteando entre las filas de los combatientes zelotes que lo recibían con miradas sombrías y murmullos airados, apareció la extraña figura de **Jesús, hijo de Hanán**, vestido no como era su costumbre con una prenda de pelo de camello, sino con una larga túnica de lino blanco, como la que se usaría para amortajar a los muertos.

—¡Voz del oriente, voz del occidente, voz contra Jerusalén y la Casa Santa!

—¿Qué hace este loco aquí, infundiendo miedo en los corazones de hombres valientes? —murmuró Simón, mirándolo con desprecio. Pero, al acercarse Jesús, había en su semblante algo tan imponente que el jefe zelote, que tenía la intención de lastimar al "loco", bajó su arma y lo dejó pasar.

La silueta salvaje, con sus brazos alzados recortados contra el cielo, era claramente visible para el enemigo. En aquellos días prevalecía la creencia de que un adivino podía paralizar los esfuerzos de un ejército hostil mediante conjuros mágicos; por lo tanto, estando los romanos demasiado lejos para captar sus palabras —incluso si hubieran podido entender su lengua hebrea—, lo confundieron con un sacerdote dedicado a la tarea de maldecirlos.

—Sus maldiciones caerán sobre su propia coronilla —murmuró un irritado *balistarius*, ordenando a sus asistentes que giraran la cabeza de la máquina para apuntar a través de la línea de la figura en movimiento.

—¡Ay de la ciudad! ¡Ay del pueblo! ¡Ay de la Casa Santa! ¡Ay, ay de mí también!

Apenas hubo salido esta última frase de su boca cuando la piedra, preparada desde toda la eternidad para tal propósito, lo golpeó de tal modo que cayó para no levantarse más.

Los zelotes contemplaron la forma horriblemente destrozada con temor y asombro. Este hombre, que había profetizado el momento de su propia perdición, había profetizado asimismo la perdición de la ciudad; puesto que su palabra era cierta en un caso, ¿por qué no habría de serlo en el otro?

Pero dejad las reflexiones para la noche; el día es para la acción, y los zelotes corrieron a obedecer las órdenes de Simón, que empezaba a preocuparse por el estremecimiento de la mampostería causado por los golpes del ariete **Nico**.

Simón ordenó que se bajaran gabiones o enormes sacos rellenos de paja frente al ariete para debilitar el efecto de sus golpes. Pero este sencillo ardid fue derrotado por otro igual de simple. De cada lado de la torre donde colgaba el ariete sobresalían manteletes o pantallas de hierro, bajo cuya cobertura se hallaban varios romanos armados con largos postes que terminaban en guadañas afiladas; con estas cortaron las cuerdas de las que colgaba el gabión. Cuando los defensores sustituyeron la cuerda por una cadena, los romanos arremetieron contra el saco mismo, de modo que a través de una veintena de jirones la paja empezó a salir a chorros, dejando que el gabión ondeara vacío contra el muro.

—¿A qué viene este desperdicio? —dijo Rufo sarcásticamente—. Estarán encantados de tener esta paja para comer antes de que termine la guerra.

Se bajó un tercer gabión. Esta vez un soldado más audaz que sus compañeros, saliendo de su cobertura, corrió hacia adelante y con una antorcha encendida prendió fuego al extremo inferior del saco. Al instante se disparó hacia arriba una columna de humo cegador y llamas deslumbrantes cuyo calor obligó a los que sostenían el gabión a retroceder; en su confusión soltaron la cadena, que cayó así en manos de los romanos, quienes celebraron su captura con un estruendo extra fuerte del ariete.

—No más material inflamable. Llenad los sacos con tierra —ordenó Simón. Durante unos momentos observó la destrucción de gabión tras gabión. Su ceño, fruncido al principio, empezó a despejarse gradualmente.

—¿Qué dirás, Ananías? —dijo, dirigiéndose a uno de sus cincuenta capitanes—, ¿si profetizo que dentro de poco la cabeza de bronce de ese ariete colgará sobre la puerta del Templo, como una ofrenda a Jehová?

—Si Simón lo dice, así será —respondió el otro, que tenía una fe ciega en su jefe.

—Atad un extremo de esta cuerda alrededor de mi cintura —dijo Simón—; bien firme, pues de esto depende mi vida.

Así se hizo.

—Ahora, traed palancas.

Cuando las trajeron, Simón dirigió la atención de sus seguidores hacia un bloque de mampostería que formaba parte de la almena que colgaba directamente sobre la cabeza del ariete en ataque.

—Cuando levante mi mano, lanzad la piedra y bajadme a toda velocidad.

Como un león al acecho esperando para caer sobre su presa estaba Simón, con el ojo fijo en el ariete, que en ese momento estaba siendo retirado por cuatrocientos brazos frescos para la tarea, pues los romanos trabajaban sabiamente por turnos y acababan de poner a un nuevo grupo de hombres.

La viga liberada salió disparada, zumbando por el aire. Simón dio la señal, y la enorme piedra fue palanqueada al instante; cayó de lleno sobre la parte delantera del ariete con tal efectividad que la cabeza de bronce se quebró limpiamente entre un gran estallido de madera, quedando en el suelo junto a la piedra caída.

Pero allí quedó solo por un instante.

Una figura suspendida al final de una cuerda bajó disparada con la velocidad del rayo, agarró la gran cabeza de bronce con ambos brazos y fue izada de nuevo; y, casi antes de que los asombrados romanos pudieran darse cuenta de lo que había sucedido, allí estaba Simón sobre las murallas, sosteniendo triunfalmente en alto el trofeo que tan audazmente había ganado.

—Simón, eres un león e hijo de león —dijo Ananías con admiración.

Una oleada de maldiciones brotó de los romanos; el ariete era inútil hasta que el daño fuera reparado, y como esta reparación solo podía hacerse eficazmente a distancia de los muros, no quedó más remedio que arrastrar la máquina entre las risas burlonas de los judíos.

Simón dirigió entonces su atención a un peligro terrible que se acercaba al muro en forma de una *turris ambulatoria* o torre móvil, de setenta y cinco pies de altura (unos 23 metros), hecha de madera, montada sobre ruedas y provista de un puente levadizo que, al ser bajado, los sitiadores esperaban usar para saltar sobre las almenas.

Esta gran torre estaba bajo el mando de Crispo.

Les iría mal a los zelotes, como bien sabía Simón, si Crispo y un cuerpo de romanos bien disciplinados lograban establecerse sobre las murallas. Sobresaliendo de la parte trasera de la torre, y a una altura de unos cuatro pies del suelo, había seis vigas largas, cada una provista de travesaños; ciento veinte hombres apoyaban sus hombros con fuerza contra estos travesaños, pero a pesar de sus esfuerzos el ritmo de progresión era infinitamente lento, debido al peso ponderado de la torre.

Los zelotes hicieron vigorosos intentos de incendiar la estructura mediante dardos ardientes; estos eran astas de madera, de un codo de longitud, con la punta armada con una púa de acero triangular a la que se fijaba una bola de betún u otra materia combustible. El dardo, una vez encendido, era lanzado con gran fuerza contra el costado de la torre; allí donde se clavaba en la madera, brotaban pequeños chorros de llama.

El interior de la torre presentaba en este momento una escena de agitación. En cada ventana de cada piso se veía a soldados repeliendo el ataque, unos lanzando jabalinas a los que arrojaban los dardos incendiarios, otros vertiendo agua sobre las llamas siseantes que, tan pronto como morían en una parte, cobraban vida en otra.

Crispo, moviéndose de piso en piso, dirigía las operaciones.

—¡Agua, aquí! —gritó Crispo, al ver una densa columna de humo ascendiendo desde un costado de la torre.

—Las provisiones se han agotado —respondió el decurión a cargo del departamento de agua.

Si Crispo no hubiera dejado atrás sus días paganos, habría atravesado al hombre con su espada por tal supuesta negligencia.

—¿Con seis carros de agua y el Estanque de la Serpiente a solo un estadio de distancia, te atreves a decir...?

—El Estanque de la Serpiente ha sido tan utilizado por nosotros y por otros que se ha secado.

—¡Ah! ¿Conque es eso? —exclamó Crispo, calmándose un poco ante la explicación—. Bien, ya que se nos niega el agua, colgad los cueros crudos —ordenó, pues cada torre llevaba una provisión de estos para protegerse del fuego —. Y traed arena y tierra para arrojar sobre las llamas.

Por estos medios, Crispo se las ingenió no precisamente para apagar el fuego, sino para mantenerlo bajo control.

Tan pronto como la torre gigante fue empujada a un punto lo suficientemente cercano para bajar el puente levadizo, las tropas que se esforzaban soltaron las vigas y empuñaron sus armas. Perdiendo por un momento algo de su disciplina romana, se amontonaron atropelladamente dentro de la torre, todos ansiosos por ser los primeros en el ataque; pues entre los romanos, el soldado que fuera el primero en montar las murallas de una ciudad enemiga recibía —si sobrevivía— el regalo de una **Corona Mural**, un premio que otorgaba gloria al receptor hasta el fin de sus días.

La salida hacia el puente levadizo, una vez bajado, partía del quinto piso; era en esta cámara donde se agolpaba ahora el destacamento de asalto. El puente, erguido frente a la entrada, servía de escudo, pero cuando cayera quedarían frente a una tormenta de flechas y jabalinas. Era una muerte casi segura para los hombres que salieran primero; sin embargo, a pesar del peligro, cada soldado luchaba con su compañero por el honor de ser el segundo, pues el primer lugar lo reclamaba el propio Crispo.

—Un Cestio perdió la ciudad; un Cestio la recuperará —dijo—. Quédate a mi lado —continuó, dirigiéndose al *aquilifer* (el portador del águila)—, plantaremos el águila en las murallas o moriremos en el intento.

Pues el águila, aunque ya no era un objeto de adoración para Crispo, seguía siendo sagrada a sus ojos como emblema de un imperio glorioso.

Fue un momento emocionante. Mientras permanecían allí en una masa tan densa que apenas podían levantar los brazos, oían el incesante *tac-tac* de los dardos incendiarios golpeando las paredes exteriores. A cada lado de la puerta, esperando la señal, estaban dos robustos legionarios con las manos en las cuerdas que accionaban el puente.

—¿Listos, hombres? —preguntó Crispo, mirando los rostros tensos tras él. La pregunta recibió una respuesta entusiasta—. Proteged bien vuestros rostros. ¡Ahora!

Las cuerdas subieron y, mientras giraban velozmente sobre las poleas chirriantes, el extremo superior del puente se alejó de la torre e inició un rápido descenso hacia el muro de la ciudad.

La escena fue vista desde cerca y desde lejos, y ambos ejércitos lanzaron un rugido simultáneo, uno de consternación y el otro de júbilo; un rugido tan tremendo que ahogó incluso el trueno de los arietes. Tito, que sabía que Crispo estaba a cargo de esa torre, se golpeó el muslo con feroz alegría.

—¡Por los dioses, Crispo ha abierto un camino hacia la ciudad! —gritó.

Miles de hombres de ambos bandos hicieron una pausa en la refriega para observar la contienda en el puente. ¿De qué servía seguir luchando en otra parte si Crispo y su banda lograban tomar y mantener ese sector del muro? El destino de Bezetha, si no de toda Jerusalén, dependía del desenlace de los siguientes instantes.

Cuando el puente cayó con un golpe seco sobre las murallas, Crispo, espada en mano y con el escudo frente a su rostro, saltó sobre los maderos temblorosos seguido por una multitud de guerreros.

¡El desenlace fue espantoso!

Se encontraron en medio de un huracán cegador de flechas, dardos, jabalinas y piedras que venían del frente, de la izquierda y de la derecha. Obedeciendo las órdenes de Simón, cada tirador judío, desde cada torreta, almena y aspillera, disparó rápido y constante contra el grupo en el puente. En tal número y con tal furia golpeaban los proyectiles contra cascos, corazas, escudos y grebas, que el pequeño destacamento fue absolutamente incapaz de avanzar; se tambaleaban como si hubieran sido alcanzados por un rayo; caían muertos y moribundos desde el puente.

Crispo, preservado de la muerte por el temple superior de su armadura, recibió sin embargo varias heridas: tres flechas vibraban en el brazo con que sostenía la espada y dos colgaban de su pantorrilla, aunque la feroz excitación del momento le impedía sentirlas. Durante un segundo desconcertante permaneció irresoluto; luego, reuniendo todas sus fuerzas para un esfuerzo supremo, se lanzó hacia adelante, solo, a través del puente. Veinte proyectiles que le golpearon al mismo tiempo le hicieron tambalearse como un borracho.

¡Entonces llegó el final!

Simón no había visto el avance de la torre sin prepararse. En el momento en que el puente tocó la almena, saltaron ante él cuatro de sus capitanes más fuertes, armados con hachas poderosas. Mientras Simón cortaba con el filo de su cimitarra las cuerdas del puente, sus capitanes descargaron sus hachas con tal efectividad que, antes de que los romanos pudieran cruzar para impedirlo, todo el puente, cercenado de la almena, osciló hacia abajo. Su carga humana fue lanzada precipitadamente a través de cuarenta pies de aire hasta el suelo rocoso, donde quedaron como un montón forcejeante e impotente de cabezas y miembros que, al instante siguiente, se erizó de flechas disparadas por los jubilosos arqueros judíos.

—Traed vuestra próxima torre —gritó Simón burlonamente— y la trataremos de la misma forma.

Entre los pocos que lograron alejarse penosamente del fuego enemigo estaba Crispo, magullado, mareado y pálido, con una docena de puntas de flecha incrustadas en su carne. Se sentó a extraerse las púas y, teniendo los medios a

mano, ungió sus heridas y las vendó con lino, tarea en la que estaba ocupado cuando llegó Tito.

—Alabados sean los dioses, estás vivo. Pero estás herido; no habrá más lucha para ti hoy. ¡Aquí, vosotros dos! Colocad al noble Crispo sobre un escudo y llevadlo de vuelta al campamento.

Pero Crispo juró que no estaba tan herido como para requerir su traslado inmediato.

—Simples heridas superficiales, aunque confieso que estoy algo aturdido por la caída. Dejadme descansar una hora en esta sombra fresca y estaré listo para la lucha de nuevo.

—Bien, como desees. Hasta pronto. Empieza a gustarme este Simón; es un enemigo por el que vale la pena pelear.

Las admirables tácticas de Simón parecieron desanimar a los legionarios. El ataque empezó a languidecer. El sol del mediodía caía directamente sobre los rostros de los romanos, deslumbrando a los arqueros y arruinando su puntería. El calor, el polvo y el esfuerzo de la guerra habían producido en los sitiadores una sed rabiosa que no tenían cómo saciar. La *posca* —el agua con vinagre que cada soldado llevaba— se había agotado hacía tiempo.

Crispo, aún débil, se reclinó contra el terraplén.

—¡Oh, agua! —murmuró. —No queda nada en toda la hueste —dijo un soldado —. Hay hombres ofreciendo una pieza de oro por una copa de agua. —Y el enemigo se ha enterado de nuestra necesidad —añadió un segundo soldado—. ¡Mirad! Muestran vasijas de agua y la derraman desperdiciándola para burlarse de nuestra angustia.

Tito se acercó en ese momento con rostro preocupado.

—Estamos en una situación lamentable —dijo—. Nuestros hombres se desmayan. El Estanque de la Serpiente está agotado; el Cedrón se ha secado. Nuestros ingenieros no pueden cavar un pozo en este suelo rocoso. ¿Dónde buscaremos agua?

—Hay un estanque llamado **Siloé**, al sur de la ciudad —respondió Crispo—. Puede que no esté seco.

—¡Ah! —exclamó Tito con nueva esperanza. Pero añadió con duda—: Quien vaya allí debe pasar bajo la muralla oriental, expuesto al fuego enemigo.

—¿No está la Décima Legión en el Olivar lista para repeler cualquier salida? Dadme los carros de agua y una escolta de doscientos jinetes, y me comprometo a volver con agua para todos.

—Toma trescientos, y que la fortuna te acompañe.

Pocos minutos después, una larga caravana de carros escoltada por trescientos jinetes bajaba estrepitosamente por el Valle del Cedrón. Por encima de sus cabezas zumbaban piedras y dardos lanzados desde el Olivar por la Décima Legión para protegerlos. Juan de Giscala y sus hombres los vieron desde la muralla oriental e intentaron detenerlos con flechas, en vano.

El convoy pasó veloz por el huerto de Getsemaní hacia la parte más profunda del valle. A su derecha, el Templo se alzaba a casi quinientos pies de altura. Al rodear el extremo sur, giraron hacia el oeste. Allí, donde el valle del Tiropeón se abre al del Cedrón, estaba el Jardín del Rey.

Para su gran alegría, Crispo encontró que el **Estanque de Siloé** estaba lleno de agua fresca y límpida. Por una coincidencia asombrosa, Siloé, cuyas aguas habían estado "selladas" por casi cuatro años, ¡había vuelto a fluir justo al llegar el ejército romano! Para los judíos, la fuente parecía una traidora; el agua que se les negó tanto tiempo fluía ahora para el enemigo.

Tras refrescarse, los romanos procedieron a llenar los carros. Al verlo, los judíos desde la muralla de Ofel estallaron en gritos de ira. ¿Se permitiría que los paganos impuros se llevaran el agua usada en los ritos sagrados? ¡En el nombre de Elohim, no!

La Puerta de la Fuente se abrió y una multitud de zelotes salió blandiendo sables, liderada por **Juan de Giscala**.

—¡A caballo! —sonó la trompeta romana. Crispo no dudó—. ¡Cargad!

Puso su corcel al galope y los trescientos jinetes, rodilla con rodilla y espada en alto, corrieron tras él por el valle. El estruendo de los cascos y el brillo del acero hicieron que los zelotes se detuvieran en seco. El choque fue irresistible. Los hombres de Juan, carentes del fuego de los de Simón, huyeron tras un breve combate. Los romanos los persiguieron hasta las mismas puertas de la ciudad.

—Juan de Giscala se nos ha escapado —gruñó un centurión ante la puerta cerrada. —Está reservado para otro día —respondió Crispo.

Riendo por su victoria, regresaron a los carros de agua. Con su llegada, el ejército romano recuperó la energía, pero aunque trabajaron hasta el anochecer, no lograron abrir brecha.

Así terminó el primer día de lucha.

CAPÍTULO XX: CIRCUNVALACIÓN

En el decimocuarto día del asedio, el ariete reparado, **Nico** o "El Conquistador", justificó su nombre al abrir una brecha en la muralla norte; y Simón, viendo que su posición ya no era sostenible, se retiró hacia su segunda línea de defensa.

Este fue el primer gran paso en el asedio.

Los romanos, al entrar en Bezetha al decimoquinto día, procedieron a demoler la mayor parte de este suburbio, siendo la demolición necesaria para despejar el camino para el avance de la maquinaria de asedio.

Nueve días más, y los romanos habían penetrado la segunda muralla, siendo ahora dueños del suburbio del Acra, al cual procedieron a tratar de la misma forma que al de Bezetha.

Este fue el segundo gran paso en el asedio.

—Bezetha tomada en quince días, el Acra en nueve —se regocijaba Tito—. Estamos progresando.

Tiberio Alejandro, a quien iba dirigido el comentario, se encogió de hombros.

—Meros puestos de avanzada, César. Lo que hemos hecho es un juego de niños comparado con lo que queda por hacer.

Tito empezó a ser de la misma opinión mientras permanecía en medio de la desmantelada Acra y contemplaba una larga cadena de fortalezas desafiantes.

Ante él, al mirar hacia el sur, se alzaba el escarpado risco del **Monte Sion**, de cuarenta pies de altura, con su borde coronado por una muralla altísima que incluía aquellas magníficas torres, Hípico, Fasael y Mariamne, cada una una ciudadela en sí misma. Sobre él, a su mano izquierda, se elevaba la fortaleza del Templo, y adyacente a ella la **Torre Antonia**, esta última asentada sobre una roca que no solo tenía setenta y cinco pies de altura, sino que tenía sus paredes perpendiculares recubiertas de mármol liso.

Tras deliberar con su estado mayor, Tito resolvió realizar un ataque simultáneo contra el Monte Sion y contra la Antonia. Pero, ¿cómo alcanzar estas fortalezas elevadas en el aire?

Solo había una forma: mediante la construcción de terraplenes, ¡una operación estupenda! Pero los romanos estaban familiarizados con tales tareas y, animados por el mismo espíritu resuelto de su general, se pusieron a trabajar con una energía ardiente que nada podía amilanar. Debido a la escasez de tierra, se utilizaron en gran medida madera y fajinas para la erección de estas obras, hasta tal punto que no quedó ni un árbol a la vista de Jerusalén. La belleza silvestre del paisaje desapareció; el pueblo judío, mirando a lo lejos desde los muros de la ciudad, no podía ver a su alrededor más que un desierto desolado y sin árboles.

En el decimoséptimo día, un enorme terraplén se alzaba frente al lado norte de la Antonia, pero justo cuando las máquinas plantadas sobre él empezaban a actuar, los romanos, para su consternación y espanto, vieron que todo el montículo comenzaba a hundirse lentamente. Como el ritmo de hundimiento variaba en diferentes partes, empezaron a abrirse abismos; los arietes y las torres rodaban de un lado a otro, chocando entre sí con efectos destructivos. Los hombres se veían atrapados entre las máquinas, sepultados por la tierra, sofocados por el polvo. Una cantidad prodigiosa de humo brotó del terraplén, seguida de lenguas de fuego. Era la muerte permanecer más tiempo allí, y los asombrados y aterrados romanos, corriendo en todas direcciones, saltaron del montículo.

La causa de todo quedó clara pronto. **Juan de Giscala** y su cuadrilla de zelotes, trabajando bajo tierra con una energía casi sobrehumana, habían excavado una vasta mina bajo el *agger* romano; una mina cuyo techo y soportes estaban formados por madera embadurnada con betún, azufre y otros combustibles. La ignición de estos soportes causó el hundimiento del banco y la destrucción completa de las máquinas.

—¿Véis lo que ha logrado Juan? —gritó Simón a sus seguidores—. ¿Nos dejaremos superar por él?

Ahora bien, un terraplén similar enfrentaba a Sion, y dos días después, al atardecer, justo cuando los romanos se habían retirado a su campamento dejando la fuerza habitual para custodiar el banco, las puertas de Sion se abrieron y de cada una salió una multitud de zelotes, cada uno portando una antorcha encendida o un recipiente con combustibles en llamas, y cada uno bajo un *cherem* o maldición de no regresar hasta haber visto las máquinas y el terraplén romano en llamas.

Saliendo, no por cientos sino por miles, se vertieron por el descenso rocoso como una inundación, ola tras ola, y barrieron hasta el terraplén; algunos, luchando como demonios, se empalaron en las puntas de las lanzas romanas y así murieron; otros, igual de valientes pero más afortunados, rompieron la guardia, escalaron el terraplén y, corriendo de aquí para allá, prendieron fuego a las máquinas y terminaron la obra de destrucción quemando el terraplén mismo, de modo que para cuando Tito y el resto del ejército llegaron, ¡la enorme plataforma de tierra y madera era un rugiente mar de fuego inextinguible!

Por primera vez durante el asedio, el espíritu de la desesperación cayó sobre Tito. Empezó a pensar, junto con los murmurantes y supersticiosos legionarios, que el cometa ardiente que, en forma de espada, derramaba un brillo rojo cada noche sobre Jerusalén, dirigía su influencia maligna no contra los judíos, sino contra los romanos.

Su estado de ánimo se reflejó en la carta dirigida conjuntamente a su padre Vespasiano y al Senado Romano; el despacho omitía la fórmula habitual: «Me alegro si todo va bien para vosotros y vuestros hijos; para mí y para el ejército todo va bien».

No todo iba bien para él y para el ejército. Las tácticas de Simón y Juan habían provocado la desaparición total de su maquinaria de asalto.

¿No quedaba otro camino que ordenar a los ingenieros griegos de Cesarea que construyeran un nuevo juego de máquinas militares, una orden que requeriría varias semanas para su cumplimiento?

Muchas y variadas fueron las sugerencias propuestas en el consejo celebrado en la tienda de Tito. El plan de concentrar toda la fuerza de las legiones contra una parte seleccionada del muro y continuar el asalto día y noche, sin importar la pérdida de vidas hasta que el lugar fuera finalmente asaltado, fue rechazado por impracticable, al igual que la propuesta de cavar un túnel a través de la roca hasta el corazón de la ciudad.

Tiberio Alejandro se levantó para hablar:

—Enviad por todos los medios a Cesarea por nuevas máquinas —dijo—. Mientras tanto, convertiremos el asedio en un **bloqueo** y haremos del hambre nuestra arma principal. La comida dentro de la ciudad ya empieza a escasear, incluso entre los propios zelotes, tanto es así que, si las historias de los desertores son ciertas, estos mismos zelotes están robando el pan al pueblo y torturando a quienes sospechan que lo ocultan.

»Pero si la ciudad ha de ser hambreada eficazmente, debemos cerrar cada vía de acceso. Hasta ahora, hemos vigilado mal los lados oeste y sur de la ciudad, con el resultado de que ciertos mercaderes, despreciando el poder romano y ansiosos por acuñar riqueza de las necesidades judías, tienen la costumbre de colarse por las noches para abastecerla. Los tirios traen pescado y los egipcios grano; los árabes proveen dátiles y los nabateos suministros de betún del Mar Muerto, ese betún ardiente cuyos efectos conocemos tan bien. A menos que se detengan estas acciones, el asedio se prolongará indefinidamente. Mi consejo es que rodeemos la ciudad con un **muro de circunvalación** que sea patrullado día y noche; así cortaremos al enemigo toda ayuda exterior.

»Y puesto que cuantas más bocas haya en la ciudad más rápido desaparecerá la comida, vos, oh César, que hasta ahora habéis tratado con bondad a los desertores, haced saber que de ahora en adelante la **crucifixión** será la suerte de quienes vengan a nosotros pidiendo piedad.

»En seis semanas se estarán comiendo unos a otros, y la victoria será nuestra; pues estaremos luchando no contra hombres fuertes, sino contra seres famélicos y debiluchos, apenas capaces de levantar la lanza o el escudo.

»El ayuno es parte de su religión —concluyó este hebreo renegado con un desprecio—. Hagamos que guarden un ayuno como nunca antes han guardado en toda su historia.

El consejo de Tiberio Alejandro prevaleció, tal como Crispo sabía que sucedería incluso antes de que el prefecto terminara de hablar. Vano era que otros propusieran un plan distinto cuando, cuarenta años antes, una voz divina había dicho: «Tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán».

El día siguiente fue testigo del inicio del fatídico circuito.

Alrededor de la ciudad condenada se trazó, sobre altas colinas y por profundos barrancos, un muro doble: uno, la *contravallatio*, diseñado para repeler las salidas desde la ciudad; el otro, la *circumvallatio*, para repeler ataques provenientes del exterior. Cada una de estas líneas de inversión estaba defendida en su lado externo por una fosa profunda, y a cada tres estadios se alzaba un *castellum* o fuerte, donde se apostaba una guarnición.

Todo el ejército, de 50,000 hombres, fue empleado en la obra, que se completó al cabo de tres días; una hazaña maravillosamente rápida, incluso para los romanos, acostumbrados como estaban a las trincheras y los terraplenes.

Los zelotes fingían observar estas operaciones con indiferencia, lanzando burlas a Tito cada vez que este pasaba cerca. Algunas de estas mofas hacían referencia a Berenice, de quien se sabía que era el objeto de su adoración.

—La bella de Cesarea está sola —gritaban—. La hija de Agripa mira por la ventana y clama a través de la celosía: «¿Por qué tarda tanto su carro en venir? ¿Por qué se detienen las ruedas de su carro?».

Otras burlas se dirigían al origen plebeyo de Tito.

—Tu padre fue una vez veterinario de caballos —gritó uno—. ¿Por qué no vuelves al viejo oficio, Tito? Porque es evidente que no eres un guerrero. Vete, ya que no puedes tomar esta ciudad.

Ante esto, Terencio Rufo, encendido por el honor del César, levantó un arado que por casualidad yacía cerca y pronunció un juramento memorable:

—¡Oíd ahora el voto que hago, rebeldes! ¡Con esto araré Sion como quien ara un campo!

Una lluvia de flechas lo obligó a retirarse, pero conservó su arado.

—Llevad esto a mi tienda —dijo a un soldado—, y que se quede allí hasta el día en que lo reclame. Terencio Rufo cumplirá su palabra.

En la primera noche tras la finalización de las líneas de asedio, el propio Tito, acompañado por Crispo, realizó la ronda de vigilancia. A menudo, los ojos de Crispo se volvían hacia la ciudad, que ahora dormía pacíficamente bajo la luz de las estrellas. La reducción del lugar por hambre era sin duda justificable desde un punto de vista militar, pero no podía evitar pensar en la espantosa angustia que llenaría diez mil hogares; sobre todo, pensaba en Vashti. La imaginaba atormentada por todas las agonías de una inanición lenta, muriendo poco a poco, su belleza dulce y agraciada desvanecida, convertida en un ser de ojos hundidos, piel y huesos, con el cerebro enloquecido por la falta de alimento; y él, a apenas una milla de distancia con pan de sobra, era incapaz de pasarle siquiera una corteza.

Cuando la ciudad fuera tomada, ¿estaría ella viva o muerta? Era un punto que, extrañamente, no se le había ocurrido antes: que, si estaba viva, sería, según los derechos de guerra practicados en una época brutal, una cautiva condenada a la esclavitud. Resolvió allí mismo reclamar su libertad al único hombre capaz de concederla.

—Cuando toméis la ciudad, César, hay alguien para quien quisiera pedir la vida y la libertad.

—Concedido, siempre que el objeto de tu petición no sea un descendiente de David.

—¿Por qué esa excepción? —preguntó Crispo con gran sorpresa.

—Las órdenes de mi padre Vespasiano son que debo buscar a todos los que sean del linaje de David con miras a su extirpación. El judío está convencido de que un descendiente de esta antigua casa real está destinado a alcanzar el imperio universal, creencia que ha dado lugar a esta revuelta; por lo tanto, destruye a todos los del linaje de David y extinguirás este vano sueño judío.

¡Cómo se regocijó Crispo al pensar que el santo obispo Simeón y los restantes *Desposyni* —parientes del Maestro— estaban en ese momento en la distante Pella!

—Aquella por quien hago la petición —dijo— es una tal Vashti, hija de Hircano.

Tito dio un respingo de sorpresa.

—¿Aquella a quien diste la zona dorada en Cesarea?

—La misma —respondió Crispo, conjeturando que el conocimiento de Tito sobre aquel incidente provenía de Berenice.

—¿Qué es esa doncella para ti? —preguntó Tito con una mirada penetrante.

—Mucho, dado que de no ser por ella yo ya no estaría vivo —replicó Crispo, relatando las circunstancias de su recuperación tras la estocada de Eleazar.

Tito parecía genuinamente atribulado. Crispo se había distinguido tan bien en el asedio que era difícil negarle este favor.

—Con gusto concedería tu petición, pero llega demasiado tarde. La princesa Berenice desea obtener la posesión de esa joven.

Crispo, en ese momento, parecía más aturdido que cuando cayó del puente levadizo.

—¡Berenice! —murmuró—. ¿Qué querría ella de Vashti?

—A la princesa le gusta tener doncellas hermosas y elegantes a su alrededor. Me hizo prometer que, del botín de la ciudad, le entregaría a esta Vashti.

—¿Y lo haréis?

Tito se encogió de hombros.

—No se contentó con una promesa verbal. Posee un pergamino firmado por mi mano que la faculta para reclamar a Vashti como su esclava.

En opinión de Crispo, sería mejor, mucho mejor, que Vashti muriera de hambre lenta antes que caer en manos de la celosa Berenice, cuyo único objetivo en esta esclavitud era satisfacer su espíritu de venganza. No dijo nada más, sabiendo la inutilidad de interceder, pero ya había decidido lo que haría; y podría hacerlo, además, con toda la conciencia tranquila.

«Diga lo que diga el contrato en pergamino del César», se dijo a sí mismo, «salvaré a Vashti del destino que le tienen preparado, aunque me cueste la vida».

CAPÍTULO XXI: LA CIUDAD AGONIZANTE

El espectro famélico del hambre recorría Jerusalén.

Desde el primer día del asedio, el precio de la comida había subido tanto que no se podía conseguir un celemín de trigo por menos de un talento de oro; pero tan pronto como el muro romano cortó todo suministro externo, ni diez veces diez talentos podían comprar siquiera un puñado de grano.

Entonces, desde diez mil hogares se alzó el clamor por el pan; pero el cielo arriba era como el bronce; el Dios que había hecho llover maná para sus antepasados permanecía frío ante todos los lamentos salvajes en las sinagogas.

Aquel que había guardado comida para sí no tenía certeza de beneficiarse de su previsión, pues los zelotes irrumpían en cualquier casa que les placía, e infligían tormentos tan horribles a los sospechosos de ocultar alimento que parecían más bien invención de demonios que de hombres.

Entre los que hasta entonces se habían librado de las visitas de los zelotes, aunque vivían en el pavor diario de recibirlas, estaban Vashti y su madre. Ambas vivían solas, ya que Miriam, previendo la hambruna, había despedido a sus criadas al inicio del sitio.

Vashti nunca había conocido un tiempo más infeliz, y había empezado a dudar si no habría sido más sabio seguir el consejo del santo Simeón, escapando de la ciudad condenada mientras fue posible. No eran los punzantes dolores del hambre lo que más la angustiaba, sino el saber que había perdido por completo el amor de su madre. Miriam la trataba con una dureza que parecía aumentar con

cada día que pasaba; no dejaba de reprocharle ser cristiana y amar a los romanos.

—Pero yo también te amo a ti, querida madre, más que a todos los cristianos; ¿si no, me habría quedado aquí contigo cuando podría haberme retirado a salvo a Pella?

Su madre no hizo caso a este argumento, sino que comenzó a arremeter contra Crispo, cuyo valor durante el sitio había inspirado en los judíos un odio casi igual al que sentían por el propio Tito.

—¿Por qué lo cuidaste hasta que sanó? Es una serpiente que paga nuestra bondad haciendo todo el daño que puede a la Ciudad Santa.

No queriendo disgustar a su madre, Vashti se abstuvo de discutir y, con el corazón encogido, fue a revisar sus provisiones, que disminuían rápidamente. Las escasas reservas de harina, higos y uvas pasas durarían apenas unos días más, ¿y después...?

Las dos mujeres se conformaban con unos pocos bocados al día para que el pequeño Arad tuviera lo suficiente para sus necesidades. Tenía entre cinco y seis años, y era idolatrado al menos por su hermana. El niño no podía evitar notar lo poco que comían ellas.

—Es por culpa de los romanos —respondía su madre ferozmente, añadiendo—: Di: «¡Que Dios maldiga a los romanos!».

El pequeño repitió las palabras.

—Ahora dilo tú, Vashti —dijo él.

Pero Vashti, creyendo que los romanos eran ministros de Dios, sacudió la cabeza entre lágrimas, lo que provocó un nuevo estallido de ira en Miriam. Esta parecía encontrar un placer impío en poner al niño contra Vashti, diciendo tantas cosas amargas que la joven se retiró llorando.

Al final llegó el tiempo de la inanición total.

Durante dos días las mujeres ayunaron, dando a Arad lo que quedaba de sus reservas; y, mientras Miriam lo observaba comer, había en sus ojos una mirada

que a Vashti no le gustaba ver: una mirada como si le envidiara la comida al niño.

Al tercer día, él también tuvo que ayunar.

Sus preguntas lastimeras y sus sollozos añadían más angustia al dolor de Vashti. ¿Pero dónde buscar socorro? Pedir comida a sus amigos y vecinos solo provocaría risas burlonas, si es que aún les quedaba fuerza para reír. Si tenían comida, ¿se desprenderían de ella cuando tal acto no haría sino apresurar su propio fin? ¿Qué era Arad para ellos? ¿Acaso no tenían sus propios hijos moribundos? ¿Para qué prolongar el sufrimiento de Arad? Cuanto antes le llegara la muerte, mejor. Esas eran las respuestas que Vashti sabía que recibiría.

En cuanto a Miriam, se había vuelto negligente con el niño. Débil y mareada, se tambaleaba con paso vacilante de habitación en habitación, mirando en cada rincón, hurgando detrás de cada mueble, vaciando cada cofre con la esperanza de dar con algo —lo que fuera— que pudiera saciar por un momento las punzantes ansias de hambre. Pero su búsqueda fue vana.

Las dos mujeres pasaron la tercera noche sin probar bocado. Arad se durmió llorando. Vashti pasó las horas de oscuridad en un estado entre el sueño y la vigilia; cuando soñaba, era con banquetes deliciosos, de los cuales despertaba con un sobresalto repentino a la espantosa realidad de su situación.

Y así amaneció el cuarto día de ayuno. Arad, al despertar de nuevo, comenzó su panteo lastimero pidiendo comida, un grito que atravesaba el corazón de Vashti. ¿Debía quedarse allí sentada, de brazos cruzados, viendo morir al niño?

Un pensamiento repentino hizo que sus nervios vibraran de alegría. Mirando a su alrededor y viendo que su madre no estaba, se arrodilló junto al lecho de Arad y le susurró:

—No llores, Arad. Quédate quieto y sé bueno, y te traeré algo de comer.

Algo pacificado, el pequeño se calmó.

Al pasar a la habitación contigua, Vashti vio a su madre acuclillada en un rincón sobre el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas. Parecía que, habiéndose sentado una vez, carecía de toda fuerza para levantarse de nuevo. Cuando Vashti se acercó, Miriam levantó débilmente la cabeza y miró con una desesperación

sombría y apagada a su hija. No preguntó por Arad; no salió ni una palabra de sus labios; había llegado a esa etapa en la que hablar resulta doloroso e irritante, la etapa en la que cesa todo interés por las cosas externas, donde uno se sienta en el suelo a rumiar en silencio, esperando el lento acercamiento de la muerte.

El cuerpo joven de Vashti conservaba más vida que el de su madre, pero pronto ella también, incapaz de arrastrar sus miembros, tendría que sentarse, meditabunda, silenciosa, agonizante. Vashti no le dijo nada. ¿Qué podía decirle? Las palabras de aliento no serían más que una burla.

Subió la escalera y salió a la azotea.

Pocas semanas antes, Arad había llevado allí una gran torta de pan con la intención de divertirse lanzando migas al aire para atraer a palomas y gorriones. Por alguna razón, no lo hizo, y en lugar de bajar el pan, lo había colocado en un hueco bajo una teja para reservarlo para el juego de otro día. Ese día nunca llegó; y allí había permanecido, olvidado por Vashti hasta ese instante. ¿Seguiría allí?, se preguntó. Sí, allí estaba, lo suficientemente grande para servirle al pequeño Arad para una comida.

Una gran tentación asaltó a Vashti: hincar los dientes allí mismo y devorarlo hasta que no quedara nada; pero el pensamiento de Arad controló ese impulso egoísta. El pan estaba duro como el hierro, pero un poco de remojo en agua lo volvería blando y apetecible.

Ocultando el preciado fragmento en su seno, Vashti bajó la escalera, pasando de nuevo frente a su madre, que la miró con la misma mirada perdida y mecánica de antes. Bajo esa mirada terrible, Vashti se sintió como una traidora. Una lucha comenzó en su pecho. ¿Era correcto ocultar este descubrimiento a su madre? ¿No tenía ella derecho a una parte de la corteza? Sí, si se conformara con una parte, ¿pero y si en su hambre feroz se apoderaba del todo? Ese era el miedo de Vashti. El afecto la obligaba a elegir entre su madre y Arad, y este último prevaleció. Le dolía el alma dejar a su madre muriendo allí, pero le dolería aún más ver al pequeño Arad despojado de su último bocado por la propia madre que lo parió.

Cuando Vashti entró en la habitación, el pequeño volvió sus ojos ansiosos hacia ella. Ella se acercó a su lecho:

—¡Mira! Aquí hay una gran torta de pan; pero está dura y hay que ablandarla antes de que puedas comerla. —Y luego, temiendo que los oídos de su madre captaran lo que ocurría, añadió en un susurro—: ¡Shhh! No hables, cariño. Quédate quieto y la tendrás pronto.

Tras ablandar el pan con agua, atormentada todo el tiempo por un deseo ferviente de devorarlo ella misma, se lo entregó todo a Arad.

Había muchos padres entre los sitiadores romanos fuera, hombres de disposición humana a pesar de su oficio bélico. Si hubieran podido presenciar la alegría con la que el pequeño tragaba los bocados, seguramente habrían cargado sus balistas, no con piedras, sino con hogazas, y las habrían hecho llover sobre el techo de la vivienda de Miriam.

—Come despacio —dijo Vashti—, o te hará daño.

Apenas había dicho esto cuando un grito escapó de sus labios. Entre ella y Arad había caído de repente una mano esquelética, una mano que se cerraba con codicia sobre el pan, una mano que pertenecía a la figura que Vashti creía que seguía acuclillada en el suelo de la otra habitación.

Arad, adivinando por instinto que estaba a punto de ser despojado de su comida, se metió un extremo de la corteza en la boca.

—Dámelo —chilló Miriam, tirando del otro extremo con tal fuerza que arrastró al niño fuera de su lecho.

Arad se aferró con los dientes a la corteza; de repente, esta se partió, y Miriam, asegurando su propio trozo, lo tragó con un gusto voraz y lobuno, espantoso de presenciar, mientras Vashti observaba con temor y temblor.

—¡Oh, madre! ¡Madre! —jadeó ella—. ¿Cómo has podido hacerlo?

Arad, aterrorizado casi hasta la muerte por el acto y la mirada de su madre, se aferró a su hermana, quien se esforzaba por calmar su llanto.

—Es como sospechaba —dijo Miriam—. Me ocultas comida para satisfacerte tú y Arad, mientras yo, tu madre, puedo morirme de hambre. —No es así, madre. —¿Negarás lo que mis propios ojos han visto? Muéstrame el camino a tu

almacén secreto. —No tengo ningún almacén secreto. —¿De dónde, entonces, sacaste este pan?

Vashti se lo explicó, pero fue en vano. Miriam persistió en declarar que Vashti había escondido provisiones en algún lugar de la casa, y anunció su intención de vigilar, de ahí en adelante, todos los movimientos de su hija.

Vashti, ya débil, estuvo a punto de colapsar por el impacto de este rudo encuentro, pero por el bien de Arad se mantuvo firme con valentía. Su indignación contra su madre se disipó después de un tiempo, dando paso a la piedad; al quitarle la comida a Arad, Miriam solo había hecho lo que ella misma se había sentido terriblemente tentada a hacer. Aunque atormentada por un dolor punzante que crecía con cada hora, Vashti, ocultándolo todo bajo un semblante alegre, buscó que Arad olvidara sus penas; sacó sus juguetes y jugó con él; consiguió pergamino, tinta y plumas, y dibujó letras, objetos y pequeños dibujos para su diversión; le contó historias sencillas y cantó algunos de los salmos que él conocía para que la acompañara con su vocecita. Esos salmos le recordaron las felices horas del crepúsculo pasadas con Crispo, y cantó con un temblor en la voz y lágrimas asomando a sus ojos, hasta que finalmente se quebró por completo y sollozó en voz alta. Al ver llorar a su hermana, Arad, naturalmente, también lloró; y, al reafirmarse los dolores del hambre, comenzó su lastimero lamento pidiendo algo de comer.

—Danos de lo que tienes guardado —dijo Miriam. —Madre, no tengo nada guardado. —Entonces, busca comida —le devolvió Miriam, elevando la voz hasta un chillido—. Nos ves a mí y al niño muriendo de hambre, y te quedas ahí sentada de brazos cruzados sin hacer nada para evitarlo. ¿Vamos a morir? Yo estoy demasiado débil para salir, pero tú aún tienes fuerzas. Debe haber comida en algún lugar de la ciudad. Ve y búscala. Toma dinero, tus joyas, tu cinturón de oro. Compra, ruega, roba si es necesario, pero tráenos comida.

En opinión de Vashti, las palabras de Miriam eran meros delirios. ¿De qué servía vagar por la ciudad ofreciendo comprar comida a una población famélica? El que tuviera pan, ¿no lo guardaría para sí?

De repente, se acordó de alguien con quien siempre había sido favorita: el benévolo **Johanan ben Zacchai**, cuyas dos hijas habían sido sus amigas de toda

la vida. Iría a su casa en Ofel y, si ellos eran los afortunados poseedores de comida, les rogaría un poco por el bien de Arad. Besándolo apasionadamente, lo acostó y salió a cumplir esa dudosa misión.

El sol poniente teñía con un resplandor dorado las partes más altas de la ciudad cuando Vashti descorrió el cerrojo de la puerta de su vivienda, una puerta que no se había abierto en muchas semanas. Lo primero que la impresionó fue el extraño silencio que prevalecía: «un silencio profundo y una especie de noche mortal», para usar el lenguaje del historiador de la época. La calle estaba vacía; cada casa, como la suya, estaba cerrada y atrancada. ¡Hecho significativo! ¿Qué tragedias silenciosas, qué escenas de angustia estarían ocurriendo detrás de esas puertas cerradas y ventanas enrejadas?

Al salir a la calle, su ojo captó un objeto estremecedor. Colgando de una cuerda de un gancho fijado en una pared adyacente estaba un cadáver arrugado y momificado: el de un hombre que, sin duda incapaz de soportar más las agonías de la inanición lenta, había elegido apresurar su fin mediante el suicidio. El pensamiento de que antes del final de su jornada era probable que viera otras escenas como esta, o incluso más espantosas, casi la hizo entrar de nuevo en casa, pero la ira de su madre y el hambre de Arad la espolearon, y se alejó tan rápido como su debilidad se lo permitió.

A los pocos pasos, vio tendido en la entrada de un estrecho arco el cuerpo de una mujer recién fallecida; una mujer con el cuerpo demacrado por el hambre, la piel tensa sobre los huesos y las venas de su cuello marchito resaltando como tendones. Apoyado sobre su brazo yacía un bebé cuya mano agarraba convulsivamente el pecho marchito de su madre, retorciéndolo con sus dedos y emitiendo débiles y pequeños gritos de rabia al verse privado de sustento. La piedad por la madre, y una piedad aún mayor por el niño, pusieron a Vashti en un estado de vacilación. Dejar al bebé muriendo allí era un acto antinatural; por otro lado, ¿de qué servía llevarlo a su propia casa? Ni ella ni su madre tenían los medios para preservar su vida. Bien podría morir bajo el cielo abierto como bajo un techo; y así, endureciendo su corazón, Vashti siguió adelante lentamente. Pero no llegó más allá del final de la calle; empezando a sentirse como una asesina, dio media vuelta, solo para encontrar al niño exhalando su último suspiro.

Dejando a la madre y al bebé, Vashti prosiguió su camino, viendo con el corazón compungido otras visiones igualmente macabras. El Apocalipsis, escrito recientemente, aún no había llegado a su conocimiento, o podría haber recordado el pasaje: «Sus cadáveres yacerán en las calles de la gran ciudad».

Entró en una plaza silenciosa, aparentemente vacía, pero una segunda mirada a su alrededor le mostró en su lado sur un grupo de figuras humanas —quizás veinte en total— hombres, mujeres y niños, agrupados en diversas actitudes sobre los escalones de la Sinagoga Real. No se percataron de su llegada, aunque sus pasos sonaban antinaturalmente fuertes en el extraño silencio. Vashti se detuvo en seco, absolutamente espantada por su aspecto. Aunque ella misma estaba terriblemente desmejorada, Vashti estaba rolliza comparada con estas figuras. Con miembros atenuados hasta ser esqueletos, con ojos profundamente hundidos, con pómulos proyectándose horriblemente y complexiones oscurecidas por el hambre, parecían seres fantasmales de otro mundo. Más terrible que todo era la expresión de angustia indecible grabada en sus rasgos; era la mirada de hombres que nunca más volverían a sonreír en este mundo. Habían venido a este lugar porque desde allí se divisaba su amado Templo; y deseaban morir con sus ojos vidriosos fijos hasta el final en los elevados pináculos dorados del santuario de mármol blanco que resaltaba con toda su belleza contra el sereno cielo azul de la tarde.

Muertos y moribundos yacían tendidos a lo largo de los escalones. «Los que estaban a punto de morir miraban a los que habían partido antes a su descanso con ojos secos y bocas abiertas».

De repente, un sonido se hizo audible; distante al principio, se volvió dolorosamente fuerte y, finalmente, con un estrépito y un tintineo, una docena de zelotes armados del bando de Juan entraron marchando en la plaza. Su físico bien conservado ofrecía un contraste asombroso con el grupo fantasmal de los escalones de la sinagoga. El hambre aún no les había tocado. Aparentemente de muy buen humor, hablaban y reían de forma grosera, indiferentes al sufrimiento que encontraban a cada paso. De hecho, habían salido a propósito para aumentar los sufrimientos de la ciudad. Cuatro de ellos cargaban un pequeño ariete, destinado a forzar las puertas de los ciudadanos obstinados que se empeñaban en guardar sus propias provisiones.

Vashti notó que estos zelotes tomaban el camino que pasaba por delante de la sinagoga. No queriendo atraer su atención, se deslizó hacia un lado del edificio y se escondió tras un contrafuerte, ingeniándoselas, sin embargo, para vigilar al grupo que se acercaba. Al acercarse más, vio para su sorpresa que los más jóvenes vestían como mujeres, con toda la gala de vestiduras finamente teñidas y tobilleras de oro que tintineaban al caminar; su cabello largo y suelto estaba adornado con la *suffa*, una red de gasa que, sujeta al tocado, colgaba sobre los hombros hasta la cintura; el carmín brillaba en sus mejillas, mientras que sus ojos, para que parecieran más grandes y lujosos, estaban pintados con *kohl*, y sus cejas arqueadas y oscurecidas con el mismo preparado. Su apariencia estremeció a Vashti con un horror misterioso y sin nombre; se preguntó qué significaría aquel atuendo femenino, ignorando en su inocencia que el Templo se había convertido, bajo Juan de Giscala, en sede de infamias que hicieron que el vidente de Patmos marcara a la ciudad, antes santa, con un nombre temible.

Los zelotes, al pasar, miraron a la multitud silenciosa, cuya angustia mortal solo provocó su risa salvaje.

—Más víctimas para el carro de los muertos —rió uno—. ¡Ajá! —continuó, deteniéndose y señalando a una figura rígida y fantasmal que yacía boca arriba en las escaleras—, ¿a quién tenemos aquí? Asenat la ramera, por mi vida. Apenas se puede reconocer en ella a la que fue favorita del viejo Ananías. ¡Cómo mira! ¿Está viva o muerta? —¡Muerta! —respondió otro zelote. —Apuesto diez siclos a que está viva —gritó el que había hablado primero. —Y yo apuesto lo mismo a que está muerta —respondió el segundo. —¡Bien! Ya lo habéis oído —dijo el primero, dirigiéndose al resto para que fueran testigos de la apuesta.

Los zelotes tenían una forma propia —y por diversión solían practicarla— de comprobar si un cuerpo estaba muerto. Desenvainando su hoja, el primer rufián apartó la túnica de la mujer y le atravesó el pecho con la punta del arma, acto seguido de un débil gemido y una ligera contorsión de la figura.

—Has perdido la apuesta, Malco —rió el primer rufián—. Está viva. —Está muerta ahora, en cualquier caso —respondió el segundo; y, furioso por perder la apuesta, sacó su espada y apuñaló a la mujer en el corazón.

Ante esto, un hombre moribundo a su lado habló con tonos huecos:

—En nombre de Dios, sed misericordiosos y haced lo mismo conmigo. Atravesadme para que mi angustia tenga fin.

—¿Deseas morir? Entonces vivirás —replicó Malco; y, envainando su hoja, se alejó con el resto de los zelotes, quienes reían como si el asunto fuera una alegre broma.

Cuando el silencio descendió de nuevo sobre la plaza, Vashti salió temerosamente de su escondite y, tras vacilar sobre si regresar o no a casa, reanudó su camino lento y tembloroso hacia Ofel, llegando sin más contratiempos a la casa de Johanan ben Zacchai. Era una morada humilde situada en una calle que, como todas las demás en la ciudad, estaba tan silenciosa como la tumba.

Vashti encontró la puerta, como esperaba, atrancada. Antes de llamar, escuchó con atención y detectó un sonido proveniente del interior que hizo que su corazón diera un salto de esperanza: era un sonido como el que se produce cuando el grano es molido entre dos piedras de molino.

Incluso en su estado mental aturdido y asustado, Vashti no pudo evitar pensar que era una imprudencia moler grano tan cerca de la calle, una calle que podía ser transitada en cualquier momento por zelotes rufianes en busca de comida. Evidentemente, en la casa de Johanan no faltaba el grano; ¿seguramente le darían un poco de sus reservas?

Llamó a la puerta y el sonido de la molienda cesó al instante.

—Creen que soy un zelote —dijo ella con una risa nerviosa y débil.

Llamó una segunda y una tercera vez, pero no recibió respuesta; gritó su nombre tan fuerte que los de adentro debieron de haber oído quién era la visitante, pero no respondieron. Un silencio sepulcral prevalecía en el interior. Vashti se retiró al medio de la calle y volvió sus ojos desesperados hacia la celosía sobre el portal. Ningún rostro amigo la miró; ningún rostro en absoluto. Se alejó con tristeza, pero regresó poco después, y así continuó haciéndolo a intervalos, golpeando lastimosamente la puerta, pero todo fue en vano.

Entonces la esperanza murió dentro de ella. Si Johanan ben Zacchai no escuchaba la voz de una suplicante, no había nadie más en la ciudad que lo hiciera. No le quedaba más remedio que regresar a casa; pero ¿cómo podía, con las manos vacías, enfrentar la mirada desesperada de su madre agonizante y los ojos hambrientos del pequeño Arad, que esperaba ver a su hermana regresar cargada de comida?

Reacia a volver, vagó lenta y erráticamente por las calles y plazas de la ciudad iluminada por las estrellas. En el Xystus, frente al palacio medio quemado de Agripa, se topó con un grupo de hombres, todos con la marca de la hambruna: miembros esqueléticos, tez oscura, ojos hundidos de brillo antinatural y esa mirada asustada. Apoyados en bastones, escuchaban a uno de esos fanáticos autoengañados, tan numerosos en Jerusalén en aquel entonces; fanáticos cuyo sueño ningún revés podía destruir: el sueño de un futuro imperio universal para los judíos. Cuanto más oscura y desesperada parecía la situación, más ferviente y entusiasta se volvía la fe de estos falsos profetas.

Vashti se detuvo un momento a escuchar su salvaje arenga:

—¿Creéis que Jehová permitirá que el lugar donde ha elegido poner Su nombre caiga en manos de los paganos incircuncisos? Varones hermanos, no hay contradicción en la naturaleza divina; por tanto, Aquel que decretó que el Templo fuera edificado nunca puede decretar que sea destruido. ¡Tened ánimo y alegraos! El tiempo predicho por los profetas está cerca: los cielos se abrirán y el Mesías descenderá de ellos —¡sí, es cuestión de pocas horas!— para vengar a Su pueblo. Sus pies se posarán sobre el Monte de los Olivos y con el aliento de Su boca aniquilará a la hueste de Tito, tal como aniquiló a la hueste de Senaquerib.

Y argumentaba con tanta astucia, citando textos proféticos, que sus oyentes hambrientos, apenas con fuerzas para mantenerse en pie, se volvieron tan esperanzados como el propio orador. Olvidaron sus sufrimientos presentes y alzaron la vista hacia el cometa que brillaba rojo en el cielo, esperando casi verle lanzar una muerte ardiente sobre la línea enemiga que aguardaba pacientemente la lenta pero segura perdición de la ciudad.

Con un suspiro, Vashti prosiguió y, al llegar a una esquina, vio la figura demacrada de un hombre arrodillado, con un arco tensado y una flecha lista. Siguiendo su mirada, vio que apuntaba a una paloma que acababa de posarse en el suelo a pocos metros. «¡Comida! ¡Vida!», era el pensamiento que enloquecía su cerebro. Pero Vashti vio lo que él no: mucho más cerca del ave, agachada en un portal, estaba la figura esquelética de una mujer esperando arrebatar la presa. Y así fue. En cuanto la flecha voló certera al blanco, la mujer salió tambaleante de su escondite, se abalanzó sobre la paloma muerta y, como un ghoul, desgarró con los dientes la carne cruda.

Ante aquella visión, el hombre lanzó un grito de agonía y rabia:

—¡Ladrona! ¡Perra! ¡Maldita! —chilló—. Dame lo que es mío. ¡Ah, se lo va a devorar todo! En nombre de Dios, dame un bocado para que pueda vivir y no morir.

Al abalanzarse hacia adelante, sus piernas cedieron y cayó pesadamente al suelo. La naturaleza ultrajada hizo el trabajo por él. La mujer, atiborrándose tras tanto tiempo sin comer, sufrió una convulsión repentina, cayó al suelo entre contorsiones horribles y murió allí mismo, siendo su fin saludado por la risa burlona del perseguidor quien, sin inmutarse por su destino, se arrodilló, arrancó el resto del ave de los dientes de la muerta y comenzó a roerlo él mismo.

Vashti, estremecida, se alejó y, desandando sus pasos hacia Ofel, buscó una vez más la casa de Johanan ben Zacchai. Pero se detuvo horrorizada antes de llegar. La puerta estaba ahora abierta de par en par, colgando destrozada de sus gozne, con el pequeño ariete que había hecho el trabajo tirado en la entrada. Del interior salían los gritos de un anciano sufriendo.

—Dale otra vuelta a su pierna —gritó una voz que reconoció como la de Malco —. Pronto haremos que este viejo barbicano confiese dónde ha escondido su grano.

Al mismo tiempo, de una cámara superior brotaron los gritos estremecedores de las dos hijas de Johanan, llamando desesperadamente a su anciano padre para que las librara de las manos de los lascivos zelotes. Con la sangre helada, Vashti huyó para que no le ocurriera lo mismo; huyó sin saber a dónde, hasta que se

encontró frente a una gran masa negra: era el muro de Sion, el enorme baluarte que separaba a los romanos de la victoria y a ella misma de Crispo.

Estaba cerca de la Puerta del Valle, custodiada por zelotes. Simón el Negro estaba allí. Un olor desagradable, tan denso que casi podía saborearse, flotaba en el aire; por eso Simón sostenía una caja de perfumes cuya fragancia inhalaba de vez en cuando. De más allá de los muros llegaban gemidos lastimeros, voces misteriosas de criaturas humanas sufriendo. Vashti se acercó temblorosa y le pidió pan.

—¿Pan? —repitió el zelote—. ¿Por qué vienes a mí? —Porque eres como un rey en esta ciudad.

Uno de los zelotes la reconoció como una nazarena y protegida del "traidor" Josefo. Vashti, desesperada, rogó por un niño que moría. Simón, extrañamente conmovido, le prometió no solo un pan, sino una cesta llena. Pero antes de dejarla ir, la llevó a una torre y le dio unos granos de uva, un higo y un trozo de pan.

—Come un poco o te desmayarás —le dijo.

Vashti comió con una mezcla de gratitud y repulsión. Al notar que ella no comprendía el origen del hedor que lo envolvía todo, Simón dijo:

—Ven conmigo si quieres saberlo.

Subieron a las almenas bajo la luz de las estrellas. Simón le entregó su caja de perfumes y le indicó que mirara hacia abajo, al barranco de Hinom. Vashti miró y, en la penumbra, vio que el valle —tipo del infierno en la teología hebrea— estaba atestado de cadáveres, amontonados por decenas de miles en todos los estados de descomposición.

El aire estaba tan viciado que, de no ser por el perfume, Vashti se habría desmayado. De la oscuridad surgían ruidos de desgarros. Simón arrojó una piedra; ante el impacto, una nube negra de cuervos y buitres, hartos de carne humana, alzó el vuelo, oscureciendo con sus sombras el rostro del cielo.

Vashti, al pasar, retrocedió con un estremecimiento y, al hacerlo, sus ojos se toparon con una visión aún más sorprendente y pavorosa. ¡Ahora comprendía el origen de aquellos lamentos lúgubres de medianoche!

Allí, más allá del barranco, bajo la luz fría de las estrellas despiadadas, había hileras tras hileras de cruces; ¡y en cada cruz estaba clavada una forma humana desnuda!

El número de estas cruces superaba todo cálculo; rodeaban la ciudad entera, extendiéndose hasta el muro romano, cuyo perfil almenado era débilmente visible desde las murallas. Cuántas de las víctimas crucificadas estaban muertas; cuántas soportaban sus sufrimientos en heroico silencio; cuántas habían llegado al estupor sombrío que es el precursor inmediato de la muerte, era imposible saberlo. Vashti podría haber pensado que todos estaban muertos, si no fuera porque, de vez en cuando, algún pobre desgraciado, ahora en este sector y luego en aquel, levantaba su cabeza hasta entonces inclinada, se estremecía convulsivamente y rompía la quietud de la noche con un prolongado y lúgubre grito de dolor; un grito que habría hecho llorar a la naturaleza más fría y severa, pero que parecía no tener efecto alguno en Simón.

—En nombre de Dios, ¿quiénes son estos? —jadeó Vashti.

—Desertores judíos. Es así como Tito recibe a los que vienen a él desde la ciudad, y no les tengo lástima. Que mueran; merecen su destino. Observa —continuó—, ¡mira la mala fortuna que ha perseguido a todos los que desertaron de la causa santa! En los primeros días del asedio, Tito solía recibir a tales renegados con favor; un favor, sin embargo, que resultó ser la perdición de muchos, quienes, al comer con demasiada avidez la comida que les daban, reventaron y así murieron. —Hizo una pausa con una sonrisa vengativa y luego reanudó—: A ellos les siguieron otros desertores que, antes de abandonar la ciudad, tragaron monedas de oro y piedras preciosas, pensando en recuperarlas después de haber pasado las líneas romanas. ¡Avaricia fatal! El secreto llegó a oídos de los aliados sirios y árabes encargados de custodiar a estos desertores; los degollaron y abrieron sus cuerpos para llegar a los tesoros. De esta manera, dos mil de ellos fueron asesinados en una sola noche. —De nuevo sonrió con saña—. Finalmente Tito, volviéndose severo al ver el poco progreso de sus armas, envió a nuestras murallas un heraldo para proclamar que no recibiría más desertores; o salía el pueblo entero, o ninguno. Sin importar este decreto, nuevos grupos se dirigieron al campamento romano, solo para ser devueltos a la ciudad como una procesión de víctimas que gritaban, con las manos amputadas. —Otra

vez esa sonrisa vengativa—. Y ahora —añadió Simón, señalando la macabra escena ante ellos—, ahora ha optado por esta forma de tratar con ellos. ¡Son crucificados a razón de quinientos por día!

¡La venganza de la historia!

Estos eran los hombres, y los hijos de los hombres, que cuarenta años antes habían gritado: «¡Crucifícale! ¡Crucifícale!». ¡Y ahora ellos mismos eran crucificados —algunos en el mismo sitio del Gólgota!— en tal número que, en palabras de Josefo, «faltaba espacio para las cruces, y cruces para los cuerpos». Y las víctimas, si tan solo eligieran mirar, podían ver sobre sus cabezas en el cielo el resplandor rojo de la espada celestial. ¡Un momento! ¿Era la figura de una espada, o no era más bien la semejanza de una cruz, destinada a recordarles la tragedia más grande y asombrosa de la historia del mundo?

La cabeza de Vashti nadó en horror; una niebla oscureció su visión; el aire y el paisaje parecían tornarse lentamente en un tono rojo sangre universal. Su lamento salvaje se lanzó al aire nocturno:

—¡Oh Dios, ten piedad de esta desdichada ciudad!

Pasaba de la sexta hora de la noche cuando Vashti, con su cesta de pan al brazo, llegó a casa. Cerrando y atrancando la puerta tras de sí, recorrió el pasillo corto y cruzó el pequeño patio. Al entrar en una habitación de la planta baja, se detuvo un momento en actitud de escucha. Había esperado tanto oír el lamento lastimero de Arad pidiendo comida que fue casi una decepción encontrar la casa tan silenciosa como una tumba. Evidentemente Arad dormía, a menos que... ¡su corazón casi se detuvo ante el pavoroso pensamiento que de pronto la asaltó! Pero no, se alarmaba sin causa. Un ayuno de dos días, aunque debilitara mucho a un niño, no lo mataría. Arad debía estar durmiendo. Sonrió con ternura al imaginar su alegría cuando despertara y viera lo que su hermana le había traído.

Si madre e hijo dormían, era natural que la casa estuviera en silencio; sin embargo, en la quietud imperante que envolvía el lugar como un velo tangible, había algo tan extraño y opresivo que llenaba a Vashti de vagos temores. Sus pasos al entrar habían sonado tan huecos que se detuvo, casi temiendo dar un segundo paso. Por primera vez en su vida, temió a la oscuridad.

Armándose de valor, avanzó a través de la penumbra hacia la escalera que estaba en un rincón de la estancia. Cuando estaba a mitad del camino, su pie tocó un objeto; movida por la curiosidad, se inclinó y, al recogerlo, descubrió que era... ¡un cuchillo largo!

Ahora bien, cuando Vashti pasó por última vez por esta habitación, no había ningún cuchillo en el suelo; su sandalia se había aflojado precisamente en ese punto; se había arrodillado para atar el cordón, y el cuchillo, de haber estado allí entonces, difícilmente habría escapado a su vista. Evidentemente, alguien debió entrar en esta habitación durante su ausencia; sin duda, Miriam. No había nada extraño en el hecho de que su madre bajara al patio, pero Vashti no podía evitar preguntarse por qué Miriam habría quitado el cuchillo de su lugar habitual en el estante, ya que era el que se usaba solo para las tareas culinarias, siendo esta estancia la cocina del pequeño hogar. A menos que las circunstancias lo prohibieran, el cuchillo podría haber sido tomado como evidencia de la preparación de una comida.

Como esperando que la oscuridad le proporcionara alguna pista, Vashti miró vagamente a su alrededor, y allí en el suelo, a pocos pies de distancia y centelleando en la penumbra, había algo que tenía la apariencia de un ojo, un ojo que vigilaba intensamente todos sus movimientos. La miró fijamente un rato, parpadeó, volvió a brillar, luego el párpado pareció cerrarse y hubo oscuridad donde el objeto había estado. Vashti lanzó una pequeña risa nerviosa de alivio al darse cuenta de que lo que la había asustado no era un ojo, sino un tenue punto de luz en el hogar, la última chispa de unas brasas moribundas. Era evidente que durante su ausencia se había encendido un fuego en esta habitación, ¿y por quién, sino por su madre? Y este hecho, sumado al cuchillo, parecía indicar la preparación de alimento. Si era así, ¿cómo había tenido Miriam tanta suerte? Tras lo que Vashti había visto esa noche, era difícil creer que alguien en esa ciudad famélica estuviera tan provisto como para dar auxilio a otros. Siendo así, ¿qué significado tenían el fuego y el cuchillo?

En lugar de correr de inmediato a la habitación de su madre, Vashti se demoró en esta estancia, impresionada por la creencia de que aquí se hallaba la clave del misterio. Aunque ignoraba totalmente su naturaleza, se sentía segura de estar al borde de algún descubrimiento estremecedor, y temblaba de pies a cabeza.

Lentamente se acercó al hogar; sobre él, el aire aún estaba tibio. Sus pies presionaron un material ligero y flexible como tela. Era tela, una pequeña prenda de lana perteneciente a Arad; es más, ciertos flecos le indicaron que era el pequeño caftán que él llevaba puesto la última vez que lo vio. ¿Qué extraño capricho había inducido a su madre a despojar al niño de su única prenda? ¿Había sido cambiada por otra? Si era así, no era fácil ver la razón, o por qué la vieja había sido traída abajo y dejada junto al hogar.

Preguntándose si habría algo más aquí perteneciente a Arad, extendió las manos y agarró un pequeño cinturón y dos sandalias. Permaneció un momento desconcertada: entonces, mientras la espantosa verdad se precipitaba en su mente, brotó de ella un grito tan atroz que apenas parecía humano; el pavor la hizo erizarse y gotas de sudor frío brotaron de cada poro.

Todas las tragedias espantosas que había visto esa noche, ¿qué eran comparadas con esta?

Se dio la vuelta y corrió escaleras arriba, su frenesí de dolor dándole una fuerza tan grande que ni hombres armados habrían tenido el poder de detenerla. Con paso rápido entró en la cámara superior. Estaba oscuro, pero no del todo: la luz de las estrellas que entraba por la celosía bastaba para que los objetos cercanos fueran débilmente visibles. Miriam yacía en medio de la estancia durmiendo en su lecho. No fue a ella a quien Vashti se dirigió primero. Aunque sabía bien que no lo encontraría allí, corrió de inmediato al lecho de Arad.

¡Estaba vacío!

Voló al lado de su madre, se arrodilló y miró con horror el rostro somnoliento, un rostro que mostraba en ese momento el aire pesado de quien tiene sus necesidades satisfechas. ¡Su madre estaba realmente durmiendo, como si esta fuera una noche ordinaria! ¡Durmiendo, después de un acto como el suyo! ¡Durmiendo ella, que no debería volver a dormir jamás!

Quedaba poco de hija en Vashti mientras sacudía ferozmente a la mujer por el hombro. Y el alma de la desdichada Miriam, saltando de sueños placenteros a la pavorosa realidad, despertó para oír resonar en la penumbra una voz que, como la del arcángel acusador, le dirigía la pregunta más terrible:

—¿QUÉ HAS HECHO CON ARAD?

CAPÍTULO XXII: EL RESCATE DE VASHTI

Tiberio Alejandro, el judío apóstata, y Crispo, escoltados por cuatro legionarios, se hallaban al pie de la muralla de la ciudad, en el punto donde la mampostería, elevada a una altura asombrosa, sostenía el Pórtico de Salomón.

La noche, que en su primera parte había sido clara y estrellada, se había vuelto ahora nublada y oscura, un cambio que parecía satisfacer a Alejandro.

—Cuanto más oscura sea la noche, más probabilidades tendré de descubrir algo —observó. Para Crispo era evidente que Alejandro tenía una razón especial para traerlo a este lugar, el cual suponía una dura prueba para el sentido del olfato debido al efluvio que emanaba de los cadáveres en el barranco del Cedrón.

Alejandro contemplaba ahora dicho barranco. Podía citar a los profetas hebreos cuando la ocasión lo requería, aunque usualmente lo hacía para ridiculizarlos.

—«Hijo de hombre» —le dijo burlonamente a Crispo—, «¿vivirán estos huesos?»

—Mi respuesta es la de los escribas cuya enseñanza habéis abandonado —replicó Crispo—. Lo que no era, llegó a ser; ¿cuánto más, entonces, aquello que ya ha existido?

Tiberio Alejandro podría haber respondido a este célebre argumento rabínico, pero su atención fue atraída en ese instante por la aparición repentina de una luz en una ventana de uno de los *castella* o fuertes de la línea de contravallación romana. Tres veces destelló la luz y luego desapareció.

—¿Lo has visto? —dijo a Crispo—. Yo también lo he visto otras noches. No cabe duda de que es una señal para los judíos en la ciudad. Tenemos un traidor en nuestro campamento. Si nos quedamos aquí, descubriremos quién es, si no me equivoco. Mantengámonos en la sombra de este risco.

—¿No es ese el fuerte donde está acuartelado el rey Agripa? —susurró Crispo.

—Tú lo has dicho —respondió Alejandro.

Durante largo tiempo, el pequeño grupo permaneció en silencio y a la expectativa. Por fin, se oyó sobre sus cabezas un sonido como el choque de metal contra piedra y, al mirar hacia arriba, vieron descender a través de la oscuridad una cesta muy grande de mimbre reforzado, sujeta al extremo de una cadena de hierro. Tocó el suelo y allí se quedó.

—Vacía —comentó Alejandro, echando un vistazo—. Es como sospechaba. Los sacerdotes la bajan para recibir algo que debe depositar el hombre que hizo las señales. Y aquí viene el traidor.

Mientras hablaba, un hombre se acercaba sigilosamente al pie de la muralla; su vestimenta indicaba que era un soldado de las tropas del rey Agripa. Traía una hilera de corderos atados entre sí por una cuerda. Al llegar a su destino, el hombre estaba a punto de subir a uno de los animales a la cesta cuando se detuvo en una confusión culpable al ver a Alejandro, quien eligió ese momento para revelar su presencia.

—¿No eres tú Sadas, el liberto de la princesa Berenice?

El soldado admitió que lo era. Crispo reconoció entonces en él al hombre que había denunciado a Vashti en la Sinagoga Real.

—¡Ah! Eso le da un cariz diferente a este asunto, que no es tan grave como pensaba. Estos corderos, presumiblemente de Belén —pues no se permiten otros en el altar del Templo—, son enviados por la princesa Berenice para que los sacrificios matutinos y vespertinos no cesen por falta de víctimas. ¿No es así, mi Sadas? Supongo que el suministro allá arriba escasea. Siento un gran aprecio por la princesa, pero me parece que el celo de la dama por su religión roza la traición hacia nosotros, los romanos. Sería necio permitir sacrificios a Jehová aquí, después de que Teomantes lo ha invitado tan amablemente a fijar su morada en el Capitolio. Por lo tanto, como mis hombres, por no hablar de mí mismo, somos muy aficionados al cordero asado, tú, Quinto, lleva estos animales a mi tienda y pon a este tipo bajo guardia. Mañana investigaremos más a fondo.

Los sacerdotes en el pórtico, al observar que los soldados se llevaban los corderos, comprendieron que el plan había fallado y comenzaron a izar la cesta de nuevo. Mientras Alejandro seguía a sus hombres, Crispo permaneció cerca de

los muros, con la mente torturada pensando en lo que podría estar pasándole a Vashti en ese cruel proceso de hambre.

La oscuridad se hizo tan densa que Crispo apenas veía a unos metros. Era una noche ideal para un ataque enemigo. Apenas cruzó ese pensamiento por su mente cuando oyó pasos sigilosos. Tres hombres se materializaron en la negrura.

—¡Alto! —ordenó Crispo desenvainando su espada.

Eran tres judíos, peregrinos de Asia atrapados por la guerra que, desesperados, habían decidido desertar descolgándose por una cuerda desde el sector de Ofel.

—¿Hace cuánto que habéis huido? —preguntó Crispo. —Menos de un cuarto de hora —respondió uno llamado Asaph. —¿Sigue la cuerda colgando allí? —Seguramente. ¿Cómo podríamos desatarla desde el suelo? —¿Se sabe de vuestra huida? —Esperamos a que pasara la guardia nocturna; no se descubrirá hasta dentro de un tiempo.

Una idea audaz cruzó la mente de Crispo: **una cuerda colgando de la muralla en un sector sin vigilancia.**

—Escuchadme, Asaph —dijo Crispo usando un tono solemne—. Si intentáis pasar las líneas romanas sin mí, sois hombres muertos. Pero yo os salvaré. No iré con vosotros esta noche, sino mañana. Debéis regresar y retomar vuestro puesto en el muro. Yo iré con vosotros, no para traicionar la ciudad, sino para buscar a una doncella cuya vida quiero salvar. Subiré por vuestra cuerda, pero para volver necesito que el muro esté en manos amigas. Por tanto, retrasad vuestra huida veinticuatro horas. Mañana a esta hora, cuando estéis de centinelas, iré a por vosotros con la doncella y ese será el momento de vuestra partida.

»Sabed que soy Crispo, el Tribuno, favorecido por Tito. Si me ayudáis, os conduciré a salvo al campamento romano. Si no, seguid vuestro camino hacia el destino que os aguarde.

Los tres hombres susurraron entre sí.

—Jura en el nombre del Señor que salvarás nuestras vidas —dijo Asaph— y te ayudaremos en este asunto.

Bajo el cielo negro se selló el extraño pacto. Los hombres creyeron que Crispo era un prosélito hebreo, y él no los sacó de su error.

—Regresemos de inmediato —dijo Asaph— antes de que nuestra ausencia sea descubierta.

Acompañado por sus nuevos aliados, Crispo inició el empinado ascenso de Ofel, trepando con total silencio y cautela, agradecido por la oscuridad que los ocultaba de la vista de los centinelas zelotes apostados arriba.

Al llegar al pie de los baluartes, se deslizaron a lo largo de ellos, con Asaph a la cabeza, hasta alcanzar un punto donde la base semicircular de una enorme torre proyectada formaba un ángulo con el muro. Dentro de este ángulo, y apenas perceptible en la oscuridad, colgaba una cuerda sujeta a una almena superior.

—Buena señal —susurró Crispo—. Si hubieran patrullado estas almenas en vuestra ausencia, habrían detectado la cuerda y la habrían izado.

Trepando mano sobre mano, los tres judíos ascendieron y, tras desaparecer tras las almenas, procedieron a izar a su nuevo aliado. La sección del muro bajo su custodia medía unos veinte metros, terminada en cada extremo por dos torres circulares que los protegían de la observación del resto de los centinelas.

Asaph entregó a Crispo una gorra judía y una gabardina para ocultar su armadura romana. Crispo les indicó que lo esperaran la noche siguiente, poco después de la sexta hora.

—Como señal de que todo está bien, colocad una lanza erguida en medio del baluarte. Si no la veo recortada contra el cielo, no me acercaré.

Crispo descendió hacia la ciudad y, gracias a sus estudios previos de la topografía de Jerusalén desde el tejado de Miriam, logró llegar a la calle de Millo, en el Monte Sion, justo cuando el gris del amanecer despuntaba.

Frente a la puerta de la casa, se encontró con una joven terriblemente demacrada que se disponía a salir. Era Vashti. Al reconocerlo, ambos lloraron; ella por su debilidad y él por el dolor de verla convertida en una sombra de lo que fue.

—He venido a arrancarte de la muerte —le dijo él—. Mañana estarás festejando en el campamento romano, tú, tu madre y el pequeño Arad.

Pero ante la mención del niño, Vashti se rompió. Le contó la historia de horror: el hambre había llevado a Miriam a cometer un acto innombrable. También le reveló que Miriam le había confesado que no era su madre biológica, sino que fue encontrada por Hircano siendo un bebé en el Monte Hermon.

Crispus la consoló revelándole su propio secreto: se había convertido al cristianismo en Pella. La noticia iluminó brevemente el rostro de Vashti antes de que el cansancio la venciera y cayera en un sueño profundo.

Al llegar la noche siguiente, se prepararon para la huida. Al acercarse al muro de Ofel, Vashti vio horrorizada veintiún postes con cuerpos clavados: era Matías, el último de los sumos sacerdotes, y sus hijos, ejecutados por orden de Simón.

Al llegar al punto de encuentro, Crispo divisó la lanza. Subieron al muro, pero la calma se rompió de golpe. Un centinela oculto dio la alarma y el sonido de una trompeta judía rasgó el aire. Cientos de antorchas se encendieron abajo.

—¡Haced bajar a la doncella! —ordenó Crispo a los tres judíos—. ¡Bajad vosotros después y tocad la trompeta cuando estéis abajo! ¡YO ME QUEDO!

Crispo desenvainó su espada y se apostó en lo alto de la estrecha escalera que era el único acceso a las almenas. Abajo, la multitud reconoció al famoso "Crispo el Tribuno" y vaciló por miedo a su destreza. Finalmente, Ananus, el salvaje capitán de Simón, inició el ascenso.

—¿Eres tú el que mató al Sumo Sacerdote? —preguntó Crispo.

Cuando Ananus llegó a lo alto, Crispo no usó su espada. Levantó un pesado poste de madera (similar a los de las crucifixiones) y, usándolo como un ariete improvisado, lo hundió con tal fuerza en el estómago de Ananus que este voló hacia atrás, derribando a todos los que subían tras él.

Crispo se dio la vuelta y corrió por el muro con la agilidad de un atleta olímpico. Llegó a la cuerda, bajó mano sobre mano y se reunió con Vashti y los tres judíos justo cuando los zelotes abrían una puerta cercana para perseguirlos.

Cargando a Vashti en sus brazos, Crispo corrió ladera abajo hacia las líneas romanas. Para evitar que Tito intentara retenerla como esclava para Berenice, esa misma noche la envió bajo escolta de soldados cristianos hacia la seguridad de Pella.

CAPÍTULO XXIII: CERRANDO EL CERCO

El largo bloqueo no había logrado la rendición de la ciudad, y Tito empezaba a cansarse de la demora; en su imaginación oía a los patricios de Roma burlarse del general de origen plebeyo, declarando que una ciudad tomada por hambre no era una forma muy brillante de inaugurar la nueva dinastía de emperadores Flavios.

Así pues, al día siguiente de la partida de Vashti hacia Pella, el poderoso ejército romano, a una orden de Tito, se dispuso de nuevo al trabajo como un gigante refrescado por un largo sueño.

Como la fortaleza Antonia era la llave del Templo, Tito comenzó levantando frente a ella cuatro enormes *aggeres* (terraplenes). La construcción de los terraplenes anteriores había agotado toda la madera de las cercanías de Jerusalén, por lo que los romanos se vieron obligados a buscar más lejos. ¡Al cabo de veintiún días —el tiempo empleado en levantar estos nuevos terraplenes — no quedaba un solo árbol en diez millas a la redonda de la ciudad!

Mientras tanto, largas yuntas de bueyes, bramando bajo el látigo, subían con dificultad por el accidentado paso de Bet-horón, arrastrando filas interminables de carros encadenados sobre los que iban montadas las nuevas máquinas de guerra, enormes y terribles, construidas por los ingenieros griegos de Cesarea.

En el vigésimo segundo día, la artillería (palabra muy anterior al uso de las armas de fuego) fue puesta en posición, y las legiones, concentrando toda su fuerza, lanzaron un feroz ataque contra el muro norte de la Antonia, el baluarte de Juan de Giscala.

Sucedió que ese muro se alzaba sobre la parte que Juan había minado cuando los romanos realizaron su ataque anterior; y el terreno hueco, debilitado por la trepidación de los arietes, cedió durante la primera noche, derrumbando una sección de la muralla con todos los centinelas que había en ella. Los romanos, despertados por el estruendoso choque y los gritos desgarradores de las víctimas, no supieron al principio qué había ocurrido, pero cuando la luz de la mañana reveló la naturaleza del desastre, empuñaron sus armas, treparon por las ruinas y se lanzaron por la brecha.

Pero la Antonia aún no estaba tomada. Juan, ejerciendo una previsión militar que movió a sus enemigos a la sorpresa, si no a la admiración, había levantado previamente un segundo muro en el interior. Como era imposible introducir las máquinas por la brecha, los romanos tuvieron que recurrir a otros medios para superar esta nueva barrera.

Al no lograr escalarla frente al enemigo, se tendieron finalmente al pie del muro y, formando un *testudo* o techo de escudos, intentaron aflojar con barras de hierro las hileras inferiores de la mampostería, un proceso que dañaba poco al muro pero que costaba muchas vidas a los romanos.

Crispo, habiendo notado que una parte de este muro se inclinaba hacia atrás y que las piedras en ese punto sobresalían de modo que ofrecían un ligero apoyo para los pies, decidió intentar una sorpresa nocturna por su cuenta. En plena noche reunió a quince de sus soldados más valientes, incluyendo a un trompeta y un portaestandarte.

Avanzando con paso silencioso, la pequeña banda, favorecida por la penumbra, llegó al pie del muro sin ser vista. Crispo inició el ascenso cautelosamente; sus hombres le siguieron como una fila de espectros. Una sola jabalina lanzada desde arriba habría bastado para enviarlos a todos al vacío. Sin embargo, no hubo desastre. Ya fuera porque los centinelas dormían o porque vigilaban con descuido, los heroicos dieciséis alcanzaron la cima a salvo.

A una señal de Crispo, la trompeta rasgó el aire con la llamada a las armas; el toque largo y agudo despertó a los romanos y sobresaltó aún más a los centinelas judíos. Habría sido fácil repeler el ataque, pero cuando Crispo y su partida cargaron con un grito poderoso y espadas relucientes, los centinelas zelotes huyeron convencidos de que todo el ejército romano se volcaba sobre las almenas.

Sus gritos despertaron a los demás. La guarnición entera fue víctima de uno de esos pánicos que a veces caen sobre los veteranos más curtidos. Zelotes con ojos desorbitados corrían por todas partes buscando salvar la vida, dirigiéndose hacia la única salida: una estrecha calzada sobre el profundo barranco que separaba la Antonia del Templo.

Tito y el resto de los romanos, guiados por el toque de trompeta, escalaron el muro y descubrieron con deleite que el enemigo había evacuado la fortaleza sin presentar batalla. Crispo, pensando capturar ambos lugares en la misma noche, persiguió a los zelotes por la calzada. Pero estos, maldiciéndose por su cobardía, se detuvieron y plantaron cara en el viaducto.

Comenzó entonces una batalla, quizá la más feroz de todo el asedio. Inútiles las jabalinas, lucharon espada en mano. En la oscuridad, las tropas se mezclaron tanto que el romano mataba al romano y el judío al judío. Crispo, aturdido por un golpe en la cabeza, fue rescatado por un legionario fiel.

Al amanecer, Simón acudió en ayuda de su rival Juan; y entonces el clamor y el estrépito fueron más fuertes que nunca. En aquel estrecho viaducto no había sitio para avanzar ni retroceder; decenas de combatientes fueron empujados por el parapeto y cayeron al abismo. El paso se llenó tanto de muertos que los vivos tenían que encaramarse sobre pilas de cuerpos para seguir luchando.

Finalmente, tras diez horas de combate y viendo que no podían avanzar, Tito ordenó la retirada. Sin embargo, gracias a Crispo, la gran fortaleza Antonia estaba en manos romanas. Cuando Simón vio el estandarte del S.P.Q.R. ondeando de nuevo en las almenas, lloró de rabia y maldijo a Juan, llamándolo cobarde por perder semejante baluarte.

Más tarde, ese mismo día, Rufus y Crispo estaban en las almenas de la Antonia. ¿Quién más feliz que Rufus por estar de nuevo en su vieja y familiar fortaleza? Desde su posición, observaban los preparativos para la defensa del Templo. Los atrios de mármol y los pináculos dorados se convertían en una ciudadela de guerra. Miles de zelotes arrastraban enormes máquinas militares sobre el pavimento de mosaicos. El choque de las armas y el chirrido de las máquinas hacían difícil creer que aquel lugar fuera la Casa de Dios.

—¿Qué día del mes es hoy? —preguntó Rufus de repente. —El diecisiete de julio —respondió Crispo. —Me atrevo a profetizar que, en los años venideros, los judíos —si queda alguno después de esta guerra— guardarán este día como día de luto. —¿Por qué?

—¡La respuesta se encuentra allí! —señaló Rufus, indicando el atrio de los sacerdotes—. Es la hora del sacrificio vespertino, pero ¿dónde está el humo que

debería ascender del altar? Tampoco estuvo presente esta mañana. **El sacrificio diario ha cesado por falta de víctimas.** Si preveo correctamente el destino del Templo, ayer por la tarde hicieron su último sacrificio.

Para la mente pagana de Rufus, el asunto carecía de importancia, pero para Crispo, con su pensamiento cristiano, este cese de un rito que se había realizado dos veces al día durante mil trescientos años estaba cargado de un profundo significado. Sabía que para el hebreo piadoso esto era un evento tan grave como si el universo mismo se detuviera.

Tito, consciente de esto, intentó conciliar el sentimiento religioso del enemigo con una oferta asombrosa. Josefo, protegido por el escudo de un legionario, se situó en medio de la calzada y gritó en lengua hebrea:

—Simón Bar-Giora y Juan de Giscala, oíd las palabras de Tito César. Él venera vuestro Templo y desea salvarlo de la destrucción que vosotros, al convertirlo en una ciudadela, estáis provocando. Si retiráis a vuestros guerreros, él os enfrentará en el Monte Sion o donde elijáis; él también retirará sus armas del Templo. Y como prueba de buena voluntad, os ofrece hoy **sesenta carneros** para que continuéis el sacrificio diario.

—¡Ja! ¿Notas eso? —le dijo Rufus a Crispo—. Ahí no habla Tito, sino Berenice.

Miles de judíos habrían aceptado, pero los zelotes, por boca de Simón, respondieron con soberbia:

—Tito habla así porque sabe que no puede tomar el Templo por la fuerza. No aceptaremos sus carneros; nunca se dirá que los sacrificios al Eterno dependen de las ofrendas contaminadas de un pagano incircunciso. ¡Ofrecemos un desafío eterno a él y a todo el imperio romano!

Esta respuesta provocó tanto a Tito que ordenó un segundo asalto esa misma noche. Seleccionó a los treinta hombres más valientes de cada centuria: la élite de las legiones. Bajo el mando de Cereal, avanzaron en silencio una hora antes del alba, pero Simón estaba alerta. Tras ocho horas de combate desesperado, los romanos no ganaron ni un palmo de terreno. Por primera vez, los guerreros de hierro que habían llevado sus águilas desde el Éufrates hasta el Atlántico miraban con rostros sombríos a los zelotes que, desde los techos, se burlaban preguntándoles por qué no entraban al Templo.

—Danos consejo —dijo Tito a Tiberio Alejandro.

—**Arrasad la Antonia hasta los cimientos** —respondió el apóstata—. Con sus materiales, rellenad el barranco para crear un camino ancho y nivelado por el que podamos arrastrar nuestras máquinas para golpear los pórticos del Templo.

Los soldados, ansiosos por recuperar su honor, volaron a la ejecución de la orden. Grupos de hombres con palancas y cuervos de hierro lanzaron bloques de mampostería al valle. Trabajaron día y noche bajo el resplandor de mil antorchas, y mientras la imponente fortaleza se hundía, los escombros en el valle subían. Fue un espectáculo sublime: la demolición de una magnífica ciudadela solo para rellenar una zanja. Finalmente, un camino nivelado llegó hasta el pie de los pórticos del Templo.

Al atardecer del día en que se completó la obra, Crispo caminaba por la cima del monte Olivet y se encontró con una figura solitaria y silenciosa: la **Princesa Berenice**.

El paisaje era una escena de desolación absoluta. La tierra, despojada de todos sus árboles para las máquinas romanas, parecía un desierto aullante bajo el resplandor rojo del sol poniente. Jerusalén, o lo que quedaba de ella, se teñía de color sangre.

Berenice, al ver a Crispo, le recriminó con desdén: —Así que fuiste tú quien impidió que mi regalo de carneros llegara al Templo.

—Fue Tiberio Alejandro —respondió Crispo—, aunque lo apruebo. La Ley era solo una sombra de lo que vendría. Ya no hay necesidad de sacrificios simbólicos cuando el Verdadero Sacrificio se ha ofrecido de una vez por todas.

—Me han dicho que eres grande en la matanza —se mofó ella—. Y ahora buscas tomar cautivo al mismo Dios.

—El Altísimo no habita en templos hechos por manos humanas. Ese lugar ya no es un templo, sino una ciudadela manchada por la sangre inocente de los zelotes. Sus piedras claman por el fuego purificador del cielo.

—Tito me ha dado su palabra de preservar el Templo —sentenció Berenice—. Conozco el pensamiento secreto de tu corazón, Crispo. Crees que eres un

instrumento de Dios y buscas aplicar una antorcha incendiaria. Hazlo, y ese acto traerá la muerte a quien más amas.

—¿A quién te refieres? —preguntó Crispo rápidamente.

—**Vashti**. En lugar de estar a salvo en Pella, es mi cautiva. Es mi esclava y haré con ella lo que me plazca. Al sacarla de Jerusalén, solo lograste entregarla en mis manos más pronto.

Aunque Crispo intentó mantener la calma, el miedo asomó a sus ojos, provocando una sonrisa triunfante en Berenice. Ella creía que, siendo dueña de Vashti, ahora era dueña de las acciones de Crispo.

—Fue por accidente que descubrí que tu Vashti estaba en Pella. Armada con la autoridad escrita que me otorgó Tito, arresté inmediatamente a mi esclava y la trasladé a... a... —¡No! Ella mantendría el nombre del lugar en secreto— "... a donde no la encontrarás. Ahora, marca mis palabras, Crispo Cestio Galo. Si por tu mano arde ese templo, también arderá Vashti; morirá gritando en una vestidura llameante de brea, tal como murieron los cristianos en los jardines de Nerón".

—Princesa, si el vuestro es el corazón de una mujer, me alegra poseer el corazón de un hombre.

Berenice rió, una risa fría y dura.

—No me importa cuán vil sea ante tus ojos, siempre y cuando pueda salvar el templo. Retírate esta noche del ejército —Tito lo permitirá—, no tengas nada más que ver con el asedio, y pondré a Vashti en libertad. ¿Cuál es tu respuesta?

—Esta. Tu amenaza aporta un argumento adicional para la destrucción del templo, ya que está claro que su ritual muerto y sus formalidades externas no tienen poder para purificar el corazón o despertar la conciencia. En cuanto a tu amenaza contra Vashti, no olvides que está escrito: "El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada".

Berenice rió con desprecio.

—¿Quién se atreverá a castigar a una princesa y amiga de Tito simplemente por dar muerte a su propia esclava?

—Los cristianos.

—¡Los cristianos! —repitió Berenice, con desdén.

—Lo he dicho, princesa. Si Vashti muere, tú también mueres. No confíes en el poder de Tito para salvarte. Hay en ese ejército cristianos que, en la ejecución de lo que consideran correcto, no temen ni a reyes ni a Césares. Serás capturada secretamente y llevada ante un cónclave de cristianos para ser juzgada por el hecho según tu propia Ley, que ha dicho: "Ojo por ojo, diente por diente, quemadura por quemadura"; la muerte de Berenice por la muerte de Vashti. Si eres hallada culpable, ten por seguro, princesa, ¡que no les faltará un verdugo!

Al contemplar Berenice la expresión fija y severa de su rostro, no tuvo necesidad de preguntar quién sería ese verdugo. Sin otra palabra, él se dio la vuelta y la dejó.

Ella había buscado asustarlo, pero era ella la que estaba asustada. Permaneció allí con temor y temblor, sabiendo que su amenaza, en lugar de actuar como un freno, solo lo había decidido más a llevar a cabo su propósito.

Al día siguiente, las laboriosas legiones, empujando hacia adelante sus máquinas militares, dirigieron un feroz ataque a lo largo de la línea de los pórticos —de más de mil pies de longitud— que formaban el lado norte de la gran plataforma del templo.

Ahora que la batalla había llegado al asiento mismo de su religión, los judíos lucharon con una furia que nunca antes habían mostrado; los propios sacerdotes estaban bajo las armas, rivalizando con los zelotes en actos de valor; Simón, con el brazo desnudo y la cimitarra reluciente, se dejaba ver en cada punto de la línea, instando a nuevos esfuerzos a hombres que requerían poca motivación.

Sin embargo, por mucho que hiciera el valor judío, no pudo prevalecer; cada día marcaba un avance por parte de los romanos, quienes finalmente se adueñaron de toda la galería norte, la cual procedieron de inmediato a destruir con fuego, hachas y palancas, para facilitar el avance del tren de asedio.

Los vencedores habían ganado ahora la cima de la elevada plataforma del templo, una vasta plaza abierta al cielo, salvo en los costados que estaban adornados con pórticos. En medio de esta plaza se alzaba el Santuario o templo

propiamente dicho, una estructura de 360 pies de largo y 270 de ancho. Su muro exterior, formado por gigantescos bloques de mármol y de casi 40 pies de altura, estaba perforado por nueve puertas; había tres en cada lado, excepto el occidental, que no tenía puertas.

Fue dentro de esta fortaleza —pues tal era— donde los judíos derrotados se habían refugiado, y aquí se prepararon para hacer su resistencia final y, según creían, triunfal.

¡Hecho extraño e increíble!

A pesar de sus numerosas derrotas, la esperanza era más fuerte que nunca en el pecho de los judíos, quienes aún soñaban con ver el cetro del imperio transferido del Capitolio a Sion. Estaban plenamente convencidos de que el templo que Dios mismo había ordenado construir nunca podría ser pisoteado por el pie del conquistador pagano. La deidad seguramente obraría un milagro a su favor; al menos, algo sucedería para asombrar y dispersar al enemigo. Y hablaban de Senaquerib y del simún ardiente, pero olvidaban a Nabucodonosor y a los caldeos.

Y ahora los recintos sagrados del templo resonaban con el estrépito de los cascos de los caballos. La caballería romana traqueteaba sobre el pavimento de mármol del Atrio de los Gentiles, y con lanzas niveladas rodeaba una y otra vez el Santuario, rechazando cada salida hecha desde las puertas, y actuando como cobertura para la infantería romana que, con tremendo esfuerzo y dificultad, arrastraba un tren de arietes.

El Santuario estaba rodeado por una balaustrada baja que portaba tablillas —una ha sobrevivido hasta el presente— inscritas en letras griegas y latinas con avisos que prohibían a los gentiles, bajo pena de muerte, entrar en el edificio; avisos que provocaban la risa burlona de la soldadesca romana mientras alineaban sus máquinas contra el edificio.

¡La "pared intermedia de separación", que la Ley había levantado entre el judío y el gentil, se estaba rompiendo ahora en un sentido nada figurado!

La plataforma del templo tenía un circuito tan amplio que contenía dentro de sí una sinagoga, y fue desde el techo de esta estructura, como desde un trono, que Tito dirigió las operaciones militares contra el Santuario.

No fue sin un estremecimiento de expectación que los judíos aguardaron la señal de Tito para el asalto, habiendo entre ellos la semi-creencia de que fuego del cielo descendería sobre la banda impía que primero se atreviera a blandir una viga contra el muro sagrado de la casa de Dios; y por ello, algo parecido a un suspiro de decepción se elevó cuando nada maravilloso siguió al primer golpe del ariete.

Confiando en la fuerza de la mampostería, los judíos lucharon poco, contentándose con observar entre risas y burlas los fútiles trabajos del enemigo.

Durante seis días los arietes oscilaron, tronaron y golpearon contra los muros del Santuario; sin embargo, ni una sola piedra fue movida de su lugar, tan maravillosamente compacta estaba la mampostería.

—¡Traed escaleras de asalto y asaltad los muros! —gritó Tito al séptimo día.

Los legionarios, abandonando los arietes, volaron a ejecutar esta nueva orden.

Los judíos no opusieron resistencia a los romanos mientras subían, pero tan pronto como cada hombre llegaba a la cima, lo arrojaban de cabeza o lo mataban antes de que tuviera tiempo de cubrirse con su escudo.

Aquí y allá, una escalera atestada de legionarios ascendentes era volcada hacia atrás y los hombres se estrellaban contra el pavimento de mármol. Los gritos feroces de los combatientes activos se entremezclaban con los clamores y gemidos de los heridos y los moribundos.

Después de dos horas de este juego mortal, hubo una calma. Desesperando de tomar el lugar por escalada, los romanos se retiraron a distancia y miraron en silencio sombrío a los zelotes que, blandiendo sus armas, gritaban: "No podéis tomar este lugar; es la morada de Dios".

Los supersticiosos legionarios empezaban a pensar lo mismo. Ya no se reían de las palabras: "Que ningún gentil entre aquí bajo pena de muerte". Los muertos y heridos esparcidos por el pavimento eran un comentario significativo a ese interdicto.

Vano fue el toque de las trompetas para renovar la carga. Ningún hombre se movía.

Tito buscó estimular su valor mediante un nuevo expediente. Señalando aquella parte del muro donde se encontraba el jefe zelote, gritó:

—Diez mil piezas de oro al hombre que me traiga la cabeza de Simón.

Nadie parecía dispuesto a ganar esta rica recompensa.

Simón rió.

—Tito conoce mi valor. Ahora, al que me traiga la cabeza de Tito le daré solo diez siclos, ya que no vale más.

De repente, un portaestandarte, lanzándose hacia adelante, montó una escalera, y cuando estaba a tres cuartas partes del camino, arrojó deliberadamente el águila en medio del enemigo, gritando mientras agitaba su espada: "Romanos, ¿veréis vuestro estandarte tomado por el enemigo? Seguidme".

¿Perder un águila? ¡Jamás!

En medio de un salvaje y agudo clamor de trompetas, los legionarios, con la llama de la batalla en su sangre, avanzaron en oleadas, decididos esta vez a tomar la fortaleza. Pero, ¡ay de ellos!, este ataque no tuvo mejor suerte que los otros. El valiente portaestandarte fue abatido; los que le seguían fueron muertos o rechazados; y el águila quedó en manos del enemigo.

Simón contempló la imagen idólatra con asco.

—Una abominación traída al lugar donde no debería estar —dijo—. Traed hacha y martillo.

Y con su propio brazo fuerte cortó en pedazos el águila de oro y los arrojó a los pies de los romanos con desprecio, gritando: "¡He aquí vuestro dios!".

Si un alarido hubiera podido derribar los muros del Santuario, con toda seguridad habrían caído en ese momento ante el terrorífico alarido de odio y furia concentrados que brotó de los romanos, al contemplar la destrucción de lo que para ellos era no solo un emblema patriótico sino un amado objeto de adoración, ¡una adoración mucho más real y ferviente que la que jamás rindieron a Júpiter o Marte!

La afrenta deliberada de Simón aguijoneó a Tito hacia un curso del que se había abstenido hasta entonces.

—¡Fuego a las puertas! —gritó.

A esta orden, los legionarios respondieron con un inmenso rugido de deleite. Rápidamente se trajeron grandes cantidades de madera que se apilaron contra las puertas chapadas en metal de las nueve entradas.

De estas, la más espléndida era la que daba al este, conocida como la Puerta Corintia, pues mientras las otras puertas estaban recubiertas de oro y plata, la puerta oriental era una maravilla de bronce corintio ricamente cincelado.

Había sido Alejandro, el rico Alabarca de Alejandría, quien había adornado la puerta de esta manera; y por un singular giro del destino, fue su hijo apóstata Tiberio quien obró su destrucción, un acto sorprendente para los propios romanos, que no pudieron sino considerarlo como un acto de impiedad filial. Con el escudo sobre su cabeza para protegerse de las flechas que venían silbando oblicuamente desde arriba, el ex procurador de Judea ascendió la majestuosa escalinata de quince peldaños y, con su propia mano, aplicó una antorcha encendida a la pila de madera.

Nueve hogueras enormes humeaban, crujían, llameaban y rugían ahora en las nueve puertas del templo. A medida que las chapas metálicas se ponían al rojo vivo, el fuego, transmitido a la madera posterior, comenzó a consumir la puerta entera.

La vista produjo un efecto extraño y estupefaciente en los judíos, que nunca habían pensado que tal evento fuera posible; de un golpe su valor pareció desvanecerse; no hicieron intento de apagar las llamas, sino que permanecieron como mudos espectadores de la escena.

Fue el propio Tito quien, no deseando que la conflagración se extendiera demasiado, dio órdenes de arrojar agua sobre las puertas ardientes; y cuando esto se hubo hecho, los sitiados se dieron cuenta de que su defensa estaba casi terminada; la madera carbonizada de las puertas cedería al primer golpe del ariete, y el enemigo entraría por nueve caminos diferentes.

—El día está avanzado y los soldados están débiles —dijo Tito—. Aplazaremos nuestro ataque final hasta mañana.

Con la intención de cortar la retirada de Simón y Juan, que podrían intentar durante la noche escapar hacia el Monte Sion, Tito hizo que una gran parte de su ejército acampara en los pórticos del Atrio de los Gentiles.

Dejando a Crispo y Rufus a cargo de estas fuerzas, Tito se retiró a la Antonia, o más bien a un rincón de ella que se había salvado en la demolición general para servir de alojamiento a él y a sus oficiales principales.

Y allí, esa misma noche, se sentó aquel memorable consejo, reunido para decidir la gran cuestión (¡como si estuviera en su poder decidir!) de si el templo judío debía ser preservado o destruido.

Tiberio Alejandro fue el primero en hablar; más pagano que los propios paganos, presentó varias razones, todas tendentes a demostrar que la existencia del templo era una amenaza para la seguridad del imperio. Terminó con un argumento religioso:

—Si perdonas este edificio, oh César, los judíos se jactarán de que su Dios ha puesto su temor en tu corazón y que no te atreves a destruirlo. Verán en tu clemencia tanto una prueba del origen divino de su templo como un augurio de su existencia eterna; su preservación los convencerá más que nunca de que son los favoritos del cielo y que, por lo tanto, no tienen obligación de obedecer a un poder terrenal. Debe ser nuestra tarea demostrar que Júpiter del Capitolio es supremo sobre Jehová de Jerusalén. Dos supersticiones, igualmente fatales para el imperio, dependen para su existencia de ese templo: ¡la de los judíos y la de los cristianos! Estas dos supersticiones, aunque contrarias entre sí, tienen el mismo origen: los cristianos vienen de los judíos; destruye la raíz y el brote perecerá rápidamente. Por lo cual —concluyó con reminiscencias de los salmos —, mi consejo es: "¡Abajo con él, abajo con él, hasta los cimientos!".

Pero Tito, secretamente movido por su apasionamiento hacia Berenice, estaba, por supuesto, dispuesto a adoptar una visión más suave.

—No debemos —dijo—, por odio a nuestros enemigos, vengarnos en cosas inanimadas. Quemar una fábrica tan vasta y espléndida es hacernos daño a nosotros mismos, ya que es un ornamento para nuestro imperio.

Y percibiendo de qué lado de la cuestión se encontraba la mente de su general, una cierta minoría, que se había inclinado a favorecer las opiniones de Alejandro, abandonó su oposición.

—Este, pues, es nuestro decreto —dijo Tito solemnemente—, y que todo el ejército lo sepa: el templo será preservado.

¡El que habita en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos!

Pues apenas había terminado Tito de hablar cuando desde fuera llegó un grito, distante y débil; se repitió en un tono más fuerte; recogido por mil lenguas, tanto por los sobresaltados romanos en el campamento como por los aterrorizados judíos en la ciudad, la salvaje noticia llegó rodando más y más fuerte por el aire nocturno, para escarnio y confusión del consejo militar:

—¡EL TEMPLO ESTÁ ARDIENDO!

CAPÍTULO XXIV: "CENTINELA, ¿QUÉ HAY DE LA NOCHE?"

La noche, tranquila y hermosa, descansaba sobre los atrios del Templo; en las profundidades inconmensurables de un cielo púrpura, las estrellas ardían con esa brillantez propia de las latitudes australes.

El fragor de la batalla diaria había dado paso a una quietud extraña; ambos bandos parecían empeñados en descansar como preparación para la lucha definitiva del día siguiente. Ningún sonido salía del Santuario; sus centinelas invisibles se movían con paso silente. Dentro de los pórticos circundantes, ocultas por las sombras, yacían las tropas romanas, durmiendo sobre sus armas, listas para saltar a la acción al primer toque de trompeta.

Crispo y Rufus caminaban suavemente de un lado a otro sobre el pavimento del Atrio de los Gentiles, sin quitar la vista del Santuario, temiendo una incursión sorpresa del enemigo. Crispo meditaba sobre el destino del Capitolio romano que, nueve meses antes, había sido destruido por el fuego durante la guerra civil.

Si el Capitolio era el templo del soberano Júpiter, su caída había sacudido al mundo pagano. Sería un hecho aún más significativo si, en el mismo año y por

medios similares, cayera el gran Templo judío. Para quienes estudiaban los signos de los tiempos, ambos eventos presagiaban el fin de dos religiones: la del paganismo y la del judaísmo, para dar paso a una fe más espiritual.

—Tito celebra consejo esta noche —comentó Rufus, rompiendo el hilo de sus pensamientos—. Está a favor de preservar el Templo. Todos sabemos por qué: el amor hacia la nueva Cleopatra (Berenice). Pero si este edificio queda en pie, seguiremos teniendo reuniones anuales de judíos rebeldes. Si yo fuera Tito, destruiría tanto la ciudad como el Templo, expulsaría a los judíos de Judea y la colonizaría con romanos. Solo así tendremos paz.

Crispo entró en un profundo trance reflexivo. Como cristiano, encontraba razones de peso para desear el fin del edificio. La existencia del Templo era una afrenta al Cristo vivo, pues sus sacrificios diarios eran una negación tácita de que el **Verdadero Sacrificio** ya se había consumado. Además, el Salvador había dicho que el Templo caería antes de que pasara esa generación. Habían pasado cuarenta años. ¿No debía cumplirse la profecía para que el Mesías no pareciera un falso profeta?

Recordó su visión de la antorcha llameante y la voz divina gritando: **"¡Arde!"**, y ya no tuvo dudas. Rufus dio el toque final a su determinación con una observación histórica:

—Si Tito pudiera ser persuadido de destruir el Templo, hoy sería la fecha apropiada. Según el calendario judío, hoy es el nueve del mes de Ab. En este mismo día, hace exactamente 658 años, los caldeos quemaron el primer Templo.

¡La fecha misma parecía invitarlo al acto! Apenas cruzó este pensamiento por su mente cuando Rufus exclamó:

—¡Ah! ¿Qué luz es esa? ¡Por los dioses, una salida del enemigo!

Un cuerpo inmenso de judíos, tras abrir una de las puertas a medio quemar, salía silenciosamente. Al ser descubiertos por los centinelas, las trompetas romanas tronaron. Los judíos corrían con antorchas hacia la sinagoga de madera donde Tito solía instalarse, con la intención de incendiarla.

Sin embargo, fallaron. Los romanos salieron al encuentro con escudos chocando y espadas desenvainadas. Tras un combate breve pero desesperado, los zelotes,

al ver que el número de enemigos aumentaba por momentos, dieron media vuelta y huyeron, perseguidos por los legionarios que gritaban triunfantes.

Crispo y Rufus, quienes habían tomado parte activa en la refriega, se unieron también a la persecución. De pronto, mientras Rufus corría, Crispo se detuvo, atraído por la vista de una **antorcha llameante** caída probablemente de manos de un zelote en fuga.

Movido por un impulso inexplicable, la recogió. Al hacerlo, se dio cuenta de que se hallaba justo debajo de la ventana dorada de la sala **Gazith**, el salón de juicios donde el Sanedrín había condenado al Salvador. Sintió una brisa fresca del norte: la dirección perfecta para propagar las llamas. Para Crispo, no eran coincidencias; era la señal de que la hora predestinada había llegado.

—Marcus —dijo a uno de sus soldados—, elévame hasta esa ventana.

El hombre lo alzó sobre sus hombros. Crispo vaciló un segundo y luego, "movido por un impulso divino", introdujo la tea por las celosías doradas, prendiendo fuego al maderamen interior. Saltó al suelo y se alejó. Pronto, la habitación donde se gritó "Es reo de muerte" fue la primera en arder.

De repente, un estruendoso crujido rompió el aire y una lámina de fuego se elevó hacia el cielo. El resplandor convirtió la noche en mediodía. Un solo grito unísono recorrió el Santuario: —**¡EL TEMPLO ESTÁ ARDIENDO!**

Los soldados romanos, temiendo que el fuego consumiera los inmensos tesoros acumulados por siglos —vasijas de oro, especias costosas y los botines de los zelotes—, ignoraron las órdenes de sus oficiales. Al grito de **"¡Al oro del Templo!"**, se lanzaron contra las puertas.

Los que entraron por la Puerta Corintia, liderados por Terencio Rufus, cruzaron el Atrio de las Mujeres y subieron los doce peldaños hacia la puerta de Nicanor, famosa por su **vid de oro puro**.

Tito llegó al lugar consternado. Había dado su palabra a Berenice de que el Templo se salvaría. Desde las escaleras, gritó y gesticuló para que apagaran el fuego, pero el rugido de las llamas y el fragor del combate ahogaban su voz.

—Es inútil —dijo Tiberio Alejandro—. Están borrachos de triunfo. La disciplina ha muerto esta noche.

—¿Debemos dejar que arda hasta los cimientos? —preguntó Tito con desesperación. Alejandro se encogió de hombros, secretamente satisfecho.

Tito intentó al menos salvar la **Casa de Oro**, el santuario interior que contenía el Lugar Santísimo. Los zelotes, decididos a evitar la profanación, lucharon con furia fanática alrededor del gran altar de bronce. Sin embargo, al verse superados, Simón y Juan reunieron a los supervivientes y lograron abrirse paso hacia la Ciudad Alta (Zion) a través del puente sobre el Tiropeón.

Lo que siguió fue una carnicería atroz. Miles de ancianos, mujeres y niños que se habían refugiado junto al altar fueron degollados sin piedad. Los cadáveres se apilaron como hecatombes sobre el altar de los sacrificios, y la sangre corrió por las escaleras de mármol en arroyos sombríos hacia los atrios inferiores.

Aunque grupos aislados de judíos desesperados continuaban luchando aquí y allá, Tito era ahora prácticamente el dueño del Templo. Sin embargo, la victoria le producía poco placer al observar el avance del incendio, el cual, avivado por el viento, había alcanzado un extremo del pórtico norte y, tras doblar la esquina, avanzaba velozmente por el pórtico occidental. Pronto estaría en una línea paralela con el muro oeste de la Casa de Oro; si bien un espacio separaba el pórtico del santuario, dicho espacio no era quizá lo bastante ancho para evitar que las llamas lo cruzaran; ya las chispas y fragmentos de materia encendida, flotando en el viento, comenzaban a golpear el techo tallado y lleno de pináculos.

Conmovido por la mirada de desesperación de Tito, Alejandro propuso una sugerencia: —Tal vez podamos preservarlo empapando el techo con agua. —¿Pero de dónde sacaremos el agua? —Hay un pozo en el lado sur del Santuario.

Saltando sobre una de las muchas mesas de mármol donde se colocaban las víctimas del sacrificio antes de ser ofrecidas en el altar de bronce, Tito, intentando que su voz se oyera por encima del estrépito del fuego y los gritos, ordenó a los soldados traer agua para salvar la Casa de Oro. Pero ninguno quiso poner manos a la obra, pues los costados y el extremo occidental de esta casa estaban rodeados de cámaras del tesoro, y el necio que pasara su tiempo como un esclavo acarreando agua perdería la oportunidad de enriquecerse.

—¡Oblíguelos al trabajo, Liberalis! —gritó Tito a un centurión—. ¡Amenácelos! ¡Golpéelos con su vara!

Liberalis lo hizo, pero fue en vano; el respeto al César cedió ante el deseo insaciable de saqueo. —Veamos el interior de la Casa de Oro antes de que perezca para siempre —dijo Alejandro.

Dicho esto, abrió camino; Tito y su estado mayor le siguieron, caminando con la sangre hasta los tobillos. Al entrar en el Propileo, un magnífico pórtico con alas a cada lado que se extendían mucho más allá del ancho del santuario, se detuvieron ante la gran puerta de oro y la encontraron atrancada desde dentro.

—Se requerirá un ariete para forzarla —dijo Tito, dudando ante tal medida. Le venían a la mente historias contadas por Berenice sobre gentiles que habían caído muertos por profanar un lugar sagrado solo para el sacerdocio judío. —Hay una pequeña poterna al lado por la cual el sacerdote entra para desatrancar la puerta por la mañana —dijo Alejandro—. ¿Quizás el noble Agripa quiera abrir camino? —añadió, dirigiéndose al rey que estaba junto a Tito.

Pero Agripa declinó el honor. —No, te cedo la precedencia —respondió. —Tu rostro está pálido, Agripa. Tienes miedo —se mofó Alejandro.

Lo que ningún judío ortodoxo se atrevía a hacer, y ante lo que incluso el romano vacilaba, lo hizo el apóstata Alejandro. Poniendo el hombro en la pequeña poterna, la forzó, entró audazmente y, tras descorrer la cortina babilónica, desatrancó las puertas dobles y abrió de par en par el Lugar Santo a la mirada profana de los romanos, quienes vieron lo que nunca antes se había visto y lo que nadie volvería a ver jamás.

Un suave murmullo de admiración brotó de Tito y sus oficiales ante la belleza del interior dorado, todo radiante bajo la luz salvaje de las llamas. A la derecha o lado norte se veía la mesa de oro, pero sin los doce panes de la proposición; a la izquierda, el candelabro de oro de siete brazos, apagado; al fondo se alzaba el altar de oro del incienso, frente al solemne "velo", una cortina de lino finamente trenzado, de un color que mezclaba admirablemente el azul, el escarlata y el púrpura, tejida con hilos de oro con figuras de querubines.

—Que estas cosas sean sacadas y guardadas para el día de mi triunfo —dijo Tito.

Envalentonado por el ejemplo de Alejandro, pasó al Lugar Santo y llegó al velo que colgaba al fondo. Alejandro lo levantó, y Tito contempló con curiosidad el

Lugar Santísimo, el sitio donde una vez habitó la *Shejiná*. Pero la Presencia Divina se había marchado hacía mucho tiempo; el lugar estaba vacío, salvo por una piedra oblonga sobre la que descansaba un arca de oro con dos querubines dorados, uno a cada lado, con los rostros inclinados y las alas extendidas. La piedra misma no carecía de interés, pues según la opinión hebrea, marcaba el centro mismo de la superficie de la tierra. Tras ordenar que el arca y los querubines, junto con el resto del mobiliario sagrado, fueran llevados a sus propios aposentos, Tito salió de nuevo.

La imaginación de Dante apenas podría concebir una escena más salvaje y extraña que la que estaba ocurriendo. Un viento del norte arrastraba hacia los atrios nubes de humo y ráfagas intermitentes de un calor que iba y venía como el aliento de un horno ardiente. Entre el rugido de las llamas se oían los gritos de las víctimas atrapadas, mezclados con el crujido de los techos de cedro y el estrépito de la mampostería al caer.

Los legionarios, feroces por la lujuria del oro, corrían de un lado a otro como locos, saqueando cada cámara. Aquí y allá, algún sacerdote descubierto era rodeado por soldados de ojos feroces y, con el filo de una espada en la garganta, era interrogado: "¡Muéstranos el oro y vivirás!". Eran escenas brutales las que ocurrían cuando se descubría una nueva bóveda reluciente de tesoros; los saqueadores se pisoteaban unos a otros en su afán por ser los primeros.

Por todas partes se veía a hombres cargando vasijas de oro y plata, lingotes de metales preciosos, bolsas de siclos, armas con empuñaduras enjoyadas, jarrones de mirra, cofres de marfil, ébano y alabastro llenos de especias, ungüentos y perfumes, vestiduras costosas y diez mil objetos más. ¡Jamás en la historia del mundo cayeron riquezas tan vastas en manos de un ejército conquistador como las que obtuvieron quienes saquearon el Templo; riquezas que, en una semana, harían caer el precio del oro en los mercados de Siria a la mitad de su valor anterior!

La atención de Tito fue atraída por dos hombres que arrastraban un pesado cofre de cedro rescatado de las llamas; pero al forzarlo, no hallaron oro, sino simplemente libros: escritos históricos, registros del templo, rollos genealógicos y cosas similares. En su decepción, los dos iban a prenderle fuego a todo, pero

Tito los detuvo. —¡Esperad! Que se guarden para Josefo. No dudo que él los estimará más que al oro. Llevad este cofre a mi tienda.

Pero aunque Tito pudo salvar los libros sagrados, no pudo salvar la Casa de Oro. Sin que él lo notara, un soldado, movido por un frenesí destructor, colocó una antorcha encendida entre los goznes de la puerta dorada; brotó una llama que, ante la falta de agua para extinguirla, se extendió rápidamente por todo el edificio, una visión recibida con satisfacción por la soldadesca. —¿Dónde está ahora el Dios de los judíos? —gritaban.

Numerosas figuras, vestidas con ornamentos sacerdotales, aparecieron entonces sobre el techo en llamas. —¿Quiénes son estos? —preguntó Tito. —Sacerdotes —respondió Alejandro—, obligados por el calor a salir de las cámaras secretas que abundan en la Casa de Oro. —Rendíos y vuestras vidas serán perdonadas —gritó Tito. Pero a esta invitación los sacerdotes respondieron con un diluvio de maldiciones. Arrancando del techo los pináculos dorados con sus bases de plomo, los lanzaron como proyectiles contra el enemigo.

Las llamas arremolinadas, el humo cegador y el calor sofocante obligaron finalmente a Tito y a todos los demás romanos a retirarse no solo de las cercanías de la Casa de Oro, sino del Santuario mismo; pues el círculo exterior de fuego, tras recorrer los pórticos occidental y oriental, se había apoderado del lado sur, amenazando con cortar la retirada de quienes aún permanecían dentro. Los soldados abandonaron el edificio en llamas con renuencia; algunos, por demorarse demasiado, fueron alcanzados por el fuego; otros, por sus ropas chamuscadas y barbas a medio quemar, mostraban cuán cerca habían estado de la muerte.

Retirándose a una distancia segura, Tito y su estado mayor continuaron observando el espantoso espectáculo, semejante al cual no habían visto desde el incendio de Roma por Nerón. Toda la cima de la colina ardía como un volcán. Uno tras otro, los edificios se desplomaban con un estrépito tremendo y eran tragados por el abismo de fuego. Los techos de cedro eran láminas de llama; los pináculos dorados brillaban como picas de luz roja. Las torres de las puertas lanzaban altas columnas de fuego y humo.

Pero si para el romano era un espectáculo espantoso, ¿qué era para el judío? A lo largo de las murallas del norte del Monte Sion se congregaba una vasta multitud de espectros demacrados y hambrientos, que se miraban con temor, preguntándose si lo que veían era real. ¿Debían abandonar la gran esperanza que los había sostenido? Durante cuatro años habían vivido esperando el advenimiento inmediato del Mesías que derrocaría al imperio de los malvados romanos.

Y este era el fin de todo: saber que la estrella de fuego en el cielo solo se había burlado de ellos; ¡aprender que su propio Jehová se había puesto del lado del enemigo pagano! Ver el Templo, que suponían eterno, hundiéndose en las llamas. Se veían obligados a aceptar la alternativa demoledora: o sus sagradas escrituras habían mentido al decir que el Mesías vendría durante el tiempo del Segundo Templo, ¡o Él ya debía de haber aparecido y haber sido rechazado por ellos!

Miraron una y otra vez con desconcierto; y cuando finalmente comprendieron que el Templo ardía de verdad y que los poderes angélicos NO descenderían de los cielos para ayudarlos, brotaron en la infinitud de la noche largos alaridos, terribles en su patetismo y desesperación; los alaridos de una nación que agonizaba; gritos tan agudos que resonaron en todas las colinas que rodeaban la ciudad.

Lentamente, las llamas descendieron y se extinguieron, seguidas de destellos intermitentes; y entonces, por fin, la oscuridad de la noche cayó sobre las ruinas humeantes y ennegrecidas.

Tres siglos más tarde, el emperador pagano Julián, decidido a demostrar que Cristo era un falso profeta, llamó a los judíos a reconstruir su Templo. Las circunstancias sobrenaturales que acompañaron la derrota de este proyecto por parte de aquel cuyo último grito al morir fue: "¡Venciste, Galileo!", están atestiguadas tanto por escritores paganos como cristianos. La lección de la historia es clara: ¡la abolición del Templo fue un acto de Dios!

CAPÍTULO XXV: "¡JUDÆA CAPTA!"

Así fue quemado el templo, y cuando Tito supo —pues el asunto le fue reportado en secreto— de quién había sido la mano que había prendido la primera llama, juró por todos sus dioses que Crispo sufriría la muerte; y, al resolverlo así, intentó pensar que actuaba movido por un espíritu de justicia, y no por el deseo de eliminar a alguien que era un obstáculo para su unión con Berenice. Esa princesa a menudo había hablado del propósito de Crispo respecto al templo, pero Tito se había reído de sus temores, sin pensar jamás que Crispo trascendería hasta tal punto todas las reglas de la disciplina militar como para atreverse a incendiar un edificio magnífico sin las órdenes debidas de su comandante en jefe. Pero Crispo se había atrevido a actuar así, y Tito expresó ferozmente su ira ante aquellos oficiales con los que desayunaba a la mañana siguiente.

Tiberio Alejandro intentó aplacar a su airado jefe. —¿Qué orden desobedeció Crispo? Él incendió el edificio antes de conocer vuestro decreto. —¿Es Crispo, por ventura, el comandante en jefe? ¿Bajo las órdenes de quién actuó? —Bajo las de los dioses inmortales, lo creo de verdad —respondió Alejandro—. Josefo, a quien tanto estimáis, os dirá que es la voluntad divina que el templo perezca. Crispo no pudo resistirse a su destino. Estaba predestinado que actuara así. —Muy probable. Y estaba predestinado, también, que yo lo decapite.

El rostro de Alejandro se ensombreció. —Al tratar así al soldado más valiente de vuestro ejército, incitaréis a las legiones al borde del motín. —Sea como fuere —replicó Tito, frunciendo el ceño, pues bien sabía que había verdad en lo que el otro decía. —Y perderéis mis servicios, pues regresaré inmediatamente a Alejandría. —Y yo renunciaré a mi tribunado —dijo Rufus. —¡Y yo! —¡Y yo! —exclamaron muchos otros.

Al contemplar los rostros severos de su estado mayor, Tito vio la necesidad imperiosa de revocar su apresurado juicio sobre Crispo. No podía permitirse perder a sus oficiales más valientes con aquel terrible baluarte de Sion —la meta de todos sus trabajos— aún por tomar. Además, estaba Vespasiano en quien pensar; no le agradaría la ejecución de alguien por quien siempre había sentido un afecto paternal.

—Convocad a Crispo a nuestra presencia —dijo malhumorado, dirigiéndose a un centurión.

El mensajero partió y regresó al poco tiempo con rostro grave. Crispo, al parecer, había sido retirado de la batalla de la noche anterior tan cubierto de heridas que su recuperación era dudosa.

—Estaba intentando —declaró el centurión— salvar de la matanza a una anciana viuda llamada Miriam, que se había refugiado en el altar; una acción por su parte que incensó tanto a algunos de esos aliados sirios que, si el César me perdona por decirlo, son la maldición de nuestro ejército, que se atrevieron a volver sus armas contra él... ¡un tribuno romano!

—¡Por Cástor, si puede señalarlos, serán crucificados! —exclamó Tito—. Bueno, ya que él no puede venir a mí, yo debo ir a él. Oh, no temáis, bravos capitanes —añadió, observando sus miradas dudosas—, mi resentimiento ha pasado. Tenéis mi palabra de que Crispo no sufrirá daño por mi causa.

Dicho esto, siguió al centurión y llegó al *castellum*, o fuerte, donde sobre un jergón yacía Crispo, envuelto en vendajes y pareciendo más muerto que vivo. La vista de la figura pálida desarmó toda la ira de Tito, y en tonos compasivos expresó su pesar al ver a Crispo en tal estado.

—Es mejor así —dijo Crispo, creyendo que su fin estaba cerca—. Berenice será libre. —¡Ahora por los dioses! —exclamó Tito, brotando su mejor naturaleza—, malditas sean estas mujeres que enemistan a amigo con amigo. Si Berenice ha de ser ganada solo al costo de tu vida, que nunca sea ganada, digo yo. Pero en cuanto a este asunto, ¿sabes que Berenice niega que ella fuera la dama velada de Bet-tamar? —¿Pero vos no le creéis?

El silencio de Tito pareció mostrar que era de la misma opinión que Crispo. Pronunció unas pocas palabras más de aliento y luego se retiró. Dirigiéndose a las ruinas del templo, fue aclamado con fuertes gritos de "¡Ave, Imperator!" por la soldadesca que, reunida ante la ennegrecida puerta oriental, ofrecía incienso y oraciones a las águilas, los dioses que, en su fantasía supersticiosa, les habían dado la victoria.

—"¡Imperator!" —dijo Tito con desprecio, recordando su desobediencia de la noche anterior—. "Muy Imperator", cuando dejasteis que el templo ardiera contra mi voluntad.

Era costumbre entre las tropas romanas honrar al general victorioso con un nuevo título derivado del nombre del pueblo subyugado —Escipión el Africano y Metelo el Crético son ejemplos—; pero cuando algunos soldados procedieron además a saludar a Tito con el epíteto "Judaicus", él les prohibió severamente usar una denominación que sabía sería un recordatorio perpetuo para Berenice de la caída de su nación.

Aunque al soldado ordinario se le dejaba curar sus heridas como mejor pudiera, Tito fue asistido en esta campaña por un médico griego, a quien ahora envió a velar por Crispo; y grande fue la satisfacción en todo el campamento cuando se supo que el estado del paciente permitía albergar esperanzas.

Una semana después, Tito, al hacer una segunda visita a Crispo, volvió a tratar el tema de Berenice. —Ningún hombre —dijo— arriesgaría su vida, como tú lo hiciste, rescatando a una doncella de una ciudad sitiada —ya ves que conozco la historia— a menos que estuviera locamente enamorado de ella. Puesto que tu corazón no está puesto en Berenice sino en esta Vashti, ¿qué te impide repudiar a la una y tomar a la otra? —Primero, no he dicho que mi corazón esté puesto en Vashti; segundo, incluso si así fuera, mi credo cristiano me prohíbe actuar de la manera que prescribís. Para los cristianos, el matrimonio es una obligación perpetua.

—Crispo, no lo niegues; amas a esta Vashti, y sin embargo vas a permitir que tu tonta religión —pues así debo llamarla— se interponga en el camino de tus deseos. Pero dudo que entiendas plenamente tu propio credo. He estado conversando con algunos de tu fe, pues parece que no eres el único cristiano en nuestro ejército, y su dicho es que si una esposa toma un amante, su marido está justificado para obtener el divorcio. Es la intención de Berenice —añadió Tito significativamente— proporcionarte los motivos para ello.

En sus días paganos, Crispo se habría valido fácilmente de esta vía para escapar de una unión que le era odiosa, pero no siendo ya pagano, no consintió en que Berenice hiciera el mal para que de ello le viniera un bien. —César —dijo—, no

seré parte de este plan, que considero infame. Es más; si actuáis así, pediré justicia contra vos. No olvidéis el juramento de vuestro padre, Vespasiano, de que colgaría al hombre que me arrebatara a mi esposa, aunque ese hombre fuera su propio hijo. Haced esto, y os acusaré al pie del trono imperial y exigiré que cumpla su palabra.

Tito rió placenteramente. —Correré el riesgo —dijo. Y con eso se retiró, resuelto a cumplir su propósito, mientras Crispo estaba igualmente resuelto a cumplir el suyo.

Entre otros que visitaron a Crispo durante su enfermedad estuvo Josefo, quien, con la intención de escribir una historia de la guerra, deseaba naturalmente obtener toda la información posible respecto al incendio del templo. Crispo accedió a la petición, pero como no tenía un deseo particular de fama mundana, añadió: —Mantén mi nombre fuera de la historia. —¿Es posible —sonrió Josefo —, en vista de vuestras grandes hazañas? —Muy posible. Puedes referirte a mí como "cierto capitán tribuno" o "uno de los soldados". —Y luego, pasando a un asunto de mucho más interés para él que la fama futura, dijo—: ¿Sabéis que vuestra protegida Vashti es una esclava en la casa de la princesa Berenice? —Sí, lo sé —dijo Josefo con una sonrisa extraña, cuyo significado no fue en absoluto aparente para Crispo—, y hoy mismo parto hacia Cesarea, llevando a la princesa una carta de Tito ordenándole que trate con ternura a mi protegida. —Eso es bueno, pero sería mejor si enviara una orden de que sea puesta en libertad. Sin embargo, eso tal vez llegue a su tiempo —continuó, resolviendo pedir a Vespasiano en favor de Vashti—. Pero no os demoro. Id, y que el cielo prospere vuestra misión.

Crispo había ordenado que su cama fuera colocada junto a una ventana desde la que pudiera observar los preparativos para asaltar el Monte Sion, donde los implacables zelotes hacían su última resistencia. Con la captura de esa fortaleza, el largo asedio llegaría a su fin. Tito había ofrecido, por boca de Josefo, perdonar la vida a todos los insurgentes con la condición de una rendición inmediata. Pero Simón y Juan seguían hablando con altivez. Exigían un paso libre para ellos y sus seguidores, junto con sus esposas e hijos, prometiendo partir a algún lugar lejano en el desierto. Tito rechazó estos términos y, en su ira, juró matar a cada hombre, mujer y niño, y arrasar la ciudad hasta los cimientos.

Entonces Crispo se regocijó de que Vashti hubiera sido librada de la posibilidad de tal destino. Los terraplenes romanos se completaron en dieciocho días, y en la mañana del decimonoveno Tito comenzó su ataque contra el muro norte de Sion. Incluso ahora estaba en poder de los zelotes prolongar el asedio por muchas semanas en virtud de su posición casi inexpugnable en esas tres magníficas fortalezas: Hipicus, Fasael y Mariamne. Pero el progreso constante y triunfante de las armas romanas a través del suburbio de Bezetha y el suburbio de Acra, sobre las ruinas de la Antonia y las ruinas del templo, había infundido un temor secreto en el corazón de los zelotes, de modo que tan pronto como oyeron los terribles arietes oscilar y golpear contra los muros de Sion, abandonaron sus fortificaciones y huyeron. Algunos buscaron las catacumbas con las que el subsuelo de Jerusalén está en todas partes horadado; otros, abriendo las puertas del sur, hicieron un intento salvaje y fútil de romper la línea de circunvalación romana.

Con un grito feroz que pareció sacudir las torres mismas, los legionarios triunfantes se lanzaron sobre los muros y procedieron a llevar el fuego y la espada por toda la ciudad. Enfurecidos por la larga oposición de los zelotes, los romanos no hicieron distinción entre el inocente y el culpable, sino que descargaron sobre todos por igual, hombre, mujer y niño, la venganza acumulada de largas semanas.

Las llamas nocturnas iluminaron escenas salvajes de carnicería, lujuria y rapiña, escenas que apenas tienen paralelo en la historia. Un hecho significativo atestigua la magnitud de la matanza: ¡los incendios en las partes bajas de Sion fueron extinguidos por los ríos de sangre que bajaban desde las partes altas! Los romanos solo cesaron de matar cuando sus brazos se cansaron de golpear; los judíos supervivientes —que aún se contaban por miríadas— fueron conducidos como ovejas a través del puente del Tiropeón hacia los pórticos arruinados del templo, donde fueron puestos bajo guardia. Decenas de ellos, hoscos y desafiantes hasta el final, se negaron a probar comida preparada por manos gentiles, y así murieron.

Cuando Tito entró en la ciudad y contempló las macizas torres que los zelotes habían abandonado con tanta cobardía, se llenó de asombro. —Verdaderamente

—murmuró—, a menos que los dioses hubieran puesto en los corazones de estos hombres el huir, nunca por nuestra propia fuerza habríamos tomado estas torres.

Pero por mucho que Tito pensara que estaba en deuda con el poder divino, mostró poco de lo divino en su trato a la multitud cautiva que, si se ha de confiar en las cifras de Josefo, ¡ascendía a noventa y siete mil! Durante muchos días se llevó a cabo un proceso de selección en los atrios del templo. Aquellos que fueron convictos de haber portado armas contra los romanos fueron ejecutados de inmediato. Otros setecientos, los más altos y hermosos, fueron apartados para engalanar el triunfo de Tito. Del resto, los menores de diecisiete años fueron vendidos como esclavos; todos los que habían pasado esa edad fueron enviados encadenados a Egipto para trabajar en las minas, o distribuidos por las provincias para morir en el anfiteatro por la espada del gladiador o por los colmillos de las fieras. En cuanto a los ancianos y enfermos, estos, por ser inútiles e invendibles, fueron simplemente asesinados a sangre fría. Así, familias que lloraban fueron separadas para no volver a verse en la tierra; nunca hubo escenas tan desgarradoras como las que tuvieron lugar en los atrios del templo en los últimos días de septiembre del año 70 d.C., ¡y todo bajo la sanción del César que era llamado por sus contemporáneos sicofantes, "Amor et deliciæ generis humani": ¡el amor y el deleite de la humanidad!

Mientras Crispo oía los lamentos nocturnos de la multitud cautiva, anhelaba el día en que el progreso del cristianismo templara la guerra con un espíritu más humano y misericordioso.

Josefo recibió el privilegio de poner en libertad entre los prisioneros a todos sus antiguos amigos, de los cuales debió poseer un número notable, ya que, tras apartar a su padre y a su madre, se las ingenió para liberar a casi doscientos más de la multitud. Había dos rostros, sin embargo, que buscó en vano. —¿Qué ha sido de Simeón ben Gamaliel? —preguntó. —Muerto en la toma de Sion —fue la respuesta. —¿Y Johanan ben Zacchai?

Aquel rabino, al parecer, estaba ahora en Jamnia, en el sur de Judea, habiendo escapado de la ciudad santa de una manera muy singular. Fingiendo estar muerto, fue colocado en un ataúd, que los centinelas zelotes en la puerta permitieron que fuera sacado para ser enterrado en el sepulcro de su padre en el valle del Cedrón. Una vez fuera de la ciudad, Johanan se dirigió a las líneas

romanas; y siéndole permitido pasar por la buena voluntad de Crispo, ante quien casualmente fue llevado, se retiró a Jamnia. Y aquí, en años posteriores, estableció la célebre escuela rabínica cuya enseñanza estaba destinada en última instancia a desarrollarse en ese extraño sistema de escolástica judía conocido como el Talmud.

Tito ordenó que la ciudad fuera arrasada hasta el suelo con la excepción de las tres grandes torres: Hipicus, Fasael y Mariamne. Estas fueron perdonadas en parte para el alojamiento de una guarnición que se estacionaría allí con el fin de prevenir cualquier intento de reconstrucción por parte de los judíos, pero principalmente para demostrar a la posteridad qué clase de ciudad era la que el valor romano había subyugado.

Terencio Rufus fue designado para supervisar este trabajo de demolición, y su primer cuidado fue trasladar a Crispo a los espléndidos aposentos de la torre Hipicus, por ser más propicios para la recuperación del paciente que los estrechos y miserables cuartos del *castellum* en los que había yacido hasta entonces. Fue motivo de vejación para Tito que Simón el Negro y Juan de Giscala no se encontraran entre la multitud cautiva. Resultó que los dos jefes zelotes se habían refugiado en las catacumbas bajo la ciudad y, aunque el intrépido Simón se las ingenió por un tiempo para eludir la persecución, Juan, reducido por el rigor del hambre, salió de su escondite para encontrarse, por una singular clemencia de parte del conquistador, con la sentencia de prisión perpetua.

Y ahora, las tropas romanas, habiendo cumplido la tarea que se habían propuesto, levantaron su campamento y comenzaron una lenta y majestuosa marcha hacia Cesarea del Mar, llevando consigo una larga procesión de melancólicos cautivos, los restos de una nación antaño grande, junto con los despojos del templo. Terencio Rufus quedó atrás con la *Legio Fretensis* —ladrillos sellados con el nombre de esta legión se encuentran todavía en el subsuelo de Sion— y procedió a ejecutar el trabajo de demolición con una minuciosidad que ha hecho que su memoria sea por siempre odiada por los judíos. El Talmud no tiene maldiciones más terribles que las lanzadas sobre la cabeza de aquel a quien, con la peculiaridad oriental por desfigurar los nombres occidentales, llama erróneamente Turnus Rufus. Sobre el sitio de lo que una vez

fuera una ciudad espléndida y populosa, trazó un arado de acuerdo con el juramento que había jurado a los judíos.

—¿Dónde está ahora su Dios? —se rió con desprecio, ignorando que su propia acción era una confirmación impactante de la verdad de la religión hebrea, pues ¿acaso no había escrito el profeta: "Sion será arada como un campo"?

Para el alojamiento de la guarnición, sin embargo, se dejaron en pie unas pocas casas en el lado occidental de la ciudad, y entre ellas el célebre Cenáculo, o Casa de la Última Cena, destinado en la era de Constantino a ser transformado en una iglesia cristiana.

Durante más de un mes, aquel fugitivo de las catacumbas, Simón, continuó evadiendo el arresto. Acompañado por una pequeña pero fiel banda de mineros y canteros, bien provistos de herramientas de corte, había estado ensayando la gigantesca hazaña de perforar su camino a través de la roca sólida hasta un punto que estuviera más allá del alcance de la guarnición romana, pero la dificultad del trabajo y la falta de provisiones le obligaron a abandonar la empresa. Entonces dio un paso singular. Asumiendo una túnica blanca y un manto de púrpura, emergió inesperadamente del suelo en el mismo lugar donde el templo se había alzado, pensando quizás con este acto impresionar a los romanos con la creencia de que era un nuevo Mesías resucitado de entre los muertos. De hecho, los soldados de las cercanías quedaron no poco sobrecogidos al ver esta extraña aparición surgiendo del suelo. Pasado el asombro inicial, se acercaron, formaron un círculo alrededor de él y le preguntaron quién era. Pero Simón declaró que su nombre no era para oídos vulgares. —Llamad a vuestro comandante —diso con aire misterioso.

Pero cuando ese comandante resultó ser alguien bien familiarizado con los rasgos y la figura de Simón, el jefe zelote vio que el engaño había terminado. Rufus lo recibió con una sonrisa de lástima. —Simón, si estás intentando imitar al Dios de mi amigo Crispo, estás interpretando el papel en vano. Sé que eres un hombre mortal. Eres mi prisionero. Este es un triste final para ti. ¿Por qué no caíste, a la moda romana, sobre tu espada, y así cerraste tu vida salvaje? —Está prohibido por nuestra ley matarse a uno mismo —respondió Simón—. Ahora dime, ¿cuál será mi destino? —Tito ya lo ha decretado. Con una soga al cuello marcharás por Roma en la gran procesión triunfal del César para que todos los

ciudadanos vean qué clase de hombre era el que mantuvo a sus soldados a raya tanto tiempo. Mientras camines, los lictores te golpearán con varas, pues tal es la costumbre. Si te sirve de consuelo, verás llevados en alto ante ti los vasos sagrados de tu templo. Pero mientras estos serán llevados hasta el final del viaje para ser depositados en el Templo de la Paz, tú, en cierto punto de la procesión, serás apartado hacia la Roca Tarpeya, despeñado desde allí y muerto. Y un inmenso grito de alegría se elevará de la multitud, pues no será hasta que tu muerte haya sido anunciada cuando comenzarán los sacrificios y el festejo. Ahora bien, podría compadecerte, pero el recuerdo de las guarniciones romanas masacradas endurece mi corazón. —Mejor caer con Israel que triunfar con Roma —replicó el zelote.

Rufus no tuvo más diálogo con su prisionero, sino que lo despachó de inmediato a Tito, que estaba entonces en Cesarea. ¿Cuáles debieron ser los sentimientos de Simón al verse viajando por el mismo camino en el que había ganado su memorable victoria sobre Cestio? ¡Verdaderamente, la fortuna de la guerra había cambiado!

No fue sino hasta tres meses después del incendio del templo cuando Crispo estuvo lo bastante fuerte para dejar su cámara en Hipicus y caminar con paso vacilante entre los informes montones de piedras que representaban todo lo que quedaba de la ciudad antaño orgullosa. Acompañado por Rufus ascendió a la colina del templo. Sus columnas y pórticos, cámaras y atrios, habían desaparecido, pero la *Legio Fretensis* con todo su trabajo no había podido separar la mampostería del vasto basamento sobre el que se habían apoyado las estructuras del templo. Permanecía, y permanece hasta el día de hoy, formando parte de él el célebre "Lugar de los Lamentos" de los judíos.

Ahora, mientras Crispo y Rufus estaban allí, se sorprendieron al ver una banda de hombres y mujeres, tranquilos y ordenados, ascendiendo al Monte Moriah desde el valle del Cedrón. Al acercarse, Crispo reconoció en ellos a sus amigos de Pella. Estaba el santo obispo Simeón, que los había bautizado a él y a Vashti; y allí estaban también los dos jóvenes nietos del apóstol Judas, destinados por su ascendencia davídica a ser arrastrados un día ante el celoso tirano Domiciano, y por él ser despedidos de nuevo como visionarios inocentes y tontos.

—¿Y quiénes sois vosotros? —preguntó Rufus, lanzando una mirada sospechosa a la multitud. —Somos nativos de Jerusalén que, hace cuatro años, abandonamos la ciudad antes que tomar las armas contra los romanos. —Eso es un punto a vuestro favor. —Estos —explicó Crispo— son los cristianos que me ayudaron durante el tiempo de mi proscripción por Nerón. —¿Y qué buscáis aquí? —preguntó Rufus, dirigiéndose a ellos. —Buscamos habitar este lugar de nuevo y llevar a cabo nuestro culto como hasta ahora. —¡Qué! ¿Pensáis que Tito ha destruido esta ciudad simplemente para verla construida de nuevo? —Tito destruyó la ciudad por ser un centro de sedición judía —comentó Crispo—. Pero estas personas repudian la religión judía. Son cristianos sin deseos de un reino independiente. Reconociendo la autoridad de Roma, serán un obstáculo para la rebelión y una fuente de fortaleza para nosotros. —¡Hum! Dudo que Tito acepte que se establezcan aquí. —Su primo, Flavio Clemente, lo haría. Sabes que él es cristiano. —Flavio Clemente no es el César. —Pero sus dos hijos pueden llegar a ser Césares, puesto que Vespasiano los ha nominado como sus herederos después de Tito y Domiciano, quienes, como sabes, no tienen hijos. Tú y yo podemos vivir aún, Rufus, para ver a un César cristiano en el trono, y a un César que sabrá recompensar cualquier favor mostrado a esta pequeña comunidad aquí.

Había algo en este argumento, y Rufus pensó que bien podría tener un ojo puesto en el futuro. Para él, personalmente, era un asunto de indiferencia si los cristianos se quedaban o se retiraban; su único deseo era no verse envuelto en problemas con Tito. —Cristianos —dijo Rufus meditativamente—. ¡Hum! Bueno —añadió, dirigiéndose a Crispo—, ya que tú garantizas que son ordenados e inocentes de cualquier innovación contra Roma, que se queden y construyan si quieren. Tito no ha dicho realmente nada en contra.

Así tuvieron los santos que regresaban de Pella una buena causa para bendecir el día en que recibieron entre ellos al pagano y proscrito fugitivo Crispo; pues, gracias a sus buenos oficios, se les permitió quedarse y, mediante su culto diario en el Cenáculo, llevar adelante la continuidad histórica de la Iglesia de Jerusalén.

CAPÍTULO XXVI: LA JUSTICIA VENGADORA

Era una hermosa y soleada mañana de abril cuando Crispo y Rufus paseaban por la arena en las cercanías de Cesarea del Mar.

—¿Has visto la nueva moneda acuñada por Tito para conmemorar su conquista? —preguntó Rufus; y, al recibir una respuesta negativa, sacó un sestercio y se lo mostró a Crispo.

El anverso de la moneda llevaba la cabeza laureada de Tito; el reverso, una elegante palmera a cuyos pies se sentaba la figura llorosa de una mujer, emblemática de Judea; detrás de la palmera estaba Tito en uniforme militar, con el pie sobre un casco, sosteniendo en su mano derecha una lanza y en la izquierda una espada. Las palabras *Judæa Capta* formaban la leyenda.

—Esta figura llorosa pretende obviamente ser un retrato de Berenice —comentó Crispo con cierta sorpresa.

—Exactamente. Se dice que Tito, al ver por casualidad a Berenice sentada bajo una palmera llorando, o fingiendo llorar por su país, quedó tan impresionado por la vista que ordenó al Maestro de la Ceca de Cesarea inmortalizar su figura y actitud en la emisión de monedas conmemorativas.

—¿Tuvo Berenice algo que decir al respecto?

—No se opuso a ello.

No; sin duda se ajustaba a su gusto por la exhibición emocional verse presentada ante el mundo romano con el carácter de una devota patriota llorando por la caída de su patria. La vacuidad tanto de su dolor como de su religión, de hecho su total falta de sentimiento mujeril, quedó demostrada por su presencia en los juegos celebrados en Cesarea de Filipo en honor al cumpleaños de Domiciano, donde pudo sentarse calmadamente en el anfiteatro y ver a 2,500 desventurados judíos sacrificados, ya sea en combates con fieras o luchando entre sí como gladiadores; pues Tito, impedido de navegar a Roma debido a lo avanzado de la estación en que terminó la guerra —la navegación se suspendía usualmente durante los meses de invierno—, había pasado su tiempo ofreciendo una serie de festejos en varias ciudades de Oriente, festejos que rara vez se celebraban sin la carnicería de judíos en la arena.

—Berenice ha estado con Tito en todas estas festividades —comentó Rufus—. Se ha convertido en su amante, como pensé que sucedería. Están tan enamorados que casi se acarician en público. Es Antonio y Cleopatra de nuevo. ¿Se casará con ella, me pregunto?

—No hasta que yo me haya divorciado de ella —respondió Crispo, tranquilamente.

Rufus miró con asombro ante esta revelación de un secreto hasta entonces guardado. Crispo procedió a contar la historia de la boda en Bet-tamar, dando sus razones para suponer que Berenice era la dama velada.

—¿La princesa Berenice es tu esposa? —murmuró Rufus, apenas capaz de dar crédito a la afirmación—. ¡Hum! Y cuando el César toma a la esposa de un hombre, ¿dónde buscará el hombre reparación?

—Ella es bienvenida para él. Ya no es mi esposa. La repudiaré.

—No, todavía no —exclamó Rufus, con el rostro iluminado de repente por la emoción—. No debes hacerlo justo ahora. Debes retrasar tu propósito por un tiempo para poder salvar a Vashti.

—¡Ah! ¿Qué quieres decir? ¿Cómo puede el retraso servir a Vashti?

Rufus rió con una especie de desprecio bondadoso ante lo que concebía como una triste falta de discernimiento por parte de Crispo.

—¿Se hizo alguna estipulación en este matrimonio de que la esposa conservaría la posesión separada de sus bienes?

—Ninguna.

—Entonces Vashti puede ser liberada.

—¿Cómo? —preguntó Crispo ansiosamente.

—Por ti, por supuesto. ¡Oh, torpe! Todo lo que tienes que hacer ahora es entrar en presencia de Tito y Berenice y decir: "Mujer, eres mi esposa. La ley te entrega a mí, como también lo hace este documento firmado por Vespasiano". Tito no se atreverá a oponerse a ti si estás decidido a afirmar tus derechos legales. Luego conduces a la orgullosa princesa a casa, por la fuerza si no viene por persuasión, y le dices: "Eres mía, y todo lo que tienes es mío, incluyendo tus

esclavos domésticos. Por lo tanto, en el ejercicio de mi derecho legal, declaro que esta joven Vashti es libre". Ese es el plan que debes adoptar, Crispo. Después, repúdiala si quieres; pero... libera a Vashti primero.

Crispo, con el fuego de la esperanza recorriendo sus venas, resolvió seguir la audaz sugerencia de Rufus.

—Cuanto antes se haga este negocio, mejor —dijo.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Qué momento más apropiado que mañana por la noche, cuando Berenice dé un gran banquete en el Pretorio, edificio graciosamente cedido para la ocasión por el nuevo procurador, Antonio Juliano, quien, por cierto, habla de escribir una historia de la guerra, entrando así en rivalidad con Josefo. Tú y yo estamos invitados a este festejo; en verdad, si estás ausente, Berenice sufrirá una amarga decepción, ya que ha preparado una pequeña humillación para ti. Ha decretado que su esclava Vashti sirva como copera a los invitados principales.

—¡Que la humillación pretendida caiga sobre la propia cabeza de Berenice!

—Eso digo yo. ¿Qué ha hecho nuestra linda Vashti para ser así avergonzada? Confieso que empiezo a detestar a la princesa, a quien una vez tanto admiré. Ciertamente debes poner tu plan en marcha mañana por la noche. Ante toda la compañía reclama a Berenice como tu esposa y afirma tu autoridad sobre ella, para confusión de Tito. Ella desea, según se dice, proporcionar a sus invitados un entretenimiento raro; es muy probable que lo logre.

Crispo, decidido a adoptar este plan —ignorando sus dificultades—, aguardó impacientemente el momento de ponerlo en ejecución.

Cuando se acercó la hora fijada para el banquete, Crispo, asumiendo su toga más blanca y hermosa, con su ancha orla de púrpura, fue, acompañado por Rufus, a aquel palacio, llamado todavía, aunque su fundador llevaba setenta años muerto, el Pretorio de Herodes.

Al entrar, encontró que el escenario del festín era el mismo en el que Floro había celebrado su banquete. Fue la malicia lo que hizo que Berenice eligiera este salón; el mismo lugar que había visto a Vashti aclamada como la reina de la belleza iba a verla ahora degradada a la condición de esclava, obligada a servir a

la princesa cuyos encantos habían sido menospreciados por Crispo, mientras que Crispo mismo era invitado a mirar y contemplar su humillación.

Él sonrió para sus adentros. El desenlace mostraría de quién iba a ser la humillación.

El salón del banquete presentaba una escena brillante, atestado como estaba de todos los bravos capitanes que habían tomado parte en la guerra, y de hermosas damas cuyas túnicas ricamente teñidas ofrecían un festín perpetuo de color. Crispo y su compañero llegaron justo cuando los invitados se preparaban para ocupar sus lugares en los diversos *triclinia*.

Berenice estaba allí, moviéndose con paso orgulloso y majestuoso, y, como si ya fuera una emperatriz, lucía una diadema oriental sobre su cabello oscuro. A su lado caminaba el laureado Tito, vestido con la púrpura imperial y, al parecer, de excelente humor, aunque de repente dio un respingo al ver a Crispo, y sobre su rostro apareció una mirada de culpabilidad que Rufus interpretó a su manera.

—Avergonzado de sí mismo por robar la esposa de su amigo. Aunque sea el César y mi comandante, me alegraré si se encuentra dentro de poco con un merecido descalabro.

A Crispo y Rufus se les asignaron lugares contiguos, aunque no en el *triclinium* principal donde estaban Tito, Berenice, Agripa, Alejandro y otros, sino en un *triclinium* adyacente, un arreglo que convenía a los dos amigos, quienes pudieron así hablar con más libertad de la que habrían disfrutado en la mesa del César.

En el mismo *triclinium* que Crispo estaba Josefo, que tenía su lugar junto al romano. —¿Conoces la humillación que pretenden para Vashti? —preguntó Crispo. Josefo asintió, añadiendo: —Sabiendo que tu presencia aquí la salvará, puedo esperar el resultado con la mente serena. —Rufus —susurró Crispo a su amigo—, le has estado comunicando nuestro plan a Josefo.

Pero como Rufus dio una negativa enfática a esto, Crispo no quedó poco desconcertado por las palabras de Josefo. Al lado del historiador se sentaba una dama distinguida y venerable. —Mi madre —comentó Josefo—, y su propósito al estar aquí es el mismo que el mío —añadió con una sonrisa misteriosa—: obtener la libertad de Vashti.

Parecía por esto que Josefo también tenía algún plan para entregar a su protegida de manos de Berenice. ¿Cuál era la naturaleza del plan, y era probable que tuviera éxito? Pero ante todo interrogatorio Josefo permaneció provocadoramente evasivo, de modo que Crispo se vio obligado a armarse de paciencia.

Pronto quedó claro, sin embargo, por la conversación de Josefo, que estaba animado por un espíritu de amarga hostilidad hacia Berenice, causada por su patrocinio de aquellos juegos anfiteatrales en los que los judíos eran despiadadamente sacrificados. Tito también recibió su parte de críticas.

—Ha ordenado que las didracmas que cada judío adulto acostumbra pagar anualmente al tesoro del templo, se paguen ahora al templo del Júpiter Capitolino. Tú, como cristiano, puedes entender el sentimiento del judío en este asunto. Y los querubines de oro que cubrían el propiciatorio se los ha dado a los paganos; las figuras sagradas que nadie más que el sumo sacerdote tenía permitido ver están ahora profanamente colocadas como trofeo sobre la puerta oriental de Antioquía, de modo que empieza a ser conocida como la Puerta de los Querubines. Y cerca de ella ha dedicado un carro a la Luna, por la ayuda que ella le ha prestado durante el asedio. ¡La luna, por favor!

Se dio entonces la señal para el festín, y esclavos ricamente vestidos, tanto hombres como mujeres, se movían de un lado a otro, atentos a las necesidades de los invitados. —No veo a Vashti —susurró Crispo a Josefo. —No entrará hasta que comience la bebida.

Una conversación alegre continuaba por todas partes, pero Crispo participaba poco o nada en ella. ¡Vashti! ¡Vashti! era el único pensamiento de su mente. Al fin llegó la saciedad a los invitados; tanto los platos pesados como los ligeros fueron retirados de las mesas para dar paso a los vinos.

—Y ahora, mis señores —gritó Berenice, dirigiéndose a los de su propio *triclinium*, pero hablando lo suficientemente alto para que Crispo la oyera—, tengo una cosecha rara para vosotros, que será ofrecida por una copera tan graciosa como la propia Hebe.

Entre una multitud de esclavos portadores de vino que entraron ahora en el salón, Crispo distinguió la forma de Vashti. Rápidamente los esclavos se

distribuyeron a derecha e izquierda, cada uno yendo a su lugar designado. De las mil personas en el salón del banquete, Crispo solo veía a una: la hermosa joven que avanzaba con paso ligero y elegante hacia el *triclinium* principal.

Era Vashti, ¡pero qué diferente de su apariencia cuando él la vio por última vez! La desfiguración causada por el hambre había desaparecido; era de nuevo su dulce ser. La encantadora gracia y belleza de su figura eran realzadas por una túnica ceñida de pura seda blanca, ricamente bordada en oro, y sujeta a la cintura con una ancha faja de plata centelleante. Un collar de perlas rodeaba su hermosa garganta, y una corona de violetas descansaba sobre sus rizos dorados. Era la viva imagen de la belleza; desde la coronilla de su cabeza hasta sus delicadas sandalias bordadas en oro, no había un defecto que empañara su radiante hermosura.

Los ojos de la madre de Josefo brillaron de placer ante el éxito del atuendo del cual ella era responsable, habiendo resuelto la buena dama que Vashti apareciera en su máximo esplendor ante los invitados. Al captar Vashti la mirada de Crispo, le dedicó una sonrisa que hizo que la sangre corriera como fuego líquido por sus venas; era una sonrisa que mostraba que no tenía miedo; una sonrisa que parecía decir que sabía que él podía y quería salvarla. ¿Estaba ella al tanto de sus intenciones?, se preguntó él, ¿o confiaba en la ayuda de Josefo?

Berenice, con una repentina inquietud en su corazón, comenzó demasiado tarde a desear no haber hecho aparecer a su esclava en este banquete, pues la belleza de Vashti arrancaba murmullos de admiración de los hombres, si no de las mujeres.

—¡Dioses! ¿Quién es esta? —dijo Tiberio Alejandro—. No sabía, princesa, que habíais invitado a Venus como comensal. —Es solo una de mis esclavas —respondió Berenice, externamente tranquila, internamente vibrando de celos. —¡Una esclava! —dijo Alejandro, con la luz del deseo amatorio saltando en sus ojos—. Os daré diez mil áureos por ella... quince mil —añadió, sin aliento. —No aceptaría cien miríadas —respondió Berenice, con frialdad—. No está a la venta.

En ese momento el murmullo de lenguas cesó en todo el salón. Los invitados, al captar el rostro sombrío de Berenice, se quedaron de repente en silencio,

deseosos de descubrir qué ocurría. La princesa se puso en pie y encaró airadamente a la esclava que la desobedecía en dos puntos: vestía un traje diferente al ordenado y carecía del frasco de vino que era su deber portar.

—¿Con permiso de quién llevas ese vestido? —Con el mío propio —respondió Vashti, con una dulce sonrisa que enloqueció a la otra—. ¿Por qué debería consultarte, princesa, sobre qué clase de vestidura debo llevar?

Fue una revelación para Crispo oír a la hasta entonces sumisa y gentil Vashti tomar esta postura audaz, y la amó aún más por ello. No había temblor en su voz, ni se encogía en lo más mínimo ante la mirada feroz de la princesa. En efecto, Vashti, en su orgullosa intrepidez, parecía en ese momento mucho más princesa que Berenice. ¿Qué poder maravilloso era el que le permitía así desafiar a una ama que, si quería, podía ordenarle azotes inmediatos?

—¿Te atreves a hablarme así? —exclamó Berenice asombrada—. Oh, ya veo. Mujer libre todos estos años, no puedes darte cuenta todavía de que eres una esclava. Pasaré por alto tu ofensa. ¡Ve! Trae aquí el frasco de vino que se te ordenó escanciar para mis invitados.

Pero Vashti sacudió sus bonitos rizos dorados y lanzó una sonrisa pícara a los que estaban recostados en el *triclinium* de Berenice. —No, en verdad, si desean vino que se sirvan ellos mismos; o tal vez vos, princesa, haréis el papel de copera.

Berenice se quedó completamente estupefacta ante estas audaces palabras de alguien que hasta entonces se había comportado como su sumisa esclava. Los hombres miraban con sonrisas de asombro y diversión; las mujeres estaban más dispuestas a ponerse del lado de la princesa.

—La esclava afirma ser cristiana —se mofó Agripa ante una bella dama a su lado. —Eso explica su insolencia —respondió su compañera—. Una vez tuve a una de esas criaturas en mi casa y sé los problemas que dan. Si yo fuera la princesa, le sacaría la nueva religión a latigazos.

—La chica debe de estar loca —exclamó Berenice—. ¡De rodillas y pide perdón, o...!

Vashti se dio la vuelta con desdén. —Me ha complacido por un tiempo permanecer en tu casa como esclava —dijo—. Me complace ahora reasumir mi libertad. Da tus órdenes a otros. No hay más que una persona aquí a quien deba obediencia, y es mi señor Crispo.

Caminó hacia donde Crispo estaba —pues él se había puesto en pie—, puso una mano suplicante sobre su brazo y le miró con ojos confiados. ¡El momento supremo había llegado! ¿Pero cómo iba él a salvarla? Su plan se había desvanecido en el aire. Estaba muy bien reclamar a Berenice como su esposa, pero la fría convicción le golpeó de repente de que su reclamo no se basaba en pruebas, sino en meras conjeturas. Si Berenice decidía negar su afirmación, como indudablemente haría, ¿cómo podría él sostener su palabra? Volvió sus ojos hacia Josefo, pero aquel sacerdote no hizo ningún movimiento, no pronunció palabra. "Todavía no", parecía estar diciendo.

—¡Guardias! —gritó Berenice, dirigiéndose a algunos de sus propios soldados, que estaban estacionados a intervalos a lo largo de la pared de la sala del banquete—. Lleváos a esa chica y traed látigos aquí. Puesto que su desafío hacia mí es público, también lo será su flagelación.

Ni siquiera estas palabras perturbaron la serenidad de Vashti. Su sonrisa compasiva, sugiriendo como lo hacía que estaba a salvo del castigo amenazado, lanzó a Berenice a una furia secreta. Durante todo este tiempo el hombre más importante del festín, Tito, había permanecido en silencio, mirando perplejo e inquieto. El rescate de Vashti, aunque lo había pedido a menudo, era un favor que Berenice no le concedía. Sentía pena por Crispus y simpatizaba secretamente con la audaz doncella que buscaba afirmar su libertad, pero bajo la influencia de su pasión por Berenice dudaba en hacer lo correcto, a saber, declarar libre a Vashti.

Mientras los soldados se adelantaban para ejecutar la orden de Berenice, Vashti se volvió hacia Tito y se dirigió a él. —César, ordena a estos hombres que detengan su mano hasta que yo haya hablado. Tengo algo que decir que mostrará la justicia de mi causa.

A una señal de Tito, los guardias que avanzaban se detuvieron. —Habla —ordenó él, esperando que Vashti pudiera de algún modo proporcionarle un pretexto plausible para librarla del poder de Berenice.

En verdad, Vashti parecía estar haciendo el trabajo del que Crispo se retraía; pues comenzó a dirigirse a Tito con un interrogatorio muy similar al que el propio Crispo habría empleado si hubiera llevado a cabo su plan tal como lo pretendía originalmente.

—¿Habéis olvidado, señor, una breve visita hecha por vos y mi señor Crispo a una casa llamada Bet-tamar cierta noche hace más de cuatro años?

Tito se sobresaltó; adivinó lo que venía y frunció el ceño. —No lo he olvidado —dijo él, con una mirada de reojo a Berenice, cuyo labio se curvó con una sonrisa burlona como de quien dijera: "¡Esa tonta historia!".

—¿Podéis testificar que mi señor Crispo se desposó en Bet-tamar con una mujer desconocida para él? Desconocida, porque estaba velada y no pronunció palabra.

Esta extraña y romántica declaración hizo que un murmullo de sorpresa y asombro recorriera el salón del banquete. —Puedo testificarlo —dijo Tito, con el aire de quien de buena gana negaría lo que estaba afirmando.

—¿Conocéis el nombre de la mujer? —No lo conozco —respondió Tito, con otra mirada de reojo a Berenice, que hizo que algunos invitados se preguntaran si ella era la misteriosa novia.

En este punto Berenice, con un gesto de impaciencia, se dirigió a Tito.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el castigo de una esclava insolente?

—Todo, como veréis —respondió Vashti con calma, continuando sus preguntas a Tito—. ¿No dio Crispo a su novia un anillo, diciendo que cuando la dama desconocida se presentara ante él con dicho anillo, él la reconocería como su esposa?

—Así es.

Vashti, con los ojos brillando de amor y una tierna sonrisa que embellecía aún más su rostro, se volvió hacia Crispo y, retirando la mano de un pliegue de su

vestido donde la había tenido oculta, la extendió: ¡allí, centelleando en su dedo, estaba el mismísimo anillo que él había entregado a su novia en Bet-tamar!

Casi incapaz de asimilar la trascendental verdad, Crispo permaneció como petrificado, mirando en silencio a Vashti y su anillo. ¡Pensar que su matrimonio con Berenice, el feo y oscuro íncubo que tanto tiempo lo había oprimido, era un mero espejismo de su imaginación! Que la dulce joven cristiana, a quien había amado desde el primer instante, fuera su esposa, era una revelación tan asombrosa que no era de extrañar que, al principio, no pudiera darle crédito.

Vashti dejó escapar una risa baja y dulce ante su desconcierto.

—Soy tu esposa, Crispo. ¿No vas a protegerme?

¿Protegerla?

Él la rodeó por la cintura con su brazo —¡ni una docena de hombres habrían podido arrancarla de su abrazo!— y se volvió para enfrentar a Berenice, quien por el momento estaba casi tan desconcertada y atónita como el propio Crispo.

—¡Qué bien interpretado! —se mofó ella—. Un plan, astutamente concertado, con el propósito de robarme a mi esclava. Pero no tendrá éxito. Que Crispo se casó con alguien en Bet-tamar debemos creerlo, ya que el propio César lo afirma; pero exijo algo más que la palabra de esta chica antes de creer que es la esposa de Crispo.

—Yo puedo confirmar su declaración —dijo Josefo, interviniendo en este punto —, ya que fui yo quien condujo a Vashti a Bet-tamar y, desde detrás de una cortina, la vi desposarse con el señor Crispo. Y la mujer que asistió a Vashti durante la ceremonia fue mi madre, quien está aquí presente para dar su testimonio, si fuera necesario.

—Y por boca de dos o tres testigos se establecerá toda palabra, princesa — comentó Alejandro.

Berenice, aunque se esforzaba por mantener un exterior calmado, estaba llena de una rabia secreta al ver que su pretendida víctima se le escapaba de las manos.

—¿Y qué si es la esposa de Crispo? No deja de ser mi esclava.

—¿Cómo? ¿Robar a un noble romano a su esposa? —intervino Alejandro—. ¡Oh, eso es demasiado!

—En el momento en que hice el regalo, no sabía que ella era la esposa de Crispo —comentó Tito, nada disgustado con el giro que tomaban los acontecimientos.

—Eso no importa —replicó Berenice—. El regalo, si fue hecho en la forma legal debida, como lo fue este, no puede ser revocado ni por vos ni por un tribunal de justicia.

Crispo sonrió con lástima a la frustrada princesa.

—Tengo aquí —dijo él, extrayendo un rollo de papiro— un documento que lleva una fecha muy anterior al momento en que Vashti fue convertida en esclava; un documento que amenaza con la muerte a quienes busquen arrebatar a la esposa de Crispo de su lado. Lleva la firma autógrafa de alguien cuya autoridad ni siquiera el propio Tito César se atreverá a disputar, pues la firma es la de su augusto padre, Flavio Vespasiano.

—Así es —observó Tiberio Alejandro, que se había acercado y estaba inspeccionando el documento—, y, por lo tanto, me parece —añadió jocosamente— que tanto el César como la princesa, al esclavizar a la esposa de Crispo, se han hecho acreedores a la pena de muerte. Sin duda Vespasiano perdonará a los ofensores, ya que actuaron en la ignorancia. En cualquier caso, Crispo tiene derecho a llevarse a su esposa; ¡y que la buena fortuna lo acompañe! El hombre más valiente de la guerra ha obtenido a la mujer más hermosa por novia; eso es lo que digo yo, ¿y quién lo rebatirá? —añadió, mirando a los invitados.

—¡Nadie! ¡Nadie! —fue la respuesta que llegó de todas partes. La romántica historia de Vashti apeló a todos los corazones, excepto a uno; incluso aquellas damas que, pocos minutos antes, se habían opuesto más a ella, se unieron ahora a las aclamaciones que saludaban a la feliz pareja así extrañamente reunida.

—Llévame de aquí —susurró Vashti—. A cualquier parte, con tal de que sea lejos de aquí.

Crispo respondió a su súplica. Tomando su brazo entre el suyo, salió sonriente del salón entre gritos de "¡Larga vida al valiente Crispo y a su hermosa novia!".

¡Miserable Berenice! Su amargura de espíritu en aquel momento recibió muy poco consuelo del alegre susurro de Tito: "Ahora no hay obstáculo para nuestra unión", pues ella había sabido todo el tiempo que el obstáculo nunca había existido excepto en la imaginación de él.

En los jardines del Pretorio iluminados por la luna, Crispo y Vashti, sentados en el mismo lugar donde se habían sentado cuatro años atrás, mantenían una deliciosa conversación. Vashti estaba reclinada en su abrazo, con su pequeña mano descansando en la de él. ¡Los primeros cristianos eran muy humanos!

—Y pensar que durante todo este tiempo has sido mi esposa y yo no lo sabía. ¿Por qué no revelaste la verdad antes?

—Porque, al igual que tú, estaba obligada al secreto por tres años.

—Pero ese plazo ya había pasado cuando te rescaté de Jerusalén.

—Cierto —respondió Vashti, ensombreciéndose su rostro por un momento por aquel luctuoso recuerdo—, ¿pero era aquel momento para hablar de amor y nupcias? Resolví guardar el secreto hasta que el asedio terminara.

—No estoy seguro de que hicieras bien. El haberlo dado a conocer te habría salvado de las manos de Berenice. Dime, ¿cómo te ha tratado ella?

—No mal, aunque a veces se burlaba de mí mencionando tu nombre y amenazaba con sacarme el cristianismo a latigazos.

—¿Pero por qué no te liberaste antes enviándome el anillo?

—Porque ella siempre decía que daría un gran banquete en el que yo serviría como esclava mientras tú mirabas impotente; parecía deleitarse tanto con la idea que resolví esperar a que llegara esta fiesta; me proporcionaría una excelente oportunidad de afirmar mi libertad y de darle una sorpresa estremecedora.

—Ciertamente has logrado hacer eso, mi pequeña esposa.

—¿Soy tu esposa, Crispo? —dijo Vashti con gravedad—. ¿No fue aquella ceremonia en Bet-tamar algo pagana en su carácter?

—Dices la verdad, queridísima. Debemos tener la bendición de la Iglesia sobre nuestra unión. Mañana partiremos hacia Jerusalén, donde el buen obispo Simeón unirá nuestras manos.

En ese momento apareció un centurión con el mensaje de que Tito deseaba la presencia de Crispo y su dama. Respondiendo, aunque con considerable renuencia, a este llamado, los dos se dirigieron al Salón de Marfil, donde encontraron a Tito sentado junto a Berenice con Josefo de pie cerca de ellos.

—Sentaos, noble Crispo y dama Vashti.

Tito habló con genuina afabilidad; en cuanto a Berenice, su aire desdeñoso mostraba que la presencia o ausencia de la pareja le resultaba indiferente.

—He pedido a Josefo —comenzó Tito, una vez que el centurión se hubo retirado dejando a los cinco solos— que me explique el significado del extraño asunto de Bet-tamar. Él insiste mucho en que vosotros también estéis presentes para escucharlo. De ahí que os haya mandado llamar.

Con eso, asintió al sacerdote como señal para que procediera.

—Puede ser, señor —empezó Josefo—, que lo que tengo que decir ofenda profundamente a uno de mis oyentes —Crispo adivinó que se refería a Berenice —. Por lo tanto, antes de empezar, debo recibir de vuestra parte la seguridad de que mis palabras no traerán castigo a quien las pronuncia.

—Di lo que quieras; júzgame si te place; tu lengua tendrá licencia libre esta noche.

Asegurado de este modo, Josefo comenzó.

—Hace poco que he regresado, oh César, de una visita al Ponto, donde tuve la fortuna de conocer a Zenón, el secretario del difunto rey Polemón, y al parecer un hombre muy familiarizado con los secretos del monarca. Es en parte de este Zenón, y en parte de mi propio conocimiento, de donde derivo los materiales para la historia que voy a relatar.

Al mencionar los nombres de Polemón y Zenón, Berenice, que hasta entonces había mostrado una lánguida indiferencia, empezó a parecer vivamente interesada.

—Hace muchos años —veintitrés, para dar el número exacto— la princesa Berenice, entonces en su vigésimo año, se casó con Polemón, rey del Ponto, quien, después de dos años, la repudió por una razón que la propia princesa conoce.

Aquí Josefo dejó de hablar, frenado por la mirada altiva e indignada de Berenice.

—¿Es necesario traer mi nombre a vuestro relato?

—Absolutamente necesario.

—Entonces yo os diré la razón de nuestra separación. Él no me repudió; yo lo dejé por mi propia voluntad; lo dejé porque, antes de nuestro matrimonio, él, siendo prosélito, prometió que haría todo lo que estuviera en su mano para atraer al pueblo del Ponto al judaísmo. Sin embargo, no cumplió su palabra; es más, frustró activamente mis intentos de proselitismo, y por eso lo dejé.

—¿No nació una hija de ese matrimonio?

Los ojos de Berenice lanzaron chispas.

—Veo claramente que vuestro objeto es perjudicarme a los ojos de Tito recordando un hecho de hace mucho tiempo. Lo que hice entonces no lo lamento ahora.

—Es algo extraño de decir sobre un infanticidio.

Berenice lanzó una risa fría y dura que hizo estremecer a Vashti.

—El abandono de recién nacidos es una costumbre tan común entre los romanos que Tito difícilmente lo considerará un gran crimen.

—Pero nuestra ley, princesa, lo considera un asesinato.

—Y yo considero mi acto como justificable, pues al destruir el cuerpo de la criatura salvé su alma. Polemón, que se había alejado del judaísmo y había llegado a odiarme tanto a mí como a mi religión, juró que criaría a la niña en su propia fe helénica y le enseñaría a odiar la religión de su madre. Resolví salvarla de tal destino y tomé el único camino posible: la abandoné una noche de invierno entre los riscos nevados del Hermón.

Vashti soltó un débil y jadeante suspiro —inaudible para Berenice— y su corazón casi dejó de latir. Ni siquiera cuando regresó a casa en aquella noche terrible para descubrir que Arad se había ido para siempre sintió más horror que el que sintió en este momento. ¡Saber que era la hija de una mujer tan antinatural como para exponer a su propia hija a la muerte! ¡Saber que era su propia madre quien la había estado persiguiendo con un fin maligno! ¡Saber que era un miembro de esa casa herodiana que no había dejado de perseguir al cristianismo desde su mismo comienzo! ¡Saber que su madre estaba en ese mismo momento viviendo en pecado abierto con el destructor de su país!... todo esto recorrió su sangre, casi obligándola a gritar en voz alta.

Josefo continuó su narración.

—La pérdida de la niña —pues él la había amado como a la niña de sus ojos— sumió a Polemón en una fiebre que, según me parece, trastornó su cerebro, pues lo dejó animado por una sola pasión: el deseo de vengarse de la mujer que lo había agraviado.

—Mientes —intervino Berenice—, pues a su debido tiempo él y yo, como todos pueden testificar, llegamos a ser grandes amigos.

—Fuisteis engañada, princesa. Él enmascaró su odio bajo una apariencia sonriente para ocultar más eficazmente su propósito. ¡Ahora, observad el resultado de vuestro acto! Es cierto que se decretó en los consejos del Altísimo que la ciudad y el templo perecerían, pero el Altísimo se sirve de instrumentos humanos para llevar a cabo sus decretos; y la vuestra, princesa, ha sido la mano que ha forjado la ruina de Israel.

Había en el modo de Josefo algo tan solemne y convincente, que toda la altivez y el desafío de Berenice se desvanecieron, dejándola casi tan pálida y temblorosa como la hija que aún le era desconocida.

—¿Qué queréis decir? —balbuceó ella.

—Fue nuestra religión común, según argumentó erróneamente Polemón, la que había destruido a su hija; por lo tanto, él destruiría nuestra religión. Nada era más querido para vos, como una vez le habíais dicho, que la ciudad santa y el templo santo; él resolvió traer la destrucción tanto sobre esa ciudad como sobre aquel templo. ¿Cómo podía lograrlo? Solo había un camino; el pueblo judío

debía ser aguijoneado a la guerra, una guerra en la que su capital debía hundirse en llamas. Esta es la clave de las frecuentes visitas de Polemón a Judea; de su amistad con los sucesivos procuradores: Félix, Festo, Albino. Con estos, sin embargo, no logró su propósito, pero finalmente en Floro encontró la herramienta que quería. Mientras vos, princesa, estabais a un lado de ese procurador, ganándolo para actos de clemencia, Polemón estaba al otro, instándolo a hechos de sangre; todos los actos provocadores de Floro se debieron a la política secreta y malvada del rey póntico.

Estas palabras profundizaron el horror de Vashti. ¡Pensar que era la hija de un rey tan calculador como para planear deliberadamente la extirpación de una nación entera, y todo, al parecer, por causa de ella!

En este punto intervino Tito.

—Esta historia secreta es sin duda interesante, ¿pero qué tiene que ver con Bettamar?

—A ello voy, oh César. Sucedió con el tiempo que la princesa Berenice conoció al señor Crispo en un banquete en Antioquía y se enamoró de él.

Berenice lanzó una risa de desprecio; pero la afirmación era cierta, y su risa no engañó a nadie.

—Polemón sospechó esto. Ahora bien, él ya tenía en mente seleccionar al hijo de su amigo, Cestio el Legado, para ser su sucesor en la soberanía del Ponto, y no convenía a su política que Berenice se casara con Crispo y así volviera a ceñir la corona que una vez había despreciado. Resolvió, por tanto, frustrar su objetivo. Mientras pensaba cómo podría tener más éxito en este asunto, sucedió que hizo una visita a Jerusalén y allí, por un singular giro del destino, vio un día en los atrios del templo a una joven que inmediatamente llamó su atención por el maravilloso parecido que guardaba con su madre Pitodoris en sus días de juventud. Evitando a la joven misma, hizo indagaciones a otros y supo que su nombre era Vashti y que era la protegida de quien ahora os habla. Me buscó con ávidas preguntas y me vi obligado a admitir que la supuesta hija de Hircano era en realidad una niña expósita, ni faltaron pruebas para convencerlo sin lugar a duda de que en Vashti había encontrado a su hija Atenais, que durante mucho tiempo creyó muerta.

Un sonido extraño escapó de Berenice; el asombro hizo que su figura se tensara en una actitud rígida; durante unos momentos permaneció así, inmóvil y sin palabras; luego, lenta, mecánicamente, volvió la cabeza y miró a Vashti. Y de todas las miradas que Vashti había recibido jamás, ninguna la asustó más que esta; era una mirada sin rastro de amor maternal: fría, desdeñosa, cruel; una mirada que decía, tan claramente como las palabras podrían decir, que nunca reconocería a la apóstata nazarena como hija suya.

—Polemón, por razones propias, no se dio a conocer a su hija. Si sentía afecto ahora por aquella a quien, de bebé, había idolatrado, es difícil de decir; una cosa le quedó clara: vio en la hija un instrumento para la humillación de la madre. Si podía persuadir a Crispo de casarse con Vashti y mantener el asunto oculto al mundo, la enamorada Berenice perseguiría a Crispo durante meses en el vano esfuerzo de ganarlo para sus brazos, mientras que él —Polemón— podría mirar con gozo malicioso, sabiendo que sus artimañas estaban condenadas al fracaso.

—Tal fue la razón de Polemón para mantener la boda en secreto, una razón desconocida para mí en aquel momento; la he sabido después por Zenón. A Vashti también se le exigió mantener el asunto oculto, incluso de su madre adoptiva, Miriam. Vashti, siendo mi protegida, se vio obligada a tomar por esposo al hombre de mi elección y, aunque durante mucho tiempo se resistió a la idea de casarse con un romano pagano, vencí sus escrúpulos finalmente persuadiéndola de que su futuro esposo era mucho más virtuoso que muchos judíos. Por ello me acompañó de noche a Bet-tamar, sin saber que quien presidía aquellas nupcias era su padre, sin saber siquiera su nombre, ni que ella había sido destinada por él a ceñir una corona de reina. Todo esto debía llegarle más tarde como una deliciosa sorpresa.

—Mi historia casi ha terminado. Era la intención de Polemón estar al lado de Berenice, ya fuera en el Monte de los Olivos cuando el templo estuviera ardiendo, o en alguna ventana de un palacio en Roma cuando la procesión triunfal pasara desfilando, llevando los despojos sagrados del templo; estar a su lado y decirle en tonos feroces y exultantes que todo aquello era obra suya; él observaría su agonía; ¡ella sería la víctima de su risa, de su burla, de su desprecio! Pero este momento supremo y emocionante de venganza —este

triunfo por el que tanto tiempo había trabajado— no iba a ser suyo; murió antes de que llegara el día de su venganza. César, mi relato ha concluido.

Hubo un largo silencio en aquella cámara después de que Josefo terminó su narración. Tito miró a Berenice como deseando que ella dijera algo. El pecho de la princesa era el asiento de un tumulto salvaje de pasiones encontradas, pero entre ellas no había ni piedad ni amor por su hija recién hallada.

—Parece —dijo ella con un aire soberbiamente desdeñoso—, parece que si la historia de Josefo es cierta, se me va a obsequiar con una hija, pero no me importa el regalo. Sería una hipócrita si fingiera amor donde el amor no existe. No; la deseché en la infancia para salvar su alma; al convertirse en nazarena ha elegido destruir su alma; que siga siendo una desechada. Que siga su propio camino como yo seguiré el mío. No tengo hija; esa es mi respuesta para ella.

Vashti estaba dispuesta a la reconciliación, pero este frío repudio la mantuvo muda. Con piedad divina en sus ojos, miró a su madre y suspiró. Crispo respondió por ella.

—Puesto que tal es vuestra decisión —dijo—, no buscaremos cambiarla. César, os saludo. Ven, Vashti, vámonos.

Cuando los dos se levantaron para partir, Tito caminó hacia ellos, como no queriendo que Berenice oyera lo que tenía que decir.

—Mi padre, Vespasiano, sabiendo que habéis sido decepcionado en la expectativa de la corona del Ponto, os ha ofrecido lo más parecido a ella: el gobierno de esa provincia. Su gente se deleitará cuando sepa que la esposa del nuevo gobernador es la nieta de la buena reina Pitodoris.

Pero Crispo sentía poco deseo por tal honor; sería más feliz con Vashti en su hermosa villa entre las colinas Sabinas que presidiendo los destinos del pueblo póntico. Mientras pensaba así, sin embargo, recibió de Vashti una mirada anhelante que parecía instarlo a aceptar el puesto.

—¿Qué, Vashti? ¿Ambiciosa de que me siente en una silla curul?

—Sí —susurró ella—, porque si Crispo es gobernante del Ponto, siempre habrá un asilo seguro para los cristianos.

—Hablas con sabiduría, mujercita —respondió él; y, volviéndose a Tito, dijo—: César, acepto el cargo con todo agradecimiento.

Berenice observó a los dos mientras salían del Salón de Marfil. ¡Nunca volvió a verlos!

Tras una breve visita a Jerusalén, donde el obispo Simeón unió las manos de la pareja, Crispo, acompañado por su novia, partió hacia su provincia del Ponto, para comenzar allí una larga administración cuya sabiduría y justicia ganarían la mejor opinión de todos los hombres.

¿Y Berenice? ¡El senado y el pueblo romano pronto acabaron con su sueño de un trono imperial! Su ira ante la idea de una emperatriz judía se expresó tan ferozmente que Tito, aunque con toda renuencia, se vio obligado a desterrarla de su presencia. Despreciada por los romanos porque procedía del pueblo judío; despreciada por el pueblo judío porque se había aliado con un romano; marcada con merecida infamia por el poeta Juvenal; consumiendo su corazón por el ignominioso final de su espléndida ambición, Berenice pasó a un estado de oscuridad y olvido, sin que la Historia registrara el tiempo, el lugar o la forma de su muerte.